

CREAR EL FUTURO

OCUPACIONES, INTERVENCIONES, IMPERIO Y RESISTENCIA

NOAM CHOMSKY



Los textos que aparecen en esta edición presentan una narración de los acontecimientos que han constituido el futuro desde 2007: las guerras en Afganistán e Iraq, la carrera presidencial en Estados Unidos, el ascenso de China, el viraje a la izquierda de América Latina, el peligro de proliferación nuclear en Irán y Corea del Norte, la invasión de Gaza por Israel y la expansión de los asentamientos en Jerusalén y en la Margen Occidental, los avances del cambio climático, la crisis financiera mundial, la primavera árabe, la muerte de Osama Bin Laden y las protestas de los indignados.

La forma en la que piensa Chomsky y los temas que cubre en esta compilación comprometen a los lectores a no dejarle a nadie más que a sí mismos la labor de crear el futuro.



Noam Chomsky

Crear el futuro

Ocupaciones, intervenciones, imperio y resistencia

ePub r1.0
Titivillus 22-08-2020

Título original: *Making the future, ocupations, interventions, empire and resistance*
Noam Chomsky, 2012
Traducción: Victoria Schussheim

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Ahora somos un imperio, y cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad. Y mientras ustedes estén estudiando esta realidad —juiciosamente, como lo harán— volveremos a actuar, creando otras nuevas realidades, que también pueden estudiar, y así es como las cosas van a ir acomodándose. Somos los actores de la historia […] y ustedes, todos ustedes, se quedarán a estudiar lo que hacemos.

Asesor de alto nivel del ex presidente George W. Bush, citado en el *New York Times Magazine* del 17 de octubre de 2004.

PREFACIO: VOLVER A CREAR EL FUTURO

JOHN STICKNEY, editor en jefe, The New York Times Syndicate

¿Quién o qué hace el futuro?

El título de este libro se refiere al epígrafe que declara la visión del mundo de un asesor de alto nivel del ex presidente George W. Bush: «Ahora somos un imperio, y cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad. Y mientras ustedes estén estudiando esta realidad —juiciosamente, como lo harán— volveremos a actuar, creando otras nuevas realidades, que también pueden estudiar, y así es como las cosas van a ir acomodándose. Somos los actores de la historia […] y ustedes, todos ustedes, se quedarán a estudiar lo que hacemos».

«Los actores de la historia» tienen la muy mala suerte de que un observador tan enterado, escritor infatigable e imperturbable como Noam Chomsky esté a la mano para «estudiar lo que hacemos».

Los acontecimientos desmienten a ese asesor en el momento en que este libro se va a la imprenta. El movimiento de los indignados arde en todo el mundo, encendido por ultrajes que Chomsky explora aquí: desigualdad, despojo de derechos, arrogancia oficial y engaños.

«Nunca he visto nada igual al movimiento de los indignados por su escala y su carácter aquí y en todo el mundo», dijo Chomsky en Ocupa Boston el 22 de octubre de 2011, en una plática adaptada para el último capítulo de este libro. «Las avanzadas de los indignados están tratando de crear comunidades cooperativas que tal vez podrían servir de base para los

tipos de organizaciones perdurables necesarias para superar las barreras a las que nos enfrentamos y el contragolpe que está empezando a darse».

Ése es el material de la columna mensual que escribe Chomsky para el New York Times Syndicate[1]. *Crear el futuro* comprende la segunda edición de esas columnas.

La primera, *Intervenciones*, publicada en 2007, fue prohibida en Guantánamo en 2009.

Como lo relata Carol Rosenberg en el *Miami Herald*, un abogado defensor del Pentágono le envió una edición en árabe de *Intervenciones* a un detenido. Los censores militares de Estados Unidos lo rechazaron.

«Esto ocurre a veces en los regímenes totalitarios —le comentó Chomsky a Rosenberg por correo electrónico—. Tal vez la naturaleza del libro que prohibieron pueda tener un interés incidental. Consiste en columnas de opinión escritas para el New York Times Syndicate y distribuidas por el mismo. La podredumbre subversiva debe llegar muy hondo».

Subvertido o no, yo edito la columna de Chomsky. Empezó cuando los editores del Syndicate estaban buscando comentarios sobre el primer aniversario de los ataques del 11 de septiembre. El libro de Chomsky, *9-11*, publicado en octubre de 2001, se había vuelto un *bestseller*. Era natural que nos acercáramos a él.

La primera columna de opinión que publicó el Syndicate, «9-11: lecciones desaprendidas», alcanzó a numerosos lectores, sobre todo fuera de Estados Unidos. Los textos de Chomsky fueron pasados por alto en gran medida por la prensa establecida de Estados Unidos, tal vez debido a su perspectiva sin compromisos con lo que ha denominado «el hegemón global». Pero su voz viajó por encima de las fronteras. ¿Por qué no probar con una columna mensual?

En conjunto, las columnas que aparecen en esta edición presentan una narración de los acontecimientos que han constituido el futuro desde 2007: las guerras en Afganistán e Iraq; la carrera presidencial en Estados Unidos; el ascenso de China; el viraje a la izquierda de América Latina; el peligro de proliferación nuclear en Irán y Corea del Norte; la invasión de Gaza por Israel y la expansión de los asentamientos en Jerusalén y en la Margen

Occidental; los avances del cambio climático; la crisis financiera mundial; la primavera árabe; la muerte de Osama bin Laden y las protestas de los indignados.

Como suele ocurrir, las columnas de Chomsky se adelantan a los acontecimientos. Su colaboración de agosto de 2011, «Estados Unidos en declive», presagia una premisa del movimiento de los indignados:

«La resultante concentración de riqueza [desde la década de 1970] produjo mayor poder político, acelerando un círculo vicioso que ha conducido a una riqueza extraordinaria para una fracción del 1% de la población, esencialmente, mientras que para la gran mayoría los ingresos reales están prácticamente estancados».

Chomsky vive en todo sentido como lo que se denomina un «intelectual público». Está constantemente de viaje, dando conferencias. (Con frecuencia en las universidades habla con un público sobre acontecimientos presentes y en una reunión más pequeña sobre su especialidad propia, la lingüística). Un rasgo característico de una plática de Chomsky es el periodo posterior de preguntas y respuestas, que tiende a continuar, espontáneamente, hasta que los organizadores se lo llevan a la siguiente parada del programa.

Chomsky con frecuencia otorga entrevistas a periódicos de todo el mundo, y mantiene una exhaustiva correspondencia por correo electrónico. Mientras tanto lee con voracidad: la prensa establecida, revistas, libros y *blogs* de Estados Unidos y del mundo entero. Su oficina en el Massachusetts Institute of Technology es un edificio diseñado por Frank Gehry, cuyas paredes se inclinan hacia adentro a medida que las pilas horizontales de libros que hay sobre el escritorio de Chomsky ascienden sin cesar.

Lo que acostumbra hacer con los periódicos es leer los artículos hasta encontrar el material más revelador, muchas veces sumergido cerca del final, como la cita del asesor de Bush del cual no se da el nombre.

Esta compilación de columnas de opinión refleja notablemente las intervenciones públicas de Chomsky como la que se dio en Ocupa Boston. Las notas para pláticas y las respuestas a preguntas, junto con sus lecturas

evolucionan en columnas y materiales para sus libros, y viceversa. El diálogo con todos sus públicos documenta la voz de Chomsky.

La columna titulada «Hacer la guerra para traer la ‘paz’», de julio de 2009, retraza su discurso pronunciado ese mes ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. Como panelista —y usando corbata, cosa muy poco característica en él— Chomsky habló de la política conocida como «responsabilidad de proteger», o R2P. Después los delegados se alinearon con preguntas y retos.

La sinceridad de Chomsky lo pone en peligro. En 2010, en camino de Jordania a la Margen Occidental para dar una plática en la Universidad Birzeit, oficiales israelíes le impidieron el paso en la frontera. De cualquier manera, pronunció su discurso por medio de una videoconferencia.

Donde quiera que esté Chomsky es asediado por sus editores, incluido yo mismo. Cansado del camino o con *jet-lag*, cumple otra entrega y envía una columna de opinión, frecuentemente después de medianoche, cuidadosamente investigada y anotada como corresponde a sus antecedentes eruditos. Luego se somete al proceso de edición, un ir y venir en el cual sus editores llegan a respetar el cuidado, el oficio y la precisión de sus palabras.

En su plática de Ocupa Boston, Chomsky dice verdades y convoca a sus oyentes a una acción informada:

«Karl Marx dijo ‘La tarea no sólo consiste en entender el mundo sino en cambiarlo’. Una variante que hay que tener presente es que si uno quiere cambiar el mundo más vale tratar de entenderlo. Eso no significa oír una conferencia o leer un libro, pese a que en ocasiones son cosas útiles. Se aprende de la participación. Se aprende de los otros. Se aprende de la gente a la que se está tratando de organizar. Todos nosotros tenemos que adquirir la comprensión y la experiencia necesarias para formular y poner en práctica ideas».

La forma en la que piensa Chomsky, y los temas que cubre en esta compilación, compromete a los lectores a no dejarle a nadie más que a sí mismos la labor de crear el futuro.

AMENAZAS, CONVERSACIONES, Y UN ESPERADO ACUERDO CON COREA DEL NORTE

2 de abril de 2007

Una verdad de perogrullo en los asuntos tanto humanos como mundiales es que si amenazas a alguien, se defenderá. Si te acercas de buena fe, es probable que haga lo propio.

Vienen a cuenta de esto las largas, tortuosas relaciones entre Estados Unidos y Corea del Norte. Uno de los muchos ejemplos se produjo cuando, en 2002, el presidente Bush designó a Corea del Norte como miembro documentado del «eje del mal». Según informaba la inteligencia estadunidense, Corea del Norte estaba desarrollando bombas de plutonio y representaba un riesgo inminente. De hecho, las imputaciones instigaron precisamente las mismas amenazas sobre las que había hecho su advertencia Washington.

A diferencia de Iraq, Corea del Norte ya podía defenderse, con una contundente artillería dirigida contra Seúl, en Corea del Sur, y contra las tropas norteamericanas próximas a la zona desmilitarizada. A medida que Corea del Norte comenzó a amasar su arsenal de armas nucleares, la posibilidad de un desastre se elevó aterradoramente.

Luego, en febrero de este año [2007], se llevaron a cabo en Beijing conversaciones multilaterales (que incluyeron a China, Japón, Rusia y Corea del Sur, así como a Corea del Norte y Estados Unidos). Al cabo de unos días, en un aparente giro de ciento ochenta grados tanto por parte de

Pyongyang como de Washington, las pláticas produjeron resultados alentadores: Corea del Norte, en respuesta a ofertas de conciliación, accedió a comenzar a desmantelar sus instalaciones nucleares y a permitir que regresasen al país los inspectores nucleares.

El gobierno de Bush declaró que las conversaciones representaban un éxito. La interpretación era que Corea del Norte, enfrentada a un potencial aislamiento de la comunidad mundial, capaz de provocar un cambio de régimen, había dado marcha atrás. Lo que realmente ocurrió es bastante diferente, y resulta muy instructivo respecto a cómo contribuir a desactivar la crisis de Corea del Norte y otras similares.

En octubre del año anterior [2006] Corea del Norte llevó a cabo una prueba nuclear en las montañas, cerca de la frontera china, al parecer sin éxito, pero con la potencia suficiente para darle otro empujoncito al mundo en dirección del holocausto nuclear. En el mes de julio el país reinició las pruebas de misiles de largo alcance, que también fracasaron, aunque con la ominosa señal de que, con el tiempo, tanto la carga explosiva como la trayectoria podrían ser exitosas.

La prueba nuclear y el disparo de los misiles pueden sumarse al historial de logros del gobierno de Bush.

Leon V. Sigal, uno de los principales expertos en la diplomacia nuclear de la región, expone el contexto: «Cuando asumió su cargo el presidente Bush —escribió Sigal en el número de noviembre de 2006 de *Current History*— el norte había dejado de probar los misiles de mayor alcance. Tenía plutonio para hacer una o dos bombas y se había verificado que ya no estaba produciéndolo. Seis años después tiene el necesario para hacer de ocho a diez bombas, ha reiniciado las pruebas de misiles de largo alcance y no parece tener reparos respecto a las pruebas nucleares».

Al revisar el historial, Sigal llega a la conclusión de que «de hecho Pyongyang ha estado procediendo ojo por ojo, respondiendo siempre que Washington coopera y tomando represalias cuando Washington incumple, en un esfuerzo por ponerle fin a la enemistad».

Hace más de un decenio se estableció un ejemplo de cooperación. La administración Clinton, a trompicones, inició un proceso para normalizar las relaciones políticas y económicas de Estados Unidos con Corea del

Norte y garantizar su seguridad como Estado no nuclear. En 1994 ese país accedió a no enriquecer uranio.

Luego, en 2002, el militarismo del «eje del mal» de Bush tuvo los efectos que eran de prever: Corea del Norte volvió al desarrollo de misiles y armas nucleares, expulsó a los inspectores de Naciones Unidas y se retiró del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares.

No obstante, llegó el momento en el cual, por presión de los países asiáticos, el gobierno de Bush aceptó volver a las conversaciones, lo que condujo a un acuerdo, en septiembre de 2005, en el sentido de que Corea del Norte abandonaría «todas las armas nucleares y los programas nucleares existentes» y permitiría las inspecciones, a cambio de ayuda internacional con un reactor de agua ligera y de un compromiso de no agresión por parte de Estados Unidos. El acuerdo establecía que ambos lados «respetarían mutuamente su soberanía, coexistirían juntos pacíficamente y tomarían medidas para normalizar las relaciones».

Si se hubiese llevado a cabo el acuerdo no habría habido una prueba nuclear norcoreana ni se habría agudizado el conflicto, que lindaba siempre con una guerra nuclear.

El gobierno de Bush, en buena medida tal como ocurrió en el caso de Irán durante los mismos años, se inclinó por la confrontación, antes que por la diplomacia, e inmediatamente socavó el acuerdo. Desmanteló el consorcio internacional organizado para proporcionar el reactor de agua ligera, renovó las amenazas de fuerza y presionó a los bancos para que congelaran las cuentas en divisas de Corea del Norte. Adujo que este país estaba utilizando los bancos para hacer transferencias ilegales, tal vez para la falsificación de moneda, aunque las evidencias, en el mejor de los casos, son someras.

Sin embargo, para febrero de este año [2007] «la creciente presión sobre el régimen norcoreano y una administración norteamericana dispuesta a la guerra que buscaba tener éxito en sus tratos con uno de los ‘ejes del mal’ habían contribuido a volver e insuflar de vida a un proceso que desde hacía mucho tiempo se consideraba terminal», según escribió Anna Fifield en el *Financial Times*.

El nuevo acuerdo es similar al que Washington había frustrado en 2005. Inmediatamente después de alcanzarlo, el gobierno reconoció que sus imputaciones de 2002 contra Corea del Norte se basaban en evidencias dudosas. La administración Bush, célebre por adaptar los hechos a su política en Iraq, también puede haber desvirtuado la información de inteligencia en Corea del Norte.

«No queda claro por qué se está revelando ahora la nueva evaluación —escribieron David E. Sanger y William J. Broad en el *New York Times*—. Pero algunos funcionarios sugirieron que el momento podía vincularse con el reciente acuerdo norcoreano de volver a abrir sus puertas a los inspectores internacionales de armas. Como consecuencia de ello, dijeron estos funcionarios, los organismos de inteligencia se están enfrentando a la posibilidad de que una vez más se comparen sus valoraciones con lo que se encuentra realmente en el terreno».

La lección del ciclo de reciprocidad y revanchas, conversaciones y amenazas, es, según observa Sigal, que la diplomacia puede funcionar si se la practica de buena fe.

LAS GUERRAS DE LA TORTILLA

9 de mayo de 2007

El caos que se deriva de lo que se denomina el orden internacional puede ser doloroso si sobre uno recae el poder que determina la estructura de ese orden.

En ese esquema poco grandioso participan hasta las tortillas. Recientemente, en muchas regiones de México, los precios de las tortillas se dispararon más de 50%. En enero, en la ciudad de México, decenas de miles de trabajadores y campesinos se reunieron en la plaza central de la urbe, el Zócalo, para protestar por los elevadísimos precios de las tortillas.

En respuesta, el gobierno del presidente Felipe Calderón hizo un trato con productores y minoristas mexicanos para limitar el precio de las tortillas y de la harina nixtamalizada, recurso que muy probablemente habría de ser temporal.

En parte, la amenaza del aumento de precios al alimento básico de los trabajadores y los pobres de México es lo que podríamos denominar el efecto etanol: una consecuencia de la estampida norteamericana hacia el etanol basado en el maíz como sustituto energético del petróleo, cuyas fuentes principales, desde luego, se encuentran en regiones que desafían todavía más profundamente el orden internacional.

También en Estados Unidos el efecto etanol ha hecho elevarse los precios de una gran diversidad de alimentos, incluyendo además los otros cultivos, el ganado y las aves de corral.

Desde luego, la relación entre la inestabilidad en el Medio Oriente y el costo de alimentar a una familia en América no es directa. Pero, tal como

ocurre con todo el comercio internacional, el poder es el que inclina la balanza. Desde hace mucho tiempo una meta fundamental de la política exterior norteamericana ha sido la de crear un orden global en el cual las corporaciones estadunidenses tengan libre acceso a los mercados, los recursos y las oportunidades de inversión. El objetivo suele conocerse como «libre comercio», posición que, al ser examinada, no tarda en derrumbarse.

No es algo muy distinto de lo que Gran Bretaña, predecesora en el dominio mundial, imaginó durante la última parte del siglo XIX, cuando adoptó el libre comercio después de que ciento cincuenta años de intervención estatal y de violencia habían ayudado a esa nación a alcanzar un poder industrial muchísimo más grande que el de cualquiera de sus rivales.

Estados Unidos ha seguido en gran medida el mismo patrón. En términos generales las grandes potencias están dispuestas a practicar de manera limitada el libre comercio cuando están convencidas de que les irá bien a los intereses económicos que se encuentran bajo protección. Ésta ha sido y sigue siendo una característica primordial del orden internacional.

El auge del etanol coincide con el patrón. Tal como lo comentan los economistas agrícolas C. Ford Runge y Benjamin Senauer en el último número de *Foreign Affairs*, «desde hace mucho la industria del biocombustible ha estado dominada, no por las fuerzas del mercado, sino por la política y por los intereses de unas pocas compañías grandes», mayormente Archer Daniels Midland, el principal productor de etanol. La producción de etanol es conveniente gracias a dos sustanciales subsidios del Estado y las muy altas tarifas arancelarias que permiten excluir el muy barato y más eficiente etanol brasileño basado en el azúcar.

En marzo [de 2007], durante el viaje del presidente Bush a América Latina, el único logro proclamado fue un acuerdo con Brasil para la producción conjunta de etanol. Pero Bush, mientras recitaba la retórica del libre comercio para los demás, de la forma habitual, subrayó enérgicamente que perduraría la elevada tarifa para proteger a los productores norteamericanos, junto, desde luego, con las muchas formas de subsidio gubernamental para la industria.

Pese a los inmensos subsidios agrícolas pagados por los contribuyentes, los precios del maíz —y de las tortillas— han ido aumentando rápidamente. Uno de los factores de ello es que los usuarios industriales de maíz importado en Estados Unidos adquieren cada vez más variedades mexicanas más baratas usadas para las tortillas, con lo cual elevan los precios.

El Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), de 1994, auspiciado por Estados Unidos, también puede tener un papel significativo, papel que probablemente se vuelva mayor. Uno de los impactos inequitativos del TLCAN fue inundar a México con exportaciones agroindustriales muy subsidiadas, alejando de la tierra a los productores mexicanos.

El economista mexicano Carlos Salas reseña datos que permiten observar que, tras una continua elevación hasta 1993, el empleo agrícola empezó a declinar cuando entró en vigor el TLCAN, sobre todo entre los productores de maíz; según concluyen tanto él como otros economistas, esto fue una consecuencia directa del tratado. En los años transcurridos desde la firma del mismo una sexta parte de la mano de obra agrícola mexicana se ha visto desplazada, proceso que continúa, deprimiendo los salarios en otros sectores de la economía y promoviendo la emigración a Estados Unidos. Max Correa, secretario general del grupo Central Campesina Cardenista, calcula que «por cada cinco toneladas que se compran a productores extranjeros, hay un campesino que se convierte en candidato a la emigración».

Cabe suponer que no es una mera coincidencia que en 1994 el presidente Clinton militarizase la frontera con México, antes abierta, simultáneamente con la implementación del Tratado de Libre Comercio.

El régimen de «libre comercio» aleja a México de la autosuficiencia alimentaria y lo lleva a depender de las exportaciones norteamericanas. Y a medida que el precio del maíz en Estados Unidos se eleva, estimulado por el poder corporativo y la intervención estatal, es de prever que el precio de los productos básicos mantendrá un marcado ascenso en México.

Los biocombustibles tienen cada vez más probabilidades de «matar de hambre a los pobres» de todo el mundo, según afirman Runge y Senauer, a

medida que los cultivos básicos se dedican a la producción de etanol para los privilegiados, como ocurre con la mandioca en el África subsahariana, por citar un ejemplo ominoso. Mientras tanto, en el sudeste de Asia se están desmontando y quemando los bosques tropicales para cultivar palmeras aceiteras destinadas a los biocombustibles, y se están presentando amenazantes efectos ambientales también en Estados Unidos debido a la producción rica en insumos de etanol a base de maíz.

El alto precio de las tortillas y otros caprichos más crueles del orden internacional ilustran la interconexión de los acontecimientos desde el Medio Oriente hasta el Medio Oeste norteamericano, así como la urgencia de establecer un comercio basado en acuerdos verdaderamente democráticos entre los pueblos, y no en visiones cuya ansia especial es la de obtener, cualquiera que sea el costo humano, beneficios para intereses corporativos protegidos y subsidiados por el Estado al que en buena medida dominan.

SOMOS LOS DUEÑOS DEL MUNDO

6 de junio de 2007

En las sociedades burdas y brutales la línea del partido se proclama públicamente y tiene que ser obedecida, so pena de enfrentarse a las consecuencias. Lo que cada quien cree es asunto suyo, y no tiene mayor importancia.

En las sociedades en las que el Estado ha perdido la capacidad de controlar por la vía de la fuerza no se proclama la línea del partido sino que, más bien, se la presupone y, a partir de ello, se promueve un enérgico debate dentro de los límites impuestos por la ortodoxia doctrinaria tácita.

El sistema burdo lleva a una incredulidad natural. La variante sofisticada da la impresión de apertura y libertad, y sirve para instigar la línea del partido como algo que está más allá de toda cuestión, más allá incluso del pensamiento, como el aire que respiramos.

En el punto muerto cada vez más precario en el que se encuentran Washington y Teherán, una línea del partido se enfrenta a la otra. Entre las víctimas inmediatas bien conocidas están los iraníes-estadunidenses detenidos, Parnaz Azima, Haleh Esfandiari, Ali Shakeri y Kian Tajbakhsh. Pero todo el mundo es rehén del conflicto entre Estados Unidos e Irán, en el cual, después de todo, la apuesta es nuclear.

No es sorprendente que el anuncio del presidente Bush de un «brote» en Iraq —como reacción al llamamiento de la mayoría de los estadunidenses para iniciar acciones con miras a la retirada, y a las demandas más enérgicas todavía de los (irrelevantes) iraquíes— fuese acompañado por ominosas filtraciones acerca de luchadores con base en Irán y de improvisados

artefactos explosivos fabricados en ese país, que tenían por propósito descalabrar la misión de Washington de alcanzar la victoria, que es noble (por definición).

Se produjo entonces el debate previsible: los halcones dicen que tenemos que tomar medidas violentas contra semejante interferencia externa en Iraq. Las palomas responden que debemos cerciorarnos de que las evidencias sean convincentes. Todo el debate puede prolongarse sin caer en el absurdo sólo a partir del supuesto tácito de que somos los dueños del mundo. Por consiguiente, la interferencia se limita a aquellos que obstaculizan nuestros objetivos en un país que invadimos y ocupamos.

¿Cuáles son los planes de la camarilla cada vez más desesperada que controla estrechamente el poder político en Estados Unidos? Los informes de amenazantes declaraciones privadas de miembros del personal del vicepresidente Cheney han incrementado los temores de una guerra más amplia.

«Uno no quiere darles argumentos adicionales a los nuevos locos que dicen 'Vayamos a bombardear Irán'», le dijo el mes pasado a la BBC Mohamed ElBaradei, director general de la Agencia Internacional de Energía Atómica. «Todas las mañanas despierto y veo que han muerto cien iraquíes, civiles inocentes».

Condoleezza Rice, la secretaria de Estado de Estados Unidos, en oposición a los «nuevos locos», presuntamente está siguiendo la vía diplomática con Teherán. Pero la línea del partido se mantiene sin cambio. En abril [de 2007] Rice habló de lo que diría si se encontrase con su contraparte iraní Manouchehr Mottaki en la conferencia internacional sobre Iraq por realizarse en Sharm el Sheikh. «¿Qué tenemos que hacer? Es bastante obvio —dijo Rice—. Detener el flujo de armas a los combatientes extranjeros; detener el flujo de combatientes extranjeros a través de las fronteras». Estaba refiriéndose, desde luego, a los combatientes y las armas iraníes. Los combatientes y las armas estadunidenses no son «extranjeros» en Iraq. Ni en ningún lado.

La premisa tácita que subyace a su comentario, y prácticamente a todas las discusiones públicas acerca de Iraq (y de otras naciones) es que somos los dueños del mundo. ¿No tenemos derecho a invadir y destruir otro país?

Claro que sí. Huelga decirlo. La única pregunta es si funcionará la escalada o alguna otra táctica. Tal vez esta catástrofe nos esté costando demasiado. Y ésos, con raras excepciones, son los límites de los debates entre los candidatos presidenciales, el congreso y los medios. Ésa es una de las razones por las cuales los debates son tan poco decisivos. No se pueden discutir las cuestiones básicas.

Sin duda Teherán merece una severa condena, definitivamente por su grave represión interna y por la retórica incendiaria del presidente Mahmoud Ahmadinejad (que tiene muy poco que ver con las relaciones exteriores). Sin embargo, resultaría útil preguntar cómo actuaría Washington si Irán hubiese invadido y ocupado Canadá y México, derrocado a sus respectivos gobiernos, asesinado a decenas de millares de personas, desplegado una enorme fuerza naval en el Caribe y emitido amenazas convincentes de destruir a Estados Unidos si no ponía alto de inmediato a sus programas (y armas) de energía nuclear. ¿Observaríamos tranquilamente?

Después de que Estados Unidos invadió Iraq, «los iraníes estarían chiflados si no hubiesen tratado de fabricar armas nucleares», dijo el historiador militar israelí Martin van Creveld.

Por supuesto, ninguna persona en su sano juicio quiere que Irán (o cualquiera) desarrolle armas nucleares. Una solución razonable de la crisis permitiría que Irán desarrollase energía nuclear, de acuerdo con los derechos que le corresponden como parte del Tratado de No Proliferación, pero no armas nucleares. ¿Será factible? Lo sería, con una única condición: que Estados Unidos e Irán fuesen sociedades democráticas funcionales, en las cuales la opinión pública tuviese un impacto significativo sobre la política pública, salvando el inmenso abismo que existe ahora en relación con muchas cuestiones críticas, ésta incluida.

Esa solución razonable tiene un apoyo abrumador entre los iraníes y los estadunidenses, que en términos generales coinciden en materia nuclear, según encuestas recientes desarrolladas por el Programa Internacional de Actitudes Políticas de la Universidad de Maryland. El consenso iraní-estadunidense se hace extensivo a la eliminación total de las armas nucleares en todos lados (82% de los norteamericanos) y, si no es posible

lograr eso, a «una zona libre de armas nucleares en el Medio Oriente, que incluiría a las naciones islámicas y a Israel» (71% de los norteamericanos). Para 75% de los estadunidenses es preferible construir relaciones con Irán antes que emplear amenazas de fuerza.

Estos hechos sugieren una posible manera de impedir que haga explosión la crisis actual y que incluso provoque tal vez una tercera guerra mundial, como lo predice el historiador militar británico Correlli Barnett. Esa aterradora amenaza podría evitarse mediante una propuesta familiar: promoción de la democracia… en Estados Unidos, donde hace mucha falta.

Aunque no podemos conducir el proyecto directamente en Irán, podemos actuar para mejorar las perspectivas de los valientes reformistas y opositores que están tratando de lograr precisamente eso. Entre ellos se cuentan personas como Saeed Hajjarian, la premio Nobel Shirin Ebadi, y Akbar Ganji, así como todos los que suelen quedar en el anonimato, entre ellos activistas sindicales.

Podemos mejorar las posibilidades de la promoción de la democracia en Irán si revertimos drásticamente la política de Estado en Estados Unidos de manera que refleje la opinión popular. Eso implicaría retirar las amenazas, que representan un regalo para los iraníes de línea dura y que, por esa razón, son amargamente condenadas por los iraníes que se preocupan verdaderamente por la promoción de la democracia. Podemos procurar abrir cierto espacio para quienes están tratando de derrocar desde adentro a esa teocracia reaccionaria y represiva, en lugar de socavar sus esfuerzos con amenazas y un militarismo agresivo.

Si bien no es una panacea, la promoción de la democracia constituiría un paso útil para ayudar a Estados Unidos a convertirse en un «jugador responsable» del orden internacional (por adoptar el término que emplean los adversarios) en lugar de ser objeto de temor y rechazo en gran parte del mundo. Aparte de ser un valor en sí misma, una democracia que funcione en Estados Unidos entraña la promesa de una sencilla realidad: el mundo no es nuestro, lo compartimos.

GAZA Y EL FUTURO DE UNA PAZ PALESTINA-ISRAELÍ

16 de julio de 2007

La muerte de una nación es un acontecimiento inusual y sombrío. Pero la visión de una Palestina unificada, independiente, amenaza con ser otra víctima de una guerra civil entre Hamás y Fatah, atizada por Israel y por su aliado y posibilitador, Estados Unidos.

El caos del mes pasado [junio de 2007] puede señalar el principio del fin de Autoridad Palestina. Tal vez no fuese algo del todo infortunado para los palestinos, en vista de los programas de Estados Unidos e Israel de convertirla en un régimen títere que supervise el absoluto rechazo que manifiestan estos aliados a un Estado independiente.

Los acontecimientos de Gaza tuvieron lugar en un contexto que se fue desarrollando. En enero de 2006 los palestinos votaron en una elección cuidadosamente vigilada, declarada libre y justa por observadores internacionales, pese a los esfuerzos estadunidenses e israelíes por inclinar la elección hacia su favorito, el presidente de Autoridad Palestina, Mahmoud Abbas, y su partido Fatah. Pero Hamás alcanzó una sorprendente victoria.

El castigo a los palestinos por votar por lo que no debían fue severo. Con el respaldo de Estados Unidos, Israel escaló su violencia en Gaza, retuvo fondos que tenía la obligación legal de transmitir a Autoridad Palestina, endureció el asedio y hasta interrumpió el flujo de agua a la árida Franja de Gaza.

Estados Unidos e Israel se cercioraron de que Hamás no tuviese oportunidad de gobernar. Rechazaron su llamamiento a un alto al fuego a largo plazo para negociar sobre un acuerdo de dos estados, en concordancia con los lineamientos de un consenso internacional al que Israel y Estados Unidos, prácticamente aislados, se han opuesto durante más de treinta años, con infrecuentes y temporales cambios de posición.

Mientras tanto Israel aceleró su programa de anexión, desintegración y encarcelamiento de los cantones palestinos cada vez más pequeños de la Margen Occidental, siempre con el respaldo de Estados Unidos, pese a ocasionales quejas sin importancia de este país, acompañadas por un guiño de ojo y un financiamiento generosísimo.

Hay un procedimiento habitual para derrocar a un gobierno no deseado: armar a los militares para prepararlos a fin de que den un golpe. Israel y Estados Unidos, su aliado, contribuyeron a armar y entrenar a Fatah para que ganase por la fuerza lo que perdió en las urnas, con un golpe militar en Gaza.

Un recuento detallado y documentado de David Rose publicado en *Vanity Fair* fue confirmado por Norman Olsen, quien trabajó durante 26 años en el servicio exterior, incluyendo cuatro años de trabajo en la Franja de Gaza y cuatro años en la embajada de Estados Unidos en Tel Aviv, y después removido hasta llegar a ser coordinador asociado del contraterrorismo en el Departamento de Estado. Olsen y su hijo analizaron los esfuerzos del Departamento de Estado para asegurar que su candidato, Abbas, pudiera ganar en las elecciones de enero de 2006 y, si esos esfuerzos fallaran, incitar a un golpe por el hombre fuerte de Fatah, Mohamed Dahlan. Pero «el bandolero de Dahlan se movió demasiado rápido», escribieron los Olsen, y un Hamás precautorio golpeó el debilitado intento golpista.

Estados Unidos también incitó a Abbas a reunir poder en sus propias manos, comportamiento adecuado a ojos de los miembros de la administración de Bush que defienden la dictadura presidencial. La estrategia fue un tiro por la culata, pero Israel y Estados Unidos se apresuraron a usar el resultado en su propio beneficio. Ahora tienen un pretexto para estrechar las restricciones sobre la población de Gaza.

«Persistir con semejante punto de vista en las circunstancias actuales es realmente genocida, y presenta riesgo de destruir a una comunidad palestina completa, que es parte integral de un todo étnico», escribe el especialista en derecho internacional Richard Falk, reportero especial para las Naciones Unidas del asunto Israel-Palestina.

Este escenario podría tener lugar a menos que Hamás cumpla las tres condiciones impuestas por la «comunidad internacional», término técnico que se refiere al gobierno de Estados Unidos y a cualquiera que lo siga. Para que se permita a los palestinos mirar más allá de los muros de su calabozo de Gaza, Hamás tiene que reconocer a Israel, renunciar a la violencia y aceptar los acuerdos previos, en particular la hoja de ruta del cuarteto (Estados Unidos, Rusia, la Unión Europea y las Naciones Unidas).

Es una asombrosa hipocresía. Como es obvio, Estados Unidos e Israel no reconocen a Palestina ni renuncian a la violencia. Tampoco aceptan los acuerdos previos. Si bien Israel aceptó formalmente el mapa de ruta, le adjuntó catorce reservas que lo desvertebraron. Por mencionar sólo la primera, Israel exigió que para que comenzase y prosiguiese el proceso los palestinos debían garantizar una total tranquilidad, educación para la paz, el cese a las incitaciones, el desmantelamiento de Hamás y de otras organizaciones, y otras condiciones; incluso si fuesen capaces de satisfacer esta demanda prácticamente imposible, el gabinete israelí proclamó que «la hoja de ruta no afirmará que Israel tiene que ponerle un alto a la violencia y a la incitación contra los palestinos».

El rechazo israelí a la hoja de ruta, con el apoyo estadunidense, resulta inaceptable para la autoimagen occidental, de modo que ha sido suprimido. Los hechos salieron finalmente a la luz pública con el libro de Jimmy Carter, *Palestine: Peace not apartheid*, que desencadenó un torrente de injurias y de esfuerzos desesperados por desacreditarlo.

Ahora, además de estar en posición de aplastar a Gaza, Israel, con el respaldo de Estados Unidos, también puede dedicarse a poner en práctica sus planes en la Margen Occidental, esperando contar con la cooperación tácita de los dirigentes de Fatah, que serán recompensados por su capitulación. Entre otras medidas, Israel comenzó a liberar los fondos —

calculados en 600 millones de dólares— que había congelado ilegalmente como reacción a la elección de enero de 2006.

Ahora el ex primer ministro Tony Blair decidió acudir al rescate. En opinión del analista político libanés Rami Khouri, «designar a Tony Blair como enviado especial para la paz árabe-israelí es algo así como nombrar al emperador Nerón jefe de bomberos de Roma». Blair es enviado del cuarteto, de nombre solamente. El gobierno de Bush dejó claro de inmediato que es enviado de Washington, con un mandato muy limitado. La secretaria de Estado Rice (y el presidente Bush) mantienen el control unilateral de las cuestiones importantes, mientras que a Blair sólo se le permitiría manejar los problemas de construir instituciones.

En cuanto al futuro a corto plazo, la mejor perspectiva consistiría en un arreglo de dos estados, de acuerdo con el consenso internacional. Y de ninguna manera se ha vuelto imposible. Es algo que apoya prácticamente el mundo entero, incluyendo a la mayoría de la población de Estados Unidos. Estuvo muy cerca de ocurrir en una ocasión, durante el último mes de la presidencia de Bill Clinton. En lo que constituyó el único alejamiento significativo de Estados Unidos del rechazo extremo durante los últimos treinta años, en enero de 2001 Estados Unidos apoyó las negociaciones de Taba, Egipto, que estuvieron a punto de alcanzar un arreglo de ese tipo antes de ser canceladas por el primer ministro israelí Ehud Barak.

En su última conferencia de prensa los negociadores de Taba expresaron su esperanza de que, si se les hubiera permitido continuar su labor conjunta, hubiese sido posible alcanzar un acuerdo. Los años transcurridos desde entonces han presenciado muchos horrores pero la posibilidad perdura. En cuanto al escenario más probable, da la impresión de estar desagradablemente cerca de la peor eventualidad, pero los asuntos humanos no son predecibles: es demasiado lo que depende de la voluntad y de la elección.

CONTENER A IRÁN

20 de agosto de 2007

En Washington está en proceso una notable y ominosa campaña para «contener a Irán», lo que significa «contener la influencia iraní», en una confrontación que el corresponsal del *Washington Post* Robin Wright llama «la segunda guerra fría».

La secuela amerita un cuidadoso escrutinio a medida que se va desplegando, según Wright, bajo la dirección de los ex kremlinólogos Condoleezza Rice y Robert M. Gates. Stalin había impuesto una cortina de acero para obstruir la influencia occidental; Bush-Rice-Gates están imponiendo una cortina verde para cancelar la influencia iraní.

La preocupación de Washington es comprensible. En Iraq, el apoyo iraní es bien recibido por gran parte de la población mayoritaria chiita. En Afganistán, el presidente Karzai describe a Irán como «una ayuda y una solución». En Palestina, Hamás, respaldado por Irán, ganó una elección libre, lo que provocó un salvaje castigo a la población palestina por parte de Estados Unidos y de Israel por haber «votado mal». En Líbano, la mayoría de los libaneses ven a Hezbolá, que cuenta con apoyo iraní, «como una fuerza legítima que defiende a su país de Israel», según informa Wright.

Y el gobierno de Bush, sin ironía, acusa a Irán de estar «interfiriendo» en Iraq, que por lo demás estaría presumiblemente libre de toda intervención extranjera. El debate posterior es parcialmente técnico. ¿De verdad se pueden rastrear hasta Irán los números de serie de los artefactos explosivos improvisados? Si es así, ¿está al tanto de ellos el liderazgo de Irán, o es algo que sólo saben los guardias revolucionarios iraníes? La Casa

Blanca, para ponerle fin al debate, planea designar a los guardias revolucionarios como una fuerza «terrorista global especialmente designada», acción sin precedentes contra la rama militar de un país, y que autorizaría a Washington a emprender una vasta gama de acciones punitivas.

La retórica militarista de «contener a Irán» ha escalado hasta el punto en el que ambos partidos políticos y prácticamente todo el cuerpo de prensa de Estados Unidos aceptan como algo legítimo y, de hecho, honorable. Y también que «todas las opciones están sobre la mesa», por citar a los principales candidatos a la presidencia… posiblemente incluso las armas atómicas.

La Carta de las Naciones Unidas proscribe «la amenaza o el uso de la fuerza». Estados Unidos, que ha optado por convertirse en un Estado ilegal, ignora las leyes y normas internacionales. Tenemos permitido amenazar a quien queramos… y a atacar a quien queramos.

La segunda guerra fría entraña también una carrera armamentista. Estados Unidos está proponiendo una venta de armas por valor de 20 mil millones de dólares a Arabia Saudita y otros estados del Golfo, elevando al mismo tiempo 30% la ayuda militar anual de Israel, hasta que alcance 30 mil millones de dólares en diez años. Egipto recibiría 14 mil millones en el curso de un decenio. El objetivo es contrarrestar «lo que todo el mundo en la región cree que es una manifestación de poder de un Irán más agresivo», dice un alto funcionario del gobierno estadunidense, que permanece en el anonimato. La «agresión» de Irán consiste en ser bienvenido en toda la región y, presuntamente, en apoyar a la resistencia contra las fuerzas de Estados Unidos en el vecino Iraq.

Indiscutiblemente el gobierno de Irán merece una dura crítica. La perspectiva de que ese país pueda desarrollar armas nucleares resulta profundamente inquietante. Aunque Irán tiene todo el derecho a desarrollar energía nuclear, nadie —y eso incluye a la mayoría de los iraníes— desea que tenga armas atómicas. Eso se sumaría a los peligros mucho más serios que presentan sus vecinos cercanos, Pakistán, India e Israel, todos los cuales, con la bendición de Estados Unidos, cuentan con armas nucleares.

Irán resiste el dominio estadunidense o israelí en el Medio Oriente pero difícilmente representa una amenaza militar. Cualquier riesgo potencial para Israel podría superarse si Estados Unidos aceptase el punto de vista de la gran mayoría de sus propios ciudadanos y de los iraníes y permitiese que el Cercano Oriente se convirtiese en una zona libre de armas nucleares, lo que incluiría a Irán e Israel, así como a las fuerzas norteamericanas desplegadas allí. También cabe recordar que la resolución 687, de 1991, del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, a la que Washington y Londres apelan en sus esfuerzos por proveer un débil pretexto para su invasión a Iraq, llama a «establecer en el Medio Oriente una zona libre de armas de destrucción masiva y de todos los misiles para el envío de las mismas».

La febril política de «contención» de la nueva guerra fría de Washington se ha hecho extensiva incluso a Europa. Estados Unidos quiere instalar un «sistema de defensa antimisiles» en la República Checa y en Polonia, y lo está promoviendo ante Europa como un escudo contra los misiles iraníes. Incluso si Irán tuviese armas atómicas y misiles de largo alcance, las probabilidades de que las usase contra Europa son más o menos equivalentes a las posibilidades de que sobre ese continente cayese un asteroide. De cualquier manera, si acaso Irán indicase la menor intención de dirigir un misil contra Europa o contra Israel, el país sería vaporizado.

Por supuesto, Rusia está profundamente alterada por la propuesta del escudo. Podemos imaginarnos cómo respondería Estados Unidos si se construyese un sistema antimisiles ruso en Canadá. Los rusos tienen las mejores razones para considerar que un sistema antimisiles es parte de un arma de ataque inicial contra ellos. Como bien se sabe, un sistema de ese tipo jamás lograría impedir un ataque inicial, pero es concebible que impidiese un ataque de represalia. Por consiguiente, desde todos los puntos de vista la «defensa antimisiles» debe entenderse como un arma de ataque inicial, eliminando una disuasión al ataque. Cosa más obvia todavía, la única función militar de semejante sistema en relación con Irán, que sería el objetivo declarado, consistiría en cancelar un disuasor iraní a la agresión estadunidense o israelí.

De manera que el escudo eleva unos cuantos niveles más la amenaza de guerra tanto en el Medio Oriente como en el resto del mundo, con

consecuencias incalculables, así como el potencial de una guerra nuclear terminal. El temor inmediato consiste en que, ya sea por accidente o intencionalmente, los planificadores bélicos de Washington o sus sucedáneos israelíes, puedan decidir escalar la segunda guerra fría para volverla caliente.

Hay muchas medidas no militares para «contener» a Irán, incluyendo una reducción de la retórica y la histeria generalizadas y acordando por primera vez realizar negociaciones serias… si es que en verdad todas las opciones están sobre la mesa.

HIPOCRESÍAS Y ESPERANZAS EN ANNAPOLIS

8 de noviembre de 2007

Los crímenes contra los palestinos en los territorios ocupados y en otros lugares, en particular desde que votaron «de manera equivocada» en la victoria de Hamás del año pasado, son tan impactantes que la única reacción emocionalmente válida es la ira y la exigencia de acciones extremas.

Pero eso no ayuda a las víctimas, y es probable que les haga daño. Nuestras acciones tienen que estar adaptadas a las circunstancias del mundo real, por difícil que pueda resultar mantener la calma frente a crímenes vergonzosos en los cuales nosotros, quienes vivimos en Estados Unidos, estamos involucrados directa y crucialmente.

Se acerca la conferencia del presidente Bush sobre Israel-Palestina en Annapolis, la primera iniciativa diplomática potencialmente seria de este gobierno en el conflicto.

En términos ideales, las negociaciones de Annapolis deberían iniciar en el punto que se había alcanzado en Taba, Egipto, en enero de 2001. Esa semana fue el único momento en treinta años en el que Estados Unidos e Israel abandonaron la postura de rechazo que han mantenido, prácticamente aislados, hasta el presente. Y Taba estuvo desgarradoramente cerca de un posible acuerdo de dos estados, con un intercambio razonable de tierras. La invención convencional es que en Taba los palestinos rechazaron la generosa oferta de Israel. En realidad, a la conferencia le puso fin

abruptamente el primer ministro israelí Ehud Barak en el momento en que los negociadores informaron que estaban próximos a alcanzar un acuerdo.

Tal vez Taba estuvo a punto de tener éxito porque Estados Unidos no figuraba ahí como mediador. Desde hace largo tiempo la política de Washington en relación con Israel-Palestina ha sido muy retorcida. «Todas las administraciones [estadunidenses] desde 1967, cuando Israel ganó una guerra y ocupó la Margen Occidental y la Franja de Gaza, han favorecido en privado la devolución de casi todo ese territorio a los palestinos a fin de crear un Estado palestino separado», observó Leslie Gelb, el respetado analista político, dos meses atrás [septiembre de 2007], en el *New York Times Book Review*. Adviértase el término «en privado». ¿Por qué no en público?

Gelb no puede haber querido decir que la diferencia de postura se debía al atemorizante *lobby* de Israel, ya que se esfuerza por negar la tesis de que es una fuerza poderosa e intimidante. Entonces, ¿por qué sólo «en privado»? Tal vez porque tal interpretación apoya la reconfortante imagen de sí mismo de Estados Unidos como «intermediario honesto», frustrado en nuestros nobles esfuerzos por extranjeros violentos e irracionales, con los palestinos en el papel protagónico del drama.

Sabemos lo que han dicho públicamente las administraciones. Han rechazado cualquier cosa remotamente de este tipo desde 1976, cuando Estados Unidos vetó una resolución del Consejo de Seguridad que requería un acuerdo de dos estados en la frontera internacional (la línea verde), y que incorporaba todos los fragmentos relevantes de la resolución 242 de Naciones Unidas, de noviembre de 1967.

En este momento prácticamente el mundo entero está de acuerdo en el consenso internacional de los dos estados según los lineamientos casi pactados en Taba. Esto incluye a todos los estados árabes, que llaman a la plena normalización de las relaciones con Israel. Incluye a Irán, que acepta la posición de la Liga Árabe. Incluye a Hamás, cuyos dirigentes han reclamado repetida y públicamente un acuerdo de dos estados, incluso en la prensa norteamericana. Hasta incluye a la figura más militante de Hamás, Jaled Meshal, exiliado en Siria.

Israel ha rechazado de manera consistente el consenso internacional, y Estados Unidos respalda plenamente ese rechazo. Bush II ha alcanzado nuevos extremos de rechazo, declarando que los asentamientos ilegales de la Margen Occidental deben seguir siendo parte de Israel. Pero la línea del partido se mantiene imperturbable: Bush, Condoleezza Rice y los demás ansían alcanzar la «visión» de Bush de un Estado palestino, persistiendo en la noble empresa del «intermediario honesto» de tanto tiempo.

Esa posición de rechazo va mucho más allá de las palabras. Son más significativas las acciones en el terreno: programas de establecimiento, el muro de la anexión, cierres, puntos de inspección y cosas mucho peores. La historia continúa mientras se acerca la conferencia de Annapolis. Un único ejemplo: Israel acaba de confiscar más tierras árabes para construir un camino circundante para los palestinos, a fin de «desviar el tráfico palestino entre Belén y Ramala hacia el desierto, y en los hechos eliminar [a los palestinos] de la parte central de la Margen Occidental», parte del proyecto de desarrollo E-1, al este de Jerusalén, destinado a incorporar a Israel el poblado de Ma’alé Adumim y, en la práctica, de dividir en dos la Margen Occidental, según expone la organización pacifista israelí Gush Shalom. «Con tales medidas políticas implantadas por el gobierno, la famosa conferencia de Annapolis queda despojada de todo significado mucho antes de reunirse».

No se ha hecho ninguna propuesta realista que no tome por lo menos como punto de partida un acuerdo de dos estados, siguiendo aproximadamente los lineamientos de Taba. Se produjeron después negociaciones informales que condujeron a varias propuestas detalladas, entre las que destaca el Acuerdo de Ginebra de diciembre de 2003, aplaudido por la mayor parte del mundo pero descartado por el «jefe al que se llama socio», que es como Amir Oren, el analista político israelí, describe la relación entre Estados Unidos e Israel. Sin el apoyo norteamericano, Israel no puede cumplir sus propósitos expansionistas, por lo cual la responsabilidad es nuestra, de los estadunidenses.

Quedan por delante numerosos obstáculos. Algunos de los asesores más cercanos de Ehud Olmert han suscrito una versión de la política de «intercambio de tierras» de Avigdor Lieberman, el dirigente del partido

ultraderechista Israel Beitenu. Tal intercambio les daría a los palestinos la autoridad técnica sobre la región del «triángulo», de población mayoritariamente árabe, de Israel, que bordea la línea verde. A cambio, Israel se anexaría los asentamientos de la Margen Occidental, que comprenden inapreciables recursos de agua y tierras valiosas, dejando el resto partido en cantones y encerrado, con la toma israelí del valle del Jordán. Desde luego, a los habitantes no se les consultará.

En las próximas semanas, y en el largo plazo, hay que realizar mucho trabajo educativo y organizativo en una población estadunidense en gran medida receptiva, aunque está inundada de propaganda y engaños. No será fácil. Nunca lo es. Pero con un esfuerzo dedicado y persistente se han logrado labores mucho más difíciles.

EL SÍNDROME DE SOMALIA

17 de diciembre de 2007

«Este pobre país se la pasa recibiendo un golpe tras otro», observó hace dos meses [octubre de 2007] Peter Goossens en una entrevista con Jeffrey Gettleman del *New York Times*. «Terminará por quebrarse». El país en cuestión es Somalia, y Goossens dirige el Programa Mundial de Alimentos, que en este momento está alimentando allí a alrededor de 1 200 000 personas, 15% de la población.

Esa tierra trágica y torturada «avanza hasta el borde mismo de una crisis —dice Goossens—. Cualquier otra cosita, una pequeña inundación o una sequía, los arrojará al abismo».

Somalia, desgarrada por la guerra y la hambruna, está asediada desde adentro y desde afuera. Con una vigilancia especialmente incrementada desde el 11 de septiembre, Estados Unidos ha reformulado sus ya antiguos esfuerzos por controlar el Cuerno de África (Djibouti, Etiopía, Eritrea y Somalia) como primera línea de la «guerra contra el terrorismo», y Somalia está en la punta misma. La crisis en curso de Somalia puede verse, en parte, como un daño colateral de esa «guerra contra el terrorismo» y de las preocupaciones geopolíticas reexpresadas en esos términos.

A medida que Somalia se hunde más profundamente en el caos, algunos miembros de la Unión Africana han mandado allí pequeñas fuerzas de conservación de la paz y se comprometieron a enviar más si se les proporcionan fondos. Pero es poco probable que lo hagan, «porque, para empezar [en Somalia] no existe paz alguna que conservar», les dijo en

mayo [2007] Richard Cornwell, del Instituto de Estudios de Seguridad de Sudáfrica a Scott Baldauf y Alexis Okeowo, del *Christian Science Monitor*.

En noviembre [de 2007] Naciones Unidas observó que Somalia tenía «tasas más altas de desnutrición, mayor derramamiento actual de sangre y menos trabajadores que proporcionasen ayuda que Darfur», reportó Gettleman. De hecho, Amedou Ould-Abdallá, el principal funcionario de Naciones Unidas para Somalia, describió su condición como «la peor del continente».

No obstante, según Eric Laroche, director de las operaciones humanitarias de Naciones Unidas en ese país, esta institución carece de capacidad para llegar a las personas hambrientas, desamparadas, enfermas y moribundas de Somalia.

«Si esto estuviese ocurriendo en Darfur habría un gran escándalo —dijo Laroche—. Pero Somalia es una emergencia olvidada desde hace años».

Una distinción difícil de pasar por alto es que la tragedia de Darfur puede achacársele a alguien, de hecho a un enemigo oficial —el gobierno de Sudán y sus milicias árabes—, mientras que la responsabilidad del actual desastre de Somalia, tal como ocurrió con otros que lo precedieron, yace sustancialmente en nuestras propias manos.

En 1992, tras el derrocamiento de la dictadura somalí por parte de milicias de base clánica, y de la consiguiente hambruna, Estados Unidos envió millares de soldados en una dudosa «misión de rescate» para colaborar con las operaciones humanitarias. Pero en octubre de 1993, durante la «batalla de Mogadiscio», dos helicópteros Black Hawk fueron derribados por milicianos somalíes, con un saldo de dieciocho *rangers* del ejército de Estados Unidos muertos, junto con tal vez unos mil somalíes.

De inmediato las fuerzas estadunidenses se retiraron de una forma que hizo que persistiese esa tasa homicida. «En las últimas etapas de la retirada de las tropas parecía que cada bala disparada contra ellas era respondida por un centenar», reportó el corresponsal de *Los Angeles Times* John Balzar. Por lo que se refiere a las bajas somalíes, el teniente general de la infantería de marina, Anthony Zinni, que comandaba la operación, informó a la prensa que «no estoy contando los muertos… no me interesa».

Funcionarios de la CIA admitieron, en privado, que durante los operativos estadunidenses en Somalia, en los cuales murieron 34 soldados norteamericanos, las bajas somalíes —de milicianos y de civiles— pueden haber ascendido a siete o diez mil, informó Charles William Maynes en *Foreign Policy*.

La «misión de rescate», que puede haber matado más o menos a tantos somalíes como los que salvó, dejó al país en manos de los brutales señores de la guerra.

«Después de eso, Estados Unidos —y gran parte del resto del mundo— le volvió la espalda, básicamente, a Somalia —informa Gettleman—. Pero en el verano de 2006 el mundo empezó a prestar atención nuevamente después de que del caos de los clanes emergió un movimiento islamista básico que se apoderó del control de gran parte del país», dejando sólo un enclave contiguo a Etiopía en manos del gobierno federal de transición, reconocido por Occidente.

Durante su breve paso por el poder los musulmanes «no nos causaron ningún problema», reporta Laroche. Ould-Abdallá llamó «era dorada» a los seis meses que gobernaron en Somalia, y que fueron el único periodo de paz que tuvo ese país a lo largo de años. Otros funcionarios de las Naciones Unidas están de acuerdo, y observan que «el país estuvo en mejores condiciones durante el breve reinado del movimiento islamista de Somalia, el año pasado», de lo que ha estado desde que Etiopía lo invadió, en diciembre de 2006, para imponer el dominio del gobierno federal de transición.

La invasión etíope, con respaldo y participación directa de Estados Unidos, tuvo lugar inmediatamente después de que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, por iniciativa estadunidense, aprobara la resolución 1725 para Somalia, que llamaba a todos los estados «a abstenerse de toda acción que pudiese provocar o perpetuar la violencia y las violaciones de los derechos humanos, contribuir a una tensión y desconfianza innecesarias, poner en peligro el alto al fuego y el proceso político o perjudicar más la situación humanitaria».

La invasión por parte del enemigo histórico de Somalia, la Etiopía cristiana, no tardó en provocar una amarga resistencia que condujo a la

crisis actual.

La razón oficial de la participación de Estados Unidos en el derrocamiento del régimen islamista en Etiopía es la «guerra contra el terrorismo», que ha generado terror ella misma, y eso sin mencionar sus propias atrocidades. Además, las raíces del régimen fundamentalista islámico se remontan a las primeras etapas de la «guerra contra el terrorismo».

Inmediatamente después de los ataques del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos encabezó un esfuerzo internacional por clausurar Al-Barakaat —una red somalí de transferencia de dinero con base en Dubai, que también maneja grandes negocios en Somalia—, sobre la base de que estaba financiando el terrorismo. Esta medida fue aclamada por el gobierno y los medios de comunicación como uno de los grandes éxitos de la «guerra contra el terrorismo». En contraste, poco interés generó un año después que Washington retirara sus imputaciones por considerar que carecían de méritos.

El principal impacto del cierre de Al-Barakaat se produjo en Somalia. Según las Naciones Unidas, en 2001 la empresa fue responsable de cerca de la mitad de las remesas por valor de quinientos millones de dólares a Estados Unidos, «más de lo que recibe de cualquier otro sector económico, y diez veces más que lo que obtiene (Somalia) por concepto de ayuda internacional».

Al-Barakaat también desempeñaba un importante papel en la economía, señala Ibrahim Warde en *The price of fear* [*El precio del temor*], su devastador estudio de la «guerra financiera contra el terrorismo» de Bush. El frívolo ataque contra una sociedad muy frágil «puede haber desempeñado un papel en el ascenso […] de los fundamentalistas islámicos», asevera Warde: otra consecuencia familiar de la «guerra contra el terrorismo».

La renovada tortura de Somalia cae en el ámbito de los esfuerzos de Estados Unidos por obtener un firme control sobre el Cuerno de África, donde ese país está lanzando un nuevo comando de África y ampliando las operaciones navales por rutas navieras esenciales, como parte de la campaña más amplia para garantizar su dominio sobre los recursos

primordiales de energía del mundo en la región del golfo y también en África.

Justo después de la segunda guerra mundial, cuando los planificadores del Departamento de Estado le estaban asignando a cada parte del mundo su «función» dentro del sistema global de dominio de Estados Unidos, África se consideraba poco importante. George Kennan, director del equipo de planeación de política del Departamento de Estado, recomendó que África se dejase en manos de Europa para que la «explotara» con miras a su reconstrucción. Ya no. Los recursos de África son demasiado valiosos para dejárselos a otros, sobre todo cuando China está extendiendo su alcance comercial.

Si la pobre Somalia termina de hundirse en el hambre y la miseria, no es más que una consecuencia marginal de los grandes designios geopolíticos, y no tiene mayor importancia.

«NOVEDADES» DE IRAQ, AFGANISTÁN Y PAKISTÁN

22 de enero de 2008

El ejército de ocupación de Estados Unidos en Iraq (que se conoce con el eufemismo de fuerza multinacional de Iraq) lleva a cabo amplios estudios de actitudes populares. Su informe de diciembre de 2007 sobre un estudio de grupos de enfoque era inesperadamente optimista.

El informe llegaba a la conclusión de que el estudio «brinda evidencias muy sólidas» para refutar la opinión habitual de que «la reconciliación nacional no es previsible ni es posible». Por el contrario, el trabajo encontraba que una sensación de «posibilidad optimista permeaba a todos los grupos de enfoque […] y entre estos grupos aparentemente diversos de iraquíes se encuentran muchos más elementos en común que diferencias».

Este descubrimiento de «creencias comunes» entre los iraquíes de todo el país es «una buena noticia, de acuerdo con un análisis militar de los resultados», reporta en el *Washington Post* Karen deYoung.

En el informe se identificaban las «creencias comunes». Según deYoung, «los iraquíes de todos los grupos de sectas y etnias creen que la invasión militar de Estados Unidos es la raíz primordial de las violentas diferencias que hay entre ellos y consideran que la partida de las ‘fuerzas de ocupación’ es la clave de la reconciliación nacional».

De manera que, de acuerdo con los iraquíes, hay esperanzas para la reconciliación nacional si los invasores, responsables de la violencia interna, se retiran y les dejan Iraq a los iraquíes.

El informe no mencionaba otras buenas noticias: los iraquíes parecen aceptar los máximos valores de los norteamericanos tal como se los estableció en el Tribunal de Núremberg; específicamente que la agresión —«la invasión por sus fuerzas armadas» por parte de un Estado «al territorio de otro Estado»— es «el máximo crimen internacional, que sólo difiere de otros crímenes de guerra porque contiene en sí mismo el mal acumulado del total». El principal fiscal norteamericano de Núremberg, el juez de la suprema corte Robert Jackson, insistió enérgicamente en que si no nos aplicábamos este principio a nosotros mismos el tribunal no sería más que una farsa.

A diferencia de los iraquíes, Estados Unidos, y de hecho Occidente en general, rechazan los elevados valores defendidos en Núremberg, interesante indicación de la sustancia del famoso «encuentro de civilizaciones».

El general David Petraeus y el embajador estadunidense ante Iraq, Ryan Crocker, comunicaron más buenas noticias durante la extravagante conmemoración escenificada el 11 de septiembre de 2007. Sólo un cínico podría suponer que la elección de la fecha tenía el propósito de insinuar las imputaciones de vínculos entre Saddam Hussein y Osama bin Laden que hacen Bush-Cheney, de manera que al cometer «el máximo crimen internacional» estaban defendiendo al mundo contra el terrorismo… que se multiplicó por siete como resultado de la invasión, de acuerdo con un análisis realizado el año pasado por los especialistas en terrorismo Peter Bergen y Paul Cruickshank.

Petraeus y Crocker proporcionaron cifras para demostrar que el gobierno iraquí estaba acelerando notablemente su gasto en reconstrucción, y que había alcanzado una cuarta parte del financiamiento destinado con ese fin. Buena noticia, en efecto, hasta que fue investigada por la Oficina de Contabilidad del Gobierno, que observó que la cifra real era una sexta parte de lo que informaban Petraeus y Crocker, una reducción de 50% en relación con el año anterior.

Otra buena noticia es la reducción de la violencia sectaria, que puede atribuirse en parte al éxito de la limpieza étnica homicida que los iraquíes le imputan a la invasión; quedan menos objetivos para las matanzas sectarias.

Pero también puede atribuirse a la decisión de Washington de brindar apoyo a los grupos tribales que había organizado para expulsar al al-Qaeda iraquí, así como a un aumento de las tropas estadunidenses.

Es posible que la estrategia de Petraeus pueda tener un éxito similar al de los rusos en Chechenia, donde las luchas ahora son «limitadas y esporádicas, y Grozny está viviendo un auge de la construcción» después de haber sido reducida a escombros por el ataque ruso, según informó en septiembre pasado [2007] C.J. Chivers en el *New York Times*.

Tal vez algún día también Bagdad y Faluya gocen de la «energía eléctrica restablecida en muchos vecindarios, la apertura de nuevos negocios y el repavimentado de las calles principales de la ciudad», como la floreciente Grozny. Es posible pero dudoso, si se toma en consideración la probable consecuencia de crear ejércitos de señores de la guerra que pueden constituir las simientes de una violencia sectaria todavía mayor, que se sume al «mal acumulado» de la agresión.

Los iraquíes no son los únicos que piensan que es posible la reconciliación nacional. Una encuesta llevada a cabo por canadienses descubrió que los afganos tienen esperanzas acerca del futuro y favorecen la presencia de tropas canadienses y de otros países; ésas son las «buenas noticias» que aparecieron en los encabezados.

Las letras pequeñitas sugieren algunos condicionamientos. Sólo 20% «piensa que los talibán prevalecerán una vez que se retiren las tropas extranjeras». Tres cuartas partes están a favor de las negociaciones entre el gobierno de Karzai, respaldado por Estados Unidos, y los talibán, y más de la mitad apoyan un gobierno de coalición. De modo que la gran mayoría discrepa enérgicamente de la postura estadunidense-canadiense, y piensa que la paz es posible si se da un giro hacia medios pacíficos. Aunque la pregunta no se planteaba en la encuesta, parece razonable suponer que se apoya la presencia extranjera en materia de ayuda y reconstrucción.

Desde luego, pueden plantearse muchas cuestiones a las encuestas celebradas en países que están bajo una ocupación militar extranjera, sobre todo en lugares como el sur de Afganistán. Pero los resultados de los estudios de Iraq y de Afganistán coinciden con investigaciones previas, y no deben ser descartados.

Encuestas recientes en Pakistán también arrojaron «buenas noticias» para Washington. Un enorme 5% está en favor de permitir que tropas extranjeras, de Estados Unidos o de otro país, ingresen a Pakistán «para perseguir o capturar a combatientes de al-Qaeda». Y 9% apoya que se permita a las fuerzas estadunidenses «perseguir y capturar a insurgentes talibán que han cruzado desde Afganistán».

Casi la mitad están en pro de permitir que sean las tropas pakistaníes las que hagan eso. Y sólo poquito más de 80% ve la presencia militar de Estados Unidos en Asia y Afganistán como un peligro para Pakistán, mientras que una abrumadora mayoría cree que Estados Unidos está tratando de perjudicar al mundo islámico.

La buena noticia es que estos resultados representan una considerable mejoría en relación con octubre de 2001, cuando una encuesta de *Newsweek* encontró que «83% de los pakistaníes encuestados dijeron estar del lado de los talibán, con un magro 3% que expresaba su apoyo por Estados Unidos», y más de 80% describía a Osama bin Laden como un guerrillero, y 6% como un terrorista.

Entre el caudal de nuevas noticias de toda la región, ahora hay mucho debate serio entre los candidatos políticos, los funcionarios gubernamentales y los analistas en relación con las opciones de que puede disponer Estados Unidos en Iraq. Hay una voz permanentemente ausente: la de los iraquíes. Tal como ocurriera en el pasado, sus «creencias comunes» son «bien conocidas». Pero no se les puede permitir escoger su senda propia, como no se les permite a los niños pequeños. Sólo los conquistadores tienen ese derecho.

Tal vez también aquí haya algunas lecciones respecto al «encuentro de civilizaciones».

EN LA CAMPAÑA, LA GUERRA INMENCIONABLE

28 de febrero de 2008

Iraq sigue siendo una preocupación significativa de la población, pero ésa es cuestión de poca monta en una democracia moderna.

No hace mucho se daba por sentado que la guerra de Iraq sería el tema central de la campaña presidencial, como lo fue en las elecciones legislativas de 2006. Pero prácticamente ha desaparecido, generando cierto desconcierto. Éste no debería existir.

El *Wall Street Journal* se acercó al tema en un artículo de primera plana sobre el «súper martes», el día en que se celebran muchas primarias: «Plataforma retrocede en contienda 2008 mientras votantes se concentran en personalidad». Para ser más precisos, la plataforma retrocede mientras los candidatos, los administradores partidistas y sus agencias de relaciones públicas se concentran en la personalidad. Como de costumbre. Y por buenas razones. Aparte de la irrelevancia de la población, puede ser peligrosa.

La teoría democrática progresista sostiene que la población —«desconocidos ignorantes y entremetidos»— debería ser un «espectador», y no un «participante» en la acción, como escribió Walter Lippmann.

Los participantes en la acción son conscientes, sin duda, de que, en relación con multitud de cuestiones importantes, ambos partidos políticos están bastante a la derecha de la población general, y que la opinión pública es consistente a lo largo del tiempo, tema que se analiza en un útil estudio,

The foreign policy disconnect: What Americans want from our leaders but don't get [*La desconexión de la política exterior: Lo que los estadunidenses quieren de nuestros líderes pero no lo consiguen*], de Benjamin Page y Marshall Bouton. De manera que es importante que la atención de la gente se desvíe hacia otro lado.

El verdadero trabajo del mundo es dominio de un liderazgo esclarecido. La comprensión común se revela más en la práctica que en palabras, aunque hay quienes lo expresan: el presidente Woodrow Wilson, por ejemplo, sostenía que una élite de caballeros con «ideales elevados» tenían que ser dotados de poder a fin de preservar «la estabilidad y la rectitud», esencialmente, la perspectiva de los padres fundadores. En años más recientes los caballeros se trasmutan en la «élite tecnocrática» y en los «intelectuales de acción» de Camelot, los neoconservadores «straussianos» de Bush II u otras configuraciones.

Para la vanguardia que defiende los elevados ideales y que tiene la responsabilidad de manejar la sociedad y el mundo, las razones por las que Iraq desaparece de la pantalla del radar no deberían resultar oscuras. Las explicó muy convincentemente el distinguido historiador Arthur M. Schlesinger Jr. cuando expresó la posición de las palomas cuarenta años atrás, cuando la invasión norteamericana a Vietnam del Sur estaba en su cuarto año y Washington se estaba preparando para sumar otros 100 000 hombres a los 175 000 que ya estaban desgarrando a Vietnam del Sur.

En ese momento la invasión lanzada por el presidente Kennedy enfrentaba dificultades y estaba imponiendo pesados costos sobre Estados Unidos, de manera que Schlesinger y otros liberales de Kennedy estaban transformándose, a regañadientes, de halcones en palomas.

En 1966 Schlesinger escribió que, desde luego, «todos rezamos» para que los halcones tengan razón al pensar que el embate de ese momento sería capaz de «suprimir la resistencia», y que si así era, «todos podamos aclamar la sabiduría y la experiencia del gobierno estadunidense» al lograr la victoria, dejando «a ese trágico país devastado y desolado por las bombas, quemado por el napalm, convertido en un yermo por los defoliantes químicos, tierra de ruina y destrucción» con su «entramado político e institucional» pulverizado. Pero probablemente la escalada no tendría éxito

y resultaría demasiado onerosa para nosotros, así que tal vez convendría repensar la estrategia.

A medida que los costos para nosotros comenzaban a ascender drásticamente, pronto resultó que todos habían sido siempre enérgicos opositores de la guerra (en un profundo silencio).

El razonamiento de las élites y las actitudes concomitantes se aplican con pocos cambios a los comentarios sobre la actual invasión norteamericana de Iraq. Y aunque la crítica de la guerra de Iraq es mucho más grande y de mayor alcance que en el caso de Vietnam en una etapa comparable, los principios que expresó Schlesinger siguen vigentes en los medios de comunicación y en los comentarios de ciertas personas.

Resulta interesante que el mismo Schlesinger adoptase una posición muy diferente ante la invasión de Iraq, en lo cual fue prácticamente el único de su círculo. Cuando las bombas empezaron a caer sobre Bagdad escribió que las medidas políticas de Bush «son alarmantemente parecidas a la política que utilizó el Japón imperial en Pearl Harbor, en una fecha que, como lo presagiara un presidente estadunidense anterior, vive en la infamia. Franklin D. Roosevelt tenía razón, pero hoy somos nosotros, los norteamericanos, los que vivimos en la infamia».

No se cuestiona que Iraq sea una «tierra de ruina y destrucción». Recientemente la agencia encuestadora británica Oxford Research Business actualizó su cálculo de muertes adicionales como resultado de la guerra a 1.03 millones… excluyendo las provincias de Karbala y Anbar, dos de las peores regiones. Ya sea que el cálculo resulte correcto, o que esté muy exagerado, como afirman algunos, no cabe duda de que el saldo es horrendo. Varios millones de personas han sido desplazadas dentro del mismo país. Gracias a la generosidad de Jordania y de Siria los millones de refugiados que huyen de las ruinas de Iraq, y que incluyen a la mayor parte de la clase profesional, no han sido simplemente exterminados.

Pero la bienvenida se está esfumando, entre otras razones porque Jordania y Siria no reciben un apoyo importante por parte de quienes perpetran los crímenes en Washington y en Londres; la idea de que admitan a esas víctimas, fuera de un puñado, es absurda e imposible de considerar.

Las guerras sectarias han devastado a Iraq. Bagdad y otras áreas han sido sometidas a una brutal limpieza étnica y entregadas a manos de señores de la guerra y milicias, eje primordial de la estrategia de contrainsurgencia actual, desarrollada por el general Petraeus, quien ganó fama pacificando Mosul, que es escenario ahora de algunos de los actos de mayor violencia.

Nir Rosen, uno de los periodistas más entregados e informados que ha estado sumergido en la abrumadora tragedia, publicó recientemente en *Current History* un epitafio, «The death of Iraq» [«La muerte de Iraq»].

«A Iraq se le ha dado muerte y jamás volverá a levantarse —escribe Rosen—. La ocupación norteamericana ha sido más desastrosa que la de los mongoles, que saquearon Bagdad en el siglo XIII», percepción usual también entre los iraquíes. «Ahora sólo los tontos hablan de 'soluciones'. No hay solución. La única esperanza es que tal vez el daño pueda ser contenido».

A pesar de la catástrofe Iraq sigue siendo una cuestión marginal en la campaña por la presidencia. Eso es natural en vista del espectro de opinión de las élites de halcones-palomas. Las palomas liberales se adhieren a su razonamiento y sus actitudes tradicionales, rogando que los halcones tengan razón y que Estados Unidos logre una victoria en una tierra de ruina y destrucción, imponiendo la «estabilidad», palabra en código para denominar la subordinación a la voluntad de Washington. Por doquier se estimula a los halcones y se silencia a las palomas con las optimistas informaciones de reducción del número de bajas después de la escalada.

Como ya vimos, en diciembre [de 2007] el Pentágono dio a conocer «buenas noticias» de Iraq: un estudio de grupos de enfoque de todo el país que descubrió que los iraquíes tienen «creencias comunes», de manera que tendría que ser posible la reconciliación, en oposición a lo que afirman los críticos de la invasión. Esas creencias comunes eran dos. Primero, la invasión estadunidense es la causa de la violencia sectaria que ha desgarrado a Iraq. Segundo, los invasores deberían retirarse y dejar a Iraq en manos de su pueblo.

Unas cuantas semanas después del informe del Pentágono, el militar experto en Iraq Michael R. Gordon escribió una reseña razonada y amplia de las opciones para la política iraquí con que contaban los candidatos de la

elección a presidente. En el debate está ausente una voz: la de los iraquíes. No es que se rechace su preferencia. Más bien no es digna de mención. Y parece que no se toma en cuenta ese hecho. Eso resulta razonable a partir del supuesto tácito habitual de casi todos los discursos en materia de asuntos internacionales: el mundo es nuestro, así que ¿qué importa lo que piensen los demás? Son no personas, por emplear el término utilizado por el diplomático e historiador británico Mark Curtis en su obra sobre los crímenes imperiales de Gran Bretaña.

Como de costumbre, los norteamericanos se suman a los iraquíes como no personas. Tampoco sus preferencias brindan opción alguna.

¿PODRÍA UN DEMÓCRATA CAMBIAR LA POLÍTICA ESTADUNIDENSE EN MEDIO ORIENTE?[2]

28 de marzo de 2008

Recientemente, cuando la corresponsal de ABC News Martha Raddatz interrogó al vicepresidente Cheney sobre las encuestas que mostraban que una mayoría abrumadora de los ciudadanos estadunidenses se oponen a la guerra en Iraq, él contestó: «¿Y?»

—Y… ¿no le importa lo que piensan los norteamericanos? —preguntó Raddatz.

—No —respondió Cheney, y explicó—: Creo que a uno no lo pueden hacer cambiar de curso las fluctuaciones de las encuestas de opinión pública.

Más tarde a Dana Perino, vocera de la Casa Blanca, que explicaba los comentarios de Cheney, se le preguntó si el público debería hacer un «aporte».

Su respuesta:

—Ya tuvieron su aporte. El pueblo estadunidense hace un aporte cada cuatro años, y así es como está establecido nuestro sistema.

Así es. Cada cuatro años el pueblo estadunidense puede escoger entre candidatos cuyas opiniones rechaza, y después tiene que cerrar la boca.

El público, que evidentemente no alcanza a comprender la teoría democrática, discrepa enérgicamente.

«Hay un 81% que dice que cuando toman ‘una decisión importante’ los dirigentes gubernamentales ‘tendrían que prestar atención a las encuestas de opinión pública porque eso les ayudaría a percibir las opiniones del público’», informa el Programa sobre Actitudes Políticas Internacionales de Washington.

Y cuando se pregunta «si piensan que las ‘elecciones son el único momento en el que debería tener influencia la opinión de la gente, o si también entre elecciones los dirigentes deberían tomar en consideración el sentir del pueblo para tomar decisiones’ un extraordinario 94% dice que los dirigentes gubernamentales deberían prestar atención a las opiniones del público entre elecciones».

Las mismas encuestas revelan que el público se hace pocas ilusiones acerca de la atención que se presta a sus deseos: 80% «dice que este país es manejado por unos pocos grandes intereses que se cuidan a sí mismos», no «en beneficio de todo el pueblo».

Con su ilimitado desinterés por la opinión pública, la administración Bush llegó muy lejos en el extremo nacionalista radical y aventurado del espectro político, y por esa razón se vio sujeta a críticas sin precedentes de las mayorías.

Es probable que un candidato democrático se mueva más hacia la norma centrista. No obstante, el espectro es estrecho. Si se observan los antecedentes y las afirmaciones de Hillary Clinton y Barack Obama, resulta difícil ver mayores razones para esperar que se produzcan cambios significativos en la política hacia el Medio Oriente.

Iraq

Es importante tener presente que ninguno de los candidatos democráticos ha expresado, en principio, una objeción a la invasión de Iraq. Me refiero al tipo de objeción que se manifestó universalmente cuando los rusos invadieron Afganistán o cuando Saddam Hussein invadió Kuwait: una condena sobre la base de que la agresión es un crimen, de hecho el «máximo crimen internacional», como lo precisó el Tribunal de Núremberg. Nadie criticó esas invasiones como una mera «torpeza estratégica» o como

el involucramiento «en la guerra civil de otro país, guerra que [ellos] no pueden ganar» (declaraciones que Obama y Clinton, respectivamente, hicieron más tarde en relación con la invasión de Iraq).

La crítica a la guerra de Iraq se hace por razones de costos y fracaso; por lo que se conocen como «razones pragmáticas», postura que se considera realista, seria, moderada… cuando se trata de crímenes occidentales.

Las intenciones de la administración Bush, y presumiblemente de McCain, se delinearon en una declaración de principios transmitida por la Casa Blanca en noviembre de 2007, un acuerdo entre Bush y el gobierno iraquí de Nuri al-Maliki, respaldado por Estados Unidos.

La declaración permite que las fuerzas norteamericanas se queden indefinidamente para «desalentar la agresión extranjera» (aunque el único peligro de agresión en la región lo representan Estados Unidos e Israel, y presumiblemente no es ésa la intención), y por seguridad interna, aunque no, desde luego, seguridad interna para un gobierno que rechazase el dominio estadunidense. La declaración compromete también a Iraq a facilitar y promover «el flujo de inversiones extranjeras a Iraq, especialmente de inversiones norteamericanas» —expresión inusualmente descarada de la voluntad imperial, y reiterada enérgicamente en otra declaración de Bush en enero del año siguiente.

En síntesis, Iraq tiene que seguir siendo un Estado cliente, acceder a permitir instalaciones militares estadunidenses permanentes (denominadas «perdurables» en el lenguaje orwelliano que se prefiere) y garantizar prioridad a los inversionistas de Estados Unidos en el acceso a sus inmensos recursos petroleros, afirmación razonablemente clara de los objetivos de la invasión, que resultaban evidentes a cualquiera que no estuviese cegado por la doctrina oficial.

¿Cuáles son las alternativas para los demócratas? Se pusieron en claro en marzo de 2007, cuando la Cámara de Diputados y el Senado aprobaron propuestas que fijaban fechas límite para la retirada. El general (retirado) Kevin Ryan, investigador titular del Centro Belfer de Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard, analizó las propuestas para el *Boston Globe*.

Las propuestas permiten que el presidente renuncie a sus restricciones en pro de la «seguridad nacional», lo que le deja la puerta totalmente abierta, escribe Ryan. Permiten que las tropas permanezcan en Iraq «mientras estén desempeñando una de tres misiones específicas: proteger instalaciones, ciudadanos o fuerzas estadunidenses; combatir contra al-Qaeda o contra terroristas internacionales, y adiestrar a las fuerzas de seguridad iraquíes».

Las instalaciones incluyen las enormes bases militares norteamericanas que se están construyendo en todo el país y la embajada de Estados Unidos, que de hecho es una ciudad autocontenida dentro de una ciudad, con lo que no se parece a ninguna embajada del mundo. Ninguno de estos grandes proyectos de construcción se emprendieron con la expectativa de abandonarlos.

Las otras condiciones tampoco tienen fecha de finalización. «La manera más correcta de entender las propuestas es como una modificación de la misión de nuestras tropas —sintetiza Ryan—. Tal vez sea una buena estrategia… pero no es una retirada».

Es difícil ver mucha diferencia entre las propuestas demócratas del 7 de marzo y las de Obama y Clinton.

Irán

Por lo que se refiere a Irán, se considera a Obama más moderado que Clinton, y su lema principal es «cambio». Así que atengámonos a él.

Obama pide mayor disposición a negociar con Irán pero dentro de las restricciones habituales. Se informa que su posición consiste en que «ofrecería alicientes económicos y una posible promesa de no tratar de conseguir un ‘cambio de régimen’ si Irán dejase de intervenir en Iraq, cooperase en cuestiones de terrorismo y nucleares», y además dejase de «actuar irresponsablemente» al apoyar a los grupos chiitas militantes de Iraq.

A uno se le ocurren algunas cuestiones obvias. Por ejemplo, cómo reaccionaríamos nosotros si el presidente iraní Mahmoud Ahmadinejad dijese que ofrecería una posible promesa de no tratar de conseguir un

«cambio de régimen» en Israel si este país pusiese fin a sus actividades ilegales en los territorios ocupados y cooperase en cuestiones de terrorismo y nucleares.

El enfoque moderado de Obama está muy del lado militante de la opinión pública, hecho que pasa inadvertido, como suele ocurrir. Igual que todos los demás candidatos viables, Obama ha insistido a lo largo de toda la campaña electoral en que Estados Unidos tiene que amenazar a Irán con un ataque (la frase habitual es «mantener abiertas todas las opciones»), lo que constituye una violación de la carta de las Naciones Unidas, en caso de que a alguien le importe. Por eso una gran mayoría de los estadunidenses están en desacuerdo: 75% se inclina por establecer mejores relaciones con Irán, en comparación con 22% que apoya las «amenazas implícitas», de acuerdo con el Programa sobre Actitudes Políticas Internacionales.

De manera que todos los candidatos que aún subsisten se enfrentan, en relación con este tema, a la oposición de las tres cuartas partes del público.

Se ha estudiado cuidadosamente la opinión norteamericana e iraní sobre la cuestión medular de la política nuclear. En ambos países una gran mayoría afirma que Irán debería tener los mismos derechos que cualquier otro firmante del Tratado de No Proliferación: desarrollar energía nuclear pero no armas nucleares.

Las mismas grandes mayorías apoyan el establecimiento de «una zona libre de armas nucleares en el Medio Oriente, que incluyese tanto a los países musulmanes como a Israel». Más de 80% de los estadunidenses se inclinan por eliminar enteramente las armas nucleares, obligación legal de los estados que las poseen, rechazada oficialmente por la administración Bush.

Y seguramente los iraníes coincidirían con los estadunidenses en que Washington podría finalizar sus amenazas militares y volver a las relaciones normales.

En un foro celebrado en Washington cuando se dieron a conocer las encuestas del Programa Internacional de Actitudes Políticas, en enero de 2007, Joseph Cirincione, vicepresidente primero de seguridad nacional y política internacional en el Center for American Progress (y asesor de Obama) dijo que las encuestas mostraban «el sentido común tanto del

pueblo norteamericano como del pueblo iraní [que] parece capaz de elevarse por encima de la retórica de sus propios líderes para encontrar soluciones de sentido común a algunas de las cuestiones más cruciales» a las que se enfrentan ambas naciones, apoyando soluciones diplomáticas pragmáticas a sus diferencias.

Aunque no contamos con registros internos, hay buenas razones para creer que el Pentágono se opone a un ataque contra Irán. La renuncia del almirante William Fallon, el 11 de marzo [de 2008], como jefe del comando central, responsable del Medio Oriente, se interpretó de manera generalizada como imputable a su oposición a un ataque, que compartía probablemente con el comando militar en general.

La estimación nacional de inteligencia de diciembre de 2007 que informaba que Irán no había desarrollado un programa de armas nucleares desde 2003, cuando intentó pero no logró alcanzar un acuerdo amplio con Estados Unidos, refleja tal vez la oposición de la comunidad de inteligencia a la acción militar.

Hay muchas incertidumbres. Pero es difícil ver señales concretas de que una presidencia demócrata pudiese mejorar mucho la situación, por no hablar ya de imponer una política que concordase con la opinión norteamericana o mundial.

Israel-Palestina

Tampoco sobre el tema de Israel-Palestina los candidatos han dado razón alguna para esperar algún cambio constructivo.

En su sitio web, Obama, el candidato del «cambio» y la «esperanza», afirma que «apoya enérgicamente la relación entre Estados Unidos e Israel, cree que nuestro primer e incontrovertible compromiso en el Medio Oriente tiene que ser la seguridad de Israel, el aliado más firme de Estados Unidos en el Medio Oriente».

Queda perfectamente claro que son los palestinos los que se enfrentan, con mucho, al problema más grave de seguridad, de hecho a un problema de supervivencia. Pero los palestinos no son «un aliado firme». En el mejor de los casos, tal vez sean un aliado muy débil. Por eso su trance merece

poco interés, de acuerdo con el principio operativo de que los derechos humanos están determinados en gran medida por las contribuciones al poder, la rentabilidad y las necesidades ideológicas.

El sitio web de Obama lo presenta como un súper halcón por lo que se refiere a Israel. «Cree que el derecho de Israel a existir como Estado judío jamás debería ser cuestionado». No consta que exija que el derecho de los países a existir como estados musulmanes (o cristianos, o blancos) «jamás debería ser cuestionado».

Obama llama a incrementar la ayuda exterior «para garantizar que se cumplan [las] prioridades de financiamiento [de asistencia militar y económica a Israel]». También insiste enérgicamente en que Estados Unidos no debe «reconocer a Hamás a menos que renuncie a su misión fundamental de eliminar a Israel». Ningún Estado puede reconocer a Hamás, que es un partido político, así que a lo que se refiere debe ser al gobierno formado por Hamás después de una elección libre que salió «como no debía» y que por lo tanto es ilegítima, de acuerdo con los conceptos prevalecientes de «democracia» de la élite.

Y se considera irrelevante que Hamás haya llamado repetidamente a un acuerdo de dos estados, en concordancia con el consenso internacional, que Estados Unidos e Israel rechazan.

Obama no ignora a los palestinos: «Obama considera que una vida mejor para las familias palestinas es algo bueno tanto para los israelíes como para los palestinos». Añade también una referencia a dos estados que vivan uno junto al otro, lo bastante vaga como para no resultar problemática para los halcones norteamericanos e israelíes.

Para los palestinos existen ahora dos opciones. Una es que Estados Unidos e Israel abandonen su rechazo unilateral de los últimos treinta años y acepten el consenso internacional de un acuerdo de dos estados, en concordancia con la legislación internacional y, de paso, con los deseos de una gran mayoría de los estadunidenses. Esto no es imposible, aunque los dos estados que lo rechazan se estén esforzando para que así lo sea.

Una segunda posibilidad es la que están poniendo en práctica ahora Estados Unidos e Israel. Los palestinos quedarán encerrados en su prisión de Gaza y en los cantones de la Margen Occidental, prácticamente

separados unos de otros por asentamientos israelíes y por enormes proyectos de infraestructura, y todos ellos aprisionados cuando Israel ocupe el valle del Jordán.

Sin embargo, las circunstancias pueden cambiar, y tal vez cambien los candidatos junto con ellas, en beneficio de Estados Unidos y de la región. Tal vez la opinión pública no sigue estando marginada ni sea fácil de ignorar. Las concentraciones de poder económico nacional que configuran en gran medida la política pueden llegar a reconocer que sus intereses serán mejor atendidos si se unen al público general, y al resto del mundo, que si aceptan la línea dura de Washington.

POSPONER EL DÍA DEL JUICIO FINAL: LOS RETOS DE ESTE SIGLO

24 de abril de 2008

El reto primordial al que se enfrenta la gente del mundo es, literalmente, sobrevivir.

El general Lee Butler, ex jefe del Comando Estratégico de Estados Unidos (STRATCOM), lo expresó claramente hace una década. A lo largo de toda su prolongada carrera militar estuvo «entre los más ávidos de quienes conservaban la fe en las armas nucleares», escribió, pero ahora recae sobre él «la carga de declarar con toda la convicción que soy capaz de reunir que, en mi opinión, nos han dado un servicio terriblemente malo».

Butler plantea una alarmante pregunta: «¿Con qué autoridad sucesivas generaciones de líderes de los estados que tienen armas nucleares usurpan el poder de dictar las probabilidades de que continúe la vida en nuestro planeta? Cosa más imperativa, ¿por qué esa asombrosa audacia persiste en un momento en el que tendríamos que temblar a la vista de nuestra estupidez y unirnos en nuestro compromiso por abolir sus manifestaciones más mortíferas?»

Para nuestra vergüenza, su interrogante no sólo sigue sin tener respuesta sino que también ha adquirido una mayor urgencia.

Butler puede haber estado reaccionando a uno de los documentos de planeación más pasmosos que pueden encontrarse, el informe de STRATCOM de 1995, «Los elementos esenciales de la disuasión después de la guerra fría».

El informe aconsejaba que se mantuviesen los recursos militares dirigidos contra la ex Unión Soviética, pero con una misión ampliada. Debe dirigírselos también contra los «estados bandidos» del tercer mundo, en consonancia con la visión del Pentágono de que «el entorno internacional ha evolucionado de ser un 'ambiente rico en armas' [la Unión Soviética] a ser un 'ambiente rico en objetivos' [el tercer mundo]».

Incluso si no se las usa, «las armas nucleares siempre pueden arrojar una sombra sobre cualquier crisis o conflicto», señaló STRATCOM, lo que nos permite lograr nuestros fines por medio de la intimidación.

Las armas nucleares «parecen estar destinadas a ser el elemento central de la disuasión estratégica estadunidense durante el futuro previsible». Debemos rechazar una «política de no ser el primero en usarlas» y dejarles bien claro a nuestros adversarios que nuestra «reacción» puede ser «ya sea en respuesta o precautoria».

Además, «nos perjudica mostrarnos como demasiado racionales y serenos». La «personalidad nacional que proyectamos» debe dejar en claro «que Estados Unidos puede volverse irracional y vengativo si se atacan sus intereses vitales, y que algunos elementos pueden dar la impresión de quedar potencialmente 'fuera de control'».

Aparte de los márgenes de disidencia, el informe parece no haber provocado ningún interés.

Cuarenta años antes Bertrand Russell y Albert Einstein habían advertido que nos enfrentamos a una elección «sombría, terrible e ineludible: ¿Le pondremos fin a la raza humana o la humanidad renunciará a la guerra?». No estaban exagerando.

Una catástrofe ambiental no es una amenaza menos grave a la supervivencia, en un futuro no muy distante. Un enfoque serio requerirá sin duda cambios socioeconómicos significativos y la asignación de recursos a innovaciones tecnológicas, en particular al uso de la energía solar, según afirman muchos científicos.

Una amenaza relacionada es el acceso limitado a los medios básicos para la vida: agua y alimento suficiente. Las soluciones a corto plazo incluyen la desalinización, por ejemplo, en la cual Arabia Saudita está bien a la cabeza por lo que se refiere a la escala, e Israel por lo que hace a la

tecnología. Ésta es una de las muchas bases para la cooperación constructiva… si Estados Unidos e Israel permitiesen darle una solución al conflicto israelí-palestino, de acuerdo con el consenso internacional, con un arreglo viable de dos estados, cosa que han venido impidiendo durante treinta años, con raras y breves excepciones, lo que constituye otro desafío crítico de vastas repercusiones.

Hay muchas incertidumbres respecto a cómo manejar esas cuestiones. Pero podemos tener la certeza de que cuanto más se tarde en confrontarlas, mayor será el costo para las generaciones venideras.

Por lo menos está claro cómo ponerle fin a la amenaza de las armas nucleares: eliminarlas, obligación legal de las potencias nucleares, como lo determinó la Corte Mundial una década atrás.

Más en general, existen planes sensatos para restringir toda producción de materiales fisibles utilizables en armas a un organismo internacional, al cual los estados puedan solicitarlo para fines no militares. El Comité de Desarme de Naciones Unidas ha votado ya un tratado verificable en estos términos, en noviembre de 2004. El voto fue de 147 a 1 (Estados Unidos), con dos abstenciones (Israel y Gran Bretaña).

Un importante paso temporal consistiría en establecer zonas libres de armas nucleares. Existe ya una cantidad de dichas zonas, por ejemplo en África, en el Pacífico sur y en el sudeste de Asia, aunque, como siempre, su significación depende de la disposición de las grandes potencias a cumplir las reglas. En África y en el Pacífico sur Estados Unidos se rehúsa a hacerlo, manteniendo armas nucleares en bases bajo su control (Diego García, islas del Pacífico), e insistiendo en el tránsito de armas nucleares.

En ningún lugar sería más valioso el establecimiento de una zona de ese tipo que en el Medio Oriente. En abril de 1991 el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas confirmó: «la meta de establecer en el Medio Oriente una zona libre de armas de destrucción masiva y de todos los misiles para el envío de las mismas, y el objetivo de una proscripción global de las armas químicas» (resolución 687, artículo 14).

El compromiso es especialmente significativo para Estados Unidos y el Reino Unido, ya que ésa es la resolución en la que se basaron para buscar una frágil justificación legal de su invasión a Iraq.

La meta de una zona libre de armas nucleares en el Medio Oriente ha sido respaldada por Irán, y es apoyada por una gran mayoría de los estadunidenses y los iraníes. Sin embargo, es desechada por el gobierno estadunidense y por los dos partidos políticos, y resulta prácticamente inmencionable en la discusión habitual.

Una gran mayoría de los norteamericanos y de los iraníes, así como los países en desarrollo (el Grupo de los 77, que ahora cuenta con 130 miembros), también está de acuerdo en que Irán tiene los «derechos inalienables» de todos los países que pertenecen al Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, de «desarrollar investigación, producción y uso de energía nuclear para propósitos pacíficos, sin discriminación», derechos que podrían ser extensivos también a Israel, Pakistán y la India si estas naciones aceptasen el tratado.

Cuando la prensa, como acostumbra, informa que Irán está desafiando «al mundo» porque enriquece uranio, está adoptando un concepto de «el mundo» muy interesante.

En cuanto a la inspección, la Agencia Internacional de Energía Atómica ha demostrado ser sumamente apta y, con mayor apoyo de las potencias, podría serlo todavía más.

Zeev Maoz, uno de los principales analistas estratégicos de Israel, ha presentado sólidos argumentos en el sentido de que los programas nucleares de Israel son decisivos para su propia seguridad, y ha instado a este país a «reconsiderar seriamente su política nuclear y estudiar el uso de su influencia nuclear para lograr un acuerdo regional para la creación de una zona libre de armas de destrucción masiva en el Medio Oriente».

Con su poder abrumador, la posición de Washington, desde luego, resulta decisiva. La administración Bush ha sido ensalzada en Occidente porque se percibió un paso reciente del militarismo agresivo a la diplomacia, pero la admiración no es universal.

Charles Freeman, el especialista en Medio Oriente y ex embajador norteamericano, al comentar la visita que realizó el presidente Bush en enero de 2008 a los estados del golfo, escribe que «los árabes son notoriamente corteses y gentiles con sus invitados, incluso si les caen mal… Sin embargo, cuando el presidente norteamericano estuvo de visita y habló

sobre el tema de Irán, ameritó un editorial en el principal periódico en inglés de Arabia Saudita, que deploraba el hecho de que 'la política estadunidense no representa la diplomacia en busca de la paz sino la locura en busca de la guerra'».

Los acontecimientos en Europa también están preñados de peligro. Para los líderes de la OTAN es una verdad de perogrullo que ellos constituyen una fuerza para la paz. La mayoría del mundo, que tiene recuerdos bastante diferentes de la benevolencia occidental, ve las cosas de otra manera. Rusia también.

Cuando se derrumbó la Unión Soviética pareció que había esperanzas de una paz a largo plazo en Europa. Mijail Gorbachov estuvo de acuerdo en permitir que una Alemania unificada se incorporara a la OTAN, concesión asombrosa a la luz de la historia; Alemania, por sí sola, prácticamente había destruido a Rusia dos veces en ese siglo, y ahora pertenecería a una alianza militar hostil encabezada por la superpotencia global.

Hubo un *quid pro quo*: el presidente Bush I consintió en que la OTAN no se ampliase hacia el Este, lo que le concedía cierta seguridad a Rusia. Violando un acuerdo verbal, la OTAN se expandió de inmediato a Alemania oriental. El presidente Bill Clinton renegó de este acuerdo. La OTAN no sólo se expandió hacia el Este sino que rechazó también la propuesta de Rusia (con Ucrania y Bielorrusia) de establecer una zona formal libre de armas de destrucción masiva desde el Ártico hasta el mar Negro, que abarcase Europa central.

En respuesta, Rusia renunció a la política de no ser el primero en usar armas nucleares, que había adoptado después del acuerdo Bush-Gorbachov, para regresar a la política de primer usuario que la OTAN nunca ha abandonado.

Cuando asumió el poder Bush II, con su retórica amenazante, su drástica expansión de la capacidad militar ofensiva, el retiro de tratados de seguridad clave y la agresión directa, las tensiones aumentaron rápidamente. Como se había predicho, Rusia respondió incrementando su propia capacidad militar, cosa que también hizo después China.

Los programas de defensa contra misiles balísticos representan una especial amenaza. La defensa contra misiles balísticos es algo que todos los

interesados entienden como un arma de primer ataque, capaz quizá de anular una respuesta, con lo que socavan la capacidad disuasoria. La cuasi gubernamental corporación Rand describe la defensa contra misiles balísticos como «no un simple escudo, sino un capacitador de la acción estadunidense».

En revistas que abarcan todo el espectro político, los analistas militares escriben con aprobación de la defensa contra misiles balísticos. En la conservadora *National Interest* Andrew Bacevich escribe: «La defensa contra misiles no tiene realmente la intención de proteger Estados Unidos. Es una herramienta de dominio global». Para Lawrence Kaplan, en la liberal *New Republic*, esa defensa es «para mantener la capacidad norteamericana de esgrimir su poder en el extranjero. No tiene que ver con la defensa. Tiene que ver con la ofensa. Y precisamente por eso la necesitamos».

Los estrategas rusos llegan exactamente a la misma conclusión. Difícilmente pueden dejar de ver las instalaciones de defensa contra misiles balísticos que tiene Estados Unidos en el norte de Polonia y en la República Checa como serias amenazas potenciales contra su seguridad, según concluyen los analistas norteamericanos George Louis y Theodore Postol.

Quienes diseñan la política estadunidense piensan desde hace mucho que somos dueños del mundo. Pero el área de dominio estadunidense se está erosionando, incluso en su núcleo.

En años recientes Sudamérica ha estado tomando medidas para escapar del control norteamericano. Los países de la región avanzan hacia la integración, requisito previo para la independencia, mientras se ocupan también de graves desórdenes internos, los más importantes relacionados con el dominio tradicional de una minoría rica y en gran medida blanca sobre un océano de miseria y sufrimiento.

También se están fortaleciendo las relaciones Sur-Sur, que vinculan a Brasil, Sudáfrica y la India, entre otras interacciones. Y, tal como ocurre en África y en el Medio Oriente, el creciente poder económico de China está proporcionando alternativas al dominio occidental.

Durante algunos años la economía internacional ha sido tripolar, con grandes centros en América del Norte, Europa y Asia del este y del norte,

pero ahora también, cada vez más, el sur y el sudeste de Asia.

Estados Unidos reina supremo en una dimensión: los medios de violencia, en los que gasta aproximadamente tanto como todo el resto del mundo, y está mucho más avanzado tecnológicamente. Pero en otros sentidos el mundo se está volviendo más diverso y más complejo.

Los dos modos tradicionales de control norteamericano son la violencia y la asfixia económica. Pueden estar perdiendo su eficacia pero de ninguna manera se los ha abandonado.

En marzo de 2008 el Departamento del Tesoro de Estados Unidos advirtió a las instituciones financieras del mundo que no tratasen con los grandes bancos iraníes de propiedad estatal. Las advertencias tenían peso gracias a una estipulación del Acta Patriótica estadunidense que le permite a Washington impedir que cualquier institución financiera que viole las directivas estadunidenses tenga acceso al sistema financiero de Estados Unidos.

Ésa es una amenaza que pocos se atreverán a enfrentar, incluyendo posiblemente a China. El analista económico John McGlynn difícilmente exagera cuando describe la advertencia del Tesoro emitida en el mes de marzo [de 2008] como una declaración de guerra contra Irán, que puede aislar esencialmente a este país de la economía internacional.

El análisis de McGlynn recibe apoyo de una fuente inesperada: un manifiesto en pro de una militante «nueva gran estrategia» lanzado en enero de 2008 por cinco ex comandantes de alto nivel de la OTAN, que sugiere que «las armas nucleares —y con ellas la opción de ser el primer usuario— son indispensables, ya que, simplemente, no hay posibilidades realistas de un mundo nuclearmente libre».

Entre los «actos de guerra» potenciales sobre los que tenemos que estar en guardia, los comandantes incluyen «abusar de la influencia» que representan las «armas de las finanzas». Es verdad que adoptan la doctrina convencional de que esgrimir tales armas sólo se convierte en un «acto de guerra» cuando están en manos de otros. Cuando las usamos nosotros —real y no potencialmente— son dignos medios de defensa propia, como lo son todas las acciones agresivas de los estados favorecidos a lo largo de la historia.

Es de maravillarse que la especie haya sobrevivido tanto en una era de armas atómicas. Nadie debería ver con ligereza la advertencia de «apocalipsis pronto», en palabras de Robert McNamara, si es que seguimos en este rumbo.

La incapacidad de hacer frente a los desafíos que nos esperan bien puede confirmar la especulación de una de las grandes figuras de la biología moderna, Ernst Mayr, en el sentido de que la inteligencia superior es un error de la evolución, incapaz de sobrevivir más que un instante fugaz del tiempo evolutivo.

UN RECORRIDO POR EL MEDIO ORIENTE

29 de mayo de 2008

A mediados de mayo el presidente Bush viajó al Medio Oriente para establecer más firmemente su legado en la parte del mundo que ha sido el centro primordial de su presidencia.

El viaje tenía dos destinos principales, ambos escogidos para celebrar un importante aniversario: Israel, con el 60 aniversario de su fundación y reconocimiento por parte de Estados Unidos, y Arabia Saudita, con el 75 aniversario del reconocimiento estadunidense del reino recién fundado.

Las elecciones tienen sentido a la luz de la historia y el carácter perdurable de la política norteamericana hacia Medio Oriente: control del petróleo y apoyo a los apoderados que contribuyen a mantenerlo.

Sin embargo, la gente de la región no pasó por alto una omisión. Aunque Bush celebró la fundación de Israel, no reconoció (ni hablar ya de conmemorar) el acontecimiento concomitante de hace sesenta años: la destrucción de Palestina, la *nakba*, como llaman los palestinos a los sucesos que los expulsaron de sus tierras.

Durante los tres días que pasó en Jerusalén el presidente participó con entusiasmo en eventos suntuosos, y fue desde luego a Masada, un lugar casi sagrado del nacionalismo judío.

Pero no visitó la sede de Autoridad Palestina en Ramala, ni la ciudad de Gaza, ni un campo de refugiados, ni el poblado de Qalqilya, estrangulado por el muro de separación, que se está convirtiendo en un muro de anexión con los programas ilegales de asentamiento y desarrollo israelí que Bush ha

apoyado oficialmente, lo que lo constituye en el primer presidente que lo hace.

Y era totalmente impensable que tuviese algún contacto con los dirigentes y parlamentarios de Hamás, electos en la única elección libre del mundo árabe, y muchos de los cuales están en cárceles israelíes sin que se haya fingido siquiera iniciar procedimientos judiciales.

Los pretextos de tal posición no resisten ni un instante de análisis. Tampoco tiene importancia el hecho de que Hamás haya llamado repetidamente a un acuerdo de dos estados en concordancia con el consenso internacional que Estados Unidos e Israel, prácticamente solos, han rechazado durante más de treinta años, y siguen rechazando.

Bush permitió que el favorito de Estados Unidos, el presidente palestino Mahmoud Abbas, participase en Egipto en encuentros con muchos líderes regionales.

La última visita de Bush a Arabia Saudita fue en enero [2008]. En ambos viajes procuró, sin éxito, atraer al reino hacia la alianza antiiraní que había estado tratando de forjar. No es labor fácil, pese a la preocupación de los dirigentes sunitas por la «media luna chiita» y por la creciente influencia iraní, que habitualmente se denomina «agresividad».

Para los dirigentes sauditas puede ser preferible un arreglo con Irán que la confrontación. Y aunque la opinión pública ocupó un lugar marginal, no puede ser ignorada del todo. En una reciente encuesta de sauditas, Bush calificó muy por encima de Osama bin Laden en la categoría «muy poco favorable», y más del doble que el presidente iraní Ahmadinejad y que Hassan Nasrallah, líder de Hezbolá, el aliado chiita de Irán en Líbano.

Las relaciones Estados Unidos-Arabia Saudita se remontan al reconocimiento del reino en 1933, año en el que, no por coincidencia, la compañía Standard de California obtuvo una concesión petrolera y los geólogos norteamericanos empezaron a explorar lo que resultó ser la mayor reserva petrolera del mundo.

Estados Unidos actuó rápidamente para garantizar su propio control, paso importante en un proceso por el cual ese país le arrebató el dominio mundial a Gran Bretaña, que se vio reducida lentamente al papel de «socio minoritario», como lamentó el Foreign Office británico, incapaz de

contrarrestar «el imperialismo económico de los intereses empresariales norteamericanos, muy activos bajo el manto de un internacionalismo benévolo y paternalista», y que «está tratando de desplazarnos».

La firme alianza Estados Unidos-Israel adoptó su forma actual en 1967, cuando Israel brindó un importante servicio a Estados Unidos al destruir el principal centro del nacionalismo árabe secular, el Egipto de Nasser, protegiendo también a los dirigentes sauditas de la amenaza del nacionalismo secular. Los planificadores estadunidenses habían reconocido una década antes que un «corolario lógico» de la oposición norteamericana al nacionalismo árabe «radical» (es decir independiente) sería «apoyar a Israel como única potencia marcadamente pro occidental que queda en el Medio Oriente».

Las inversiones de compañías norteamericanas en la industria israelí de alta tecnología han aumentado drásticamente, e incluyen a Intel, Hewlett Packard, Microsoft, Warren Buffett y otros, a los que se unieron grandes inversionistas de Japón y la India; en este último caso se trata de una faceta de una creciente alianza estratégica Estados Unidos-Israel-India.

Desde luego, hay otros factores que subyacen a la relación de Estados Unidos con Israel. En Jerusalén, Bush invocó «los vínculos del libro», la fe «compartida por cristianos como él mismo y por judíos», según reportó la prensa australiana, pero al parecer no por los musulmanes y ni siquiera por los árabes cristianos, como los de Belén, que ahora no pueden ir a Jerusalén, distante unos cuantos kilómetros, debido a los proyectos ilegales de construcción israelíes.

La *Saudi Gazette* condenó amargamente la «audacia [de Bush] al decir que Israel era el 'hogar del pueblo elegido'», usando la terminología de los israelíes ultrarreligiosos de línea dura. La publicación añadió que la «peculiar clase de bancarrota moral [de Bush] quedó a la vista de todos cuando no hizo más que una mención incidental de un Estado palestino al describir su visión de la región sesenta años más tarde».

No es difícil comprender por qué el legado elegido por Bush pone énfasis en las relaciones con Israel y Arabia Saudita, con una mirada de costado a Egipto, junto con el desdén por los palestinos y su trance infeliz, al margen de unas cuantas frases rituales.

No nos demoremos en la idea de que las elecciones del presidente tienen algo que ver con la justicia, los derechos humanos o la visión de la «promoción de la democracia» que se apoderó de su alma en cuanto se desmoronaron los pretextos para la invasión a Iraq.

Pero esas elecciones coinciden con un principio general que se observa con considerable consistencia: los derechos se asignan de acuerdo con el servicio al poder.

Los palestinos son pobres, débiles, dispersos y sin amigos. Resulta elemental, entonces, que no deben tener derechos. En marcado contraste, Arabia Saudita tiene incomparables recursos energéticos, Egipto es el principal Estado árabe, e Israel es un rico país occidental, centro neurálgico de la región, con fuerzas aéreas y armadas más grandes y tecnológicamente más avanzadas que las de cualquier potencia de la OTAN (aparte de su protector), junto con centenares de armas nucleares y con una economía avanzada y en gran medida militarizada con vínculos estrechos con Estados Unidos.

Por eso son bastante predecibles los contornos del pretendido legado.

EL PETRÓLEO IRAQUÍ: UN PACTO CON EL DIABLO

6 de julio de 2008

El acuerdo que se ha venido gestando entre el Ministerio del Petróleo de Iraq y cuatro compañías petroleras occidentales plantea preguntas cruciales respecto a la naturaleza de la invasión y ocupación estadunidense de Iraq, preguntas que sin duda tendrían que ser tema de los candidatos a la presidencia y deberían discutirse seriamente en Estados Unidos y, desde luego, en el Iraq ocupado, donde da la impresión de que la población tiene un papel pequeño, si acaso, para determinar el futuro de su país.

Se están llevando a cabo negociaciones con Exxon Mobil, Shell, Total y BP —los socios originales, hace décadas, en la Iraq Petroleum Company, a los que se incorporaron después Chevron y otras compañías petroleras más pequeñas— para renovar la concesión que perdieron por la nacionalización, durante los años en los que los productores petroleros se hicieron cargo de sus propios recursos. Los contratos no sujetos a nuevas ofertas, redactados aparentemente por las corporaciones petroleras con ayuda de funcionarios estadunidenses, se impusieron sobre ofertas de más de otras cuarenta compañías, entre ellas algunas de China, la India y Rusia.

«Muchas personas del mundo árabe, así como parte del público estadunidense, tuvieron sospechas de que Estados Unidos había iniciado la guerra contra Iraq precisamente para asegurarse de la riqueza petrolera que se busca extraer con estos contratos», escribió Andrew E. Kramer en el *New York Times*.

Además, es sumamente probable que la ocupación militar tomase la iniciativa de restablecer la aborrecida Iraq Petroleum Company que, como escribe Seamus Milne en el *London Guardian*, fue impuesta bajo el dominio británico para «engordar con la riqueza iraquí con un trato notoriamente explotador».

Posteriores informes hablan de retrasos en el proceso de oferta. Mucho de eso ocurre bajo el manto del secreto, y no sería sorprendente que apareciesen nuevos escándalos.

La preocupación por el control del petróleo iraquí es difícil de entender. Iraq contiene la que posiblemente constituya la segunda reserva petrolera del mundo que, además, es muy barato extraer: no hay *permafrost*, arenas alquitranadas ni perforación submarina. Para los planificadores norteamericanos es fundamental que Iraq permanezca bajo el control estadunidense, en la medida de lo posible, como Estado cliente obediente que albergue también grandes bases militares de Estados Unidos, en el corazón mismo de las principales reservas de energía del mundo.

Siempre fue bastante evidente que éstos eran los objetivos primordiales de la invasión, a pesar de los sucesivos pretextos: las armas de destrucción masiva, los vínculos de Saddam con al-Qaeda, la promoción de la democracia y la guerra contra el terrorismo, el cual, tal como se había predicho, se elevó marcadamente como consecuencia de la invasión.

En el mes de noviembre pasado [2007] se hicieron explícitas las inquietudes directrices cuando el presidente Bush y el primer ministro de Iraq, Nuri al-Maliki, firmaron una «Declaración de Principios», ignorando al congreso estadunidense y al parlamento iraquí, así como al pueblo de ambas naciones.

La declaración dejaba abierta la posibilidad de una presencia militar norteamericana en Iraq a largo plazo, por tiempo indefinido, que incluiría presumiblemente las inmensas bases aéreas que se están construyendo ahora en todo el país, así como la enorme «embajada» de Bagdad.

La declaración incluía también una aseveración notablemente desenfadada respecto a explotar los recursos de Iraq. Decía que la economía de Iraq, vale decir sus recursos petroleros, debe estar abierta a la inversión extranjera, «especialmente a la inversión norteamericana». Eso casi

equivale a declarar que los invadimos para poder controlar su país y tener un acceso privilegiado a sus recursos.

La seriedad de este compromiso se acentuó en enero [de 2008], cuando el presidente Bush emitió una «declaración de firma» afirmando que rechazaría cualquier legislación del congreso que restringiese el financiamiento «para establecer cualquier instalación o base militar con el propósito de sostener el estacionamiento permanente de las fuerzas armadas de Estados Unidos en Iraq» o «para ejercer el control de Estados Unidos sobre los recursos petroleros de Iraq». Difícilmente podría ser más clara una declaración de las razones reales para la invasión, difícilmente podría ser una sorpresa para aquellos familiarizados con el desarrollo político de muchos años.

Recurrir frecuentemente a las «declaraciones de firma» para ampliar el poder ejecutivo es una más de las innovaciones de Bush, condenada por la Asociación Estadunidense de Abogados como algo «contrario al imperio de la ley y a nuestra separación constitucional de poderes». De nada sirve.

Previsiblemente, la declaración generó objeciones inmediatas en Iraq, entre otros de los sindicatos iraquíes, que sobreviven incluso bajo las duras leyes antilaborales que instituyó Saddam y que la ocupación conserva.

De acuerdo con la propaganda de Washington, el aguafiestas del dominio estadunidense en Iraq es Irán. Los problemas norteamericanos en Iraq se le atribuyen a Irán. La secretaria de Estado Condoleezza Rice da una solución muy simple: las «fuerzas extranjeras» y las «armas extranjeras» deben retirarse de Iraq… no las nuestras, claro, las de Irán.

La confrontación respecto a los programas nucleares de Irán incrementa las tensiones. La política de «cambio de régimen» de la administración Bush en relación con Irán está acompañada por ominosas amenazas de fuerza (en eso ambos candidatos a la presidencia de Estados Unidos se unen a Bush). Se dice asimismo que esa política incluye terrorismo contra Irán… también legítimo, en opinión de los dirigentes del mundo. Una mayoría del pueblo estadunidense apoya la democracia y se opone al uso de la fuerza. Pero la opinión pública es en gran medida irrelevante para la formulación de la política, y no sólo en este caso.

Algo irónico es que Iraq se está convirtiendo en un condominio Estados Unidos-Irán. El gobierno de Maliki es el sector de la sociedad iraquí que cuenta con mayor apoyo de Irán. Lo que se denomina el ejército iraquí —que no es más que otra milicia— se basa en gran medida en la brigada Badr, que fue adiestrada en Irán y que combatió del lado iraní durante la guerra Irán-Iraq.

Nir Rosen, uno de los corresponsales más sagaces e informados de la región, observa que Moktada al-Sadr, el blanco principal de las operaciones militares de Estados Unidos y Maliki, tampoco es apreciado por Irán: es independiente y cuenta con apoyo popular, por lo cual es peligroso.

Irán «apoyó claramente al primer ministro Maliki y al gobierno iraquí contra lo que describieron como 'grupos armados ilegales' (del ejército mahdi de Moktada) en el reciente conflicto de Basra —escribe Rosen—, lo que no resulta sorprendente en vista de que su principal representante en Iraq, el Supremo Consejo Islámico Iraquí, domina el Estado iraquí y es el principal respaldo de Maliki».

«En Iraq no hay una guerra por poder —concluye Rosen—, porque Estados Unidos e Irán tienen el mismo apoderado».

Presumiblemente a Teherán le complace ver que Estados Unidos instituye y mantiene en Iraq un gobierno receptivo a su influencia. No obstante, para el pueblo iraquí ese gobierno sigue siendo un desastre, y muy probablemente ocurrirán cosas todavía peores.

Steven Simon señala en *Foreign Affairs* que la actual estrategia contrainsurgente norteamericana está «atizando las tres fuerzas que tradicionalmente han amenazado la estabilidad de los estados del Medio Oriente: el tribalismo, los señores de la guerra y el sectarismo». El resultado puede ser «un Estado fuerte, centralizado, gobernado por una junta militar, que se parecería» al régimen de Sadam.

Si Washington logra sus objetivos, sus acciones quedan justificadas. Las reacciones son muy diferentes cuando Vladimir Putin consigue pacificar Chechenia en una medida muy superior a la que ha alcanzado el general David Petraeus en Iraq. Pero ésos son ELLOS, y éstos somos NOSOTROS. Por eso los criterios son completamente diferentes.

En Estados Unidos los demócratas ahora están silenciados debido a los presuntos éxitos de la escalada militar norteamericana en Iraq. Su silencio refleja el hecho de que no hay críticas de la guerra basadas en principios. En esta manera de ver el mundo, si uno está logrando sus objetivos, la guerra y la ocupación están justificadas. Los acuerdos petroleros favorables, si es que se logran, vienen con el territorio. De hecho, toda la invasión es un crimen de guerra, en realidad el supremo crimen internacional, que difiere de otros crímenes de guerra porque incluye todo el mal que de él se deriva, en términos de los juicios emitidos en Núremberg. Esto se cuenta entre los temas que no pueden discutirse ni en la campaña presidencial ni en ningún otro lado. ¿Por qué estamos en Iraq? ¿Qué les debemos a los iraquíes por destruir su país? La mayoría del pueblo norteamericano está en favor de que Estados Unidos se retire de Iraq. ¿Cuentan para algo sus voces?

AMENAZAS NUCLEARES: TODAS LAS OPCIONES ESTÁN SOBRE LA MESA

31 de julio de 2008

Las amenazas y contraamenazas nucleares son un subtexto de nuestros tiempos que, al parecer, se va volviendo constantemente más insistente.

El encuentro en Ginebra, en el mes de julio [de 2008], entre Irán y seis grandes potencias mundiales en relación con el programa nuclear de Irán, concluyó sin haber hecho progresos. La administración Bush fue ensalzada por todos por haber adquirido una postura más conciliatoria —que consistió en permitir que un diplomático estadunidense concurriese sin participar—, mientras que a Irán se le reprochó no ser capaz de negociar seriamente. Y las potencias le advirtieron a Irán que pronto se enfrentaría a sanciones más severas a menos que pusiese fin a sus programas de enriquecimiento de uranio.

Mientras tanto se aplaudía a la India por acordar la celebración de un pacto nuclear con Estados Unidos que autorizaría, de hecho, que desarrollase armas nucleares fuera de las restricciones establecidas por el Tratado de No Proliferación, con asistencia norteamericana para los programas nucleares, junto con otras recompensas, en especial a firmas estadunidenses anhelosas de entrar al mercado indio de desarrollo nuclear y armamentista, y generosas retribuciones a los parlamentarios que firmaron, como tributo a la floreciente democracia de la India. Michael Krepon, cofundador del Centro Stimson y destacado especialista en materia de amenazas nucleares, observó razonablemente que la decisión de Washington de «poner las ganancias por delante de la no proliferación»

podría implicar el final del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares si otras naciones seguían su ejemplo, con lo que aumentarían drásticamente los peligros para todos.

Durante ese mismo periodo Israel, otro Estado que, con apoyo occidental, ha desafiado el tratado, llevó a cabo maniobras militares en gran escala en el Mediterráneo oriental que se interpretaron como la preparación para bombardear las instalaciones nucleares de Irán.

En un artículo aparecido en el *New York Times*, «Using bombs to stave off war» [«Usar bombas para conjurar la guerra»], el destacado historiador israelí Benny Morris escribió que los líderes iraníes tenían que recibir con beneplácito el bombardeo israelí con armas convencionales, porque «la alternativa es un Irán convertido en un desierto nuclear».

Sea o no deliberadamente, Morris está reviviendo un tema antiguo. Durante los años cincuenta, destacados personajes del Partido Laborista israelí, que estaba en el poder, advirtieron, en una discusión interna, que «nos volveremos locos» (*nishtaguea*) si nos contradicen, amenazando con derruir los muros del templo al estilo del primer «bombardero suicida», el reverenciado Sansón, que mató más filisteos con su suicidio que en toda su vida.

Las armas nucleares israelíes bien pueden dañar su propia seguridad, como lo sugiere convincentemente el analista estratégico israelí Zeev Maoz. Pero la historia deja muy claro que la seguridad no siempre es una gran prioridad para los planificadores estatales. Y el «complejo de Sansón», como lo han denominado ciertos comentaristas israelíes, puede esgrimirse para advertirle al amo que lleve a cabo la deseada tarea de aplastar a Irán, o de lo contrario incendiaría la región y tal vez el mundo.

El «complejo de Sansón», reforzado con la doctrina de que «todo el mundo está contra nosotros», no puede ser ignorado sin más. Poco después de la invasión de 1982 a Líbano, que dejó entre quince y veinte mil muertos en un esfuerzo no provocado por obtener el control israelí de los territorios ocupados, Aryeh Eliav, una de las palomas más conocidas de Israel, escribió que la actitud de «quienes trajeron aquí el 'complejo de Sansón', de acuerdo con el cual mataremos y enterraremos a todos los gentiles que nos

rodean y moriremos nosotros mismos junto con ellos», es una forma de «demencia» que prevalecía entonces, y aún está presente.

Los analistas militares estadunidenses han reconocido que, como escribió el teniente coronel del ejército Warner Farr en 1999, un «propósito de las armas nucleares israelíes, obvio, aunque no expresado con frecuencia, es su 'uso' en Estados Unidos», presumiblemente para garantizar un apoyo norteamericano congruente con las políticas israelíes… o atenerse a las consecuencias.

Y es posible ver otros peligros. El general Lee Butler, ex comandante en jefe del Comando Estratégico de Estados Unidos, observó en 1999 que «es en extremo peligroso que en ese caldero de animosidades que conocemos como Medio Oriente una nación se haya armado, ostensiblemente, con una acumulación de armas nucleares, que tal vez llegan a centenares, inspirando a otras naciones a hacer lo propio». Este hecho no resulta en absoluto irrelevante para la preocupación en relación con los programas nucleares de Irán, pero no se lo discute.

Tampoco se discute el artículo 2 de la Carta de las Naciones Unidas, que prohíbe la amenaza de fuerza en asuntos internacionales. Ambos partidos políticos norteamericanos proclaman insistentemente su criminalidad al declarar que, en relación con los programas nucleares de Irán, «todas las opciones están sobre la mesa».

Algunos, como John McCain van más allá, y bromean sobre lo divertido que sería bombardear Irán y matar iraníes, aunque tal vez el humor no sea apreciado por las «no personas» del mundo, por emplear el término usado por el historiador británico Mark Curtis para denominar a quienes no merecen la atención de los privilegiados y poderosos.

Barack Obama declara que «haría todo lo que estuviese en mis manos» por impedir que Iraq llegase a tener la capacidad de producir armas nucleares. Las no personas comprenden sin duda que en sus manos estaría desatar una guerra nuclear.

El coro de denuncias a los nuevos Hitler de Teherán y del peligro que representan para la supervivencia ha sido objetado por unas pocas voces procedentes de los centros ocultos de poder. Recientemente el ex jefe del

Mosad, Efraim Halevy, advirtió que un ataque israelí contra Irán «podría causar impacto sobre nosotros durante los próximos cien años».

Un ex oficial de alto rango del Mosad, que permaneció anónimo, añadió: «la hazaña de Irán consiste en crear una imagen de sí mismo como una superpotencia aterradora, cuando en realidad es un tigre de papel»; eso no es del todo exacto: la hazaña debería ser atribuida a la propaganda estadunidense e israelí.

Uno de los participantes en los encuentros de julio [de 2008] fue el ministro egipcio de Relaciones Extranjeras, Ahmed Aboul Gheit, quien bosquejó «la posición árabe»: «trabajar para obtener un acuerdo político y diplomático en función del cual Irán conserve el derecho de usar energía nuclear para fines pacíficos» pero sin armas nucleares.

La «posición árabe» es la de la mayoría de los iraníes y de otras no personas. El 30 de julio [de 2008] el Movimiento de los No Alineados, con 120 miembros, reiteró su apoyo previo al derecho de Irán de enriquecer uranio en concordancia con el Tratado de No Proliferación.

De acuerdo con las encuestas, la mayoría de los norteamericanos están de acuerdo con las no personas. Las no personas estadunidenses no sólo defienden el derecho de Irán a enriquecer uranio con fines pacíficos sino que también apoyan la «posición árabe» que pide una zona libre de armas nucleares en toda la región, medida que reduciría drásticamente las peores amenazas, pero de la cual tampoco hablan los poderosos; por ejemplo, es algo inmencionable en las campañas electorales.

Benny Morris nos asegura que «Todas las agencias de inteligencia del mundo creen que el programa iraní está dirigido a la fabricación de armamento». Como es bien sabido, la evaluación nacional de inteligencia de Estados Unidos, de noviembre de 2007, consideraba «con mucha confianza, en el otoño de 2003, que Teherán interrumpió su programa de armas nucleares». Es dudoso, como mínimo, que no coincidan los organismos de inteligencia de todos los países del Movimiento de los No Alineados.

Es de suponer que Morris está citando información de una fuente de la inteligencia israelí, que generaliza a «todas las agencias de inteligencia» siguiendo la misma lógica que nos dice que Irán está desafiando «al

mundo» porque trata de enriquecer uranio: al mundo, aparte de sus no personas.

En los círculos nacionalistas radicales (los llamados «neoconservadores») corren rumores de que si Barack Obama gana las elecciones, Bush-Cheney deberían bombardear Irán, ya que el peligro de Irán es demasiado grande para dejarlo en manos de un demócrata blandengue. También han aparecido informes —recientemente de Seymour Hersh, en el *New Yorker*— de «operaciones encubiertas» de Estados Unidos en Irán, cosa que, con otro término, se denomina terrorismo internacional.

En junio [de 2008] el congreso estuvo a punto de aprobar una resolución (H. Con. Res. 362), enérgicamente apoyada por los cabilderos israelíes, que prácticamente exigía un bloqueo a Irán, es decir un acto de guerra que podría haber desencadenado la conflagración tan temida en la región y en todo el mundo. Al parecer las presiones del movimiento antibélico lograron derrotar ese intento, según lo expone Mark Weisbrot en *Alternet.org*, pero es probable que haya otros.

El gobierno de Irán merece enérgicas condenas por muchas razones, pero el peligro iraní sigue siendo un engendro de la desesperación de quienes se arrogan el derecho de gobernar el mundo y consideran que cualquier obstáculo a su justo dominio es una agresión criminal. Ésa es la amenaza primordial que debería preocuparnos, tal como preocupa a las mentes más cuerdas de Occidente y a las no personas del resto del mundo.

GEORGIA Y LOS GUERREROS NEOCONSERVADORES

9 de septiembre de 2008

Horrorizado ante las atrocidades cometidas por las fuerzas estadunidenses que invadieron Filipinas, y los despliegues teóricos sobre la liberación y la noble intención que suelen acompañar los crímenes de Estado, Mark Twain se declaró impotente por su incapacidad de esgrimir el arma formidable de su sátira.

El objeto inmediato de su frustración era el reputado general Frederick Funston. «Ninguna sátira de Funston podría llegar a la perfección —se lamentaba Twain— porque Funston mismo ocupa ese pináculo… [él es] la sátira encarnada».

Muchas veces viene a la mente esa afirmación de Twain; la más reciente fue en las últimas semanas, durante la guerra Rusia-Georgia-Osetia.

George Bush, Condoleezza Rice y otros dignatarios invocaron solemnemente la santidad de la ONU y el derecho internacional, y advirtieron que Rusia podría ser excluida de las instituciones internacionales «por emprender en Georgia acciones incongruentes con» los principios de las Naciones Unidas.

La soberanía y la integridad territorial de todas las naciones tiene que ser rigurosamente respetada, declamaron… «todas las naciones» aparte de las que Estados Unidos decida atacar: Iraq, Serbia, tal vez Irán, y una larga y familiar lista de otras.

El socio minoritario se unió al coro. El secretario de Relaciones Exteriores británico, David Miliband, acusó a Rusia de practicar «formas

decimonónicas de diplomacia» al invadir a un Estado soberano, cosa que Gran Bretaña ni pensaría hacer en el día de hoy.

Semejante acto «simplemente no coincide con la forma en que es posible llevar a cabo las relaciones exteriores en el siglo XXI», añadió Miliband, haciéndose eco del decididor en jefe, quien dijo que la invasión «a un Estado soberano vecino… resulta inaceptable en el siglo XXI».

Este juego que combina la sátira con acontecimientos de la vida real se vuelve «todavía más esclarecedor —escribió Serge Halimi en *Le Monde Diplomatique*— cuando, para defender las fronteras de su país, el encantador [Mijail] Saakashvili, pro estadunidense, repatria a unos dos mil soldados que había enviado a invadir Iraq», que constituían uno de los dos contingentes más grandes, aparte de los dos estados en guerra.

Al coro se unieron destacados analistas. Fareed Zakaria aplaudió la observación de Bush en el sentido de que el comportamiento de Rusia resulta inaceptable hoy, a diferencia de lo que ocurría en el siglo XIX, «cuando la intervención rusa hubiese sido un procedimiento normal para una gran potencia». Por consiguiente tenemos que diseñar una estrategia para hacer que Rusia «actúe de acuerdo con el mundo civilizado», en el que la intervención resulta inconcebible.

Los siete miembros estatutarios del Grupo de los Ocho países industrializados dieron a conocer una declaración «condenando la acción de nuestro compañero miembro del G8», Rusia, que todavía no comprende el compromiso angloamericano con la no intervención. La Unión Europea celebró una insólita reunión de emergencia para condenar el crimen de Rusia, su primer encuentro desde la invasión de Iraq, que no provocó condena alguna.

Rusia convocó una sesión de emergencia del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas pero no se alcanzó ningún consenso porque, de acuerdo con los diplomáticos de ese consejo, Estados Unidos, Gran Bretaña y algunos otros rechazaron una frase que llamaba a ambos lados «a renunciar al uso de la fuerza».

Las reacciones recuerdan las observaciones de Orwell acerca de la «indiferencia a la realidad» de los nacionalistas, quienes «no sólo no

desaprueban las atrocidades cometidas por su propio bando sino que […] tienen una notable capacidad para ni siquiera oír hablar de ellas».

La historia básica no está realmente en discusión. Osetia del Sur y Abjasia (con sus puertos sobre el mar Negro) le fueron asignadas por Stalin a su natal Georgia. (Ahora los líderes occidentales proclaman con toda seriedad que hay que respetar las directivas de Stalin).

Las provincias gozaron de una relativa autonomía hasta el derrumbe de la Unión Soviética. En 1990 el presidente ultra nacionalista de Georgia, Zviad Gamsajurdia, abolió las regiones autónomas e invadió Osetia del Sur. La amarga guerra que se produjo dejó un millar de muertos y decenas de miles de refugiados.

Una pequeña fuerza rusa supervisó una tregua larga e inquieta, que se rompió el 7 de agosto de 2008 cuando el presidente georgiano Saakashvili ordenó a sus fuerzas la invasión. De acuerdo con «un amplio conjunto de testigos —informa el *New York Times*— los militares georgianos comenzaron de inmediato a atacar zonas civiles de la ciudad de Tskhinvali con fuertes andanadas de fuego de cohetes y artillería, lo mismo que una base rusa para el mantenimiento de la paz que se encontraba ahí».

La predecible respuesta rusa expulsó a las fuerzas georgianas de Osetia del Sur y Rusia procedió a conquistar partes de Georgia, para retirarse parcialmente después a las cercanías de Osetia del Sur. Hubo muchas bajas y atrocidades. Como es habitual, los inocentes sufrieron mucho.

En el trasfondo de la tragedia del Cáucaso subyacen dos cuestiones fundamentales. Una es el control del gas natural y de los gasoductos que van desde Azerbaiján hacia Occidente. Georgia fue elegida por Bill Clinton para no tener que pasar por Rusia ni por Irán, y con ese fin también se la militarizó intensamente. Por eso, según observa Zbigniew Brzezinski, Georgia «tiene un valor muy grande y estratégico para nosotros».

Vale la pena señalar que los analistas están volviéndose menos renuentes a explicar los verdaderos motivos de Estados Unidos en la región a medida que se desvanecen los pretextos de tremendas amenazas y liberación y se vuelve más difícil desviar las demandas iraquíes para el retiro del ejército de ocupación. De esta manera, los editores del *Washington Post* reprendieron a Barack Obama por ver a Afganistán como

«el frente central» para Estados Unidos, recordándole que Iraq «se ubica en el centro geopolítico del Medio Oriente y contiene algunas de las reservas petroleras más grandes del mundo», y que la «importancia estratégica [de Afganistán] palidece junto a la de Iraq». Bienvenido aunque demorado reconocimiento de la realidad en relación con la invasión estadunidense.

El segundo punto de discordia en el Cáucaso es la expansión de la OTAN hacia el este. Cuando se derrumbaba la Unión Soviética, Mijail Gorbachov hizo una concesión que resultó asombrosa a la luz de la historia reciente y de las realidades estratégicas: aceptó permitir que una Alemania unificada se incorporase a una alianza militar hostil.

Gorbachov estuvo de acuerdo con la concesión sobre la base de la «garantía de que la OTAN no extendería su jurisdicción hacia el este 'ni un centímetro', en palabras del [secretario de Estado] Jim Baker», según Jack Matlock, quien fuera el embajador de Estados Unidos en Rusia en los años cruciales de 1987 a 1991.

Bush-Baker y Clinton rápidamente renegaron de ese compromiso, desechando también el esfuerzo de Gorbachov para finalizar la guerra fría con la cooperación entre socios. Y la OTAN rechazó una propuesta rusa para una zona libre de armas nucleares del Ártico al Mar Negro que podría haber «interferido con los planes de expandir la OTAN», según observó el analista estratégico y antiguo proyectista de la OTAN, Michael McGwire.

Las esperanzas de Gorbachov se hicieron a un lado en favor del triunfalismo norteamericano. Los pasos que dio Clinton fueron escalados fuertemente por la postura y las acciones agresivas de Bush. Matlock escribe que Rusia podría haber tolerado la incorporación de antiguos países satélite suyos en la OTAN si Estados Unidos «no hubiese bombardeado Serbia y seguido expandiéndose. Pero, en último análisis, los misiles ABM en Polonia y el empuje de la OTAN en Georgia y Ucrania transgredieron líneas rojas esenciales. La insistencia por reconocer la independencia de Kosovo fue algo así como la última gota. Putin había descubierto que las concesiones en Estados Unidos no tenían reciprocidad sino que se usaban para promover el dominio norteamericano en el mundo. Y cuando tuvo la fuerza para resistir lo hizo», en Georgia.

Se habla mucho de una «nueva guerra fría» instigada por el brutal comportamiento ruso en Georgia. Es imposible no alarmarse ante los nuevos contingentes navales norteamericanos en el mar Negro —difícilmente se toleraría su contraparte en el golfo de México— y otras señales de confrontación. Los esfuerzos por ampliar la OTAN a Ucrania, que se están analizando ahora, podrían llegar a ser muy peligrosos. Las recientes visitas del vicepresidente Cheney a Georgia y Ucrania son imprudentemente provocadoras.

Sin embargo, una nueva guerra fría parece poco probable. Para evaluar esa perspectiva tendríamos que empezar por ver con claridad la vieja guerra fría. Haciendo a un lado la retórica febril, la guerra fría fue, en la práctica, un convenio tácito en el cual cada uno de los competidores era libre, en gran medida, de recurrir a la violencia y la subversión para controlar sus propios dominios: para Rusia, los vecinos del Este; para la superpotencia global, la mayor parte del mundo. La sociedad humana no tiene por qué soportar —y tal vez no logre sobrevivir— un renacimiento de nada que se parezca a eso.

Una alternativa sensible sería la visión de Gorbachov, rechazada por Clinton y socavada por Bush. Recientemente el ex ministro de Relaciones Exteriores de Israel e historiador, Shlomo ben-Ami, escribiendo en la prensa libanesa, ha dado buenos consejos en esa dirección:

«Rusia tiene que buscar una verdadera asociación estratégica con Estados Unidos, y a su vez esta nación tiene que comprender que, cuando se la excluye y se la desprecia, Rusia puede ser un importante obstáculo global. Ignorada y humillada por Estados Unidos desde el fin de la guerra fría, este país necesita integrarse a un nuevo orden global que respete sus intereses como poder que vuelve a surgir, y no una estrategia de confrontación antioccidental».

LA CAMPAÑA Y LA CRISIS FINANCIERA

5 de octubre de 2008

El simultáneo despliegue de la campaña presidencial norteamericana y la conmoción de los mercados financieros representa una de esas ocasiones en las que los sistemas políticos y económicos revelan descarnadamente su naturaleza.

Es posible que la pasión acerca de la campaña no sea compartida universalmente, pero casi todos pueden percibir la ansiedad del desahucio de un millón de hogares y la preocupación por los trabajos, los ahorros y la asistencia a la salud, que se encuentran en peligro.

Las primeras propuestas de Bush para manejar la crisis apestaban tanto a totalitarismo que fueron rápidamente modificadas. Bajo una intensa presión de los cabilderos, se reconfiguraron como «un claro triunfo para las instituciones más grandes del sistema […] es una manera de deshacerse de activos sin tener que quebrar ni cerrar», como la describió James G. Rickards, que en 1998 negoció el rescate federal del fondo de inversión Long Term Capital Management, lo que nos recordó que pisamos terreno familiar.

Los orígenes inmediatos de la actual catástrofe se encuentran en el colapso de la burbuja de ventas de casa supervisada por el presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, que sostuvo a la economía que se debatió a lo largo de los años de Bush mediante el gasto para el consumo basado en el endeudamiento junto con los préstamos del exterior.

Pero las raíces son más profundas. Yacen en parte en el triunfo de la liberalización financiera en el curso de las tres últimas décadas, es decir, en

dejar a los mercados lo más libres posible de la reglamentación gubernamental. Como cabía predecir, esos pasos aumentaron la frecuencia y la profundidad de los graves reveses que ahora amenazan con acarrear la peor crisis desde la gran depresión. También era previsible que los restringidos sectores que cosecharon inmensas ganancias con la liberalización estén clamando por una intervención masiva del Estado para rescatar a las instituciones financieras que se están desmoronando.

Semejante intervencionismo es una característica habitual del capitalismo de Estado, aunque la escala actual no es frecuente. Un estudio realizado quince años atrás por los economistas internacionales Winfried Ruigrok y Rob van Tulder observó que por lo menos veinte compañías de la lista de cien de la revista *Fortune* no hubiesen sobrevivido de no haber sido rescatadas por sus respectivos gobiernos, y que muchas de las demás ganaron sustancialmente al exigir que los gobiernos «socializasen sus pérdidas», como se está haciendo ahora en el rescate financiado por los contribuyentes. Ese tipo de intervención gubernamental «ha sido la regla, más que la excepción, a lo largo de los dos últimos siglos», concluyeron.

En una sociedad democrática que funcione, una campaña política se ocuparía de esos temas tan fundamentales, observando sus causas fundamentales y sus curas y proponiendo los medios por los cuales las personas que padecen las consecuencias puedan, de hecho, tomar el control.

El mercado financiero «minusvalora el riesgo» y es «sistemáticamente ineficiente», como escribieron hace una década los economistas John Eatwell y Lance Taylor, advirtiendo sobre los enormes peligros de la liberalización financiera y pasando revista a los sustanciales costos en que ya se había incurrido; además, proponían soluciones que han sido ignoradas. Un factor es no calcular los costos de quienes no participan en las transacciones. Estas «externalidades» pueden ser inmensas. Ignorar el riesgo sistémico lleva a aceptar más riesgos de los que se enfrentarían en una economía eficiente, incluso de acuerdo con las mediciones más estrictas.

La labor de las instituciones financieras es asumir riesgos y, si están bien manejadas, garantizar que las potenciales pérdidas que ellas mismas puedan sufrir estén cubiertas. El énfasis recae en «ellas mismas». De

acuerdo con las reglas del capitalismo de Estado, no es asunto suyo considerar el costo para otros —las «externalidades» de sobrevivir decentemente— si sus prácticas conducen a crisis financieras, como lo hacen con regularidad.

La liberalización financiera tiene efectos que van mucho más allá de la economía. Desde hace tiempo se entiende que constituye un arma poderosa contra la democracia. El libre movimiento del capital crea lo que algunos economistas han llamado un «parlamento virtual» de inversionistas y prestamistas, que vigilan muy de cerca los programas gubernamentales y «votan» contra ellos si los consideran irracionales: si son en beneficio del pueblo, más que en el del poder privado concentrado.

Los inversionistas y prestamistas pueden «votar» mediante la fuga de capitales, los ataques sobre ciertas divisas y otros recursos que ofrece la liberalización financiera. Ésta es una de las razones por las que el sistema de Bretton Woods, establecido por Estados Unidos y Gran Bretaña después de la segunda guerra mundial, instituyó la regulación de divisas y permitió controles de capital.

La gran depresión y la guerra habían hecho surgir poderosas corrientes democráticas radicales, que iban desde la resistencia antifascista hasta las organizaciones de la clase trabajadora. Estas presiones hicieron necesario permitir políticas sociales democráticas. El sistema de Bretton Woods se diseñó, en parte, a fin de crear un espacio para la acción gubernamental en respuesta a la voluntad pública; es decir, para crear cierta dosis de democracia.

John Maynard Keynes, el negociador británico, consideró que el logro más importante de Bretton Woods fue el establecimiento del derecho de los gobiernos a restringir los movimientos del capital. En dramático contraste, en la fase neoliberal posterior al derrumbe del sistema de Bretton Woods en el decenio de 1970, la Secretaría del Tesoro de Estados Unidos considera ahora que la libre movilidad del capital es un «derecho fundamental», diferente de presuntos «derechos» tales como los que garantiza la Declaración Universal de los Derechos Humanos: salud, educación, empleo digno y otros que las administraciones de Reagan y Bush han descartado como «cartas a Santa Claus», «absurdos», meros «mitos».

En años previos el público no había constituido mayor problema. Las razones de ello son analizadas por Barry Eichengreen en su erudita historia del sistema monetario internacional, donde explica que en el siglo XIX los gobiernos todavía no habían sido «politizados por el sufragio universal masculino y por el ascenso del sindicalismo y los partidos laboristas parlamentarios». Por consiguiente, los grandes costos que imponía el parlamento virtual podían transferirse a la población general.

Pero con la radicalización del público general durante la gran depresión y la guerra antifascista, ese lujo no estaba ya al alcance del poder y la riqueza privados. Por ello en el sistema de Bretton Woods «los límites sobre la movilidad del capital sustituyeron a los límites sobre la democracia como fuente de aislamiento de las presiones del mercado».

El corolario obvio es que tras el desmantelamiento del sistema de la posguerra en los años setenta la democracia está restringida. Por consiguiente se ha vuelto necesario controlar y marginar de alguna manera al público, procesos que resultan especialmente evidentes en las sociedades más gobernadas por las empresas, como Estados Unidos. El manejo de los excesivos despliegues electorales por parte de la industria de las relaciones públicas es un ejemplo de ello.

«La política es la sombra que arrojan las grandes empresas sobre la sociedad», declaró el máximo filósofo social norteamericano del siglo XX, John Dewey, y seguirá siendo así mientras el poder resida en «las compañías para la ganancia privada por medio del control privado de la banca, la tierra, la industria, reforzado por el mando de la prensa, los agentes de prensa y otros medios de publicidad y propaganda».

De hecho Estados Unidos tiene un sistema de un partido, el partido empresarial, con dos facciones, los republicanos y los demócratas. Entre ellos hay diferencias. En su estudio *Unequal democracy: The political economy of the new gilded age* [*Democracia desigual: La economía política de la nueva edad dorada*], Larry M. Bartels demuestra que durante las últimas seis décadas «el ingreso real de las familias de clase media ha crecido el doble de rápido cuando gobiernan los demócratas que cuando lo hacen los republicanos, mientras que el ingreso real de las familias pobres

de trabajadores ha crecido seis veces más rápido cuando gobiernan los demócratas que cuando lo hacen los republicanos».

También en la elección actual es posible detectar diferencias. Los votantes deberían tomarlas en consideración, pero sin hacerse ilusiones acerca de los partidos políticos, y reconociendo que consistentemente, a lo largo de los siglos, la legislación progresista y el bienestar social se han ganado mediante luchas populares, no han sido regalos caídos del cielo.

Esas luchas siguen un ciclo de éxitos y retrocesos. Es necesario librarlas todos los días, no sólo una vez cada cuatro años, siempre con el objetivo de crear una sociedad democrática verdaderamente receptiva, desde la casilla electoral hasta el lugar de trabajo.

DESAFÍOS PARA BARACK OBAMA

PARTE I: LA ELECCIÓN Y LA ECONOMÍA

25 de noviembre de 2008

La palabra que pronunciaron todas las bocas después de la elección presidencial fue «histórico». Bien dicho. Una familia negra en la Casa Blanca representa, efectivamente, un acontecimiento importantísimo.

Hubo algunas sorpresas. Una fue que la elección no concluyese después de la convención demócrata. De acuerdo con los indicadores usuales, el partido de oposición tendría que haber ganado en forma abrumadora durante una grave crisis económica, después de ocho años de una política desastrosa en todos los frentes, incluido el peor historial del crecimiento del empleo que se diera con cualquier presidente después de la guerra y una excepcional declinación de la mediana de riqueza, un presidente tan impopular que su propio partido tuvo que desconocerlo y una caída dramática de la postura de Estados Unidos ante la opinión mundial.

Como lo demuestran muchos estudios, ambos partidos están bastante a la derecha de la población por lo que se refiere a muchas cuestiones de gran importancia, nacionales e internacionales. Tal vez ninguno de los dos partidos refleja la opinión pública en un momento en el cual el 80% de los estadunidenses piensan que el país marcha en dirección equivocada y que el gobierno está manejado por unos cuantos grandes intereses que se cuidan a sí mismos, y no por el pueblo, mientras que un asombroso 94% objeta que el gobierno no presta atención a la opinión pública.

Podría afirmarse que ningún partido que hablase por la gente resultaría viable en una sociedad manejada en grado tan extraordinario por los negocios. En un nivel muy general, la privación de derechos civiles del público es ejemplificada por el éxito previsible de la «teoría de la inversión» en política, del economista político Thomas Ferguson, que sostiene que las medidas políticas tienden a reflejar los deseos de los bloques poderosos que invierten, cada cuatro años, para controlar el Estado.

De ciertas maneras la elección siguió patrones familiares. La campaña de John McCain fue lo bastante honesta como para anunciar claramente que la elección no se basaría en asuntos concretos. El mensaje de «esperanza» y «cambio» de Obama brindaba un pizarrón en blanco en el cual sus seguidores podían escribir sus deseos. Se podían buscar en la web documentos que expresasen posiciones, pero la correlación de éstas con las medidas políticas dista de ser espectacular y, en todo caso, lo que interviene en las decisiones de los votantes es lo que la campaña pone adelante y al centro, como bien saben los administradores de las campañas.

La campaña de Obama impresionó muchísimo a la industria de las relaciones públicas, que lo apodó «el mercadotecnista del año de Advertising Age para 2008», dejando muy atrás a Apple. La tarea primordial de la industria es asegurar que los consumidores desinformados hacen elecciones irracionales, subvirtiendo así las teorías del mercado que proponen precisamente lo contrario. Y las relaciones públicas reconocen los beneficios de socavar de la misma manera la democracia.

El Center for Responsive Politics [Centro de Política Receptiva] informa que, una vez más, las elecciones se compraron: «Los candidatos con mejor financiamiento ganaron nueve de cada diez competencias, y prácticamente todos los miembros del congreso regresarán a Washington».

Antes de las convenciones, los candidatos viables con más recursos de instituciones financieras eran Obama y McCain, con 36% cada uno. Los resultados preliminares indican que, al final, las contribuciones a la campaña de Obama por parte de la industria se concentraban entre firmas de abogados (incluyendo cabilderos) e instituciones financieras. La teoría política de la inversión sugiere ciertas conclusiones respecto a los lineamientos que guían a esta nueva administración.

El poder de las instituciones financieras refleja el creciente paso de la economía de la producción a las finanzas desde la liberalización de estas últimas en el decenio de 1970, causa subyacente de los actuales flagelos: la crisis financiera, la recesión en la economía real (es decir en la producción y consumo de bienes) y las consecuencias para la gran mayoría de los estadunidenses, cuyos salarios reales se han estancado a lo largo de treinta años, mientras los beneficios iban en descenso.

Haciendo a un lado la retórica sobre esperanza y cambio, ¿qué se puede esperar, de modo realista, de la administración de Obama?

Su elección de colaboradores envía una clara señal. La primera selección fue la de vicepresidente: Joe Biden, uno de los defensores más enérgicos de la invasión a Iraq entre los senadores demócratas, y desde hace mucho figura prominente de los medios políticos de Washington, que vota consistentemente con sus compañeros demócratas, aunque no siempre, como cuando apoyó una medida para hacer más difícil que las personas eliminasen sus deudas declarándose en bancarrota.

La primera designación después de las elecciones fue para el puesto crucial de jefe de gabinete: Rahm Emanuel, uno de los defensores más enérgicos de la invasión a Iraq entre los diputados demócratas y, como Biden, personaje de larga experiencia en Washington.

Emanuel es también uno de los principales receptores de contribuciones de campaña de Wall Street, según informa el Center for Responsive Politics. Fue «el diputado que más contribuciones recibió, en el ciclo electoral de 2008, de fondos de inversión de riesgo, firmas privadas de valores y los miembros más grandes de la industria de títulos e inversiones».

Desde que fue electo como legislador, en 2002, Emanuel «ha recibido más dinero de individuos y empresas de la industria de bonos e inversión que de cualquier otra». Su tarea consiste en supervisar el enfoque de Obama a la peor crisis financiera desde los años treinta, por la cual quienes los financian a él y al presidente tienen una gran responsabilidad.

En una entrevista con el editor del *Wall Street Journal* le preguntaron a Emanuel qué haría el gobierno de Obama en relación con «el liderazgo demócrata en el Congreso, que está repleto de barones de izquierda con sus

propios programas», como reducir el gasto en defensa (de acuerdo con la voluntad de la mayoría de la población), y «tratar de aumentar los impuestos al consumo energético para combatir el calentamiento global».

«Barack Obama puede hacerles frente», le aseguró Emanuel al editor. La administración será «pragmática» y eludirá a los extremistas de izquierda.

El equipo de transición de Obama está encabezado por John Podesta, quien fuera el jefe de gabinete de Clinton. Otros dos veteranos de Clinton, Robert Rubin y Lawrence Summers, se cuentan entre las figuras más destacadas de su equipo económico. Rubin y Summers eran entusiastas de la desregulación que representó un factor de gran importancia en la actual crisis financiera. Como secretario del Tesoro de Clinton, Rubin se esforzó por abolir la Ley Glass-Steagall, que separó a los bancos comerciales de las instituciones financieras que incurren en riesgos graves.

El economista Tim Canova escribe que Rubin «tenía un interés personal en la cancelación de esa ley». Poco después de dejar su cargo de secretario del Tesoro se convirtió en «presidente de Citigroup, conglomerado de servicios financieros que se enfrentaba a la posibilidad de tener que vender su subsidiaria de reaseguros […] la administración Clinton nunca presentó cargos contra él por su evidente violación de la Ley de Ética en el Gobierno».

Rubin fue sustituido como secretario del Tesoro por Summers, quien presidió la legislación que prohibía la regulación federal de los derivados, las «armas de destrucción masiva» (como las denominó Warren Buffett) que contribuyeron a precipitar a la catástrofe a los mercados financieros.

Summers califica como «uno de los principales villanos de la actual crisis económica», según afirma Dean Baker, uno del puñado de economistas que advirtieron sobre la crisis inminente. Y observa que poner la política financiera en manos de Rubin y Summers es «un poco como pedirle ayuda a Osama bin Laden para la lucha contra el terrorismo».

Ahora Rubin y Summers piden regulaciones que ayuden a despejar el caos que contribuyeron a crear.

La prensa de negocios reseñó las actas del consejo asesor económico de transición de Obama, que se reunió el 7 de noviembre [de 2008] para

definir cómo manejar la crisis financiera. En el noticiero *Bloomberg News*, Jonathan Weil llegó a la conclusión de que «en este preciso momento muchos de ellos deberían estar siendo citados como testigos materiales, no ocupando cargos en el círculo íntimo de Obama». Más o menos la mitad «han ocupado cargos fiduciarios en compañías que, en mayor o menor medida, alteraron sus declaraciones financieras, contribuyeron a la caída económica en picada de todo el mundo, o ambas cosas». ¿Es realmente creíble que «no confundan las necesidades de la nación con sus propios intereses corporativos»?

La principal inquietud de este gobierno será ponerle un alto a la crisis financiera y a la recesión simultánea en la economía real. Pero también hay un monstruo debajo de la cama: el ineficiente, tristemente célebre sistema de salud privatizado, que amenaza con abrumar al presupuesto federal si persisten las tendencias actuales.

Una mayoría del público, desde hace largo tiempo, ha estado a favor de un sistema nacional de salud, que debería ser mucho menos caro y más eficaz, según lo indican la experiencia comparativa (y numerosos estudios). Apenas en 2004 cualquier intervención gubernamental en el sistema de atención a la salud se describía en la prensa como algo «políticamente imposible», «carente de apoyo político», vale decir: con la oposición de la industria de las aseguradoras, las corporaciones farmacéuticas y otros.

Sin embargo, en 2008, primero John Edwards y después Barack Obama y Hillary Clinton hicieron propuestas que se acercan a lo que el público prefería desde hace mucho tiempo. Ahora estas ideas tienen «apoyo político». ¿Qué ha cambiado? No fue la opinión pública, que sigue siendo más o menos la misma. Pero para 2008 importantes sectores de poder, primordialmente la industria manufacturera, han llegado a reconocer que el sistema privatizado de atención a la salud les causa un grave perjuicio. Por eso la voluntad pública está llegando a tener «apoyo político».

Queda un largo camino por recorrer, pero el cambio nos dice algo acerca de la democracia disfuncional en la que el nuevo gobierno se está abriendo paso.

DESAFÍOS PARA BARACK OBAMA.
PARTE II: IRAQ, PAKISTÁN Y AFGANISTÁN

18 de diciembre de 2008

La disposición de Barack Obama para «hablar» con los enemigos se convirtió en una cuestión definitoria durante la campaña. ¿Será capaz de cumplir con ese compromiso?

La diplomacia es la única alternativa cuerda al ciclo de violencia que va del Medio Oriente hasta el centro de Asia y que amenaza con abarcar todo el mundo. Un corolario consiste en reconocer que la violencia sólo engendra violencia. También sería útil que la administración Obama, y Occidente, se enfrentasen a las cuestiones no anunciadas que impulsan la política en la región.

Iraq

El gobierno de Iraq ha elaborado un Acuerdo sobre el Estado de las Fuerzas, aceptado a regañadientes por Washington, que tiene la intención de ponerle fin a la presencia militar de Estados Unidos. Este acuerdo es el último paso en un proceso de resistencia masiva no violenta que ha forzado a Washington, paso a paso, a aceptar las elecciones y la creciente independencia del país ocupado.

Un vocero iraquí dijo que el acuerdo tentativo «coincide con la visión del presidente electo de Estados Unidos, Barack Obama». La «visión» de Obama no se detalla claramente, pero es probable que acceda de alguna

forma a las demandas del gobierno iraquí. De ser así, eso requeriría modificar los planes norteamericanos para obtener el control sobre los enormes recursos petroleros de Iraq, estableciendo al mismo tiempo bases para reforzar su dominio sobre la principal región productora de recursos energéticos del mundo.

Vale la pena señalar que recientes encuestas mundiales muestran una enérgica oposición a las bases navales norteamericanas en el golfo, oposición especialmente fuerte en esa región.

La perspectiva de trasladar las fuerzas de Iraq a Afganistán evocó una lección por parte de los editores del *Washington Post*: «Si bien Estados Unidos tiene interés por impedir la resurgencia de los talibán afganos, la importancia estratégica del país palidece junto a la de Iraq, que se encuentra en el centro geopolítico del Medio Oriente y contiene algunas de las reservas petroleras más grandes del mundo».

También el comando de la OTAN está llegando a reconocer las cruciales cuestiones de la energía. En junio de 2007 el secretario general de la OTAN, Jaap de Hoop Scheffer, informó en una reunión de miembros que «las tropas de la OTAN han tenido que vigilar los ductos que transportan petróleo y gas con rumbo a Occidente», y, más en general, proteger las rutas marítimas empleadas por los buques tanque y otros elementos de «infraestructura crucial» del sistema energético.

Es probable que esa labor incluya el proyectado gasoducto TAPI que, con un costo de 7600 millones de dólares, transportaría gas natural desde Turkmenistán hasta Pakistán y la India, atravesando la provincia afgana de Kandahar, en la que están acantonadas las tropas canadienses. El objetivo es «bloquear un gasoducto competidor que llevaría gas a Pakistán y la India desde Irán» y «disminuir el dominio de Rusia en las exportaciones de energía del centro de Asia», informó *The Globe and Mail* de Toronto, bosquejando de manera plausible algunos de los contornos del nuevo «Gran Juego» (cuando Gran Bretaña y Rusia competían por ejercer su influencia en Asia central durante el siglo XIX).

Pakistán

Obama ha respaldado la política de Bush de atacar a sospechosos de ser dirigentes de al-Qaeda en países que Estados Unidos (todavía) no ha invadido. En particular, no ha criticado las incursiones de aviones Predator no tripulados que han matado a muchos civiles en Pakistán, y era pronto para expandirlas radicalmente como parte de su campaña global de asesinatos.

En este momento se está librando una maligna miniguerra en el área tribal de Bajaur, en Pakistán, contigua a Afganistán. La BBC describe la destrucción generalizada debida al intenso combate: «Son muchos los que en Bajaur remontan las raíces del levantamiento a la sospecha del impacto de un misil norteamericano en un seminario musulmán o madraza, en noviembre de 2006, que provocó alrededor de ochenta muertos».

Del ataque informó en la prensa pakistaní el muy respetado físico disidente Pervez Hoodbhoy, pero fue ignorado en Estados Unidos. Muchas veces las cosas se ven diferentes en el otro extremo del garrote.

Hoodbhoy observó que el resultado habitual de tales ataques «han sido casas aplastadas, niños muertos y mutilados, y una creciente población local que busca venganza contra Pakistán y Estados Unidos». Bajaur puede ejemplificar hoy el familiar ciclo que Obama no da señales de romper.

El 3 de noviembre [de 2008] el general David Petraeus, jefe recién designado del comando central de Estados Unidos que abarca el Medio Oriente, tuvo su primera reunión con el presidente de Pakistán Asif Ali Zardari, el jefe del ejército general Ashfaq Parvez Kayani y otros funcionarios.

Su preocupación primordial: «Los continuos ataques a nuestro territorio de aviones no tripulados, que tienen como resultado la pérdida de vidas y propiedades invaluables, resultan contraproducentes y difíciles de explicar para un gobierno elegido democráticamente», le dijo Zardari a Petraeus. Su gobierno, señaló, está «bajo presión para reaccionar más agresivamente» a los ataques, que podrían conducir a «una reacción adversa en contra de Estados Unidos» que ya es en extremo impopular en Pakistán.

Petraeus dijo que había oído el mensaje, y que «tendremos que tomar en cuenta» la opinión de Pakistán cuando ataquemos el país; necesidad práctica, sin duda, cuando más de 80% de los suministros para la guerra de

Estados Unidos y la OTAN contra Afganistán pasan por Pakistán. Dos semanas más tarde, en el *Washington Post*, se reveló cómo había sido «tomada en cuenta» la opinión pakistaní, cuando el periódico informó que Estados Unidos y Pakistán habían alcanzado «un acuerdo tácito en septiembre [de 2008] respecto a una política de no preguntar, no decir, que permite que aeronaves Predator no tripuladas ataquen blancos sospechosos de ser terroristas» en Pakistán, de acuerdo con altos funcionarios no identificados de ambos países. «Los oficiales describieron el acuerdo diciendo que en él el gobierno de Estados Unidos se niega a reconocer públicamente los ataques, mientras que el de Pakistán sigue quejándose estrepitosamente por los impactos políticamente sensibles».

El día antes de que apareciese el informe sobre el «acuerdo tácito» un bombardeo suicida en las conflictivas áreas tribales provocó la muerte de ocho soldados pakistaníes; fue en represalia por el ataque de un avión no tripulado que mató a veinte personas, incluyendo a dos líderes talibán. El parlamento pakistaní llamó a mantener un diálogo con los talibán. Haciéndose eco de la resolución, el ministro de Relaciones Exteriores de Pakistán, el *sha* Mehmud Qureshi, dijo: «Hay una conciencia creciente de que el uso de la fuerza, por sí solo, no podrá arrojar los resultados deseados».

Afganistán

El primer mensaje de Hamid Karzai, el presidente de Afganistán, al presidente electo Obama, fue muy similar al que los dirigentes pakistaníes dirigieron a Petraeus: «Terminen con los ataques aéreos que ponen en peligro la vida de los civiles». Esa comunicación se envió poco después de que tropas de la coalición bombardeasen una boda en la provincia de Kandahar, matando, según se informó, a cuarenta personas. No hay indicio alguno de que «se tomase en cuenta» su opinión.

El comando británico ha advertido que no existe solución militar al conflicto de Afganistán y que tendrá que haber negociaciones con los talibán, arriesgándose con ello a un distanciamiento con Estados Unidos, según informa el *Financial Times*. Las cosas están ya sobre la mesa, escribe

Jason Burke, corresponsal del *Observer* con larga experiencia en la región: «Los talibán han estado llevando a cabo conversaciones secretas acerca de ponerle fin al conflicto en Afganistán en un 'proceso de paz' de amplio alcance auspiciado por Arabia Saudita y apoyado por Gran Bretaña».

Algunos activistas afganos por la paz tienen ciertas reservas en relación con este enfoque, y prefieren una solución sin interferencia extranjera. Una red creciente de estos activistas está pidiendo negociaciones y reconciliación con los talibán en una *Jirga* de la Paz Nacional, una gran asamblea de afganos que se formó en mayo de 2008.

En una reunión celebrada en mayo [de 2008] en apoyo de la *jirga*, tres mil políticos e intelectuales afganos, en su mayoría pashtunes, miembros del grupo étnico más grande, criticaron «la campaña militar internacional contra los militantes musulmanes en Afganistán e invitaron a un diálogo para poner fin a la lucha», informó la agencia France Presse.

El presidente interino de la *Jirga* de la Paz Nacional, Bajtar Aminzai, «le dijo a los congregados que el conflicto actual no podría resolverse por medios militares, y que sólo el diálogo podría llevar a una solución».

Un líder de Juventud Despierta de Afganistán, destacado grupo antibelicista, dijo que tenemos que ponerle fin al «afganicidio… la matanza de Afganistán».

En Afganistán, desgarrado por la guerra, no es fácil hacer encuestas, pero los resultados ameritan atención. Una encuesta ya mencionada hecha por canadienses encontró que los afganos favorecen la presencia de tropas canadienses y de otras nacionalidades —no es claro con qué misión— pero algunos anticipan que «los talibán dominarán una vez que salgan las tropas extranjeras», una amplia mayoría apoya una instalación negociada y más de la mitad apoya un gobierno de coalición. Parece, entonces, que la gran mayoría está de acuerdo con los medios pacíficos.

Un estudio de los soldados de infantería talibán llevado a cabo por el *Globe and Mail*, aunque no constituye una encuesta científica, como lo señala el mismo periódico, brinda una percepción considerable. Todos los entrevistados eran pashtunes afganos del área de Kandahar. Se describían a sí mismos como *mujaidines*, siguiendo la antigua tradición de expulsar a los invasores extranjeros. Casi una tercera parte informó que por lo menos un

miembro de su familia había muerto en años recientes en algún bombardeo aéreo. Muchos dijeron que luchaban para defender a los aldeanos de los impactos de los proyectiles aéreos de tropas extranjeras. Pocos afirmaron estar librando una *jihad* global o sentían lealtad hacia el líder talibán, el *mulá* Omar. En su mayoría consideraban que combatían por principios —un gobierno islámico—, no por un dirigente.

Una vez más, estos resultados sugieren que existen posibilidades de un acuerdo de paz negociado sin interferencia extranjera.

En *Foreign Affairs*, Barnett Rubin y Ahmed Rashid recomendaron que la estrategia norteamericana en la región debería pasar de enviar más tropas y realizar más ataques en Pakistán a «un gran trato diplomático, forjando un compromiso con los insurgentes y ocupándose simultáneamente de una multitud de rivalidades e inseguridades regionales».

El actual enfoque militar «y el terrorismo concomitante», advierten, puede conducir al derrumbe de Pakistán, país con armas nucleares, lo que tendría sombrías consecuencias. Instan a la administración entrante de Estados Unidos «a ponerle fin a la dinámica cada vez más destructiva del Gran Juego en la región» por medio de negociaciones que reconozcan los intereses de las partes involucradas dentro de Afganistán así como los de Pakistán e Irán, pero también los de la India, China y Rusia, que «tienen reservas respecto a una base de la OTAN dentro de sus respectivas esferas de influencia» y a las amenazas «que plantean Estados Unidos y la OTAN», al igual que al-Qaeda y los talibán.

El presidente norteamericano entrante, escriben, tiene que ponerle fin «al ansia de ‘victoria’ de Washington como solución a todos los problemas, y a la renuencia de Estados Unidos a involucrar en su diplomacia a competidores, oponentes o enemigos».

Muy pronto, y en cualquier cantidad de puntos de la zona de peligro, la administración de Obama podría actuar para romper el ominoso ciclo de violencia.

PESADILLA EN GAZA

14 de enero de 2009

En el momento de escribir esto, mientras continúa el despiadado ataque israelí contra Gaza, mientras el horror se vuelve más intenso y aún más sangriento, las perspectivas de lograr una solución decente se desvanecen entre los gritos de los heridos, los moribundos y los dolientes.

El último ataque contra Gaza se inició el 4 de noviembre [de 2008], cuando Israel violó un alto al fuego mientras los votantes en Estados Unidos iban a las urnas para elegir a Barack Obama, y estalló después, con toda la furia, el 27 de diciembre [de 2008].

Ante estos crímenes la respuesta de Obama ha sido el silencio, a diferencia de lo que ocurrió, digamos, con los ataques terroristas en Bombay, que denunció rápidamente, junto con la «odiosa ideología» que subyace a ellos. En el caso de Gaza, sus voceros se ocultaron detrás del mantra de que «hay un presidente a la vez», y repitieron el apoyo de Obama a las acciones israelíes cuando visitó la ciudad israelí de Sderot, en julio: «Si alguien estuviese disparando cohetes a mi casa, donde duermen por la noche mis dos hijas, haría todo lo que estuviese en mi poder por ponerle fin».

Pero aparentemente no hará nada, ni siquiera una declaración, cuando los aviones a reacción y los helicópteros estadunidenses, tripulados por pilotos israelíes, están causando sufrimientos incomparablemente peores a los niños palestinos.

La voz de un presidente entrante debería dejarse oír, por lo menos como respuesta moral y como llamado a ponerle un alto a los crímenes, y para

contribuir a los esfuerzos humanitarios, particularmente en un caso como éste. Evidentemente Israel no puede actuar con independencia de su principal aliado, respaldo, proveedor de armas y capacitador. La sangre derramada en Gaza está también en las manos de los norteamericanos. Esa voz podría indicar asimismo si el apoyo de línea dura que da Washington a las acciones israelíes, después de décadas, podría suavizarse.

Durante la campaña circularon rumores de que Obama podría desviarse del rechazo norteamericano que durante largo tiempo ha constituido una barrera primordial para lograr un legítimo acuerdo de dos estados, en el cual un Estado palestino independiente coexistiese con Israel. Éste es el consenso internacional de viejo cuño que Estados Unidos e Israel, prácticamente aislados, han bloqueado, con raras excepciones transitorias, durante más de treinta años. Por lo demás, el consenso es apoyado por el mundo entero, incluyendo la mayoría de la población estadunidense. Sin embargo, el historial de Obama no promete tener bases para tomar en serio esos rumores.

Obama ha seleccionado, como asistente especial para el Medio Oriente, a Daniel C. Kurtzer, que fuera embajador de Clinton y Bush ante Egipto e Israel. Kurtzer intervino en la redacción del discurso de Obama a la organización de cabildeo israelí Comité Estadunidense-Israelí de Asuntos Públicos (AIPAC, por sus siglas en inglés) en Washington el pasado junio de 2008. El notable texto iba mucho más allá que el presidente Bush en su tono obsequioso, y declaraba incluso que «Jerusalén seguirá siendo la capital de Israel y debe permanecer indivisa», posición tan extrema que su campaña tuvo que explicar que sus palabras no querían decir lo que dijo. Y Kurtzer es uno de los más moderados que Obama ha escogido para la región.

El presidente israelí Shimon Peres informó a la prensa que, en su visita de julio [de 2008] a Israel, Obama había dicho que estaba «muy impresionado» con la Propuesta de la Liga Árabe, que propone la normalización completa de las relaciones con Israel. Eso va más allá incluso que el consenso respecto a un acuerdo de dos estados. (El mismo Peres nunca ha aceptado ese consenso. En realidad, en sus últimos días como primer ministro, en 1996, sostuvo que jamás podría llegar a existir un Estado palestino).

Los comentarios de Obama mencionados podrían sugerir un significativo cambio de opinión, de no ser porque en el mismo viaje, como informó el líder derechista israelí Benjamin Netanyahu, Obama le dijo que estaba «muy impresionado» con el plan de Netanyahu, que plantea un control israelí indefinido de los territorios ocupados.

El analista político israelí Aluf Benn resuelve de manera plausible la paradoja al señalar que «el principal objetivo [de Obama] era no molestar ni encolerizar a nadie. Presumiblemente era cortés y les dijo a sus anfitriones que sus propuestas eran 'muy interesantes'; se van satisfechos y él no ha prometido nada». Es comprensible, pero no nos deja nada más que las fervorosas declaraciones de amor de Obama por Israel y su desinterés por las inquietudes palestinas.

Desde hace mucho Obama ha apoyado el «derecho [de Israel] a su propia defensa» y su «derecho a proteger a sus ciudadanos». En 2006, durante la invasión israelí al Líbano, respaldada por Estados Unidos, Obama, de acuerdo con su sitio web de campaña, copatrocinó «una resolución del senado contra el involucramiento de Irán y Siria en la guerra, y que insistiese en que a Israel no debía presionárselo para aceptar un alto al fuego que no se ocupase del peligro que representaban los misiles de Hezbolá». La invasión de Líbano, la quinta por parte de Israel, dejó más de mil libaneses muertos, y volvió a destruir una gran porción del sur del Líbano, así como partes de Beirut.

Resulta que ésta es la única mención de Líbano entre los asuntos de política exterior que aparecen en el sitio web de Obama. Evidentemente el Líbano no tiene derecho a su propia defensa. En realidad, ¿quién podría tener derecho a su propia defensa frente a Estados Unidos o sus clientes?

La invasión de Gaza es el más reciente de los trágicos episodios posteriores a una elección palestina pacífica y democrática que tuvo lugar allí en enero de 2006, que fue cuidadosamente monitoreada por observadores internacionales, quienes la declararon libre y justa. Pero los palestinos votaron por Hamás a pesar de los esfuerzos norteamericanos e israelíes en favor del presidente de Autoridad Palestina Mahmoud Abbas y su partido Fatah. Quienes desobedecen al amo deben sufrir las consecuencias.

El castigo a los palestinos por votar mal se inició de inmediato, y se ha ido volviendo cada vez más grave. Israel, con el respaldo de Estados Unidos, escaló su violencia en Gaza, secuestró a muchos de los dirigentes electos, estrechó constantemente su asedio y hasta interrumpió el flujo de agua a la Franja de Gaza. Estados Unidos e Israel se aseguraron que el gobierno electo no tuviese posibilidad de funcionar.

Incluso cuando Israel aceptó un alto al fuego, como hizo en junio de 2008, lo violó instantáneamente, manteniendo el estado de sitio (lo que constituyó un acto de guerra) e impidiendo que la UNRWA, la agencia de Naciones Unidas que mantiene vivos a los palestinos, los reabasteciera. «Así que cuando se rompió el alto el fuego [el 4 de noviembre de 2008] nos quedamos sin comida para las 750 000 personas que dependen de nosotros», informó a la BBC John Ging, el director de la UNRWA en Gaza.

En las siguientes semanas el bloqueo se volvió todavía más riguroso, con desastrosas consecuencias para la población. Ambos lados incrementaron la violencia (todas las muertes fueron palestinas) hasta que el alto al fuego concluyó formalmente el 19 de diciembre [de 2008] y el primer ministro Ehud Olmert autorizó la invasión en gran escala, rechazando el ofrecimiento de Hamás para extender el alto al fuego.

En medio de una nueva pesadilla para Gaza la esperanza de un acuerdo de dos estados en Israel-Palestina, en concordancia con el consenso internacional, podría parecer casi inimaginable. Sin embargo ya en una ocasión estuvo muy cerca, en el último mes de la presidencia de Bill Clinton. En enero de 2001 —no hace tanto, después de todo— Estados Unidos dio su apoyo a las negociaciones que se llevaron a cabo en Taba, Egipto, que estuvieron a punto de lograr ese acuerdo antes de ser interrumpidas por el primer ministro Ehud Barak. Un elemento esencial fue la disposición de un presidente norteamericano a tomarlo en consideración.

BARACK OBAMA E ISRAEL-PALESTINA

3 de enero de 2009

Se considera a Barack Obama como persona de inteligencia aguda, erudito legal, cuidadoso al escoger sus palabras. Merece ser tomado en serio… tanto por lo que dice como por lo que omite.

Resulta especialmente significativa su primera declaración sustantiva sobre cuestiones internacionales, el 22 de enero [de 2009], en el Departamento de Estado, cuando presentó a George Mitchell como su enviado especial para la paz en Medio Oriente.

Mitchell tiene que concentrar su atención en el problema Israel-Palestina tras la reciente invasión norteamericana-israelí a Gaza. Durante ese ataque asesino Obama mantuvo silencio, aparte de unos cuantos lugares comunes porque, dijo, sólo hay un presidente.

No obstante, el 22 de enero el único presidente era Barack Obama, de modo que podía hablar con libertad de estas cuestiones. Hizo hincapié en su compromiso con un acuerdo pacífico: «La política de mi administración consistirá en buscar activa y agresivamente una paz duradera entre Israel y los palestinos, así como entre Israel y sus vecinos árabes».

Pero dejó muy vagos los contornos de su política, aparte de una propuesta específica: «La Iniciativa Árabe de Paz —dijo— contiene elementos constructivos que podrían contribuir al avance de esos esfuerzos. Éste es el momento de que los estados árabes actúen sobre la promesa de iniciativa apoyando al gobierno palestino del presidente Abbas y del primer ministro Fayyad, emprendiendo acciones para normalizar las relaciones con Israel y oponiéndose al extremismo que nos amenaza a todos».

Obama no está falseando directamente la propuesta de la Liga Árabe, pero su interpretación, expresada con gran cuidado, resulta instructiva.

En efecto, la propuesta llama a normalizar las relaciones con Israel; debe notarse que eso sería en el contexto, y sólo en el contexto, de un acuerdo de dos estados, una expectativa que Estados Unidos e Israel han bloqueado, prácticamente solos, durante más de treinta años.

La omisión de ese hecho crucial por parte de Obama —Israel y Palestina como estados que coexistan en la frontera internacional, tal vez con pequeñas modificaciones mutuas— difícilmente puede considerarse accidental. Indica que no visualiza apartarse del rechazo norteamericano. Su llamamiento a que los estados árabes actúen de acuerdo con un corolario de su propuesta, mientras que Estados Unidos ignora incluso la existencia del contenido central, la condición previa del corolario, supera todo cinismo.

En el terreno, los actos más significativos que atentan contra un acuerdo pacífico son las acciones cotidianas respaldadas por Estados Unidos en los territorios ocupados, todas las cuales se reconocen como actos criminales: apoderarse de tierras y recursos valiosos y construir lo que el principal arquitecto del plan, Ariel Sharon, llamó «bantustanes» para los palestinos.

Pero Estados Unidos e Israel siguen oponiéndose a un acuerdo político incluso en palabras; la última ocasión en que lo hicieron fue en diciembre, cuando ellos (y unas cuantas islas del Pacífico) votaron en contra de una resolución de las Naciones Unidas que apoyaba «el derecho del pueblo palestino a la autodeterminación» (que se aprobó por 173 votos contra 5).

Al referirse a la «constructiva» propuesta, Obama no tuvo ni una sola palabra acerca de los asentamientos y del desarrollo de infraestructura en la margen occidental, ni para las medidas complejas a fin de controlar la existencia palestina, diseñadas para socavar las perspectivas de un acuerdo pacífico de dos estados. Su silencio refuta sus florituras retóricas respecto a cómo «mantendré un compromiso activo en pro de dos estados que vivan uno junto a otro en paz y seguridad».

Obama persiste en aumentar el apoyo a Abbas y Fayyad, que representan la parte derrotada en las elecciones libres de enero de 2006, a la cual Estados Unidos e Israel reaccionaron, instantánea y abiertamente, castigando con severidad a los palestinos. La insistencia de Obama en que

no existe nadie más que Abbas y Fayyad coincide con el persistente desprecio occidental por la democracia a menos que esté bajo su control.

Obama también dio las razones habituales para ignorar al gobierno electo encabezado por Hamás. «Para que sea un legítimo actor en pro de la paz —declaró Obama— el cuarteto [Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia y las Naciones Unidas] han puesto en claro que Hamás debe cumplir condiciones precisas: reconocer el derecho de Israel a la existencia, renunciar a la violencia y guiarse por los acuerdos previos.»

No se menciona, como de costumbre, el hecho inconveniente de que Estados Unidos e Israel son prácticamente los únicos en rechazar el acuerdo de dos estados; ellos, desde luego, no renuncian a la violencia, y rechazan la propuesta central del cuarteto, el «mapa de ruta», como ya fue discutido. Tal vez sea injusto criticar a Obama por esta nueva muestra de cinismo, porque es prácticamente universal.

También son casi universales las referencias convencionales a Hamás: una organización terrorista dedicada a la destrucción de Israel (o tal vez de todos los judíos). Lo que se omite es que, a diferencia de los dos países que lo rechazan, Hamás pide un acuerdo de dos estados en términos del consenso internacional, y lo hace pública, repetida, explícitamente.

Obama dijo: «Quiero ser claro: Estados Unidos está comprometido con la seguridad de Israel. Y siempre apoyaremos el derecho de Israel de defenderse a sí mismo contra amenazas legítimas».

Nada se dijo sobre el derecho de los palestinos a defenderse a sí mismos contra amenazas mucho más extremas, como las que se producen todos los días, con apoyo norteamericano, en Gaza y en los territorios ocupados. Pero ésa también es la norma.

El engaño es especialmente impresionante en este caso debido a que fue con ocasión de la designación de Mitchell, cuyo logro primordial fue su papel directivo en el acuerdo pacífico Irlanda del Norte, que planteaba el fin del terrorismo del ERI y de la violencia británica, reconociendo implícitamente que, si bien Gran Bretaña tenía el derecho a defenderse del terrorismo, no tenía derecho de hacerlo por la fuerza, porque existía una alternativa pacífica: reconocer los legítimos agravios de la comunidad

católica irlandesa que estaban en la base del terrorismo del ERI. Cuando Gran Bretaña adoptó esta posición sensata, el terrorismo llegó a su fin.

El mismo Mitchell podría ver con beneplácito una propuesta seria de dos estados. En 2001, para la administración de George W. Bush, presidió un panel internacional cuyo informe prohibía por fin toda actividad adicional de asentamiento israelí en la margen occidental. El Informe Mitchell, aunque formalmente aceptado y ensalzado por Estados Unidos y por Israel, fue completamente ignorado.

Las implicaciones de los comentarios de Obama para la nueva misión de Mitchell en relación con Israel-Palestina son obvias: un acuerdo legítimo de dos estados no está sobre la mesa.

El primer mandato de Mitchell en el Medio Oriente consiste en iniciar las discusiones y en escuchar a todos… a todos con la presumible excepción del gobierno electo de Palestina. Las omisiones de Obama representan una impactante indicación del compromiso de su administración con la tradicional postura de rechazo de Estados Unidos y su oposición a la paz, salvo en sus propios términos extremistas.

AMÉRICA LATINA, DESAFIANTE

8 de marzo de 2009

Hace más de un milenio, mucho antes de la conquista europea, una civilización perdida floreció en el área que ahora conocemos como Bolivia.

Los arqueólogos están descubriendo que Bolivia tuvo una sociedad rica, sofisticada y compleja; por citarlos, «uno de los entornos artificiales más grandes, extraños y ecológicamente ricos sobre la faz de la tierra […] Sus pueblos y ciudades eran espaciosos y formales», creando un paisaje que era «una de las más grandes obras de arte de la humanidad, una obra maestra».

Ahora Bolivia, junto con gran parte de la región, desde Venezuela hasta Argentina, está resurgiendo. La conquista, y su eco en el dominio imperial estadunidense sobre el hemisferio, están cediendo el paso a la independencia y la interdependencia que marcan una nueva dinámica en las relaciones Norte-Sur, todo contra el telón de fondo de la catástrofe de la economía norteamericana y mundial.

Durante la última década América Latina se ha convertido en la región más progresista de la Tierra.

En todo el subcontinente ha habido iniciativas que tuvieron un impacto significativo sobre los distintos países, así como sobre la lenta aparición de instituciones regionales.

Entre éstas se cuenta el Banco del Sur, auspiciado en 2007 por el premio Nobel en economía Joseph Stiglitz en Caracas, Venezuela, y la ALBA, la Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe que, si resulta posible cumplir su promesa inicial, puede constituir un nuevo amanecer.

ALBA se describe con frecuencia como una alternativa al «Área de Libre Comercio de las Américas», pero los términos son engañosos. Debe entendérsela como una propuesta independiente, no como una alternativa. Y, además, los llamados «acuerdos de libre comercio» sólo tienen una relación limitada con el libre comercio o incluso con el comercio en un sentido serio del término; y desde luego no son acuerdos, no al menos si la gente es parte de su respectivo país.

Un término más preciso sería «acuerdos de derechos de inversionistas», diseñados por las corporaciones multinacionales y los bancos, así como por los estados poderosos que sirven sus intereses, establecidos mayormente en secreto, sin participación ni conocimiento públicos.

Otra organización regional promisoria es Unasur, la Unión de Naciones Sudamericanas. Unasur, que sigue el modelo de la Unión Europea, pretende establecer un parlamento sudamericano en Cochabamba, Bolivia. Es un lugar adecuado: en 2000 el pueblo de Cochabamba libró una lucha valiente y exitosa contra la privatización del agua, con lo que despertó la solidaridad internacional como prueba de lo que puede lograr el activismo comprometido.

La dinámica del Cono Sur ha emanado en parte de Venezuela, con la elección de Hugo Chávez, un presidente izquierdista entregado a utilizar los ricos recursos de su país en beneficio del pueblo venezolano, más que en pro de los ricos y privilegiados de su país y del extranjero, y a promover la integración regional que se requiere tan desesperadamente como requisito previo para la independencia, para la democracia, y para el desarrollo significativo.

Chávez dista de estar solo en la búsqueda de esas metas. Bolivia, el país más pobre del continente, es quizás el ejemplo más claro.

Bolivia ha abierto una senda importante para la verdadera democratización en el hemisferio. En 2005 la mayoría indígena, la población más reprimida del hemisferio, hizo su entrada en la escena política y eligió a un integrante de sus propias filas, Evo Morales, para que aplicase programas derivados de las organizaciones populares.

La elección no fue más que una etapa de las luchas presentes. Los problemas eran graves y bien conocidos: control sobre los recursos,

derechos culturales y justicia en una compleja sociedad multiétnica, y la inmensa brecha económica y social entre la gran mayoría y la restringida élite acaudalada, la de los gobernantes tradicionales.

En consecuencia, Bolivia es también escenario de la confrontación más peligrosa de la actualidad entre la democracia popular y las élites privilegiadas, europeizadas, que resienten la pérdida de su privilegio político y, por ello, se oponen, a veces violentamente, a la democracia y la justicia social. Normalmente disfrutan de un firme respaldo de Estados Unidos.

El mes de septiembre pasado [2008], en una cumbre extraordinaria de Unasur celebrada en Santiago de Chile, los líderes sudamericanos expresaron «su más pleno y decidido respaldo al gobierno constitucional del presidente Evo Morales, cuyo mandato fue ratificado por una amplia mayoría», refiriéndose a su victoria en el reciente referendo.

Morales le agradeció a Unasur, observando que «Por primera vez en la historia de Sudamérica los países de nuestra región estamos decidiendo cómo resolver nuestros problemas sin la presencia de Estados Unidos».

Estados Unidos ha dominado durante largo tiempo la economía boliviana, especialmente porque procesa sus exportaciones de estaño. Como señala Stephen Zunes, el especialista en asuntos internacionales, a principios de los años cincuenta, «En un momento crítico del esfuerzo de la nación por llegar a ser más autosuficiente el gobierno de Estados Unidos obligó a Bolivia a usar su escaso capital, no para su propio desarrollo, sino para compensar a los ex propietarios de las minas y pagar su deuda externa».

Las políticas económicas que Bolivia fue forzada a aplicar en esa época fueron precursoras de los programas de ajuste estructural que se impondrían en el continente treinta años después, bajo los términos del «consenso de Washington» neoliberal, que en general ha tenido efectos desastrosos en todos aquellos casos en los que se cumplió con sus restricciones.

En este momento las víctimas del fundamentalismo neoliberal de mercado están llegando a incluir a los países ricos, en los cuales la maldición de la liberalización financiera ha acarreado la peor crisis financiera desde la gran depresión.

Las modalidades tradicionales del control imperial —violencia y guerra económica— se han relajado. América Latina tiene verdaderas opciones. Washington comprende bien que estas opciones representan una amenaza, no sólo para su dominio del hemisferio, sino también para su dominio global. El control de Latinoamérica ha sido una meta de la política exterior norteamericana desde los primeros días de la república.

Si Estados Unidos no puede controlar a América Latina, no podrá pensar «en alcanzar un orden exitoso en algún otro lugar del mundo», fue la conclusión del Consejo Nacional de Seguridad de Nixon en 1971, cuando analizaba la importancia fundamental de destruir la democracia chilena, como en efecto lo hizo.

Los especialistas reconocen en general que Washington ha apoyado la democracia sólo si contribuye a sus intereses estratégicos y económicos, política que se ha mantenido sin cambio en todas las administraciones, hasta la actualidad.

Estas preocupaciones antidemocráticas constituyen la forma racional de la teoría del dominó, que en ocasiones, y con mayor exactitud, se conoce como «la amenaza de un buen ejemplo». Por esas razones, hasta el menor alejamiento de la obediencia rigurosa se ve como un peligro existencial que requiere una respuesta ríspida: la organización de los campesinos en comunidades remotas del norte de Lagos, las cooperativas pesqueras en Granada, y cosas por el estilo, en el mundo entero.

En una nueva América Latina, llena de confianza en sí misma, la integración tiene por lo menos tres dimensiones: regional, requisito previo fundamental para la independencia, que hace más difícil que el amo del hemisferio vaya dominando a los países uno a uno; global, al establecer relaciones Sur-Sur y diversificar los mercados y las inversiones, con China como socio cada vez más significativo en las cuestiones hemisféricas, e interna, que es tal vez la dimensión más vital de todas. América Latina es conocida por sus concentraciones extremas de riqueza y poder y por la irresponsabilidad de las élites privilegiadas hacia el bienestar de la nación.

El subcontinente tiene inmensos problemas pero hay muchas novedades promisorias que pueden anunciar una era de verdadera globalización, de

integración internacional por el bien del pueblo, no de los inversionistas y de otras concentraciones de poder.

¡ABAJO LA LÍNEA DURAND!

1 de abril de 2009

Desde la antigüedad la región que se conoce ahora como Afganistán ha sido la encrucijada de quienes anhelaban ser conquistadores. Allí reinaron Alejandro Magno, Gengis Kan y Tamerlán.

Durante el siglo XIX el imperio británico y el ruso competían por alcanzar la supremacía en el Asia central: el Gran Juego, como se describía su rivalidad. En 1893 *sir* Henry Mortimer Durand, un funcionario colonial británico, trazó una línea de dos mil quinientos kilómetros para definir el límite occidental de la India que estaba bajo el dominio británico. La Línea Durand atravesó áreas tribales pashtún que los afganos consideraban parte de su territorio. En 1947 la parte noroeste de la región se separó para convertirse en el nuevo Estado de Pakistán.

El Gran Juego continúa en Afganistán-Pakistán… Afpak, como se lo llama ahora. El término resulta razonable para la región ubicada en cualquiera de los dos lados de la tenue y porosa Línea Durand, que la población nunca aceptó, y a la cual se opuso de manera consistente el Estado de Afganistán cuando todavía funcionaba.

Un hito histórico indeleble es que, en última instancia, los afganos lograron derrotar a todos sus invasores.

Afganistán sigue constituyendo un premio geoestratégico en el Gran Juego. En Afpak el presidente Barack Obama, de acuerdo con sus promesas de campaña, se abocó a intensificar considerablemente la guerra, prosiguiendo con el patrón de escalada de la administración Bush.

En la actualidad Afganistán está ocupado por Estados Unidos y sus aliados de la OTAN. La presencia militar de los extranjeros sólo provoca confrontaciones, mientras que lo que se requiere es un esfuerzo común entre las potencias regionales interesadas —incluyendo a China, India, Irán, Pakistán y Rusia—, que ayude a los afganos a enfrentar pacíficamente sus problemas internos, cosa que, en opinión de muchos, pueden hacer.

La OTAN ha ido mucho más allá de sus orígenes en la guerra fría. Tras la caída de la Unión Soviética perdió su pretexto para existir: la defensa contra un hipotético ataque ruso. Pero no tardó en emprender nuevas misiones: expandió a la OTAN hacia el este violando las promesas hechas a Mijaíl Gorbachov, seria amenaza de seguridad para Rusia, lo cual, como es natural, generó tensiones internacionales.

El consejero de seguridad nacional del presidente Obama, James Jones, comandante supremo aliado de la OTAN en Europa de 2003 a 2006, aboga por la expansión de la misma hacia el este y hacia el sur, medidas que reforzarían el control norteamericano sobre las fuentes de energía del Medio Oriente (lo que en términos técnicos se expresa como «salvaguardar la seguridad energética»). También promueve una fuerza de respuesta de la OTAN, que le daría a la alianza militar manejada por Estados Unidos «mucha más capacidad flexible para hacer cosas rápidamente a distancias muy grandes».

China puede representar la principal preocupación de Washington. La Organización de la Cooperación de Shanghai, con sede en China, que algunos analistas ven como un potencial medio para equilibrar a la OTAN, incluye a Rusia y a los estados de Asia central. La India, Pakistán e Irán son observadores, y se especula sobre la posibilidad de su incorporación. China también ha intensificado sus relaciones con Arabia Saudita, la joya de la corona del sistema petrolero.

Una fuerza básica que se opone a las maniobras de la gran potencia es el fuerte movimiento de paz que está creciendo en Afganistán. Los activistas llaman a un fin a la violencia y a las negociaciones con los talibán. Esos afganos reciben con beneplácito la ayuda extranjera… para la reconstrucción y el desarrollo, no con fines militares.

El movimiento por la paz está ganando tanto apoyo popular en Afganistán que las tropas de Estados Unidos que se vuelcan sobre el país no sólo tendrán que enfrentarse a los talibán sino también «a un enemigo desarmado pero igualmente amedrentador: la opinión pública», informa Pamela Constable, del *Washington Post*, respecto a su reciente visita a ese país. Muchos afganos dicen «que en lugar de ayudar a derrotar a los insurgentes y sofocar la violencia que se ha apoderado de la región, la llegada de más tropas extranjeras exacerbará el problema».

La mayoría de los afganos a los que entrevistó Constable «dijeron que preferirían un acuerdo negociado con los insurgentes antes que una campaña militar intensificada. Varios señalaron que los combatientes talibán son compatriotas afganos y musulmanes, y que el país ha resuelto tradicionalmente sus conflictos mediante reuniones comunitarias y tribales».

El primer mensaje del presidente afgano, Hamid Karzai, a Obama, al parecer sin respuesta, fue una solicitud para que se dejase de atacar a los civiles. Karzai también le informó a una delegación de las Naciones Unidas que quería un calendario para el retiro de tropas extranjeras (es decir norteamericanas). Por lo tanto, no goza del favor de Washington y, en consecuencia, ha pasado de ser un favorito de los medios a ser «poco confiable», «corrupto», etc., lo cual no es más cierto que cuando se lo ensalzaba como «nuestro hombre» en Kabul. La prensa informa que Estados Unidos y sus aliados están planeando hacerlo a un lado para favorecer a una figura de su elección. La popularidad de Karzai también ha mermado en Afganistán, aunque sigue estando muy por encima de la de las fuerzas de ocupación estadunidenses.

El muy experimentado corresponsal británico Jason Burke nos brinda una perspectiva útil al escribir: «todavía tenemos esperanzas de construir el Estado que queremos que quieran los afganos, más que el Estado que realmente quieren. Si uno les pregunta a muchos de ellos a qué Estado les gustaría que se pareciese el suyo dentro de unas cuantas décadas, la respuesta es ‘Irán’».

El papel de Irán es especialmente importante. Tiene relaciones estrechísimas con Afganistán. Se opone enérgicamente a los talibán y

proporcionó sustancial ayuda para expulsarlos… y como recompensa fue calificado como parte del eje del mal. Tiene más interés que cualquier otro país en que Afganistán se estabilice y florezca, y posee relaciones naturales con Pakistán, India, Turquía, China y Rusia. Estas relaciones bien pueden desarrollarse por su cuenta, asociadas quizá con la Organización de la Cooperación de Shanghai, si Estados Unidos continúa bloqueando las relaciones de Irán con el mundo occidental.

Esta semana [marzo de 2009], en una conferencia de Naciones Unidas sobre Afganistán que tuvo lugar en La Haya, Karzai se reunió con funcionarios iraníes que se comprometieron a ayudar a la reconstrucción y a cooperar con la vigilancia regional del floreciente tráfico de drogas afgano.

La política de escalada Bush-Obama no conduce a un acuerdo pacífico en Afganistán ni en la región. Lo importante son las negociaciones entre los afganos sin interferencia extranjera, ya sea la del Gran Juego o cualquier otra. Los problemas de Afganistán tienen que resolverlos los afganos.

UNA TRADICIÓN DE TORTURA

5 de mayo de 2009

Los memorandos relativos a la tortura que dio a conocer la Casa Blanca han provocado impresión, indignación y sorpresa. La impresión y la indignación son comprensibles, en particular por el recién desclasificado Informe de los Servicios Armados del Senado sobre el Trato a los Detenidos.

En el verano de 2002, según revela el informe, los encargados de los interrogatorios en Guantánamo empezaron a sentir mayor presión de sus oficiales superiores para establecer un vínculo entre Iraq y al-Qaeda. Medio ahogar a los prisioneros arrojándoles agua a la cara, entre otras medidas de tortura, sirvió para arrancarle finalmente a un detenido la «evidencia» que se usó para justificar la invasión Bush-Cheney a Iraq al año siguiente.

Pero ¿por qué causaron sorpresa los memorandos sobre la tortura? Incluso sin una investigación previa era razonable suponer que Guantánamo era una cámara de torturas. ¿Por qué, si no, enviar a los prisioneros a un lugar donde estuviesen fuera del alcance de la ley; un lugar, por cierto, que Washington utiliza transgrediendo un tratado que le fue impuesto a Cuba a punta de pistola? Es difícil tomarse en serio el argumento de la seguridad.

Una razón más general por la que no debería haber mayor sorpresa es que la tortura ha sido una práctica habitual desde los primeros días de la conquista del territorio nacional y fuera de éste, cuando las aventuras imperiales del «imperio en pañales» se expandían a Filipinas, Haití y tantos otros lugares.

Además, la tortura fue el menor de los muchos crímenes de agresión, terrorismo, subversión y asfixia económica que han ensombrecido la historia de Estados Unidos, tal como lo hicieron en el caso de otras grandes potencias. Las actuales revelaciones de tortura apuntan una vez más al conflicto entre «lo que defendemos» y «lo que hacemos».

La reacción ha sido muy vehemente, pero de maneras que pueden plantear ciertos interrogantes. Por ejemplo, el columnista del *New York Times* Paul Krugman, uno de los críticos más elocuentes y directos de los atropellos de Bush, escribe que solíamos ser «una nación de ideales morales», y que nunca antes de Bush «nuestros dirigentes habían traicionado tan flagrantemente todo lo que representa nuestra nación».

Esta visión es, por decir lo menos, una versión bastante sesgada de la historia. Es un artículo de fe, casi una parte del credo nacional, el hecho de que Estados Unidos es virtuosamente diferente de otras grandes potencias del pasado y de la actualidad; esa noción que se conoce como «excepcionalidad norteamericana».

Una corrección parcial puede encontrarse en la historia que acaba de publicar el periodista británico Godfrey Hodgson, *The myth of American excepcionalism* [*El mito de la excepcionalidad norteamericana*]. Hodgson llega a la conclusión de que Estados Unidos no es más que «una nación grande pero imperfecta entre todas las demás».

Roger Cohen, columnista del *International Herald Tribune*, en su reseña del libro publicada en el *New York Times*, coincide en que las evidencias apoyan la opinión de Hodgson, pero discrepa con él en torno a un punto fundamental: Hodgson no logra entender que «Estados Unidos nació como una idea, y por eso tiene que mantenerla viva».

La idea se revela en el nacimiento del país como «una ciudad en una colina» —escribe Cohen—, una «noción inspiradora» que reside «en lo más hondo de la psique estadunidense».

En síntesis, el error de Hodgson radica en que se atiene a las «distorsiones de la idea norteamericana de décadas recientes» (en realidad, a lo largo de su historia). Veamos, pues, la «idea» de Estados Unidos.

La inspiradora frase «una ciudad en una colina» fue acuñada por John Winthrop en 1630, que la tomó prestada de los evangelios y esbozó el

glorioso futuro de una nación «ordenada por Dios».

Un año antes su colonia de la bahía de Massachusetts hacía oficializado su Gran Sello. En él se representa a un indio de cuya boca sale un rollo de papel, sobre el que se leen las palabras «Venid, ayudadnos». De esa forma, los colonos británicos eran humanistas benévolos que respondían a las súplicas de los miserables nativos por ser rescatados de su cruel destino pagano.

Esta temprana proclama de la «intervención humanitaria», por emplear el término popular en la actualidad, resultó parecerse mucho a sus sucesoras, aunque inusualmente aterradora para sus beneficiarios que podría no necesitar revisarse.

A veces hay innovaciones. Durante los últimos sesenta años víctimas de todo el mundo han soportado lo que el historiador Alfred McCoy, en su libro de 2006, *A question of torture: CIA interrogation, from the Cold War to the war on terror* [*Cuestión de tortura: Interrogatorios de la CIA desde la guerra fría hasta la guerra contra el terrorismo*] describe como la «revolución de la cruel ciencia del dolor» de la CIA. Como él alega, a menudo la tarea de la tortura es encargada a subsidiarias, lo que es distinto de la versión corriente. Y el método del ahogamiento es uno de los sistemas de décadas de antigüedad que aparecen, sin mayores cambios, en Guantánamo.

La complicidad en la tortura aparece con frecuencia en la política exterior estadunidense. En un estudio de 1980 el politólogo Lars Schoultz descubrió que la ayuda internacional norteamericana «ha solido fluir de manera desproporcionada a los gobiernos latinoamericanos que torturan a sus ciudadanos […] a los violadores hemisféricos relativamente egregios de los derechos humanos fundamentales».

El estudio de Schoultz y otros que llegan a conclusiones parecidas son anteriores a los años de Reagan, cuando el tema no era digno de estudio porque las correlaciones resultaban tan abrumadoramente claras. Y esa tendencia se mantiene hasta la actualidad sin cambios significativos.

No es raro, pues, que el presidente nos recomiende mirar hacia delante, no hacia atrás… doctrina conveniente para quienes empuñan el garrote.

Para nuestro gran disgusto, los que reciben los garrotazos se inclinan por ver el mundo de otra manera.

Entre los imperios es probable que la «excepcionalidad» sea casi universal. Francia proclamaba su «misión civilizadora» mientras el ministro francés de la Guerra llamaba a «exterminar a la población indígena» de Argelia.

La nobleza de Gran Bretaña era «una novedad en el mundo», declaraba John Stuart Mill, mientras instaba a que ese poder angelical no tardase más en completar su liberación de la India. El clásico ensayo de Mill, «A few words about non-intervention» [«Unas palabras sobre la no intervención»] fue escrito justo después de que se revelasen públicamente los horripilantes atrocidades británicas cometidas para suprimir la rebelión india de 1857.

Tales ideas «excepcionalistas» no sólo son convenientes para el poder y el privilegio; también son perniciosas. Una razón de ello es que borran los verdaderos crímenes que se están realizando. La masacre de My Lai durante la guerra de Vietnam no fue más que una nota al pie de las atrocidades muchísimo mayores de los programas de pacificación posteriores a la ofensiva Tet. La escucha de Watergate que culminó con la caída de un presidente norteamericano fue ilegal, sin la menor duda, pero el furor en torno a ella desplazó crímenes incomparablemente peores cometidos en Estados Unidos y en el exterior, como el bombardeo de Camboya, por mencionar tan sólo un ejemplo horrible. Con mucha frecuencia las atrocidades selectivas desempeñan esta función.

La amnesia histórica es un fenómeno muy peligroso, no sólo porque socava la integridad moral e intelectual, sino también porque sienta las bases para los crímenes del futuro.

OBAMA ACERCA DE ISRAEL-PALESTINA

4 de junio de 2009

Un titular de CNN sobre los planes de Obama para su discurso en El Cairo afirma: «Obama pretende llegar al alma del mundo musulmán». Tal vez eso exprese su intención, pero resulta más significativo el contenido que esa posición retórica oculta… o más precisamente, omite.

Sobre Israel-Palestina —el discurso no ofrecía nada sustancial—. Obama conminó a árabes e israelíes a no «apuntar con el dedo» al otro ni a ver «este conflicto sólo de un lado o del otro».

Severamente excluido, Estados Unidos, que ha desempeñado un papel decisivo para mantener el conflicto, es un tercer lado. Obama no indicó que el papel estadunidense fuese a cambiar, ni siquiera que fuese a ser tomado en consideración.

Ensalzó una vez más la Iniciativa Árabe de Paz, diciendo que los árabes deberían verla como «un comienzo importante, pero no el final de sus responsabilidades». Otra vez hay una grave omisión, seguramente consciente: El presidente y sus asesores tienen claro sin duda que la iniciativa reitera el antiguo consenso internacional para un acuerdo de dos estados en la frontera internacional (anterior a junio de 1967), tal vez con «modificaciones menores y mutuas», por emplear el lenguaje del gobierno de Estados Unidos, antes que Estados Unidos haya partido del mundo con este tema de hace 35 años. En este contexto internacional, la Iniciativa Árabe de Paz llama a los estados árabes a normalizar las relaciones con Israel.

Obama les pidió a los estados árabes que avanzasen con la normalización, evitando con gran cuidado el acuerdo político esencial que constituye su condición previa. La iniciativa no puede ser un «comienzo» si Estados Unidos sigue negándose a aceptar sus principios esenciales, y hasta a reconocer que existen.

¿Qué tiene que hacer Israel a cambio de que los estados árabes tomen medidas para normalizar las relaciones? La posición más enérgica enunciada hasta ahora por el gobierno de Obama es que Israel tendría que adecuarse a la fase I del mapa de ruta de 2003: «Israel pone un alto a toda actividad de asentamientos (incluido el crecimiento natural de los mismos)».

En el debate acerca de los asentamientos se pasa por alto que, incluso si Israel aceptase la fase I, eso dejaría intacto todo el proyecto de asentamientos que ya se ha desarrollado, con apoyo estadunidense esencial. Los asentamientos y proyectos de desarrollo garantizan que Israel tomará tierras valiosas (incluido el abasto principal de agua de la región), así como el valle del Jordán, con el ilegal «muro de separación», con lo que aprisionará a los palestinos dentro de un territorio limitado que, además, se está fragmentando en cantones debido a las salientes de los asentamientos y de la infraestructura que se extienden muy hacia el este.

Tampoco se menciona que Israel está apoderándose de la Gran Jerusalén, sede de sus principales programas actuales de desarrollo, desplazando a muchos árabes, de modo que lo que quede de los palestinos estará separado del centro de su vida cultural, económica y sociopolítica.

Toda esta actividad de asentamiento viola la ley internacional, particularmente en el caso de Jerusalén, puesto que se hace violando antiguas y explícitas resoluciones del consejo de seguridad.

La administración de Bush I fue un poco más allá de las palabras al objetar los proyectos ilegales de asentamiento de Israel, y restringió el apoyo económico para los mismos. En contraste, funcionarios del gobierno de Obama afirmaron que tales medidas «no están en discusión» y que cualquier presión sobre Israel para que acepte el mapa de ruta será «esencialmente simbólica», informó el *New York Times*.

En el trasfondo del viaje a Medio Oriente está el objetivo de la administración de Obama, claramente enunciado por el senador John Kerry, presidente del comité de Relaciones Exteriores del Senado, de forjar una alianza de Israel y los estados árabes «moderados» en contra de Irán. Tal alianza sería un baluarte para el dominio estadunidense de las vitales regiones productoras de energía.

(Por cierto, el término «moderados» no tiene nada que ver con el carácter de los estados, sino que se refiere a la disposición de los mismos de conformarse a las demandas de Estados Unidos).

Los servicios inigualables que brinda Israel al ejército estadunidense y a sus organismos de inteligencia, así como a su industria de alta tecnología, le conceden cierta amplitud para desafiar las órdenes de Washington, aunque siempre corre el riesgo de ofender a su protector. El extremismo del actual gobierno israelí ha sido mantenido a raya por elementos más sensatos.

Si alguna vez Israel llega demasiado lejos, podría hacer erupción un despliegue norteamericano-israelí del tipo que perciben hoy muchos analistas, por ahora sin mayores bases fácticas en el discurso de El Cairo ni en ningún otro lado. El pronóstico para la política estadunidense en Israel-Palestina es probable que sea que las cosas seguirán como hasta ahora.

TEMPORADA DE FARSAS

7 de julio de 2009

Las elecciones en Líbano e Irán y el golpe de Estado en Honduras son importantes, no sólo en sí mismas, sino también por las reacciones internacionales que han suscitado. La relativa falta de reacción a un corriente acto de piratería israelí en el Mediterráneo constituye una nota al pie.

Líbano

La elección del 7 de junio [de 2009] fue recibida mayoritariamente con euforia.

«Me encantan las elecciones libres y justas —escribió el 10 de junio [de 2009] Thomas Friedman, columnista del *New York Times*—; en Líbano así fueron, y los resultados son fascinantes: el presidente Barack Obama derrotó al presidente Mahmoud Ahmadinejad de Irán».

La prueba es que «una importante mayoría de los libaneses —musulmanes, cristianos, drusos— votaron por la coalición 14 de Marzo, encabezada por Saad Hariri», el candidato respaldado por Estados Unidos, hijo del asesinado ex primer ministro Rafik Hariri.

Honor a quien honor merece por este triunfo de las elecciones libres (y de Washington): «Si George Bush no se hubiese opuesto a los sirios en 2005 —y los hubiese forzado a salir de Líbano tras el asesinato de Hariri—, esta elección libre no hubiese tenido lugar —escribió Friedman—. Bush

abrió el espacio. Obama [con su discurso de El Cairo] contribuyó a movilizar la esperanza».

Dos días después los elogios de Friedman a nuestro noble papel en el Medio Oriente encontraron eco en un editorial del *Times* escrito por Elliott Abrams, personaje de alto nivel del Consejo de Relaciones Exteriores, que fuera funcionario importante con los presidentes Reagan y Bush II: «La votación en Líbano pasó todas las pruebas posibles… Los libaneses tuvieron la oportunidad de votar contra Hezbolá, y la aprovecharon».

Sin embargo, «todas las pruebas posibles» podrían incluir el voto real. La coalición 8 de Marzo, con base en Hezbolá, ganó holgadamente, aproximadamente por el mismo número de votos que Obama contra McCain en noviembre [de 2008], alrededor de 54% del voto popular, de acuerdo con las cifras del ministro del Interior de Líbano.

De manera que, con el argumento de Friedman y Abrams, tendríamos que estar lamentando la derrota de Obama a manos de Ahmadinejad, al menos aquellos que no tienen el mínimo respeto por la democracia.

Igual que otros, Friedman y Abrams se refieren a los representantes ante el parlamento. Estas cifras están sesgadas por el sistema confesional de votación de Líbano, que reduce drásticamente el número de escaños otorgados a la mayor de las sectas, los chiitas, que apoyan abrumadoramente a Hezbolá y a su aliado Amal.

Como han señalado algunos analistas serios, las reglas básicas «confesionales» de Líbano también socavan las «elecciones libres y justas» de maneras más significativas incluso. El analista político Assaf Kfoury observa que las reglas básicas no dan cabida a los partidos no sectarios y levantan una barrera a la introducción de políticas socioeconómicas y otros problemas reales en el sistema electoral.

Por consiguiente estas reglas le abren la puerta a una «interferencia externa masiva», baja asistencia a las urnas y «a la manipulación del voto» y la «compra de votos», que se presentaron en las elecciones de junio en escala mayor incluso que antes.

En Beirut, residencia de casi la mitad de la población libanesa, menos de una cuarta parte de los votantes empadronados podían votar sin tener que regresar a sus lugares de origen, por lo general muy lejanos. El efecto es

que los trabajadores migratorios y las clases más pobres quedan privados del derecho a votar en «una forma extrema de manipulación de los distritos electorales al estilo libanés», favoreciendo a las clases privilegiadas y prooccidentales.

Irán

Igual que en Líbano, el sistema electoral iraní mismo viola los derechos básicos. Los candidatos tienen que ser aprobados por los clérigos que están en el poder, quienes cancelan las políticas con las que no están de acuerdo.

Los resultados electorales del Ministerio del Interior de Irán carecen de credibilidad, tanto por la forma en que se los dio a conocer como por las cifras mismas, lo que desató una enorme protesta popular, que fue brutalmente suprimida por las fuerzas armadas del gobierno clerical. Tal vez Ahmadinejad hubiese podido lograr la mayoría de haberse contado correctamente los votos, pero por lo visto los gobernantes no quisieron correr el riesgo.

El corresponsal Reese Erlich escribe de las calles de Teherán: «Es un legítimo movimiento de masas iraní, compuesto por estudiantes, obreros, mujeres y gente de clase media», y probablemente mucha de la población rural.

Eric Hooglund, académico y experto en el Irán rural, describe un apoyo «abrumador» al candidato de oposición Mir Hossein Mousavi entre la gente de las regiones que estudió, y una «palpable indignación moral por lo que llegó a considerarse el robo de la elección».

Es sumamente improbable que la protesta perjudique a corto plazo al régimen clerical-militar pero, como señala Erlich, «está sembrando las semillas de futuras luchas».

Israel-Palestina

No debemos olvidar una elección reciente auténticamente «libre y justa» en el Medio Oriente: en Palestina, en enero de 2006, a la cual

Estados Unidos y sus vecinos respondieron una vez más castigando a la población que votó «como no debía».

Israel impuso el sitio a Gaza y, en este último invierno, la atacó sin piedad.

Israel, contando con la impunidad de que goza como cliente de Estados Unidos, ha vuelto a poner en vigor el bloqueo, secuestrando en aguas internacionales el barco *Espíritu de la Humanidad*, del movimiento Gaza Libre, y obligándolo a dirigirse al puerto israelí de Ashdod.

La nave había zarpado de Chipre, donde se inspeccionó la carga: medicinas, artículos para la reconstrucción y juguetes. Los trabajadores de derechos humanos que iban a bordo incluían al premio Nobel Mairead Maguire y a la ex diputada Cynthia McKinney.

El crimen apenas si arrancó algún bostezo, y con cierta justicia, podría decirse, ya que Israel lleva décadas secuestrando barcos que van de Chipre a Líbano. ¿Así que para qué molestarse siquiera en informar de este último agravio por parte de un Estado bandido y de su protector?

Honduras

Centroamérica es también escenario de un crimen relacionado con las elecciones. Un golpe militar ha derrocado al presidente Manuel Zelaya y lo ha expulsado a Costa Rica.

El golpe representa lo que el analista de asuntos latinoamericanos Mark Weisbrot denomina «una historia recurrente en América Latina», en la que se enfrenta «un presidente reformista, apoyado por los sindicatos y las organizaciones sociales, contra la mafia de una élite política corrupta, involucrada con las drogas, acostumbrada a escoger no sólo a la suprema corte y al congreso, sino al presidente también».

Los comentarios generalizados describen el golpe como un lamentable regreso a los malos tiempos de décadas previas. Pero eso es un error. Se trata del tercer golpe militar en el último decenio, y todos ellos coinciden con la «historia recurrente».

El primero, que tuvo lugar en Venezuela en 2002, estuvo apoyado por la administración Bush que, no obstante, dio marcha atrás después de la

enérgica condena de América Latina y de la restauración del gobierno electo efectuada por un levantamiento popular.

El segundo, en Haití, en 2004, fue llevado a cabo por los tradicionales torturadores haitianos, Francia y Estados Unidos. El presidente electo, Jean-Bertrand Aristide, fue llevado a África central.

Lo que tiene de novedoso el golpe de Honduras es que Washington no le brindó de inmediato su franco apoyo. Antes bien, Estados Unidos se unió a la Organización de Estados Americanos en su oposición al golpe, aunque lo condenó en términos más moderados que otros y sin emprender acción alguna. A diferencia de los estados vecinos, así como Francia, España e Italia, Estados Unidos no retiró a su embajador.

Resulta imposible creer que Washington no tuviese conocimiento previo de lo que estaba por suceder en Honduras, que depende en gran medida de la asistencia norteamericana, y cuyos militares están armados, entrenados y asesorados por Estados Unidos. Las relaciones militares han sido cercanas desde los años ochenta, cuando Honduras era la base de la guerra terrorista del presidente Reagan contra Nicaragua. Que vuelva a producirse la «historia recurrente» dependerá, en buena medida, de las reacciones que tengan lugar dentro de Estados Unidos.

(Lamentablemente, Obama persistió en la historia de siempre, separarse más de Latinoamérica y Europa al reconocer una elección organizada por el régimen golpista en una atmósfera de represión y violencia de Estado).

HACER LA GUERRA PARA TRAER LA «PAZ»

29 de julio de 2009

En las Naciones Unidas se está llevando a cabo un debate sobre una medida que podría dar la impresión de no generar controversia alguna: un estatuto internacional para impedir los crímenes graves contra la humanidad.

El estatuto se denomina «responsabilidad de proteger», o R2P, en el argot de la ONU. Una versión restringida del R2P, adoptada en la cumbre mundial de Naciones Unidas celebrada en 2005, reafirmó derechos y responsabilidades que habían sido aceptados anteriormente por los estados miembros, y en ocasiones puestos en práctica por ellos, cambiando poco más que el punto central.

Las discusiones sobre el R2P, o sobre su prima, la «intervención humanitaria», suelen ser perturbadas regularmente porque sale a relucir un vergonzoso secreto: la historia, hasta la actualidad.

A lo largo de la historia, pocos principios de cuestiones internacionales se aplican de manera general. Uno de ellos es la máxima de Tucídides: los fuertes hacen lo que quieren, los débiles hacen lo que deben, que es sufrir.

Otro principio es que prácticamente cualquier uso de la fuerza en asuntos internacionales ha ido acompañado por una noble retórica respecto a la solemne responsabilidad de proteger a las poblaciones que sufren.

Comprensiblemente, los poderosos prefieren olvidar la historia y mirar hacia adelante. Para los débiles no es una buena opción.

El vergonzoso secreto hizo su aparición en la primera disputa que se llevó a la consideración de la Corte Internacional de Justicia, sesenta años

atrás: el caso del canal de Corfú, por una disputa entre Gran Bretaña y Albania.

La corte decidió que:

Sólo puede ver el presunto derecho de intervención como manifestación de una política de fuerza, como la que en el pasado ha dado origen a los peores abusos y que, como tal, y cualesquiera que sean los defectos de la organización internacional, no puede tener cabida en el derecho internacional […] por la naturaleza misma de las cosas, [la intervención] estaría reservada para los estados más poderosos; y fácilmente podría llevar a pervertir la misma administración de justicia.

La misma perspectiva dominó en la primera reunión de la Cumbre del Sur de 2000, a la que acudieron 133 estados. Su declaración, que sin duda tenía presente el bombardeo a Serbia, rechazaba «el denominado ‘derecho’ a la intervención humanitaria, que no tiene ninguna base legal en la Carta de las Naciones Unidas o en los principios generales del derecho internacional».

La redacción reafirma la Declaración sobre las Relaciones de Amistad de las Naciones Unidas (1970). Se ha repetido más tarde, entre otras ocasiones en la Reunión Ministerial del Movimiento de los Países No Alineados, en Malasia, en el año 2006, que volvía a representar a las víctimas tradicionales de Asia, África, América Latina y el mundo árabe.

A la misma conclusión llegó en 2004 el Panel de alto nivel de Amenazas, Cambios y Desafíos, incluyendo a Brent Scowcroft y otros prominentes diplomáticos occidentales. El panel llegó a la conclusión de que el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas —que permite el uso de la fuerza en la autodefensa bajo estrictas restricciones, pero no en otras circunstancias— «no requiere ampliación ni restricción de su alcance tal como se lo ha entendido siempre».

El panel añadió:

Para quienes se impacientan ante tal respuesta, la contestación tiene que ser que, en un mundo que se percibe repleto de amenazas potenciales, el riesgo al orden global y la norma de no intervención sobre la que sigue basándose es demasiado grande para aceptar la legalidad de una acción preventiva unilateral, como algo distinto de la acción que cuenta con el

apoyo colectivo. Permitir que actúe uno es permitir que actúen todos, lo cual, desde luego, resulta impensable.

La Cumbre Mundial de la ONU de 2005 adoptó la misma posición básica. Declaró, además, la disposición «a emprender una acción colectiva […] a través del Consejo de Seguridad, de acuerdo con la Carta […] si los medios pacíficos resultan inadecuados y las autoridades nacionales son visiblemente incapaces de proteger a su población» de crímenes graves.

En el mejor de los casos, la redacción subraya el texto del artículo 42, que versa sobre la autorización al Consejo de Seguridad para que recurra a la fuerza. Y la frase perpetúa el secreto vergonzoso… incluso si podemos considerar al consejo como un árbitro neutral, no sujeto a la máxima de Tucídides, un supuesto insostenible.

El consejo está controlado por sus cinco miembros permanentes, que no son iguales por lo que se refiere a su autoridad operativa. Una indicación de ellos es el historial de vetos… la forma más extrema de violación de una resolución del Consejo de Seguridad.

Durante el último cuarto de siglo China y Francia, juntas, vetaron siete resoluciones; Rusia, seis; el Reino Unido, diez, y Estados Unidos, 45, entre las que se cuentan incluso resoluciones que piden a los estados observar el derecho internacional.

Una manera de mitigar este defecto, según consenso de la Cumbre Mundial, consistiría en eliminar el veto, en concordancia con la voluntad de la población mayoritaria de Estados Unidos. Pero semejantes herejías son impensables, tanto como lo es aplicar la R2P ahora mismo a quienes necesitan protección desesperadamente, pero no figuran en la lista de los favorecidos de los poderosos.

Ha habido desviaciones de la restricción del canal de Corfú y sus descendientes. El Acta Constitutiva de la Unión Africana afirma: «El derecho de la Unión de intervenir en un Estado miembro […] en atención a circunstancias graves». Esto difiere de la Carta de la Organización de Estados Americanos, que proscribe la intervención «sea cual fuere el motivo, en los asuntos internos o externos de cualquier otro».

La razón de esta diferencia está clara. La Carta de la OEA procura impedir la intervención por parte de Estados Unidos, pero, tras la

desaparición de los estados que aplicaban el *apartheid*, la Unión Africana no se enfrenta a un problema similar.

Sólo conozco una propuesta de alto nivel para hacer extensiva la R2P más allá del consenso de la cumbre y de la Unión Africana: el Informe de la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados sobre la Responsabilidad de Proteger (2001).

La comisión considera la situación en la cual «el Consejo de Seguridad rechaza una propuesta o no logra manejarla en plazo razonable». En ese caso, el informe autoriza «la acción, dentro del área de jurisdicción, por parte de organizaciones regionales o subregionales […] sujeta a que obtengan después la autorización del Consejo de Seguridad».

En este punto se asoma el vergonzoso secreto. Los poderosos definen, unilateralmente, su propia «área de jurisdicción». La OEA y la Unión Africana no pueden hacerlo, pero la OTAN sí, y lo hace, solitaria entre las organizaciones.

La OTAN ha decidido que su «área de jurisdicción» se extiende hasta los Balcanes, Afganistán y más allá.

Esos derechos ampliados aprobados por la Comisión Internacional se restringen exclusivamente, en la práctica, a la OTAN, violando los principios del canal de Corfú y abriéndole la puerta a la R2P como arma de intervención imperial a voluntad.

La «responsabilidad de proteger» siempre ha sido selectiva. Por eso no se aplicó a las sanciones contra Iraq impuestas por Estados Unidos y el Reino Unido y administradas por el Consejo de Seguridad, condenadas como «genocidas» por los distinguidos diplomáticos que estaban a cargo, los cuales renunciaron en señal de protesta.

Hoy ni se piensa en aplicar la R2P a la gente de Gaza, «población protegida» de la cual las Naciones Unidas son responsables. Más generalmente, los pillajes de Estados Unidos y sus aliados y clientes permanecen inmunes.

Y no se planea nada serio en relación con la peor catástrofe de África, si es que no de todo el mundo: el conflicto homicida en el Congo oriental. Allí, según acaba de informar la BBC, las transnacionales son acusadas, una

vez más, de violar una resolución de Naciones Unidas contra el comercio ilícito de minerales valiosos… y de financiar la violencia.

Tampoco se invoca la R2P para responder a las hambrunas generalizadas en los países pobres.

Varios años atrás, la Unicef informó que 16 000 niños mueren diariamente por falta de comida, y muchos más de enfermedades fáciles de prevenir. Ahora las cifras son más altas. Tan sólo en el sur de África hay matanzas del nivel de las que hubo en Ruanda, y no por un lapso de cien días, sino todos los días. Sería fácil emprender una acción de acuerdo con la R2P, si existiese la voluntad para ello.

En estos casos y en muchos otros la selectividad se conforma a la máxima de Tucídides y las expectativas de la Corte Internacional de Justicia, sesenta años atrás.

Pero las máximas que guían en gran medida las cuestiones internacionales no son inmutables y, de hecho, se han vuelto menos rígidas con el transcurso del tiempo, como consecuencia del efecto civilizatorio de los movimientos populares.

La R2P podría ser una herramienta valiosa para una reforma progresista de ese tipo, en gran medida como lo fue la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Aunque los estados no se adhieren a esa declaración, y algunos rechazan formalmente gran parte de la misma (entre ellos se cuenta, de modo crucial, el Estado más poderoso del mundo), cumplen con un ideal al que pueden apelar los activistas, frecuentemente con buenos resultados, para sus esfuerzos educativos y organizacionales.

Con la discusión de la R2P puede pasar algo parecido. Con un compromiso suficiente, que lamentablemente no se observa aún entre los poderosos, bien podría resultar significativa.

LA MILITARIZACIÓN DE AMÉRICA LATINA

20 de septiembre de 2009

Estados Unidos se fundó como un «imperio en pañales», según lo expresó George Washington. La conquista del territorio nacional fue una gran aventura imperial. Desde los primeros días, el control del hemisferio constituyó un objetivo esencial.

América Latina mantiene su primacía en la planificación global estadunidense. Si Estados Unidos no puede controlar a Latinoamérica, no puede esperar «lograr un orden exitoso en ningún otro lugar del mundo», señaló en 1971 el Consejo Nacional de Seguridad del presidente Richard M. Nixon, cuando Washington analizaba el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende en Chile.

Recientemente el problema del hemisferio se ha intensificado. Sudamérica ha avanzado hacia la integración, requisito previo para la independencia; ha ampliado sus vínculos internacionales y ha empezado a consignar persistentes violaciones internas de los derechos humanos elementales. El problema se agudizó hace un año en Bolivia, el país más pobre de Sudamérica, en el cual, la nueva organización sudamericana, Unasur, apoyó al electo presidente Evo Morales en contra de la violenta oposición de las tradicionales élites reaccionarias, como ya se ha dicho. Otra manifestación: Rafael Correa, presidente de Ecuador, ha prometido ponerle fin al uso de la base militar de Manta por parte de Washington; se trata de la última base de ese tipo con que cuenta Estados Unidos en América del Sur, y lo hizo más tarde.

En julio [de 2009], Estados Unidos y Colombia pactaron un acuerdo secreto para permitir que el primero de estos países utilizase siete bases militares en el segundo.

El propósito oficial es contrarrestar el narcotráfico y el terrorismo, «pero funcionarios colombianos de alto rango, militares y civiles, familiarizados con las negociaciones» le dijeron a Associated Press «que la idea es convertir a Colombia en un centro regional para las operaciones del Pentágono».

El acuerdo, según los informes, le concede a Colombia acceso privilegiado a pertrechos militares estadunidenses. Este país se había convertido ya en el principal receptor de ayuda militar norteamericana (aparte de Israel y Egipto, que están en otra categoría).

Colombia tiene, y con mucho, el peor historial en materia de derechos humanos del hemisferio, desde las guerras centroamericanas de los ochenta. Hace ya mucho que los especialistas han señalado la correlación entre la asistencia norteamericana y las violaciones a los derechos humanos.

La Associated Press citó también un documento de abril de 2009, del Comando de Movilidad Aérea de Estados Unidos, que propone que la base colombiana de Palanquero podría convertirse en una «sede de seguridad cooperativa».

Desde Palanquero «un C-17 [un transporte militar] puede cubrir casi medio continente sin reabastecerse de combustible», afirma el documento. Eso podría ser parte de una «estrategia global en proceso [que] ayude a lograr la estrategia de involucramiento regional y contribuya a la ruta de movilidad hacia África».

El 28 de agosto [de 2009] se realizó una cumbre de Unasur en Bariloche, Argentina, para considerar las bases militares norteamericanas en Colombia.

Tras un intenso debate, la declaración final subrayó que Sudamérica debía mantenerse como «zona de paz», y que las fuerzas militares extranjeras no debían poner en peligro la soberanía ni la integridad de ninguna nación de la región. Asimismo, se instruyó al Consejo Sudamericano de Defensa para que investigase el documento del Comando de Movilidad Aérea. El propósito oficial de las bases no se libró de las

críticas. Morales dijo que había visto a soldados estadunidenses acompañando a tropas bolivianas que disparaban contra miembros de su unión de cultivadores de coca.

«Así que ahora somos narcoterroristas —continuó—. Cuando ya no pudieron llamarnos comunistas, nos llamaron subversivos, y después traficantes, y desde los ataques del 11 de septiembre, terroristas». Advirtió que «la historia de América Latina se repite».

La responsabilidad última de la violencia en Latinoamérica es de los consumidores estadunidenses de drogas ilegales, dijo Morales: «Si Unasur mandase tropas a Estados Unidos para controlar el consumo, ¿lo aceptarían? Imposible».

En el mes de febrero pasado [2009] la Comisión Latinoamericana sobre Drogas y Democracia dio a conocer su análisis de la «guerra contra las drogas» de Estados Unidos en las últimas décadas.

La comisión, encabezada por los ex presidentes latinoamericanos Fernando Cardoso (Brasil), Ernesto Zedillo (México) y César Gaviria (Colombia), llegó a la conclusión de que la guerra contra las drogas había sido un total fracaso, e instó a un cambio drástico de política, dejando de insistir en las medidas de fuerza tanto nacionales como internacionales y abocándose a medidas mucho menos costosas y más eficaces: la prevención y el tratamiento.

Igual que estudios anteriores y que el registro histórico, el informe de la comisión no tuvo un impacto perceptible. La falta de respuesta corrobora la conclusión natural de que la «guerra contra las drogas» —igual que la «guerra contra el crimen» y la «guerra contra el terrorismo»— se lleva a cabo por razones que difieren de los objetivos anunciados, y que las consecuencias revelan.

Con el pretexto de la guerra a las drogas, durante la última década Estados Unidos ha aumentado la asistencia militar y el entrenamiento de oficiales latinoamericanos en tácticas de infantería ligera para combatir el «populismo radical», concepto que, en el contexto de America Latina, da escalofríos.

El entrenamiento militar está pasando del Departamento de Estado al Pentágono, eliminando estipulaciones en materia de derechos humanos y

democracia que estaban antes sometidas a la supervisión del Congreso, que siempre fueron débiles pero que, por lo menos, servían para evitar algunos de los peores abusos.

La cuarta flota naval de Estados Unidos, desmantelada en 1950, fue reactivada en 2008, poco después de la invasión de Colombia a Ecuador, y se le asignó responsabilidad en el Caribe, Centro y Sudamérica y las aguas circundantes.

Sus «diversos operativos […] incluyen contrarrestar el tráfico ilícito, la cooperación para la seguridad de la región, interacción de militares con militares y adiestramiento bilateral y multinacional», según reza el anuncio oficial.

La militarización de Sudamérica encaja en designios mucho más vastos. En Iraq, prácticamente no hay información sobre el destino de las inmensas bases militares estadunidenses en ese país, donde presumiblemente seguirán estando para proyectar la amenaza de la fuerza. El costo de la inmensa embajada en Bagdad, ciudad dentro de una ciudad, se elevará de los 1500 millones de dólares anuales estimados a 1800 millones.

La administración de Obama también está construyendo megaembajadas en Pakistán y Afganistán.

Estados Unidos y el Reino Unido exigen que la base militar norteamericana de Diego García quede exenta de la zona africana libre de armas nucleares que se ha planeado, así como las bases estadunidenses están al margen de esfuerzos de zonificación similares en el Pacífico.

En síntesis, las acciones hacia «un mundo de paz» no caben dentro del «cambio en el que puedes creer», por usar un lema de campaña de Obama.

LA GUERRA, LA PAZ Y EL NOBEL DE OBAMA

26 de octubre de 2009

Las esperanzas y las perspectivas de paz no coinciden demasiado… ni se acercan. Lo que hay que hacer es aproximarlas. Presumiblemente ésa fue la intención del comité del premio Nobel de la paz al designar al presidente Barack Obama.

El premio «parecía una especie de plegaria y de estímulo por parte del comité Nobel para una misión futura y para un liderazgo norteamericano más consensuado», escribieron en *The New York Times* Steven Erlanger y Sheryl Gay Stolberg.

La naturaleza de la transición Bush-Obama tiene que ver directamente con la probabilidad de que las plegarias y estímulos puedan producir progreso.

Las inquietudes del comité Nobel eran válidas. Se concentraron en la retórica de Obama con respecto a reducir las armas nucleares.

En este momento las ambiciones nucleares de Irán dominan los encabezados. Se está advirtiendo que Irán puede estar ocultándole algo a la Agencia Internacional de Energía Atómica y violando la resolución 1887 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, aprobada el mes pasado [septiembre de 2009] y vista como una victoria de los esfuerzos de Obama por contener a Irán.

Mientras tanto, continúa el debate respecto a si la reciente decisión de Obama de reconfigurar los sistemas de defensa antimisiles de Europa

representa una capitulación ante los rusos o una medida pragmática para defender a Occidente de un ataque nuclear iraní.

Muchas veces el silencio es más elocuente que los clamores, así que prestemos atención a lo que no se dice.

En medio del furor por la duplicidad de Irán, la Agencia Internacional de Energía Atómica aprobó una resolución invitando a Israel a unirse al Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares y a abrir sus instalaciones nucleares para que sean inspeccionadas.

Estados Unidos y Europa trataron de bloquear la resolución de la agencia, pero de todos modos fue aprobada. Los medios de comunicación prácticamente ignoraron el hecho.

Estados Unidos le aseguró a Israel que apoyaría su rechazo de la resolución, reafirmando un entendimiento secreto que ha permitido que Israel mantuviese un arsenal nuclear cerrado a las inspecciones internacionales, según afirman funcionarios familiarizados con esos arreglos. Una vez más, los medios de comunicación mantuvieron el silencio.

Los funcionarios indios recibieron la resolución 1887 de Naciones Unidas anunciando que la India «puede construir ahora armas nucleares con el mismo poder destructivo que las que se encuentran en los arsenales de las grandes potencias nucleares del mundo», informó el *Financial Times*.

Tanto la India como Pakistán están expandiendo sus programas de armas nucleares. En dos ocasiones se han acercado peligrosamente a una guerra nuclear, y los problemas que estuvieron a punto de disparar la catástrofe siguen muy vigentes.

Obama recibió de otra forma la resolución 1887. El día anterior de que le concedieran el premio Nobel por su inspirador compromiso con la paz, el Pentágono anunció que estaba acelerando la entrega de las armas no atómicas más letales de su arsenal: bombas de trece toneladas para bombarderos furtivos B-2 y B-52, diseñados para destruir búnkers ocultos a gran profundidad con escudos de cinco toneladas de concreto reforzado.

No es secreto que esas bombas revientabúnkers se utilizan como una amenaza contra Irán.

La planeación para esos «penetradores de pertrechos de guerra masivos» comenzó en la época de Bush, pero languideció hasta que Obama, al asumir el poder, solicitó que se las desarrollase rápidamente.

La resolución 1887, que fue aprobada por unanimidad, llama a poner fin a las amenazas de usar la fuerza y a que todos los países se incorporen al Tratado de no Proliferación, tal como lo hizo Irán tiempo atrás. La India, Israel y Pakistán no son signatarios del tratado, y los tres desarrollaron armas nucleares con ayuda estadunidense, violando el tratado. Ninguno de ellos piensa asociarse al Tratado de No Proliferación. Las únicas amenazas de fuerza relevantes son de Estados Unidos e Israel contra Irán.

Irán no ha invadido a otros países desde hace centenares de años… a diferencia de lo que hicieron Estados Unidos, Israel y la India (que ocupa brutalmente Cachemira).

La amenaza de Irán es minúscula. Creer que Irán utilizaría armas nucleares para atacar a Israel, o a quien fuese, «equivale a suponer que los líderes iraníes están locos» y que anhelan ser reducidos a «polvo radiactivo», observa el analista estratégico Leonard Weiss, quien agrega que los submarinos israelíes que transportan misiles son «prácticamente inmunes a un ataque militar preventivo», por no hablar del inmenso arsenal norteamericano.

En julio [de 2009], durante maniobras navales, Israel mandó sus submarinos clase Dolphin, capaces de transportar misiles nucleares, a través del canal de Suez y hasta el mar Rojo, acompañados ocasionalmente por barcos de guerra, hasta una posición desde la cual podían atacar a Irán… como tienen «el derecho soberano» de hacer, según Joe Biden, vicepresidente de Estados Unidos.

Lo que está oculto por un velo de silencio —no por primera vez— debería aparecer en los titulares de las primeras planas en aquellas sociedades que valoran su libertad y que se preocupan por el destino del mundo.

El régimen iraní es cruel y represor, y ninguna persona con sentido humanitario quiere que Irán —ni ningún otro— tenga armas nucleares. Pero un poquito de honestidad cuando se habla de esos problemas no causaría daño.

Desde luego, el premio Nobel de la paz no se refiere exclusivamente a reducir el peligro de una guerra nuclear terminal, sino más bien a la guerra, en general, y la preparación para la misma. En este sentido, la selección de Obama causó escepticismo, especialmente en Irán, rodeado por ejércitos de ocupación estadunidenses.

En las fronteras de Irán con Afganistán y Pakistán, Obama intensificó la guerra de Bush y es probable que siga por ese rumbo, tal vez de manera drástica.

Obama ha dejado en claro que Estados Unidos pretende mantener a largo plazo una presencia importante en la región. Eso lo indica la inmensa ciudad dentro de una ciudad que se llama «embajada de Bagdad», que no se parece a ninguna embajada del mundo.

Obama ha anunciado la construcción de megaembajadas en Islamabad y Kabul, así como enormes consulados en Peshawar y otras ciudades.

Las personas y organizaciones no partidarias que monitorean los presupuestos y la seguridad informan en la revista *Government Executive* que la «solicitud de 538 mil millones de dólares por parte de la administración para el Departamento de Defensa en el año fiscal 2010, y su intención declarada de mantener un elevado nivel de financiamiento en los años por venir, hace que el presidente pueda ser el que gaste más en defensa en un término de gobierno, en dólares reales, de todos los presidentes, desde la segunda guerra mundial. Y eso sin contar los 130 mil millones adicionales que pide la administración para financiar las guerras de Iraq y de Afganistán el año próximo, con más gastos de guerra previstos para años posteriores».

El comité del premio Nobel de la paz bien podía haber seleccionado a alguien más meritorio, destacadamente a la notable activista afgana Malalai Joya.

Esta valiente mujer sobrevivió a los rusos y después a los musulmanes radicales, cuya brutalidad fue tal que la población recibió con beneplácito a los talibán. Joya ha resistido a los talibán y, ahora, al regreso de los señores de la guerra en el gobierno de Karzai.

Mientras tanto, ha trabajado eficazmente en pro de los derechos humanos, en especial los de las mujeres; fue elegida para formar parte del

parlamento, y expulsada de éste por seguir denunciando las atrocidades de los señores de la guerra. Ahora vive en la clandestinidad, bajo protección, pero continúa su lucha con palabras y con hechos. Con sus acciones, que se repiten por doquier lo mejor posible, las perspectivas de paz se acercan más a las esperanzas.

EL LEGADO DE 1989 EN DOS HEMISFERIOS

1 de diciembre de 2009

Noviembre [de 2009] señaló el aniversario de acontecimientos importantísimos producidos en 1989, «el año más grande de la historia mundial desde 1945», como lo describe el historiador británico Timothy Garton Ash.

Ese año «todo cambió», escribe Garton Ash. Las reformas de Mijaíl Gorbachov dentro de Rusia y su «pasmosa renuncia al uso de la fuerza» condujeron a la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre… y a la liberación de Europa oriental de la tiranía rusa.

Los panegíricos son merecidos; los acontecimientos, memorables. Pero tal vez los diferentes puntos de vista puedan resultar reveladoras diferentes perspectivas.

La canciller alemana Angela Merkel ofreció una de esas perspectivas —involuntariamente— cuando nos invitó a todos a «usar este inapreciable don de la libertad […] para superar los muros de nuestro tiempo».

Una manera de seguir su excelente consejo sería desmantelar la enorme pared, junto a la cual empequeñece en escala y en longitud la de Berlín, que serpentea ahora por territorio palestino, en violación del derecho internacional.

Al «muro de la anexión», como debería llamársele, se lo justifica en términos de «seguridad», la racionalización automática de tantas acciones estatales. Si la preocupación fuese la seguridad, el muro podría construirse a lo largo de la frontera y volverla impenetrable.

El propósito de esta monstruosidad, construida con el apoyo de Estados Unidos y la complicidad de Europa, es el de permitir que Israel se apodere de valiosas tierras palestinas y de los significativos recursos hidráulicos de la región, negando así toda existencia nacional viable a la población indígena de la ex Palestina.

Otra perspectiva respecto a 1989 la ofrece Thomas Carothers, un académico que actuó en programas de «promoción de la democracia» de la administración del ex presidente Ronald Reagan.

Tras revisar el registro histórico, Carothers llega a la conclusión de que todos los dirigentes norteamericanos han sido «esquizofrénicos»: apoyando la democracia si coincide con los objetivos estratégicos y económicos estadunidenses, como ocurría en los países satélites soviéticos pero no en los estados clientelares de Estados Unidos.

Este punto de vista ha quedado claramente confirmado por la reciente conmemoración de los hechos acaecidos en noviembre de 1989. La caída del muro de Berlín fue debidamente celebrada, pero se pasó casi por alto lo que ocurrió una semana más tarde: el 16 de noviembre, en El Salvador, el asesinato de seis destacados intelectuales latinoamericanos, sacerdotes jesuitas, junto con su casera y la hija de ésta, por parte del batallón de élite Atlácatl, armado por Estados Unidos, recién llegado de un nuevo adiestramiento en la JFK Special Warfare School de Fort Bragg, Carolina del Norte.

El batallón y sus secuaces habían acumulado ya un historial sangriento a lo largo de la sombría década de El Salvador que se inició en 1980 con el asesinato del arzobispo Óscar Romero, a quien se conocía como «la voz de quienes no tienen voz», a manos del mismo tipo de personas.

Durante la década de la «guerra contra el terror» declarada por la administración Reagan en toda Centroamérica imperó el mismo horror. El reinado de la tortura, el asesinato y la destrucción en la región dejó centenares de miles de muertos.

El contraste entre la liberación de los satélites soviéticos y la destrucción de la esperanza en los estados clientelares de Estados Unidos es impactante e instructivo, y lo es todavía más cuando ampliamos la perspectiva.

El asesinato de los intelectuales jesuitas le puso fin, prácticamente, a la «teología de la liberación», el renacimiento del cristianismo que tuvo sus raíces modernas en las iniciativas del papa Juan XXIII y del Concilio Vaticano Segundo que él inauguró en 1962.

El Vaticano Segundo «dio paso a una nueva era en la historia de la Iglesia católica», escribió el teólogo Hans Kung. Los obispos latinoamericanos adoptaron «la opción preferencial por los pobres».

Los obispos renovaron así el pacifismo radical de los evangelios, que se había hecho de lado cuando el emperador Constantino estableció el cristianismo como religión oficial del imperio romano, «revolución» que en menos de un siglo, según señala Kung, convirtió a «la Iglesia perseguida» en una «Iglesia perseguidora».

En el renacer posterior al concilio, sacerdotes, monjas y legos latinoamericanos llevaron el mensaje de los evangelios a los pobres y los perseguidos, los reunieron en comunidades y los alentaron a tomar su destino en sus propias manos.

La reacción a esta herejía fue una violenta represión. En el curso del terror y las matanzas, quienes practicaban la teología de la liberación habrían de constituir un blanco privilegiado.

Entre ellos figuran los seis mártires de la Iglesia cuya ejecución, dos décadas atrás, se conmemora ahora con un resonante silencio, apenas roto.

El mes pasado [noviembre de 2009], en Berlín, los tres presidentes más involucrados en la caída del muro —George H.W. Bush, Mijaíl Gorbachov y Helmut Kohl— discutieron quién se merecía el crédito.

«Ahora sé cómo nos ayudó el cielo», dijo Kohl. George H.W. Bush encomió a los alemanes del este, quienes «durante demasiado tiempo habían estado privados de los derechos que Dios les otorgara». Gorbachov sugirió que Estados Unidos necesita su propia *perestroika*.

No hay dudas acerca de la responsabilidad por extinguir el intento de revivir la Iglesia de los evangelios en América Latina durante los ochenta.

La Escuela de las Américas (a la que se le cambió después el nombre), ubicada en Fort Benning, Georgia, en la que se adiestra a oficiales latinoamericanos, muchos con horrible historial, anuncia orgullosamente que el ejército de Estados Unidos contribuyó a «derrotar a la teología de la

liberación», con la asistencia, desde luego, del Vaticano, que usó la mano más amable de la expulsión y la supresión.

La sombría campaña para revertir la herejía que echó a andar el Concilio Vaticano Segundo encuentra una expresión literaria incomparable en la parábola del gran inquisidor de *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski.

En este relato, que se ubica en Sevilla en «la época más terrible de la inquisición», Jesucristo aparece repentinamente en las calles, «calladamente, sin ser observado, y sin embargo, por raro que suene, todos lo reconocieron y se sintieron irresistiblemente atraídos hacia él».

El gran inquisidor «ordena a los guardias que lo prendan y se lo lleven» a la cárcel. Allí acusa a Jesucristo de venir a «obstaculizarnos» en la gran labor de destruir las ideas subversivas de libertad y comunidad. No te seguimos a ti, le advierte a Jesús el inquisidor, sino a Roma y «a la espada de César». Procuramos ser los únicos gobernantes de la tierra para poder enseñarle a la multitud «débil y vil» que «sólo llegará a ser libre cuando renuncie a su libertad y se someta a nosotros». Entonces serán tímidos y medrosos y felices. Así que mañana, dice el inquisidor, «tengo que llevarte a la hoguera».

No obstante, al final el inquisidor cede y deja libre «a Jesús en las oscuras callejuelas de la ciudad. El prisionero se alejó».

Los alumnos de la Escuela de las Américas manejada por Estados Unidos no practicaban esa piedad.

LA «SALVAGUARDA DE LA PAZ» PRESIDENCIAL EN AMÉRICA LATINA

30 de diciembre de 2009

Barack Obama, el cuarto presidente de Estados Unidos que gana el premio Nobel de la Paz, se une a los otros en una larga tradición de pacificadores, tan larga como pueda servir a los intereses de Estados Unidos.

Los cuatro presidentes dejaron su huella en «esa regioncita nuestra que está allí y que nunca ha molestado a nadie», según dijo del hemisferio, en 1945, el secretario de Guerra de Estados Unidos.

En vista de la postura de la administración Obama hacia las elecciones de noviembre [2009] en Honduras, valdría la pena examinar el historial.

Theodore Roosevelt

En su segundo término como presidente Theodore Roosevelt dijo: «La expansión de los pueblos de sangre blanca, o europea, durante los últimos cuatro siglos […] ha estado preñada de beneficios perdurables para la mayor parte de los pueblos que habitaban ya en las tierras sobre las cuales tuvo lugar», pese a lo que puedan pensar, erróneamente, los africanos, los indios americanos, los filipinos y otros beneficiarios.

Por lo tanto, era «inevitable, y enormemente deseable para el bien de la humanidad en general que el pueblo norteamericano terminase por expulsar

a los mexicanos» al conquistar medio México y, «Era descabellado esperar que [los texanos] se sometiesen al dominio de la raza más débil».

Usar la diplomacia de las cañoneras para arrebatarle Panamá a Colombia para construir el canal fue también un regalo a la humanidad.

Woodrow Wilson

Woodrow Wilson es el laureado presidencial que más honores recibe y, posiblemente, el peor para América Latina.

La invasión a Haití que ordenó en 1915 causó miles de muertos, restableció virtualmente la esclavitud y dejó en ruinas gran parte del país.

En una demostración de su amor por la democracia, Wilson ordenó a sus infantes de marina que disolviesen el parlamento haitiano a punta de fusil porque no había aprobado una legislación «progresista» que permitiese que las empresas norteamericanas comprasen el país. El problema se remedió cuando los haitianos, frente a las armas de los infantes de marina, adoptaron una constitución escrita por Estados Unidos [con 99.9% de aprobación, con una participación de la población inferior al 5%]. El logro habría de ser «benéfico para Haití», aseguró el Departamento de Estado de Wilson a sus tutelados.

Wilson invadió también República Dominicana para garantizar su bienestar. Dejó ambos países bajo el dominio de perversas guardias nacionales. Las décadas de tortura, violencia y miseria en ellos nos llegan como legado del «idealismo wilsoniano», principio rector de la política exterior de Estados Unidos.

Jimmy Carter

Para el presidente Jimmy Carter los derechos humanos eran «el alma de nuestra política exterior».

Robert Pastor, asesor de seguridad nacional de Carter para América Latina, explicó algunas distinciones importantes entre derechos y política: lamentablemente, la administración tenía que apoyar al régimen del

dictador nicaragüense Anastasio Somoza y, cuando eso ya resultó imposible, mantener a la guardia nacional adiestrada por Estados Unidos, incluso después de que estuvo masacrando la población «con una brutalidad que una nación suele reservar para sus enemigos», matando a unas 40 000 personas.

Como explica Pastor, la razón es elemental: «Estados Unidos no quería controlar a Nicaragua ni a las demás naciones de la región, pero tampoco quería que los acontecimientos se saliesen de control. Deseaba que los nicaragüenses actuaran independientemente, *excepto* cuando al hacerlo podían afectar de manera adversa los intereses estadunidenses» (cursivas suyas).

Barack Obama

El presidente Barack Obama distanció a Estados Unidos de casi toda América Latina y de Europa al aceptar el golpe militar que derrocó a la democracia hondureña en el mes de junio pasado.

El golpe reflejaba una «creciente división política y socioeconómica», reportó el *New York Times*. Para la «pequeña clase alta», el presidente hondureño Manuel Zelaya estaba convirtiéndose en un peligro para lo que la misma denomina «democracia», es decir el gobierno de «las fuerzas empresariales y políticas más poderosas del país».

Zelaya estaba poniendo en práctica medidas tan peligrosas como aumentar el salario mínimo en un país en el cual 60% de la población vive en la pobreza. Tenía que irse.

Estados Unidos, prácticamente solo, reconoció las elecciones de noviembre (en las que resultó triunfador Pepe Lobo) realizadas bajo control militar: «una gran celebración de la democracia», según Hugo Llorens, el embajador de Obama.

El respaldo conservó asimismo el uso de la base aérea Palmerola de Honduras, cada vez más valiosa a medida que a los militares norteamericanos se los está expulsando de la mayor parte de América Latina.

Después de las elecciones, Lewis Anselem, el representante de Obama ante la Organización de Estados Americanos, les dio instrucciones a los retrasados latinoamericanos de que debían reconocer el golpe militar y unirse a Estados Unidos «en el mundo real, no en el mundo del realismo mágico».

Al apoyar el golpe militar Obama dio un paso hacia adelante. El gobierno de Estados Unidos financia al Instituto Republicano Internacional (IRI) y al Instituto Democrático Nacional (IDN), que se supone deben promover la democracia.

El IRI apoya habitualmente los golpes militares que derrocan a gobiernos electos. Los casos más recientes fueron el de Venezuela, en 2002, y el de Haití, en 2004.

Pero el IDN se ha quedado atrás. En Honduras, por primera vez, el IDN de Obama accedió a observar las elecciones que se efectuaron bajo el control militar, a diferencia de la Organización de Estados Americanos y las Naciones Unidas, que siguen vagabundeando por el mundo del realismo mágico.

En vista de las estrechas conexiones entre el Pentágono y los militares hondureños, así como de la enorme presencia económica estadunidense en el país, hubiera sido más sencillo que Obama se uniese al esfuerzo latinoamericano y europeo por proteger la democracia de Honduras.

Pero prefirió la política tradicional.

En su historia de las relaciones hemisféricas, el erudito británico Gordon Connell-Smith escribe: «Mientras ensalza de dientes para afuera la promoción de la democracia representativa en América Latina, Estados Unidos tiene un fuerte interés en todo lo contrario», aparte de la «democracia procedimental, especialmente la celebración de elecciones, que con gran frecuencia han resultado ser una farsa».

Una democracia que funcione puede responder a las inquietudes populares, mientras «que Estados Unidos se ha preocupado por auspiciar las condiciones más favorables para su propia inversión privada en el extranjero».

Se requiere una dosis grande de lo que a veces se ha denominado «ignorancia intencional» para no ver los hechos.

Es necesario proteger celosamente esa ceguera para que la violencia del Estado pueda seguir su curso… siempre en bien de la humanidad, como volvió a recordárnoslo Obama en su discurso al recibir el premio Nobel.

LA TOMA DE LA DEMOCRACIA ESTADUNIDENSE POR LAS CORPORACIONES

1 de febrero de 2010

El 21 de enero de 2010 quedará marcado como un día sombrío en la historia de la democracia de Estados Unidos y de su declinación.

Ese día la Suprema Corte estadunidense falló que el gobierno no puede impedir que las corporaciones realicen gastos políticos en las elecciones, decisión que afecta profundamente la política gubernamental, tanto nacional como internacional.

La decisión presagia todavía más poder de las corporaciones en el sistema político de Estados Unidos.

Para los editores del *New York Times* el fallo «es un golpe al corazón de la democracia» por haber «abierto la vía para que las corporaciones utilicen sus inmensos caudales a fin de arrollar en las elecciones y de intimidar a los funcionarios electos para que hagan lo que les ordenan».

La corte se dividió 5 votos contra 4; a los cuatro jueces reaccionarios (erróneamente denominados «conservadores») se les unió el juez Anthony M. Kennedy. El presidente del tribunal, John G. Roberts Jr., seleccionó un caso que fácilmente podría haberse definido sobre bases restringidas, y manipuló al tribunal para que lo usase a fin de promover una decisión de gran alcance, que revierte un siglo de precedentes que restringen las contribuciones de las empresas a las campañas federales.

Ahora los administradores corporativos pueden, de hecho, comprar directamente las elecciones, eludiendo medios indirectos más complejos. Es bien sabido que las contribuciones corporativas, a veces presentadas de maneras complicadas, pueden definir las elecciones, por lo que son las que impulsan las políticas a seguir. El tribunal acaba de entregarle mucho más poder a ese pequeño sector de la población que domina la economía.

La «teoría de la inversión de la política», del economista político Thomas Ferguson, predice con mucho éxito la política gubernamental lo largo de un periodo prolongado. Esta teoría interpreta las elecciones como ocasiones en las que segmentos del poder del sector privado se conjugan para controlar al Estado.

La decisión del 21 de enero no hace más que fortalecer los medios para socavar a la democracia en funcionamiento.

Los antecedentes resultan esclarecedores. En su opinión discrepante el juez John Paul Stevens reconoció que «desde hace mucho hemos sostenido que las corporaciones están cubiertas por la Primera Enmienda», es decir la garantía constitucional de libertad de expresión, que incluiría el apoyo a los candidatos políticos.

A principios del siglo XX teóricos legales y tribunales pusieron en práctica la decisión de la corte, de 1886, de que las corporaciones —esas «entidades legales colectivistas»— tienen los mismos derechos que las personas de carne y hueso.

Este ataque al liberalismo clásico fue tajantemente condenado por la raza en extinción de los conservadores. Christopher G. Tiedeman describió el principio como «una amenaza a la libertad del individuo y a la estabilidad de los estados norteamericanos como gobiernos populares».

Morton Horwitz, en su conocida historia del derecho, afirma que el concepto de personalidad corporativa evolucionó de la mano del paso del poder de los accionistas a los administradores y, finalmente, a la doctrina de que «los poderes del consejo directivo coinciden con los poderes de la corporación». En años posteriores los derechos corporativos se ampliaron mucho más que los de las personas, en particular por los mal llamados «acuerdos de libre comercio». En función de estos acuerdos, si General Motors, por ejemplo, instala una planta en México, puede exigir ser tratado

como una empresa mexicana («trato nacional»), caso muy diferente al de un mexicano de carne y hueso que pueda desear obtener un «trato nacional» en Nueva York, o por lo menos contar con los mínimos derechos humanos.

Un siglo atrás Woodrow Wilson, que por ese entonces era un académico, describió un Estados Unidos, en el cual «grupos relativamente pequeños de hombres», administradores de las corporaciones, «esgrimen poder y control sobre la riqueza y las operaciones empresariales del país», convirtiéndose en «rivales del mismo gobierno».

En realidad, estos «grupos pequeños» se han ido convirtiendo, cada vez más, en amos del gobierno. La Suprema Corte que encabeza Roberts les va a dar todavía más alcance.

La decisión del 21 de enero se produjo tres días después de otra victoria para la riqueza y el poder: la elección del candidato republicano Scott Brown para sustituir al difunto senador Edward M. Kennedy, el «león liberal» de Massachusetts. La elección de Brown se presentó como un «brote populista» contra los liberales elitistas que manejan el gobierno.

Los datos de la votación cuentan una historia bastante diferente.

Un alto número de votantes en los suburbios ricos, y bajo en las áreas urbanas, en gran medida demócratas, contribuyeron a elegir a Brown. «Cincuenta y cinco por ciento de los votantes republicanos dijeron que estaban 'muy interesados' en la elección», reportó la encuesta de *Wall Street Journal*/NBC, «en comparación con 38% de los demócratas».

Así que los resultados constituyeron de hecho un levantamiento contra las políticas del presidente Obama: para los ricos, no estaba haciendo lo suficiente para enriquecerlos todavía más, mientras que para los sectores más pobres estaba haciendo demasiado para alcanzar ese fin.

La ira popular es muy comprensible, en vista de que los bancos prosperan gracias a los rescates, mientras que el desempleo se ha elevado 10 por ciento.

En las manufacturas, una de cada seis personas está sin trabajo: un desempleo en el nivel de la gran depresión. Con la creciente importancia financiera de la economía y el vaciamiento de la industria productiva, las perspectivas de recuperar la clase de empleos que se perdieron son desoladoras.

Brown se presentó como el voto cuadragésimo primero contra la atención a la salud; es decir, como el voto que podría minar el dominio de la mayoría en el Senado de Estados Unidos.

Es verdad que el programa de atención a la salud de Obama fue uno de los factores de la elección de Massachusetts. Los encabezados están en lo cierto cuando informan que el público se está volcando en contra del programa.

Las cifras de las encuestas explican por qué: la propuesta de ley no llega lo suficientemente lejos. La encuesta de *Wall Street Journal*/NBC observó que una mayoría de los votantes desaprueban la forma en que manejaron la atención a la salud tanto los republicanos como Obama.

Estas cifras coinciden con recientes encuestas de nivel nacional. La opción pública recibió la opinión favorable de 56% de los entrevistados, y la posibilidad de pagar por inscribirse a Medicare a los 55 años era aprobada por 64%; ambos programas fueron rápidamente abandonados por Obama.

De los encuestados, 85% creen que el gobierno debería tener derecho a negociar los precios de los medicamentos, como ocurre en otros países; Obama le garantizó a la industria farmacéutica que no insistiría en esa opción.

Grandes mayorías favorecen la reducción de costos, lo cual es muy sensato: los costos de atención a la salud de Estados Unidos son más o menos del doble que los otros países industrializados, pero los resultados en materia de salud se cuentan entre los peores.

Mas no se puede hablar en serio de reducción de costos cuando se derrama la generosidad sobre las compañías farmacéuticas y la atención a la salud está en manos de aseguradoras privadas que carecen prácticamente de regulación alguna, costoso e ineficiente sistema peculiar de Estados Unidos.

La decisión del 21 de enero eleva importantes barreras nuevas para superar la seria crisis en materia de salud o para ocuparse de cuestiones tan fundamentales como las inminentes crisis ambiental y de energía. La brecha entre la opinión pública y la política pública se ensancha. Y es difícil exagerar los daños para la democracia norteamericana.

LOS «ARQUITECTOS DE LA POLÍTICA» QUE NADIE ELIGIÓ

10 de marzo de 2010

Las modificaciones del poder global, vigentes o potenciales, son un tema de intensa discusión entre los creadores y observadores de la política pública. Una de las cuestiones es si (o cuándo) podrá China desplazar a Estados Unidos como jugador global dominante, tal vez junto con la India.

Tal transformación haría que el sistema global volviese a ser más o menos el mismo que era antes de las conquistas europeas. El crecimiento económico en China y la India ha sido rápido y, gracias a que rechazaron las políticas occidentales de desregulación financiera, sobrevivieron a la recesión mejor que la mayoría. Sin embargo, quedan preguntas pendientes.

Una medición estándar de la salud social es el índice de desarrollo humano de Naciones Unidas, que desde hace poco abarca hasta 2008. La India ocupa el lugar 134, ligeramente por encima de Camboya y por debajo de Laos y Tajikistán, más o menos donde ha estado a lo largo de muchos años. China califica como número 92, empatada con Belice, un poquito por encima de Jordania pero por debajo de República Dominicana y de Irán.

China y la India tienen también una muy marcada desigualdad, de manera que más de mil millones de sus habitantes quedan muy por debajo en esa escala.

Otra preocupación es la deuda de Estados Unidos que, se teme, pone a este país bajo el mando de China. Hasta recientemente, Japón fue, durante largo tiempo, el principal poseedor internacional de deuda del gobierno

norteamericano. Además, el apalancamiento crediticio está exagerado, como lo muestra el caso de Japón.

En una dimensión, el poder militar, Estados Unidos se yergue solitario. Y Obama está creando nuevos récords con su presupuesto militar. Casi la mitad del déficit estadunidense se debe al gasto militar, que es intocable en el sistema político. El no funcional sistema de salud, un escándalo internacional, es la otra gran contribución al déficit. El economista Dean Baker ha mostrado que si Estados Unidos tuviera un sistema de salud similar al de otras potencias industriales, difícilmente una idea utópica, podría no ser deficitario y hasta producir excedentes. Pero el poder de las instituciones financieras ha vuelto intocable también ese tema en el sistema político.

Cuando se consideran otros sectores de la economía norteamericana, el premio Nobel Joseph Stiglitz y otros economistas advierten que debemos tener cuidado con el «fetichismo del déficit». Un déficit es un estímulo para recuperarse y puede superarse con una economía en crecimiento, como ocurrió después de la segunda guerra mundial, cuando el déficit era mucho peor. No obstante, el marco de estas discusiones es engañoso. El sistema global no es una mera interacción entre estados, cada uno de los cuales va en pos de algún «interés nacional» sustraído de la distribución del poder nacional. Esto es algo que está claro desde hace mucho.

Adam Smith llegó a la conclusión de que los «principales arquitectos» de la política pública de Inglaterra eran «comerciantes y fabricantes», quienes se cercioraban de que sus propios intereses «recibiesen una atención muy especial», por dolorosos que fuesen los efectos sobre otros, incluida la población de Inglaterra.

La aseveración de Smith sigue teniendo vigencia, aunque en la actualidad los «principales arquitectos» son empresas transnacionales y, especialmente, las instituciones financieras cuya participación en la economía se ha detonado desde la década de 1970.

En Estados Unidos acabamos de ver un ejemplo claro del poder de las instituciones financieras. En las últimas elecciones presidenciales proporcionaron el núcleo del financiamiento para el presidente Obama.

Naturalmente, esperaban una recompensa, y la tuvieron… con los rescates del TARP, fianzas y muchas cosas más. Vean por ejemplo a Goldman Sachs, el actor dominante en el sistema económico y político. La compañía ganó una fortuna vendiendo títulos respaldados por hipotecas así como instrumentos financieros más complejos.

La firma, consciente de que los paquetes que vendía eran endebles, le apostó con el gigante de los seguros American International Group a que su oferta fracasaría. Cuando el sistema financiero se derrumbó, AIG cayó con él.

Los arquitectos de la política de Goldman no sólo negociaron un rescate para la empresa misma sino que también organizaron que los contribuyentes salvasen de la bancarrota a AIG, con lo cual rescataron a Goldman.

Esta empresa está obteniendo ahora utilidades récord y pagando bonos altísimos; junto con unos cuantos más de los principales bancos, es más grande y poderosa que nunca. El público está furioso. La gente ve que los bancos que fueron los agentes primordiales de la crisis están enriqueciéndose como los ladrones, mientras que la población que los rescató se está enfrentando a un desempleo cercano al 10 por ciento.

La ira popular evocó finalmente un cambio retórico de la administración, que respondió con imputaciones contra los banqueros voraces, junto con algunas sugerencias de política pública que a la industria financiera no le gustan (el fallo Volcker y otras propuestas).

Como los principales arquitectos suponían que Obama era su hombre en Washington, no tardaron en hacerle llegar sus instrucciones: a menos que Obama volviese al redil, destinarían sus fondos a la oposición política.

Pocos días más tarde Obama informó a la prensa que los banqueros son buenas «personas», y señaló a los presidentes de los dos jugadores más grandes, J.P. Morgan Chase y Goldman Sachs: «yo, igual que la mayoría del pueblo norteamericano, no le destino a la gente el éxito ni la riqueza. Eso es parte del sistema de libre mercado»… tal como se interpretan los «libres mercados» en la doctrina de los estados capitalistas.

Ese retroceso es una reveladora instantánea de la máxima de Smith en acción.

Los arquitectos de la política también están trabajando en una verdadera transición del poder: de la fuerza de trabajo global del capital transnacional.

Martin Hart-Landsberg, economista y especialista en China, analiza esta dinámica. China se ha convertido en una planta de montaje para un sistema regional de producción. Japón, Taiwán, y otras economías avanzadas de Asia, exportan partes y componentes de alta tecnología a China, que ensambla y exporta los productos terminados.

El creciente déficit comercial de Estados Unidos con China ha generado inquietud. No se nota tanto que el déficit comercial estadunidense con Japón y el resto de Asia ha descendido marcadamente a medida que se va configurando el nuevo sistema regional de producción. Los fabricantes estadunidenses están siguiendo la misma línea, mandando partes y componentes a China para que se ensamblen y exporten, en su mayoría para su regreso a Estados Unidos. Para las instituciones financieras, los gigantes de la venta al menudeo, así como los propietarios y administradores de las industrias manufactureras y de los sectores estrechamente relacionados con este nexo de poder, estos acontecimientos son paradisiacos.

Y los entienden muy bien. En 2007 Ralph Gomory, director de la fundación Alfred P. Sloan, rindió testimonio ante el congreso: «En esta nueva era de globalización los intereses de las compañías y de los países divergen. A diferencia de lo que ocurría en el pasado, lo que es bueno para las corporaciones globales estadunidenses ya no necesariamente es bueno para el pueblo estadunidense».

Piénsese en IBM. Para finales de 2008 más del 70% de los 400 000 empleados de IBM estaban en el extranjero, según informó *Business Week*. En 2009 la empresa redujo otro 8% el número de sus empleados en Estados Unidos. Este caso es particularmente instructivo de la amplia confianza de IBM en la innovación y el desarrollo en el sector estatal, y el subsidio directo por la adquisición y otros medios.

Para la fuerza de trabajo el resultado puede ser «doloroso», de acuerdo con la aseveración de Smith, pero está muy bien para los principales arquitectos de la política. Las investigaciones actuales indican que alrededor de una cuarta parte de los puestos de trabajo de Estados Unidos podrán «exportarse» en el curso de dos décadas, y que para los empleos que

queden declinarán la seguridad social y la paga decente, debido a la competencia creciente de los trabajadores sustituidos.

Este patrón se da después de treinta años de estancamiento o declinación para la mayoría mientras la riqueza caía en pocos bolsillos, lo que condujo a lo que probablemente sea la peor desigualdad en la historia de Estados Unidos, mucha de ella causada por el alza estratosférica en salud de una fracción de 1% de la población.

Mientras China se está convirtiendo en la planta de montaje y la plataforma de exportación del mundo, los trabajadores chinos sufren junto con todo el resto de la fuerza global de trabajo, como cabe prever en un sistema diseñado para concentrar la riqueza y el poder y para hacer competir a los trabajadores entre sí a nivel mundial.

En términos globales, la participación de los trabajadores en el ingreso nacional ha mermado en muchos países, y lo ha hecho de manera dramática en China, conduciendo a una creciente inquietud en esta sociedad sumamente desigual.

De modo que tenemos otro desplazamiento significativo del poder global: de la población general a los principales arquitectos del sistema global, proyecto al que contribuye el quebranto de la democracia funcional en los estados más poderosos.

El futuro depende de lo que esté dispuesta a soportar la gran mayoría, y de si será posible desarrollar una respuesta constructiva que enfrente los problemas que se dan en el núcleo del sistema de dominio y control del Estado capitalista. De no ser así, los resultados pueden ser sombríos, como la historia revela con la mayor amplitud.

UN ACONTECIMIENTO «LAMENTABLE» EN JERUSALÉN ORIENTAL[3]

29 de marzo de 2010

Una vez más el detonante es Jerusalén oriental, del que se apoderó Israel en la guerra de 1967; esta vez se trata de la propuesta de un complejo de 1600 departamentos en el barrio de Ramat Shlomo. Y una vez más la secuela ha llevado a la muerte de palestinos por disparos de armas israelíes.

El 9 de marzo [de 2010], el ministro israelí del Interior anunció el nuevo proyecto durante la visita a Israel del vicepresidente de Estados Unidos Joseph R. Biden. El presidente Obama había pedido que se restringiese la expansión de los asentamientos en territorio ocupado.

El primer ministro israelí Benjamin Netanyahu se disculpó públicamente por el «lamentable» momento del anuncio, pero insistió en que Israel podía construir libremente en Jerusalén oriental y también en cualquier otro lugar de los territorios que planea anexarse.

Según la prensa israelí, Biden tuvo una iracunda discusión privada con Netanyahu en la que invocó la inquietud militar estadunidense acerca de la incapacidad de resolver el conflicto israelí-palestino.

«Lo que están haciendo aquí socava la seguridad de nuestras tropas que están luchando en Iraq, Afganistán y Pakistán», le dijo presuntamente Biden a Netanyahu. «Eso nos pone en peligro a nosotros y pone en peligro la paz de la región».

El 16 de marzo [de 2010] el general David H. Petraeus, jefe del comando central de Estados Unidos, expresó esas inquietudes ante el comité de los servicios armados del senado: «el conflicto fomenta el

sentimiento antiestadunidense debido a una percepción del favoritismo de Estados Unidos hacia Israel».

Una semana más tarde Netanyahu y Obama se reunieron en la Casa Blanca para mantener conversaciones que fueron caracterizadas después como «polémicas».

Netanyahu mantiene una línea dura en relación con los asentamientos. Y no da muestra alguna de reconocer la viabilidad de un Estado palestino. Esta intransigencia hace que descienda la credibilidad de Estados Unidos.

Un contratiempo similar, relacionado con los asentamientos, detonó hace unos veinte años y llevó al presidente George H.W. Bush a imponerle sanciones limitadas a Israel en reacción al comportamiento osado e insultante del primer ministro Itzjak Shamir, que fue sustituido rápidamente. La administración de Obama ha dejado en claro que no tomaría ni siquiera las medidas moderadas invocadas por el primer Bush.

Ahora la situación es más seria. Dentro de Israel los sectores ultranacionalistas y religiosos han surgido con una perspectiva estrecha y restringida. Y las fuerzas de Estados Unidos están involucradas en guerras impopulares en la región.

En el pasado mes de mayo [de 2009], en Washington, Obama se reunió con Netanyahu y con Mahmoud Abbas, presidente de Autoridad Palestina. Las reuniones y el discurso de Obama en El Cairo en junio [de 2009] se interpretaron como un punto de inflexión en la política norteamericana en el Cercano Oriente.

Pero una mirada más cercana, sin embargo, sugiere ciertas reservas.

Las interacciones entre Estados Unidos e Israel —con Abbas tras bambalinas— se articularon sobre dos frases: «Estado palestino» y «crecimiento natural de los asentamientos». Considerémoslas una a la vez.

En efecto, Obama ha pronunciado las palabras «Estado palestino», haciéndose eco del presidente George W. Bush. En contraste, la plataforma de 1999 (no revisada) del partido gobernante israelí, el Likud, al que pertenece Netanyahu, «rechaza tajantemente el establecimiento de un Estado árabe palestino al oeste del río Jordán».

También es útil recordar que el gobierno de Netanyahu, en 1996, fue el primero de Israel en aceptar la posibilidad de un «Estado palestino» de una

forma interesante. El gobierno estaba de acuerdo en que los palestinos pudieran llamar, si quisieran, «Estado» a los fragmentos de Palestina que les pudieran quedar… o llamarlos «pollo frito», como quisieran.

En mayo pasado [2009] la posición de Washington fue presentada muy enérgicamente por la secretaria de Estado norteamericana Hillary Clinton con su muy citada aseveración de que rechazaba las «excepciones por crecimiento natural» a la política oficial estadunidense que se oponía a los nuevos asentamientos.

Netanyahu y prácticamente todo el espectro político israelí insisten en permitir ese «crecimiento natural», quejándose de que Estados Unidos se está retractando de la autorización que dio Bush para esa expansión dentro de su «visión» de un Estado palestino.

La formulación Obama-Clinton no es nueva. Repite el texto del mapa de ruta de Bush para un Estado palestino que estipula que, en la fase I, Israel «congele toda actividad de asentamiento consistente con el informe [del ex senador de Estados Unidos George J.] Mitchell, incluyendo el crecimiento natural de los asentamientos».

En El Cairo, Obama se mantuvo fiel a su habitual estilo de «pizarra en blanco», con poca sustancia pero presentada de una manera afable que permite que los oyentes escriban en la pizarra lo que quieren oír.

Obama se hizo eco de la «visión» de Bush de un Estado palestino, sin detallar lo que quería decir.

Expresó: «Estados Unidos no acepta la legitimidad de la continuación de los asentamientos israelíes». Las palabras clave aquí son «legitimidad» y «continuación».

Por omisión, Obama indicó que acepta la «visión» de Bush: los vastos asentamientos israelíes ya existentes, así como los proyectos de infraestructura en la margen occidental son implícitamente «legítimos», garantizando que la frase «Estado palestino» referida a los restos dispersos entre aquéllos, signifique «pollo frito».

En noviembre [de 2009] Netanyahu declaró una suspensión de diez meses de las nuevas construcciones, con muchas excepciones y excluyendo por entero a la Gran Jerusalén, donde la expropiación en áreas árabes y la

construcción para colonos judíos, como en el proyecto de Ramat Shlomo, continúan a paso rápido.

Estos proyectos son doblemente ilegales: como todos los asentamientos, violan el derecho internacional, y en Jerusalén, violan resoluciones específicas del Consejo de Seguridad que se remontan a 1968.

Hillary Clinton, que en ese momento estaba en Jerusalén, alabó las concesiones «sin precedentes» en materia de construcción (ilegal) que había hecho Netanyahu, provocando ira y ridículo en gran parte del mundo.

El gobierno de Obama aboga por una «reconceptualización» del conflicto en el Cercano Oriente, que fue claramente expresada en marzo pasado por el presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, John Kerry.

Israel tiene que integrarse entre los estados árabes «moderados» que son aliados de Estados Unidos, confrontando a Irán y contribuyendo al dominio norteamericano de las regiones vitales productoras de energía. Dentro de ese marco encontrará un lugar algún acuerdo no especificado entre Israel y Palestina.

Mientras tanto los vínculos entre Estados Unidos e Israel siguen profundizándose. La estrecha cooperación en materia de inteligencia se remonta a más de medio siglo atrás.

Las sociedades de alta tecnología norteamericanas-israelíes van floreciendo. Intel, por ejemplo, está añadiendo una instalación gigantesca a su sede de Kiryat Gat para llevar a cabo una reducción revolucionaria del tamaño de los chips.

Los vínculos entre la industria militar norteamericana y la israelí siguen siendo particularmente cercanos, hasta el punto de que Israel ha estado transfiriendo instalaciones de desarrollo y fabricación a Estados Unidos, donde resulta más fácil el acceso a la ayuda militar y los mercados norteamericanos. Israel también está considerando la transferencia de la producción de vehículos armados a Estados Unidos, pese a las objeciones de miles de trabajadores israelíes que perderán su empleo.

Las relaciones benefician también a los productores militares de Estados Unidos, doblemente, en realidad, porque las entregas de armas financiadas por el gobierno norteamericano a Israel, que son en sí mismas muy

rentables, funcionan también como «anzuelo» que induce a las ricas dictaduras árabes («los moderados») a comprar grandes cantidades de equipo militar menos sofisticado.

Israel también sigue proporcionándole a Estados Unidos una base militar estratégicamente ubicada para reposicionar armas y para otras funciones. El caso más reciente fue en enero [de 2010] cuando el ejército de Estados Unidos se movilizó para «duplicar el valor del equipo militar de emergencia que almacena sobre suelo israelí», hasta alcanzar los 800 millones de dólares. «Misiles, vehículos blindados, municiones aéreas y equipo de artillería se acumulan ya en el país», informa *Defense News*.

Éstos se cuentan entre los servicios sin paralelo que Israel ha estado brindando al militarismo norteamericano y a la dominación mundial, así como a la economía de alta tecnología estadunidense.

Le brindan a Israel cierto espacio para desafiar las órdenes de Washington, aunque Israel corre un gran riesgo si trata de explotarlo demasiado, como lo ha demostrado repetidamente la historia. Evidentemente la arrogancia de Ramat Shlomo tocó un punto sensible.

Israel sólo puede ir hasta donde Estados Unidos se lo permita. Estados Unidos ha sido durante largo tiempo participante directo incluso de los crímenes israelíes que condena formalmente… pero haciendo un guiño. Al pueblo norteamericano le corresponde decidir si esta charada debe continuar.

LA IRA DEL CINTURÓN DEL ÓXIDO

30 de abril de 2010

El 18 de febrero [de 2010], Joe Stack, un ingeniero en computación de 53 años, estampó su avioneta en un edificio de Austin, Texas, contra una oficina del servicio tributario, suicidándose, matando a una persona e hiriendo a otras.

Stack dejó un manifiesto antigubernamental explicando sus acciones. La historia se inicia cuando era un adolescente que vivía en la miseria en Harrisburg, Pensilvania, cerca del corazón de lo que fuera alguna vez un gran centro industrial.

Su vecina, que tenía más de 80 años y sobrevivía comiendo comida para gatos, era la viuda de un trabajador del acero jubilado. Su marido había trabajado toda su vida en las acerías de Pensilvania central con promesas de las grandes empresas y del sindicato de que, por sus 30 años de servicio, tendría una pensión y atención médica con la que podría contar para su futuro.

«En cambio fue uno de los miles que no recibieron nada porque la incompetente administración de la acería y el sindicato corrupto (por no hablar del gobierno) saquearon sus fondos de jubilación y robaron el dinero para su retiro. Lo único con lo que contaba para vivir era la seguridad social».

Podría haber añadido que los superricos y sus aliados políticos siguen tratando de despojarlos también de la seguridad social.

Stack decidió que no podía confiar en las grandes empresas y que trataría de salir adelante por sí mismo, sólo para descubrir que tampoco

podía confiar en un gobierno al que nada le importaba la gente como él, sino sólo los ricos y privilegiados, ni en un sistema legal en el cual «hay dos ‘interpretaciones’ de cada ley, una para los muy ricos y una para los demás».

El gobierno nos deja con «ese mal chiste al que llamamos el sistema médico estadunidense, incluyendo a las compañías farmacéuticas y de seguros [que] están asesinando a decenas de miles de personas por año» con una atención racionada en gran medida por la riqueza, no por la necesidad.

Stack atribuye estos males a un orden social en el cual «un puñado de bandoleros y asaltantes puede cometer atrocidades impensables […] y cuando llega el momento de que su fuente de riqueza se desmorone bajo el peso de su glotonería y abrumadora estupidez la fuerza plena del gobierno federal no tiene dificultades en acudir en su ayuda en el término de días, si es que no de horas».

El manifiesto Stack termina con dos oraciones evocadoras: «El credo comunista: de cada quien de acuerdo con su capacidad, a cada quien de acuerdo con su necesidad. El credo capitalista: de cada quien de acuerdo con su ingenuidad, a cada quien de acuerdo con su codicia».

Estrujantes estudios del cinturón del óxido de Estados Unidos revelan una ira comparable entre los individuos que han sido desechados a medida que los programas del Estado y las corporaciones cierran plantas acereras y destruyen familias y comunidades.

Cuando la gente cree que ha cumplido su deber en sociedad en un acuerdo moral con el gobierno y la empresa, para descubrir después que no han sido más que instrumentos de las utilidades y del poder, experimenta un agudo sentido de traición.

En China, la segunda economía mundial, existen notables semejanzas que han sido investigadas por el estudioso Chin Kwan Lee, de la Universidad de California en Los Ángeles.

Lee comparó la ira de la desesperación de la clase trabajadora en los sectores industriales descartados de Estados Unidos y en lo que ella denomina el cinturón del óxido de China: el centro industrial del Estado socialista en el noreste, abandonado ahora en favor del desarrollo estatal capitalista en la zona cálida del sudeste.

En ambas regiones Lee encontró grandes protestas de trabajadores, pero de distinto carácter. En el cinturón del óxido los trabajadores expresaban la misma sensación de traición que sus contrapartes estadunidenses, en su caso la traición a los principios maoístas de solidaridad y dedicación al desarrollo de la sociedad que habían pensado eran un compromiso moral, sólo para llegar a descubrir que, cualquier cosa que hubiesen sido, eran ahora un amargo fraude.

En todo el país veintenas de millones de obreros despedidos de unidades de producción «están agobiados por un profundo sentimiento de inseguridad», que despierta «furia y desesperación», escribe Lee.

Su trabajo y estudios en el cinturón del óxido de Estados Unidos dejan en claro que no debemos subestimar la profundidad de la indignación moral que yace detrás de la amargura furiosa, muchas veces autodestructiva, acerca del poder del gobierno y de las empresas.

En Estados Unidos el movimiento Tea Party —y mucho más en los círculos más amplios a los que llega— refleja en parte el espíritu de desencanto. El extremismo antiimpositivo del Tea Party no es tan inmediatamente suicida como afirma Joe Stack, pero de cualquier manera es suicida.

La California actual es una ilustración dramática. Se está desmantelando el sistema de educación superior pública más grande del mundo.

El gobernador Arnold Schwarzenegger dice que tendrá que eliminar los programas de salud y bienestar estatales a menos que el gobierno federal aporte más de 7000 millones de dólares. Otros gobernadores están uniéndose a él.

Mientras tanto, un nuevo y poderoso movimiento por los derechos de los estados está exigiendo que el gobierno federal no interfiera en nuestros asuntos, bonito ejemplo de lo que Orwell llamaba «doblepensar»: la capacidad de tener en mente dos ideas contradictorias creyendo en ambas al mismo tiempo, lo que en nuestra época se ha convertido casi en un lema.

Las estrecheces de California son resultado, en gran parte, del fanatismo antiimpositivo. Es prácticamente igual en todos lados, incluso en los suburbios acaudalados.

Fomentar el sentimiento antiimpositivo ha sido desde hace largo tiempo algo usual en la propaganda comercial. A la gente hay que adoctrinarla para que odie y tema al gobierno, por buenas razones: de los sistemas de poder existentes el gobierno es el único que en principio, y a veces de hecho, le responde al público y puede restringir las depredaciones del poder privado.

Sin embargo, la propaganda antigubernamental tiene que matizarse. Las empresas, desde luego, están a favor de un Estado poderoso que trabaje para las multinacionales y las instituciones financieras… y que incluso las rescate cuando destruyan la economía.

Pero en un brillante ejercicio de doblepensar, a la gente se la hace odiar y temer el déficit. De esta forma las cohortes empresariales en Washington pueden aceptar recortar beneficios y derechos como el seguro social (pero no rescates).

Al mismo tiempo, la gente no debería oponerse a lo que está creando en gran medida el déficit: el creciente presupuesto militar y el absurdamente ineficiente sistema de atención a la salud privatizado.

Es fácil ridiculizar cómo expresan sus inquietudes Joe Stack y otros como él, pero es mucho más apropiado para entender qué yace detrás de sus percepciones y acciones en un momento en el que la gente con verdaderos agravios está siendo movilizada de maneras que plantean peligros nada triviales para ellos mismos y para los demás.

LA VERDADERA AMENAZA A BORDO DE LA FLOTILLA DE LA LIBERTAD

4 de junio de 2010

El violento ataque de Israel contra la flotilla de la libertad que transportaba ayuda humanitaria a Gaza impactó al mundo.

Tomar por asalto barcos en aguas internacionales y matar pasajeros es, desde luego, un grave crimen.

Pero el crimen no tiene nada de nuevo. Desde hace décadas Israel ha estado tomando por asalto barcos entre Chipre y Líbano, y matando o secuestrando pasajeros, manteniéndolos a veces como rehenes en prisiones israelíes.

Israel supone que puede cometer tales crímenes con impunidad porque Estados Unidos los tolera y Europa generalmente sigue la guía de Estados Unidos.

Como observaron atinadamente los editores del *Guardian* el 1 de junio [de 2010], «si ayer un grupo armado de piratas somalíes hubiese abordado seis navíos en alta mar, matando por lo menos a diez pasajeros e hiriendo a muchos más, hoy una fuerza de ataque de la OTAN estaría dirigiéndose a la costa de Somalia». En este caso el tratado de la OTAN obliga a sus miembros a acudir en ayuda de cualquier país de la OTAN —Turquía— que ha sido atacado en aguas internacionales.

El pretexto de Israel para el ataque fue que la flotilla de la libertad transportaba materiales que Hamás podía usar para hacer búnkers desde los cuales disparar cohetes a Israel.

Es un pretexto increíble por muchas razones, e incluso si fuese creíble no justificaría crímenes internacionales. Israel puede ponerle fin fácilmente a la amenaza de los cohetes por medios pacíficos.

Los antecedentes, que se comentaron brevemente antes, son importantes. Hamás fue declarada una amenaza terrorista importante especialmente después de que ganó una elección libre en enero de 2006. Estados Unidos e Israel incrementaron marcadamente su castigo a los palestinos, ahora por el crimen de votar como no debían. El sitio de Gaza, incluyendo un bloqueo naval, fue uno de los resultados. El sitio se intensificó de manera notable en junio de 2007, después que una guerra civil dejó a Hamás con el control del territorio.

Lo que suele describirse como un golpe militar de Hamás fue incitado de hecho por Estados Unidos e Israel, en un burdo intento de cancelar las elecciones que lo habían llevado al poder.

Esto ha sido del conocimiento público por lo menos desde abril de 2008, cuando David Rose informó en la revista *Vanity Fair* que George W. Bush, la asesora de seguridad nacional Condoleezza Rice y su delegado, Elliott Abrams, «respaldaron una fuerza armada bajo el mando del hombre fuerte de Fatah, Mohamed Dahlan, encendiendo una sangrienta guerra civil en Gaza y dejando a Hamás más fuerte que nunca», versión confirmada posteriormente por el diplomático norteamericano Norman Olsen, quien tiene una larga experiencia en la región.

Las acciones terroristas de Hamás incluían lanzar cohetes a poblados israelíes cercanos… sin duda algo criminal, aunque sólo una fracción diminuta de los rutinarios crímenes de Estados Unidos e Israel en Gaza.

En junio de 2008 Israel y Hamás llegaron a un acuerdo de cese el fuego. El gobierno israelí reconoció formalmente que hasta que Israel rompió el acuerdo el 4 de noviembre de ese año, invadiendo Gaza y matando a media docena de activistas de Hamás, esta organización no había disparado ni un solo cohete, pese a que Israel nunca se había adherido al acuerdo y mantuvo el asedio.

Hamás se ofreció a renovar el alto al fuego. El gabinete israelí consideró la oferta y la rechazó, prefiriendo lanzar su invasión asesina de Gaza el 27 de diciembre [de 2009].

Igual que otros estados, Israel tiene derecho a la autodefensa. Pero ¿tenía derecho a utilizar la fuerza en Gaza en nombre de la autodefensa? El derecho internacional, incluyendo la carta de las Naciones Unidas, es muy claro: una nación tiene ese derecho sólo si ha agotado los medios pacíficos. En este caso tales medios ni siquiera se pusieron a prueba, aunque —o tal vez porque— todo lleva a suponer que tendrían éxito.

De modo que la invasión fue una clara agresión criminal, y lo mismo se aplica al recurso a la fuerza por parte de Israel en contra de la flotilla.

El sitio es salvaje, diseñado para mantener a los animales enjaulados apenas con vida para poder evitar la protesta internacional, pero no mucho más. Es la última etapa de añejos planes israelíes, respaldados por Estados Unidos, para separar a Gaza de la Margen Occidental.

La periodista israelí Amira Hass, destacada especialista en Gaza, esboza la historia del proceso de separación:

Las restricciones al movimiento palestino que introdujo Israel en enero de 1991 hicieron retroceder un proceso que se había iniciado en junio de 1967.

En ese año, y por primera vez desde 1948, una gran parte del pueblo palestino volvió a vivir en el territorio abierto de un país singular… sin duda, un país que estaba ocupado pero que sin embargo estaba completo.

Hass concluye diciendo:

La total separación de la Franja de Gaza y la Margen Occidental es uno de los grandes logros de la política israelí, cuyo objetivo global consiste en impedir una solución basada en decisiones y acuerdos internacionales, para dictar, en cambio, un arreglo basado en la superioridad militar de Israel.

La flotilla de la libertad desafiaba esa política, y por eso debía ser aplastada.

Desde 1976 ha existido un marco de referencia para resolver el conflicto árabe-israelí, cuando los estados árabes regionales presentaron una resolución al Consejo de Seguridad pidiendo un acuerdo de dos estados en la frontera internacional, incluyendo todas las garantías de seguridad de la resolución 242 de Naciones Unidas adoptada después de la guerra de junio de 1967.

Los principios esenciales son apoyados prácticamente por todo el mundo, incluyendo la Liga Árabe, la Organización de Estados Islámicos (de la que forma parte Irán) e importantes actores no estatales, entre ellos Hamás.

Pero Estados Unidos e Israel han manejado el rechazo de un acuerdo de ese tipo durante tres décadas, con una excepción esencial y sumamente informativa en el último mes de la presidencia de Bill Clinton, que se comentó antes.

Hoy el cruel legado de una paz rechazada sigue con vida.

Es imposible imponer el derecho internacional contra estados poderosos, a menos que lo hagan sus propios ciudadanos. Siempre es una labor difícil, en especial cuando opiniones bien expresadas declaran que el crimen es legítimo, ya sea explícitamente o por la adopción tácita de un marco de referencia criminal, lo cual es más insidioso porque hace invisible al crimen.

NUBES DE TORMENTA SOBRE IRÁN

1 de julio de 2010

La funesta amenaza de Irán es la crisis de política exterior más grave a la que se enfrenta la administración de Obama. El congreso acaba de incrementar las sanciones contra Irán, con penas aún más severas contra las compañías extranjeras que hagan negocios allí.

La administración ha ampliado rápidamente la capacidad ofensiva de Estados Unidos en la isla africana de Diego García, cuya soberanía afirma tener Gran Bretaña, que ha expulsado a la población para que Estados Unidos pueda construir una enorme base desde la cual atacar el Medio Oriente y el Asia central.

La marina norteamericana informa haber enviado equipo submarino a la isla para prestar servicios submarinos nucleares con misiles Tomahawk que pueden transportar cabezas nucleares.

De acuerdo con una manifestación de carga de la marina estadunidense obtenida por el periódico *Sunday Herald* de Glasgow el equipo militar enviado a Diego García incluye 387 «revienta búnkers» para hacer estallar estructuras subterráneas reforzadas.

«Se están equipando absolutamente para la destrucción de Irán», dijo Dan Plesch, director del Centro de Estudios Internacionales y Diplomacia de la Universidad de Londres al mencionado periódico. «Los bombarderos y los misiles de largo alcance estadunidenses están preparados hoy para destruir 10 000 objetivos en Irán en unas cuantas horas».

La prensa árabe informa que una flota estadunidense (con un navío israelí) acaba de pasar por el canal de Suez rumbo al golfo Pérsico, donde

su labor consiste en «llevar a cabo las sanciones contra Irán y supervisar los buques que vayan y vengan de Irán».

Los medios británicos e israelíes informan que Arabia Saudita está proporcionando un corredor para que Israel pueda bombardear a Irán (cosa que Arabia Saudita ha negado).

A su regreso de Afganistán para tranquilizar a los aliados de la OTAN tras el cambio de mando posterior a la renuncia del general Stanley A. McChrystal, el almirante Michael Mullen, presidente estadunidense de la reunión de jefes de personal administrativo, visitó Israel para encontrarse con el jefe de las fuerzas de defensa israelíes, Gabi Ashkenazi, continuando un diálogo estratégico anual.

El encuentro se concentró «en la preparación tanto de Israel como de Estados Unidos para la posibilidad de un Irán nuclearmente capaz», según *Haaretz*, que informa, además, que Mullen subrayó: «Siempre trato de ver los retos desde la perspectiva israelí».

Algunos respetados analistas describen la amenaza iraní en términos apocalípticos. Amitai Etzioni advierte: «Estados Unidos tendrá que enfrentarse con Irán o abandonar el Cercano Oriente». Si continúa el programa nuclear de Irán, afirma, Turquía, Arabia Saudita y otros estados se «aproximarán» hacia la nueva «superpotencia» iraní. Con una retórica menos fervorosa, es posible que tenga lugar una alianza regional independiente de Estados Unidos.

En la revista del ejército estadunidense *Military Review*, Etzioni insta a un ataque norteamericano no sólo contra las instalaciones nucleares de Irán sino también contra sus activos militares no nucleares, incluyendo la infraestructura… es decir la sociedad civil. «Este tipo de acción militar es equivalente a las sanciones, causa ‘dolor’ a fin de modificar el comportamiento, aunque mediante medios mucho más poderosos», escribe.

Un análisis autorizado de la amenaza iraní lo brinda un informe del Departamento de Defensa presentado al congreso (en forma clasificada y no clasificada) en abril [de 2010].

El gasto militar iraní es «relativamente bajo en comparación con el resto de la región», afirma el informe. La doctrina militar de Irán es estrictamente «defensiva […] destinada a hacer más lenta una invasión y forzar a una

solución diplomática de las hostilidades». Por lo que se refiere a la opción nuclear, «el programa nuclear de Irán y su disposición a mantener abierta la posibilidad de desarrollar armas nucleares [constituye] una parte central de esta estrategia de disuasión».

Para Washington la capacidad de disuasión iraní es un ejercicio ilegítimo de soberanía que interfiere con los designios globales de Estados Unidos. Específicamente, pone en riesgo su control de los recursos energéticos del Medio Oriente.

Pero la amenaza de Irán va más allá de la disuasión. También está tratando de ampliar su influencia en la región, lo que se ve como «desestabilización», presumiblemente en contraste con la «estabilizadora» invasión y ocupación militar estadunidense de los vecinos de ese país.

Aparte de esos crímenes, continúa el estudio, Irán también está apoyando el terrorismo al sostener a Hizbulah y a Hamás, las principales fuerzas políticas de Líbano y Palestina (si se toman en cuenta las elecciones).

El modelo de democracia del mundo musulmán, pese a serias fallas, es Turquía, que tiene elecciones relativamente libres.

La administración de Obama se indignó cuando Turquía se une a Brasil en un arreglo con Irán para restringir su enriquecimiento de uranio. Estados Unidos procuró rápidamente socavar el acuerdo presentando de inmediato una resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas con nuevas sanciones contra Irán, tan poco significativas que China se unió alegremente de inmediato, reconociendo que, como máximo, las sanciones impedirían que los intereses occidentales compitiesen con China por los recursos iraníes.

Previsiblemente, Turquía (junto con Brasil) votó en contra de la moción estadunidense de sanciones en el Consejo de Seguridad. El otro miembro regional, Líbano, se abstuvo.

Estas acciones despertaron aún más consternación en Washington. Philip Gordon, el máximo diplomático sobre asuntos europeos del gobierno de Obama, le advirtió a Turquía que sus acciones no se entendían en Estados Unidos y que debía «demostrar su compromiso en su asociación

con Occidente», informó la Associated Press, en lo que denominó «un apercibimiento poco usual a un aliado crucial de la OTAN».

La clase política también entiende. Steven A. Cook, un académico que forma parte del Consejo de Relaciones Exteriores, observó que ahora la pregunta crítica es «¿Como hacemos para que los turcos sigan la línea?»… cumpliendo órdenes como buenos demócratas.

No hay indicio de que otros países de la región favorezcan las sanciones estadunidenses más de lo que lo hace Turquía. En una reunión en este último país Pakistán e Irán firmaron recientemente un acuerdo para un nuevo oleoducto. Mucho más inquietante para Estados Unidos es que ese mismo oleoducto pudiera extenderse hasta la India.

El tratado estadunidense de 2008 con la India apoyando sus programas nucleares tenía el propósito de impedir que este país se uniese al gasoducto, según informa Moeed Yusuf, asesor sobre el sur de Asia para el Instituto de la Paz de Estados Unidos, expresando una interpretación común.

India y Pakistán son dos de las tres potencias nucleares que se han negado a firmar el tratado de no proliferación de armas nucleares; el tercero es Israel. Todos han desarrollado armas nucleares con apoyo de Estados Unidos y siguen haciéndolo.

Ninguna persona en su sano juicio quiere que Irán, o que ninguna otra nación, desarrolle armas nucleares. Una manera obvia de mitigar o eliminar este peligro consiste en establecer una zona libre de armas nucleares en el Medio Oriente.

La cuestión surgió (de nuevo) en la conferencia sobre el tratado de no proliferación de armas nucleares que se celebró en la sede de las Naciones Unidas a principios de mayo [de 2010]. Egipto, como presidente de los 118 países del Movimiento de los No Alineados, propuso que la conferencia respaldase un plan promoviendo el inicio de negociaciones en 2011 para llegar a una zona libre de armas nucleares en el Medio Oriente, como lo había acordado Occidente, incluyendo Estados Unidos, en la conferencia de revisión del tratado llevada a cabo en 1995.

Formalmente, Washington sigue estando de acuerdo pero insiste en que Israel quede exento, y no ha dado la menor señal de permitir que algo por el estilo pudiese aplicarse a Estados Unidos.

En lugar de dar pasos prácticos para reducir la amenaza de pesadilla de la proliferación de armas nucleares en Irán o en cualquier otro lugar, Estados Unidos está procediendo a reforzar el control de las vitales regiones productoras de petróleo del Medio Oriente a través de la violencia, si no lo logra con otros medios.

LA GUERRA DE AFGANISTÁN: ECOS DE VIETNAM

1 de agosto de 2010

Las Bitácoras de Guerra —un archivo con seis años de material documental militar clasificado sobre la guerra de Afganistán, que dio a conocer en Internet la organización WikiLeaks— registra una sombría lucha que se va volviendo más sombría desde la perspectiva de Estados Unidos. Y, para los afganos, un horror creciente.

Las Bitácoras de Guerra, por valiosas que sean, pueden contribuir a la lamentable y predominante doctrina de que las guerras están mal sólo cuando no tienen éxito… algo parecido a lo que sintieron los nazis después de Stalingrado.

El mes pasado [julio de 2010] se produjo el bochorno del general Stanley A. McChrystal, obligado a retirarse como comandante de las fuerzas norteamericanas en Afganistán, para ser remplazado por su superior, el general David H. Petraeus.

Una consecuencia plausible es el relajamiento de las reglas de combate para que se vuelva más fácil matar civiles y una extensión de la guerra muy hacia el futuro si Petraeus usa sus influencias en el congreso para lograr ese resultado.

Afganistán es la principal guerra actual del presidente Obama. La meta oficial consiste en protegernos de al-Qaeda, una organización virtual, sin base específica, una «red de redes» y una «resistencia sin líderes», como se la ha denominado en la bibliografía profesional. Ahora, incluso más que

antes, al-Qaeda consiste en facciones relativamente independientes, laxamente asociadas por todo el mundo.

La CIA calcula que en este momento puede haber en Afganistán entre 50 y 100 militantes de al-Qaeda, y no hay indicación alguna de que los talibán quieran volver a repetir el error de ofrecerle santuario a al-Qaeda.

En contraste, los talibán parecen estar bien establecidos en su vasto y amenazante paisaje, que incluye una gran parte del territorio de Pashtum.

En febrero [de 2010] en el primer ejercicio de la nueva estrategia de Obama, la infantería de marina de Estados Unidos conquistó Marja, un pequeño distrito en la provincia de Helmand, el principal centro de la insurgencia.

Allí, según informó Richard A. Oppel Jr. del *New York Times*, «los infantes de marina han chocado con una identidad talibán tan dominante que el movimiento se parece más a la única organización política de una ciudad de un solo partido, con una influencia que los toca a todos…»

«Debemos revalorar nuestra definición del término enemigo —dijo el general brigadier Larry Nicholson, comandante de la brigada expedicionaria de la infantería de marina en la provincia de Helmand—. La mayor parte de la gente aquí se identifica como talibán […] Tenemos que reajustar nuestra manera de pensar: no estamos tratando de expulsar a los talibán de Marja, estamos tratando de hacer salir al enemigo».

Los infantes de marina están enfrentando un problema que siempre ha asediado a los conquistadores y que es muy familiar para Estados Unidos desde Vietnam. En 1966 Douglas Pike, el principal académico en lo referente a Vietnam en Estados Unidos, se lamentaba de que el enemigo —el Frente Nacional de Liberación (FNL)— fuese el único «partido político verdaderamente con base de masas en el sur de Vietnam».

Todo esfuerzo por competir políticamente con ese enemigo sería como un conflicto entre una sardina y una ballena, reconocía Pike. Por lo tanto tuvimos que superar la fuerza política del FNL usando nuestra ventaja comparativa, la violencia, con horrorosos resultados.

Otros han enfrentado problemas similares: por ejemplo, los rusos en Afganistán durante la década de 1980, cuando ganaron todas las batallas pero perdieron la guerra.

Bruce Cumings, historiador de Asia en la Universidad de Chicago, al escribir de otra invasión norteamericana —la de Estados Unidos en Filipinas en 1898—, hizo una observación que se aplica con toda propiedad a Afganistán en la actualidad: «Cuando un marino pierde su rumbo es desastroso cambiar el curso, pero los ejércitos imperiales hunden las botas en la arena movediza y siguen marchando, aunque sólo sea en círculo, mientras los políticos pulen el libro de frases de los ideales norteamericanos».

Después del triunfo de Marja, se esperaba que las fuerzas encabezadas por Estados Unidos atacasen la importante ciudad de Kandahar, donde, según una encuesta levantada por el ejército de Estados Unidos en abril [de 2010] el 95% de la población se opone a la operación militar, y cinco de cada seis personas consideran que los talibán son «nuestros hermanos afganos»… una vez más, ecos de conquistas previas. Los planes de Kandahar se demoraron, como parte del fondo para la retirada de McChrystal.

En estas circunstancias, no resulta sorprendente que a las autoridades estadunidenses les preocupe que el apoyo público interno a la guerra de Afganistán pueda desgastarse aún más.

En mayo [de 2010] WikiLeaks dio a conocer un memorándum de la CIA del mes de marzo [de 2010] sobre cómo sostener el apoyo de Europa occidental a la guerra. El subtítulo del memorándum era: «Por qué no es suficiente contar con la apatía».

«La escasa relevancia pública de la misión en Afganistán ha permitido que los dirigentes franceses y alemanes hicieran caso omiso de la oposición popular e incrementaran constantemente su contribución de tropas a la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad [fias]», afirma en un memorándum.

«Berlín y París mantienen en este momento el tercer y cuarto nivel más altos de tropas de la fias, pese a la oposición del 80% de los alemanes y los franceses encuestados acerca de los crecientes despliegues de tropas en esa fuerza». Por consiguiente es necesario «adecuar el mensaje» para «impedir o por lo menos contener el contragolpe».

Para el caso de Francia la CIA recomienda propaganda diseñada para dirigirse a «la aguda preocupación francesa por los civiles y los refugiados» y por despertar la culpa francesa de abandonarlos, subrayando en particular la educación de las niñas, que puede convertirse «en un punto medular del público francés, en gran medida secular, y darles a los votantes una razón para apoyar una causa buena y necesaria, a pesar de las bajas». Los hechos, como de costumbre, son irrelevantes. Por ejemplo, los avances logrados en la educación de las niñas en Kabul con los rusos, o el impacto real de las operaciones militares.

El memorándum de la CIA debería recordarnos que los estados tienen un enemigo interno: su propia población, que tiene que ser controlado cuando la política estatal se topa con oposición del público.

Las sociedades democráticas no se basan en la fuerza sino en la propaganda, engendrando el consenso por medio de una «ilusión necesaria» y una «sobresimplificación emocionalmente poderosa» por citar las recomendaciones del filósofo favorito de Obama, Reinhlod Niebuhr.

La batalla por controlar al enemigo interno, como siempre, sigue siendo muy pertinente… en realidad, el futuro de la guerra en Afganistán puede ser el punto esencial de ella.

CHINA Y EL NUEVO ORDEN MUNDIAL. PARTE 1

Septiembre de 2010

Entre todas las presuntas amenazas a la superpotencia reinante en el mundo hay un rival que está emergiendo silenciosa y enérgicamente: China. Y Estados Unidos está escudriñando muy de cerca sus intenciones.

El 13 de agosto [de 2010] un estudio del pentágono expresaba la preocupación de que China esté expandiendo sus fuerzas militares de manera de que «podrían cancelar la capacidad de las naves de guerra estadunidenses para operar en aguas internacionales fuera de la costa», informa Thom Shanker en el *New York Times*.

A Washington le alarma que «la falta de apertura de China respecto al crecimiento, las capacidades e intenciones de su ejército inyecte inestabilidad en una región vital del globo».

Por otro lado, Estados Unidos se muestra muy abierto acerca de su intención de actuar libremente por toda la «región vital del globo» que rodea a China (y a cualquier otro lado).

Estados Unidos anuncia su amplia capacidad de hacerlo con un presupuesto militar creciente que equivale aproximadamente al del resto del mundo en su conjunto, con cientos de bases militares en todo el planeta y una inmensa ventaja en la tecnología de la destrucción y el dominio.

La falta de comprensión de las reglas de la civilidad internacional por parte de China fue puesta de manifiesto por sus objeciones a los planes de que el avanzado portaaviones nuclear USS *George Washington* tomase parte

en los ejercicios militares de Estados Unidos y Corea del Sur cerca de las costas chinas en julio [de 2010], con la presunta capacidad de atacar Pekín.

En contraste, Occidente entiende que esas operaciones estadunidenses se emprenden todas para defender la estabilidad y su propia seguridad.

El término «estabilidad» tiene un significado técnico en el discurso de los asuntos internacionales: la dominación por parte de Estados Unidos. Así que nadie levantó la ceja cuando James Chace, ex editor de *Foreign Affairs*, explica que para alcanzar la «estabilidad» en Chile en 1973 fue necesario «desestabilizar» el país, derrocando al gobierno electo del presidente Salvador Allende e instalando la dictadura del general Augusto Pinochet, que procedió a masacrar y torturar sin control y a establecer una red de terror que contribuyó a instalar regímenes similares en otros países, con respaldo norteamericano, en pro de la estabilidad y la seguridad.

Es habitual reconocer que la seguridad de Estados Unidos requiere un control absoluto. El imprimátur académico a esta premisa se lo dio el historiador John Lewis Gaddis, de la Universidad de Yale, en su artículo «Surprise, security, and the American exerience» [«Sorpresa, seguridad y la experiencia estadunidense»], en el que investiga las raíces de la doctrina de la guerra preventiva del presidente George W. Bush.

El principio operativo es que la expansión es «la senda a la seguridad», doctrina que Gaddis remonta lleno de admiración casi dos siglos, al presidente John Quincy Adams, el autor intelectual del Destino Manifiesto.

Cuando Bush advirtió que «los norteamericanos deben ‘estar preparados para una acción anticipada cuando sea necesario para defender nuestra libertad y defender nuestras vidas’ —observa Gaddis— estaba haciéndose eco de una vieja tradición, más que estableciendo una nueva», reiterando principios que los presidentes desde Adams hasta Woodrow Wilson «hubiesen entendido […] muy bien».

Y lo mismo ocurriría con los sucesores de Wilson hasta el presente. La doctrina del presidente Bill Clinton era que Estados Unidos tiene derecho de usar la fuerza militar para garantizar «el acceso irrestricto a mercados clave, aprovisionamientos de energía y recursos estratégicos» sin siquiera tener que inventar pretextos del estilo de los de Bush II.

Según el secretario de Defensa de Clinton, William Cohen, Estados Unidos, por lo tanto, tiene que mantener inmensas fuerzas militares «desplegadas hacia adelante» en Europa y en Asia «a fin de conformar la opinión de los pueblos sobre nosotros» y de «configurar los acontecimientos que afectarán nuestra forma de vida y nuestra seguridad». Esta receta de guerra permanente es una nueva doctrina estratégica, observa el historiador militar Andrew Bacevich, que fue amplificada más tarde por Bush II y por el presidente Obama.

Como lo saben todos los jefes de la mafia, hasta la más mínima pérdida de control puede llevar a destejer el sistema de dominación si los demás se sienten instados a seguir una vía similar.

Este principio central del poder se formula como «teoría del dominó» en el lenguaje de los políticos, que en la práctica se traduce en el reconocimiento de que el «virus» del desarrollo independiente exitoso puede «esparcir el contagio» por otros lugares y que por lo tanto debe ser destruido mientras las víctimas potenciales de la plaga son vacunadas, usualmente por medio de dictaduras brutales.

Según el estudio del Pentágono, el gasto militar chino se expandió hasta lo que se calcula fueron 150 000 millones de dólares en 2009, acercándose «a una quinta parte de lo que gastó en total el Pentágono de Estados Unidos en llevar a cabo sus guerras en Iraq y Afganistán» en ese año, sólo una fracción del presupuesto militar total de Estados Unidos, por supuesto.

Las inquietudes de Estados Unidos son comprensibles, si se toma en cuenta el supuesto virtualmente irrefutado de que ese país debe mantener un «poder incuestionado» sobre gran parte del mundo, con «supremacía militar y económica», garantizando al mismo tiempo la «limitación de todo ejercicio de soberanía» por parte de estados que pueden interferir con sus designios globales.

Éstos eran los principios formulados por los planificadores de alto nivel y los expertos en política exterior durante la segunda guerra mundial cuando desarrollaban el marco para el mundo de la posguerra, el cual se puso en práctica ampliamente.

Estados Unidos debía mantener su dominio en una «gran área», que debía incluir, como mínimo, el hemisferio occidental, el Lejano Oriente y el

ex imperio británico, incluyendo los recursos cruciales de energía del Medio Oriente.

A medida que Rusia comenzó a aplastar a los ejércitos nazis después de Stalingrado, los objetivos de la gran área se extendieron lo más posible hacia Eurasia. Siempre estuvo entendido que Europa podía escoger seguir un curso independiente, tal vez la visión gaullista de una Europa que fuese desde el Atlántico hasta los Urales. La Organización del Tratado del Atlántico Norte tenía el propósito, en parte, de contrarrestar esta amenaza, y es una cuestión que sigue estando muy viva hoy mientras la OTAN se expande para convertirse en una fuerza de intervención, manejada por Estados Unidos, responsable de controlar la «decisiva infraestructura» del sistema global de energía del que depende Occidente.

Desde que Estados Unidos, durante la segunda guerra mundial, se convirtió en el poder dominante del planeta ha procurado mantener un sistema de control global. Pero este proyecto no es fácil de sustentar. El sistema está erosionándose visiblemente, con significativas implicaciones para el futuro. China es un jugador cada vez más influyente… y desafiante.

Ese tema común acerca del mundo de hoy puede recordarnos los primeros días del «declive norteamericano», otro tema común de hoy. Este declive se inició hace mucho tiempo. Estados Unidos estuvo en la cúspide de su poder en 1945. El primer gran golpe a sus planes de dominación global se dio en 1949, cuando «la República Popular China» declaró la independencia, acontecimiento que se conoce convencionalmente como «la pérdida de China»: frase interesante, ya que sólo se puede perder lo que se posee. Ésa fue la primera de muchas «pérdidas». El desafío actual de China es de orden diferente.

CHINA Y EL NUEVO ORDEN MUNDIAL. PARTE 2

1 de octubre de 2010

De todas las «amenazas» al orden mundial una de las más persistentes es la democracia, a menos que esté bajo control imperial y, más en general, la afirmación de la independencia. Esos temores han guiado el poder imperial a lo largo de la historia.

En Sudamérica, el tradicional patio trasero de Washington, los sujetos son cada vez más desobedientes. Sus pasos hacia la independencia avanzaron más en febrero [de 2010], con la formación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe, que incluye todos los estados del hemisferio aparte de Estados Unidos y Canadá.

Por primera vez desde las conquistas españolas y portuguesas, cinco siglos atrás, América del Sur está avanzando hacia la integración, prerrequisito de la independencia. También está comenzando a ocuparse del escándalo interno de un continente que está dotado de ricos recursos pero dominado por diminutos islotes de élites acaudaladas en un mar de miseria.

Además, se están desarrollando las relaciones Sur-Sur, en las que China desempeña un papel dominante, tanto como consumidor de materias primas como cuanto inversionista. Su influencia está creciendo rápidamente y ha rebasado la de Estados Unidos en algunos países ricos en recursos.

Más significativos aún son los cambios en el escenario del Medio Oriente. Hace 60 años el influyente planificador A.A. Berle aconsejaba que controlar los incomparables recursos de energía de la región podría proporcionar «un sustantivo control del mundo».

De manera correspondiente, la pérdida de control acarrearía el peligro del proyecto del dominio global. Para los años setenta los principales productores habían nacionalizado sus reservas de hidrocarburos, pero Occidente mantenía una influencia sustancial. En 1979 se «perdió» Irán con el derrocamiento de la dictadura del *sha*, que había sido impuesta por un golpe militar de Estados Unidos e Inglaterra en 1953 para garantizar que ese tesoro se mantendría en las manos correctas.

En este momento, sin embargo, se está perdiendo el control incluso entre los clientes más tradicionales de Estados Unidos.

Las principales reservas conocidas de hidrocarburos están en Arabia Saudita, dependiente de Estados Unidos desde que este país desplazó de allí a Inglaterra en una miniguerra librada durante la segunda guerra mundial. Estados Unidos sigue siendo, de lejos, el principal inversionista en Arabia Saudita y su más importante socio comercial, y Arabia Saudita ayuda a sustentar la economía estadunidense por medio de sus inversiones.

No obstante, ahora más de la mitad de las exportaciones de petróleo saudita van a Asia, y sus planes de crecimiento miran hacia el este. Lo mismo podría ocurrir con Iraq, el país que tiene las segundas reservas en tamaño, si logra reconstruirse después de la destrucción masiva de las sanciones homicidas de Estados Unidos-Reino Unido y de la invasión. Y la política norteamericana está impulsando a Irán, el tercer gran productor, en la misma dirección.

En este momento China es el principal importador de petróleo del Medio Oriente y el mayor exportador a la región, tras haber remplazado a Estados Unidos. Las relaciones comerciales están creciendo muy rápido, y se duplicaron en los últimos cinco años.

Las implicaciones para el orden mundial son significativas, tal como lo es el silencioso ascenso de la Organización de Cooperación de Shanghai, que incluye gran parte de Asia pero ha dejado fuera a Estados Unidos, y que es potencialmente «un nuevo cártel de energía que involucra tanto a productores como consumidores», según observa el economista Stephen King, autor de *Losing control: The emerging threats to Western prosperity* [*Perder el control: Las crecientes amenazas a la prosperidad occidental*].

En los círculos políticos occidentales y entre los comentaristas políticos a 2010 se le llama «el año de Irán». Se considera que la amenaza iraní plantea el más grave peligro al orden mundial y que debe ser el centro de atención primaria de la política exterior estadunidense, con Europa yendo cortésmente atrás, como de costumbre. Se reconoce oficialmente que la amenaza no es militar; es más bien el riesgo de independencia.

Para mantener la «estabilidad» Estados Unidos ha impuesto duras sanciones contra Irán pero, fuera de Europa, pocos les están haciendo caso. Los países no alineados —la mayor parte del mundo— llevan años oponiéndose enérgicamente a la política estadunidense hacia Irán.

Sus vecinos Turquía y Pakistán están construyendo nuevos oleoductos hacia Irán y el comercio va en aumento. La opinión pública árabe está tan enardecida por la política occidental que incluso una mayoría favorece el desarrollo de armas nucleares por parte de Irán.

El conflicto beneficia a China. «Los inversionistas y los comerciantes chinos están llenando ahora un vacío en Irán a medida que se retiran los negocios de muchas otras naciones, especialmente de Europa», informa Clayton Jones en el *Christian Science Monitor*. China, en particular, está expandiendo su papel dominante en las industrias energéticas iraníes.

Washington está reaccionando con un toque de desesperación. En agosto [de 2010] el Departamento de Estado advirtió que «si China quiere hacer negocios en todo el mundo también tendrá que proteger su propia reputación, y si se tiene la reputación de ser un país dispuesto a eludir y evadir las responsabilidades internacionales eso tendrá un impacto a largo plazo… sus responsabilidades internacionales son claras», a saber, obedecer las órdenes de Estados Unidos.

Es poco probable que los líderes chinos se impresionen con semejante lenguaje, el de un poder imperial que procura desesperadamente aferrarse a una autoridad que ya no tiene. Una amenaza muchísimo mayor al dominio imperial que Irán es China que se niegue a obedecer órdenes… y que de hecho, como potencia grande y creciente, que las ignore con desdén, postura con una profunda resonancia histórica.

LAS ELECCIONES DE ESTADOS UNIDOS: IRA MAL DIRIGIDA

4 de noviembre de 2010

Las elecciones de medio término de Estados Unidos registran un nivel de ira, temor y desilusión en el país que no se parece a nada de lo que pueda recordar en mi vida. Como los demócratas están en el poder, les toca la peor parte de la repugnancia ante nuestra situación socioeconómica y política actual.

Más de la mitad de los «estadunidenses medios» en una encuesta conducida por Rasmussen el mes pasado [octubre de 2010] dijeron que veían favorablemente al movimiento Tea Party, cosa que refleja el espíritu del desencanto.

Los agravios son legítimos. Durante más de treinta años el ingreso real de la mayoría de la población se ha estancado o ha mermado, mientras aumentaban los horarios de trabajo y la inseguridad, junto con el endeudamiento. Se ha acumulado riqueza pero en muy pocos bolsillos, lo que condujo a una desigualdad sin precedentes.

Estas consecuencias emanan sobre todo de la financialización de la economía desde la década de 1970 y del correspondiente vaciamiento de la producción nacional, acontecimientos, ambos, relacionados con la declinación de la tasa de utilidad de las manufacturas, como lo analizara en detalle el historiador y economista político Robert Brenner. El proceso se ve espoleado por la manía de desregularización favorecida por Wall Street y apoyada por economistas hipnotizados por mitos del mercado eficiente, y

por otras decisiones que fluyen de la concentración del poder económico y político.

La gente ve que los banqueros, que en gran medida fueron responsables de la crisis financiera y que se salvaron de la bancarrota gracias al público se están rodeando ahora de beneficios récord e inmensos bonos. Mientras tanto, el desempleo oficial sigue rondando el 10%. Las manufacturas están en niveles de la época de la depresión: una de cada seis personas está desempleada, y es poco probable que vuelva a haber buenos trabajos.

Atinadamente, la gente demanda respuestas pero no las recibe, excepto por parte de voces que cuentan historias que tienen cierta coherencia interna… si se suspende la incredulidad y se ingresa en ese mundo de irracionalidad y engaño.

Sin embargo, es un grave error ridiculizar los trucos sucios del Tea Party. Resulta mucho más apropiado comprender qué se oculta detrás de la atracción popular del movimiento, y preguntarnos por qué personas justamente furiosas están siendo movilizadas por la extrema derecha y no por la clase de activismo constructivo que surgió durante la depresión, como el que organizó el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO).

Ahora los simpatizantes del Tea Party están oyendo que todas las instituciones —el gobierno, las corporaciones y las profesiones— están podridas, y que nada funciona.

En medio de la falta de empleo y los desahucios los demócratas no pueden quejarse de las políticas que llevaron al desastre. Es posible que los peores culpables fuesen el presidente Ronald Reagan y sus sucesores republicanos, pero esas políticas se iniciaron con el presidente Jimmy Carter y se aceleraron con Bill Clinton. Durante la elección presidencial [de 2008] el electorado primordial al que se dirigía Barack Obama eran las instituciones financieras, que en la última generación habían alcanzado un notable dominio sobre la economía.

Adam Smith, ese incorregible radical del siglo XVIII, hablando de Inglaterra, observó que los principales arquitectos del poder eran los propietarios de la sociedad —en sus tiempos los mercaderes y los fabricantes—, y que se aseguraban de que la política gubernamental atendiera escrupulosamente sus intereses, por «lesivo» que fuese el impacto

sobre el pueblo de Inglaterra, y, peor aún, sobre las víctimas de «la salvaje injusticia de los europeos» en el extranjero.

Una versión más moderna y sofisticada de la máxima de Smith es la «teoría de la inversión en la política», del economista político Thomas Ferguson, que ve las elecciones como ocasiones en las cuales grupos de inversionistas se conjuntan a fin de controlar al Estado seleccionando los arquitectos de aquellas políticas que sirvan a sus intereses.

La teoría de Ferguson resulta ser un muy buen predictor de la política a lo largo de periodos prolongados. No es ya algo que deba causar sorpresa. Las concentraciones de poder económico buscan naturalmente ampliar su influencia sobre cualquier proceso político. Esta dinámica llega a sus extremos en Estados Unidos.

Las aplanadoras corporativas tienen una defensa contra las imputaciones de «voracidad» y desinterés por la salud de la sociedad. Su tarea consiste en maximizar la utilidad y la participación del mercado; de hecho, es su obligación legal; si no satisfacen ese mandato los remplazará alguien que lo haga. También ignoran el riesgo sistémico: la probabilidad de que sus transacciones perjudiquen a la economía en términos generales. Esas «externalidades» no son asunto suyo, no porque sean malas personas, sino por razones institucionales.

Cuando estalla la burbuja, los que asumen riesgos pueden huir y buscar refugio con el Estado nodriza al que sostienen. Los rescates —una especie de póliza de seguros gubernamental— se cuentan entre muchos incentivos perversos que magnifican las ineficiencias del mercado.

«Hay un reconocimiento creciente de que nuestro sistema financiero está recorriendo un ciclo del día del juicio final», escribieron los economistas Peter Boone y Simon Johnson en el *Financial Times* en el mes de enero [de 2010]. «Cuando falla contamos con que políticas monetarias y fiscales laxas lo rescaten. Esta respuesta le enseña al sector financiero: asume grandes riesgos para ser muy bien pagado y no te preocupes por los costos, serán pagados por los contribuyentes» a través de rescates y otros recursos, y de esta forma el sistema financiero «resucita para arriesgar otra vez… y volver a fallar».

La metáfora del día del juicio final se aplica más ominosamente fuera del mundo financiero. Los cabilderos del American Petroleum Institute, respaldados por los de la Cámara de Comercio y otros cabilderos, han intensificado sus esfuerzos por convencer al público de desechar las preocupaciones en torno al calentamiento global antropogénico, con cierto éxito, según indican las encuestas. Prácticamente todos los candidatos republicanos a diputados en la elección de 2010 rechazaban el calentamiento global.

Sin duda los ejecutivos que están detrás de la propaganda saben que el calentamiento global es real y que las perspectivas son sombrías. Pero el destino de la especie es una externalidad que deben ignorar en la medida en que predominen los sistemas de mercado. Y nadie se precipitará galopando al rescate si se despliega la peor de las posibilidades.

Soy lo bastante viejo para recordar esos días estremecedores y aterradores del descenso de Alemania de la decencia a la barbarie nazi, por tomar las palabras de Fritz Stern, el distinguido erudito en historia alemana. En un artículo de 2005 Stern indica que piensa en el futuro de Estados Unidos cuando pasa revista «a un proceso histórico en el cual el resentimiento contra un mundo secular desencantado encontró una salida en el escape extático de la sinrazón».

El mundo es demasiado complejo para que se repita la historia; sin embargo hay lecciones que debemos tener presentes mientras registramos las consecuencias de otro ciclo electoral. No son pocas las labores que esperan a quienes pretenden presentar una alternativa a la ira y la indignación mal dirigidas, ayudando organizar a los innumerables desilusionados y a guiar el camino hacia un mejor futuro.

LA CHARADA DE LAS CONVERSACIONES ISRAELÍ-PALESTINAS

1 de diciembre de 2010

La patética capitulación de Washington ante Israel mientras suplicaba una suspensión total de tres meses, sin ningún significado, a la expansión de los asentamientos —excluyendo el Jerusalén oriental árabe— debería registrarse como uno de los momentos más humillantes de la historia diplomática estadunidense. En septiembre [de 2010] concluyó el último alto (limitado) a los asentamientos, lo que a su vez llevó a los palestinos a interrumpir las conversaciones directas con Israel. Ahora la administración de Obama, desesperada por seducir a Israel a declarar un nuevo alto para poder revivir así las conversaciones se está agarrando de hilos invisibles… y derramando dones sobre un gobierno israelí muy derechista.

Los regalos incluyen 3 mil millones de dólares para *jets* de combate. Esta generosidad es también otra concesión de los contribuyentes a la industria armamentista de Estados Unidos, que gana el doble con los programas para expandir la militarización al Medio Oriente.

A los fabricantes de armas estadunidenses se los subsidia no sólo para desarrollar y producir equipo avanzado para un Estado que forma parte prácticamente del *establishment* militar y de inteligencia de Estados Unidos, sino también para proporcionar equipo militar de segundo nivel a los estados del golfo: en este momento una venta sin precedentes de armamento por 60 000 millones a Arabia Saudita, transacción que también recicla petrodólares hacia una lastimada economía norteamericana.

Si las industrias civiles de alta tecnología israelíes y norteamericanas están estrechamente integradas, no es sorprendente que el apoyo más fervoroso a las acciones israelíes provenga de la prensa empresarial y del partido republicano, el más extremo de los dos partidos políticos orientados hacia las empresas. El pretexto para la inmensa venta de armas a Arabia Saudita es la defensa contra la «amenaza iraní».

Sin embargo, la amenaza iraní no es militar, como lo han subrayado el Pentágono y la inteligencia de Estados Unidos. Si Irán llegase a desarrollar capacidad para fabricar armas nucleares el propósito sería disuasor, presumiblemente para prevenir un ataque estadunidense-israelí.

El verdadero peligro, en opinión de Washington, es que Irán está tratando de ampliar su influencia en países vecinos «estabilizados» por la invasión y ocupación norteamericanas.

La línea oficial es que los estados árabes están suplicando recibir ayuda militar estadunidense para defenderse de Irán. Cierta o falsa, esta afirmación brinda una percepción interesante del concepto de democracia reinante. Sea lo que sea lo que puedan preferir las dictaduras gobernantes, en una encuesta reciente dada a conocer por la Brookings Institution los árabes perciben que los más grandes peligros para la región son Israel (88%), Estados Unidos (77%) e Irán (10 por ciento).

Resulta interesante que prácticamente toda discusión por parte de los funcionarios y comentaristas estadunidenses acerca de las revelaciones de los cables recién dados a conocer por WikiLeaks ignorase totalmente la opinión pública árabe, restringiéndose a la misión de los dictadores en el poder, y expresando con frecuencia una euforia considerable porque «los árabes nos apoyan» acerca de Irán.

Los obsequios norteamericanos a Israel incluyen también apoyo diplomático. Según informes actuales, Washington se compromete a vetar cualquier acción del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que pueda molestar a los dirigentes de Israel y a dejar de lado toda petición de una nueva extensión del alto a los asentamientos.

Así, al aceptar la pausa de tres meses Israel ya no se verá molestado por el que paga la nómina mientras expande sus acciones criminales a los territorios ocupados.

El hecho de que esas acciones son criminales no ha estado en duda en Israel desde finales de 1967, cuando la principal autoridad israelí en materia legal, el jurista internacional Theodor Meron, le informó al gobierno que sus planes de iniciar asentamientos en los territorios ocupados violaba la Cuarta Convención de Ginebra, un principio nuclear de la ley humanitaria internacional, establecido en 1949 para convertir en crímenes los horrores del régimen nazi.

La conclusión de Meron fue apoyada por el ministro de Justicia Iaakov Shimshon Shapira, y poco después por el ministro de Defensa Moshe Dayan, según relata el historiador Gershom Gorenberg en su libro *The accidental empire* [El imperio accidental].

Dayan les informó a sus compañeros ministros: «Debemos consolidar nuestra posesión para que a lo largo del tiempo logremos ‘digerir’ Judea y Samaria [la Margen Occidental] y fusionarlas con el ‘pequeño’ Israel», mientras «desmembramos la contigüidad territorial» de la Margen Occidental, todo con el pretexto habitual «de que este paso es necesario con fines militares».

Dayan no tenía dudas ni remilgos respecto a lo que estaba recomendando: «Asentar israelíes en territorio ocupado contraviene, como es sabido, las convenciones internacionales —observó—. Pero eso no tiene esencialmente nada de nuevo».

Dayan suponía, correctamente, que el jefe, en Washington, podría plantear una objeción formal pero con un guiño de ojo, y que seguiría proporcionando el decisivo apoyo militar, económico y diplomático para esas acciones criminales.

La criminalidad ha sido subrayada por repetidas resoluciones del Consejo de Seguridad, más recientemente por la Corte Internacional de Justicia, con el acuerdo básico del juez norteamericano Thomas Buergenthal en una declaración por separado. Las acciones de Israel violan también resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas relativas a Jerusalén. Pero mientras Washington siga guiñando el ojo, todo está bien.

Y allí en Washington los superhalcones republicanos son más fervientes aún en su apoyo a los crímenes de Israel. Eric Cantor, el nuevo líder de la

mayoría en el congreso, «ha propuesto una novedosa solución para proteger la ayuda a Israel de la actual contracción de la ayuda exterior —informa Glenn Kessler en el *Washington Post*—: darle al Estado judío su propia cuenta de fondos, retirándola así del financiamiento para el resto del mundo».

La cuestión de la expansión de los asentamientos no es más que una distracción. El tema verdadero es la existencia de estos asentamientos y los desarrollos de infraestructura relacionados con ellos. Éstos han sido cuidadosamente diseñados de modo tal que Israel se ha instalado ya en más de 40% de la Margen Occidental ocupada, incluyendo suburbios de Jerusalén y de Tel Aviv, la tierra arable y las fuentes primordiales de agua de la región del lado israelí del muro de separación, que es de hecho un muro de anexión.

Desde 1967 Israel ha ampliado muchísimo los límites de Jerusalén, violando las órdenes del Consejo de Seguridad y pese a las objeciones internacionales universales (incluyendo, en ese momento, la de Estados Unidos).

La concentración en la expansión de los asentamientos y del servilismo de Washington no son los únicos elementos grotescos de las negociaciones actuales. Su misma estructura es una charada. Se retrata Estados Unidos como un «intermediario honesto» que procura mediar entre dos adversarios recalcitrantes. Pero las negociaciones serias deberían ser encabezadas por un tercero neutral, con Estados Unidos e Israel de un lado y el mundo del otro.

No es ningún secreto que a lo largo de 35 años Estados Unidos e Israel se hayan encontrado prácticamente solos en su oposición a un acuerdo político que es prácticamente universal. Con breves y raras desviaciones, los dos estados que lo rechazan han preferido la expansión ilegal a la seguridad. A menos que Washington cambie de postura, el acuerdo político de hecho está proscrito y la expansión, con sus reverberaciones por toda la región y el mundo, continúa.

ROMPER EL PUNTO MUERTO ENTRE ISRAEL Y PALESTINA

3 de enero de 2011

El gobierno de Israel, mientras se dedica intensamente a la expansión ilegal de los asentamientos, también está tratando de manejar dos problemas: una campaña global de lo que percibe como «deslegitimación» —es decir, objeciones a sus crímenes y retirarse de la participación en ellos — y una campaña paralela de legitimación de Palestina.

La «deslegitimación», que está avanzando rápidamente, recibió nuevo impulso en diciembre [de 2010] por un llamado de Human Rights Watch a Estados Unidos «a suspender el financiamiento a Israel en una suma equivalente a los costos del gasto de Israel en apoyo a los asentamientos», y a vigilar las contribuciones hechas a Israel por organizaciones norteamericanas exentas del pago de impuestos que violan las leyes internacionales, «incluyendo prohibiciones contra la discriminación», lo que implicaría a un buen número de ellas. Amnistía Internacional ya había promovido un embargo de armas a Israel.

El proceso de legitimación también dio un gran paso en diciembre [del mismo año], cuando Argentina, Bolivia y Brasil reconocieron al Estado de Palestina (Gaza y la Margen Occidental), con lo que el número de naciones que lo apoyan llegó a más de cien.

El abogado internacionalista John Whitbeck calcula que entre 80 y 90% de la población mundial vive en estados que reconocen a Palestina, mientras que 10 a 20% reconocen la República de Kosovo. Estados Unidos reconoce a Kosovo pero no a Palestina.

En consecuencia, como escribe Whitbeck en *Counterpunch*, los medios «actúan como si la independencia de Kosovo fuese un hecho consumado, mientras que la independencia de Palestina fuese sólo una aspiración que jamás logrará cumplirse con el consentimiento israelí y estadunidense», reflejando el funcionamiento normal del poder en el escenario internacional.

En vista de la escala del asentamiento israelí en la Margen Occidental, se ha sostenido durante más de una década que el consenso internacional respecto a un acuerdo de dos estados está muerto o es erróneo (aunque evidentemente la mayor parte del mundo no piensa lo mismo). Por lo tanto, los que se preocupan por los derechos de los palestinos deberían llamar a Israel a ocupar toda la Margen Occidental, y seguir con una lucha anti*apartheid* del tipo que se dio en Sudáfrica, que conduciría a la ciudadanía plena de la población árabe que reside allí.

El argumento asume que Israel estaría de acuerdo con esa ocupación. Es mucho más probable que, en cambio, continúe el programa que lleva a una anexión de las partes de la Margen Occidental que está desarrollando, que es aproximadamente la mitad de la zona, y no asuma responsabilidad alguna por el resto, defendiéndose así del «problema demográfico» —demasiados no judíos en un Estado judío—, separando al mismo tiempo a la asediada Gaza del resto de Palestina.

Vale la pena prestar atención a una analogía entre Israel y Sudáfrica. Una vez que se implementó el *apartheid*, los nacionalistas sudafricanos reconocieron que, debido a él, estaban convirtiéndose en parias internacionales. Pero en 1958 el ministro de Relaciones Exteriores le informó al embajador estadunidense que las condenas de las Naciones Unidas y otras protestas no tenían mayor importancia siempre que Sudáfrica contase con el apoyo del hegemón global: Estados Unidos. Él probó ser absolutamente fiel.

En los años setenta las Naciones Unidas declararon un embargo de armas, seguido poco después por campañas de boicot y retiro de capitales. Sudáfrica reaccionó de manera prevista para enardecer la opinión internacional. En un gesto de desprecio hacia las Naciones Unidas y el presidente Jimmy Carter —que no reaccionó para no afectar las inútiles

negociaciones— Sudáfrica lanzó una incursión homicida contra el campo de refugiados de Cassinga, en Angola, precisamente cuando el «grupo de contacto» encabezado por Carter iba a presentar un acuerdo de arreglo para Namibia.

La semejanza con el comportamiento actual de Israel es notable; por ejemplo, el ataque contra Gaza en diciembre de 2008-enero de 2009 y contra la flotilla de la libertad de Gaza en mayo de 2010.

Cuando asumió su cargo el presidente Reagan, en 1981, le brindó todo su apoyo a los crímenes internos de Sudáfrica y a sus ataques homicidas contra países vecinos. Las políticas estaban justificadas en el marco de la guerra contra el terrorismo que había declarado Reagan al subir al poder. En 1988 el Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela fue calificado como uno de «los grupos terroristas más notorios» del mundo (el mismo Mandela fue eliminado de la «lista terrorista» de Washington apenas en 2008). Sudáfrica se mostraba desafiante y hasta triunfal con sus enemigos internos aplastados y disfrutando de un sólido apoyo del único Estado que contaba en el sistema global.

Poco después la política estadunidense dio un giro. Muy probablemente los intereses comerciales estadunidenses y sudafricanos comprendieron que estarían mejor si terminaban con la carga que representaba el *apartheid*. Y éste no tardó en desmoronarse.

Sudáfrica no es el único caso reciente en el cual el cese del apoyo estadunidense a los crímenes ha conducido a un progreso significativo. Otro es Timor oriental. Estados Unidos (junto con Gran Bretaña y otros aliados) apoyó fuertemente la invasión de Indonesia en 1975 y la increíble matanza que le siguió y continuó hasta 1999 cuando las atrocidades, únicamente en ese año, sobrepasaron a cualquiera de las atribuidas a Serbia antes del bombardeo de la OTAN. Indonesia permaneció desafiante y declaró que así seguiría. A mediados de septiembre, bajo una considerable presión interna e internacional, Clinton revirtió el curso de los acontecimientos y anunció tranquilamente que el juego había terminado. Las fuerzas indonesias rápidamente se retiraron y una fuerza para el mantenimiento de la paz comandada por Australia entró sin oposición por parte del ejército. Cuestión de fuerza.

¿Podría ocurrir semejante cambio transformador en el caso de Israel, abriendo el camino a un acuerdo diplomático? Entre las barreras sólidamente establecidas están los muy estrechos lazos militares y en materia de inteligencia entre Israel y Estados Unidos desde 1967, con antiguas raíces.

El apoyo más declarado a los crímenes israelíes proviene del mundo empresarial. La industria norteamericana de alta tecnología está sumamente integrada con su contraparte israelí. Por no citar más que un ejemplo, el principal fabricante de chips del mundo, Intel, está estableciendo en Israel su unidad de producción más avanzada.

Un cable difundido por WikiLeaks revela que las industrias militares Rafael, de Haifa, es uno de los sitios considerados vitales para los intereses estadunidenses debido a su producción de bombas de racimo; Rafael trasladó ya algunas de sus operaciones a Estados Unidos para tener mejor acceso a la ayuda y los mercados de este país. Asimismo existe un poderoso cabildeo israelí, aunque, desde luego, resulta minúsculo junto al cabildeo empresarial y militar.

También se aplican hechos culturales críticos. El sionismo cristiano es muy anterior al judío, y no se restringe a esa tercera parte de la población de Estados Unidos que cree en la verdad literal de la Biblia. Cuando en 1917 el general británico Edmund Allenby conquistó Jerusalén, la prensa nacional lo declaró Ricardo Corazón de León, que finalmente rescataba la Tierra Santa de manos de los infieles.

Luego, los judíos debían regresar a la patria que les prometiera el Señor. Harold Ickes, secretario del Interior de Franklin Roosevelt, expresando un punto de vista común de la élite, describió la colonización judía de Palestina como un logro «sin comparación en la historia de la raza humana».

También hay una simpatía instintiva por una sociedad colonial de asentamientos que parece estar repitiendo la historia misma de Estados Unidos, llevando civilización a las tierras que los indignos nativos habían usado mal… doctrinas profundamente arraigadas en siglos de imperialismo, y particularmente intensas en lo que a veces se llama la «angloesfera», retoños de Gran Bretaña, sociedades colonizadoras ellas mismas y por lo común los más fuertes apoyos de la violencia y la expansión israelíes.

Para romper el atasco será necesario echar por tierra la ilusión reinante de que Estados Unidos es el «intermediario honesto» que procura desesperadamente reconciliar a adversarios recalcitrantes, y reconocer que las negociaciones serias tendrían que ser entre Estados Unidos/Israel y el resto del mundo.

Si los poderes centrales estadunidenses pueden ser forzados por la opinión popular a abandonar su postura de rechazo que lleva ya décadas, de pronto se volverían posibles muchas perspectivas que parecen remotas.

EL MUNDO ÁRABE ESTÁ EN LLAMAS

2 de febrero de 2011

«El mundo árabe está en llamas», informó *al-Jazeera* el 27 de enero [de 2011], mientras en toda la región los aliados de Occidente «están perdiendo rápidamente su influencia».

La onda sísmica se inició con el dramático alzamiento en Túnez, que expulsó a un dictador respaldado por Occidente, y que tuvo reverberaciones sobre todo en Egipto, donde los manifestantes aplastaron la brutal política de un dictador.

Algunos observadores compararon los acontecimientos con la caída de los dominios rusos en 1989, pero hay diferencias importantes.

Una esencial es que entre las grandes potencias que apoyan a los dictadores árabes no hay un Mijaíl Gorbachov. Más bien Washington y sus aliados se adhieren al bien establecido principio de que la democracia sólo es aceptable en la medida en que se adapte a objetivos estratégicos y económicos: está bien en territorio enemigo (hasta cierto punto), pero no en nuestro patio trasero, por favor, a menos que esté debidamente domesticada.

Una comparación con 1989 tiene cierta validez: Rumania, donde Washington mantuvo su apoyo a Nicolae Ceausescu, el más pérfido de los dictadores de Europa del Este, hasta que la alianza resultó insostenible. Y entonces Washington aclamó su caída mientras se borraba el pasado.

Es un patrón normal: Ferdinand Marcos, Jean-Claude Duvalier, Chun Doo-hwan, Suharto y muchos otros gángsteres útiles. Tal cosa podría estar sucediendo en el caso de Hosni Mubarak, al mismo tiempo que se hacen los

esfuerzos de rutina para tratar de asegurar que un régimen sucesor no se desvíe del sendero aprobado.

La esperanza actual parece ser el general Omar Suleiman, leal a Mubarak, que acaba de ser nombrado vicepresidente. Suleiman, durante largo tiempo jefe de los servicios de inteligencia, es casi tan despreciado por el público rebelde como el dictador mismo.

Un refrán común entre los entendidos es que el temor al islam radical requiere una oposición (renuente) a la democracia, por razones pragmáticas. Aunque no carece de ciertos méritos, la afirmación es engañosa. El peligro general siempre ha sido la independencia. En el mundo árabe, Estados Unidos y sus aliados han apoyado habitualmente a islamistas radicales, a veces para impedir el riesgo del nacionalismo secular.

Un ejemplo familiar es el de Arabia Saudita, centro ideológico del islam radical (y del terrorismo islámico). Otro personaje de una larga lista es Zia ul-Haq, el más brutal de los dictadores de Pakistán, favorito del presidente Reagan, que llevó a cabo un programa de islamización radical (con financiamiento saudita).

«El argumento tradicional que se plantea dentro y fuera del mundo árabe es que no pasa nada, todo está bajo control», dice Muasher, ex funcionario jordano y ahora director de investigación sobre Medio Oriente de la Fundación Carnegie. «Con esta línea de pensamiento, las fuerzas más arraigadas afirman que los opositores y los extranjeros que piden reformas están exagerando las condiciones realmente existentes.»

Así que se puede ignorar al público. La doctrina se remonta a tiempos muy lejanos y se generaliza por todo el mundo, incluido el territorio estadunidense. En caso de que haya inquietud pueden ser necesarios algunos cambios tácticos, pero siempre con el objetivo de volver a ejercer el control.

El vibrante movimiento democrático de Túnez estuvo dirigido contra «un Estado policial, con poca libertad de expresión o de asociación y graves problemas en materia de derechos humanos», gobernado por un dictador cuya familia era odiada por su venalidad. Eso declaraba el embajador de Estados Unidos Robert Godec, en un cable de julio de 2009 dado a conocer por WikiLeaks.

Por lo tanto, para algunos observadores los «documentos [de WikiLeaks] deberían proporcionarle al público estadunidense la reconfortante sensación de que los funcionarios no están dormidos al volante»; de hecho, que los cables defienden tanto la política de Estados Unidos que es casi como si el mismo Obama fuese el que los está filtrando (o eso escribe Jacob Heilbrunn en *The National Interest*).

«Estados Unidos tendría que darle una medalla a Assange», dice un titular del *Financial Times*. El más importante de los analistas de política exterior, Gideon Rachman, escribe que «la política exterior estadunidense se presenta llena de principios, inteligente y pragmática […] la posición pública que adopta Estados Unidos sobre cualquier tema en particular suele ser también la posición privada».

En su opinión, WikiLeaks socava a los «teóricos de las conspiraciones» que se cuestionan los nobles motivos que proclama habitualmente Washington.

El cable de Godec sustenta esas posiciones… por lo menos si no vamos más allá. Si lo hacemos, como lo informa el analista de política exterior Stephen Zunes en *Foreign Policy in Focus*, encontramos que, con la información de Godec en la mano, Washington le proporcionó a Túnez ayuda militar por valor de doce millones de dólares. Y resulta que Túnez fue tan sólo uno de cinco beneficiarios: Israel (cosa de rutina), las dos dictaduras del Medio Oriente, Egipto y Jordania, y Colombia, que durante largo tiempo ha tenido el peor historial en materia de derechos humanos y la ayuda militar estadunidense más copiosa del continente.

La primera prueba de Heilbrunn es el apoyo árabe a las políticas norteamericanas contra Irán que revelan los cables filtrados. Rachman también aprovecha este ejemplo, como lo hicieron los medios en general, para aclamar tan estimulantes revelaciones. La reacción ilustra el profundo desprecio por la democracia en la cultura educada.

Lo que no se menciona es lo que piensa la población, cosa muy fácil de descubrir. Según encuestas dadas a conocer por la Brookings Institution en agosto [de 2010], algunos árabes coinciden con Washington y con los comentaristas occidentales en que Irán es un peligro: el 10%. En contraste, ven a Estados Unidos e Israel (77%; 88%) como los principales riesgos.

La opinión árabe es tan hostil a las políticas de Washington que una mayoría (57%) piensa que si Irán tuviese armas nucleares la seguridad regional aumentaría. Sin embargo, «no pasa nada, todo está bajo control» (como describe Marwan Muasher la fantasía imperante). Los dictadores nos apoyan. A sus súbditos se los puede ignorar… a menos que rompan sus cadenas, y entonces hay que hacerle ajustes a la política.

Otras filtraciones también parecen dar apoyo a las entusiastas opiniones sobre la nobleza de Washington. En julio de 2009 Hugo Llorens, embajador de Estados Unidos ante Honduras, informó al gobierno de una investigación de la embajada sobre cuestiones legales y constitucionales en torno al retiro forzoso, el 28 de junio, del presidente Manuel «Mel» Zelaya.

La embajada llegaba a la conclusión de que «no hay duda de que los militares, la Suprema Corte y el congreso nacional conspiraron el 28 de junio [2010], en lo que constituye un golpe ilegal y anticonstitucional contra el Poder Ejecutivo». Muy admirable, salvo que el presidente Obama se dedicó a romper con casi toda América Latina y Europa al apoyar al régimen golpista y dejar de lado las atrocidades subsecuentes.

Tal vez las revelaciones más notables de WikiLeaks tengan que ver con Pakistán, tal como las reseña el analista en materia de política exterior Fred Branfman en *Truthdig*.

Los cables revelan que la embajada de Estados Unidos está muy consciente de que la guerra de Washington en Afganistán y Pakistán no sólo intensifica el antiamericanismo rampante sino que también implica «el riesgo de desestabilizar al Estado pakistaní» e incluso plantea la amenaza de la peor pesadilla: que pudieran caer armas nucleares en manos de terroristas islámicos.

Una vez más, la revelación debería «crear la reconfortante sensación de que los funcionarios no están dormidos al volante» (en palabras de Heilbrunn)… mientras Washington avanza inquebrantable hacia el desastre.

LA CONEXIÓN EL CAIRO-MADISON

9 de marzo de 2011

El 20 de febrero [de 2011] Kamal Abbas, dirigente sindical egipcio y figura prominente del movimiento del 25 de enero, mandó un mensaje a los «trabajadores de Wisconsin»: «Estamos con ustedes como ustedes estuvieron con nosotros».

Los trabajadores egipcios han luchado largamente por los derechos fundamentales que les negaba el régimen de Hosni Mubarak, respaldado por Estados Unidos. Kamal tiene razón al invocar la solidaridad que durante tanto tiempo ha sido la fuerza impulsora del movimiento sindicalista en todo el mundo, y en comparar las luchas por los derechos laborales y la democracia.

Ambos están estrechamente relacionados. Los movimientos sindicales han estado en la vanguardia de la protección a la democracia y los derechos humanos, ampliando su alcance, razón primordial por la cual son un dolor de cabeza para los sistemas de poder tanto estatales como privados.

Las trayectorias de las luchas laborales en Egipto y en Estados Unidos se encaminan en direcciones opuestas: a ganar derechos en Egipto, y a defender derechos duramente atacados en Estados Unidos.

Ambos casos merecen ser vistos más de cerca.

El levantamiento del 25 de enero fue detonado por los jóvenes usuarios de Facebook del movimiento del 6 de abril, que se levantaron en Egipto en la primavera de 2008 en «solidaridad con la huelga de los trabajadores textiles de Mahalla», observa el analista sindical Nada Matta.

La violencia estatal aplastó tanto la huelga como las acciones de solidaridad, pero Mahalla fue «un símbolo de revuelta y desafío al régimen», añade Matta. La huelga se volvió especialmente amenazante para la dictadura cuando los trabajadores fueron más allá de sus preocupaciones locales y exigieron un salario mínimo para todos los egipcios.

Las observaciones de Matta son confirmadas por Joel Beinin, una autoridad estadunidense en lo que respecta al sindicalismo egipcio. Informa que, a lo largo de muchos años de lucha, los trabajadores han establecido vínculos y pueden movilizarse rápidamente.

Cuando los trabajadores se incorporaron al movimiento del 25 de enero, el impacto fue decisivo, y el comando militar hizo a un lado a Mubarak. Fue una gran victoria para el movimiento egipcio por la democracia, aunque perduran muchas barreras tanto internas como externas.

Las barreras externas son claras. Para Estados Unidos y sus aliados no es fácil tolerar una democracia en funciones en el mundo árabe.

Si desean evidencias, vean las encuestas de opinión pública en Egipto y en todo el Medio Oriente. El público, de manera abrumadoramente mayoritaria, ve como las principales amenazas a Estados Unidos y a Israel, no a Irán. De hecho la mayoría piensa que la región estaría mejor si Irán tuviese armamento nuclear. Una de las muchas razones por las que Washington y sus aliados definitivamente no quieren que se exprese la opinión pública en política, una medida de democracia que funciona.

Podemos prever que Washington mantendrá su política tradicional, muy confirmada por los especialistas: la democracia es tolerable sólo en la medida en que se conforma a los objetivos estratégico-económicos. El legendario «anhelo de democracia» estadunidense se reserva para los ideólogos y la propaganda.

En Estados Unidos la democracia ha dado otro giro. Después de la segunda guerra mundial el país gozó de un crecimiento sin precedentes, en gran medida igualitario, y acompañado por una legislación que beneficiaba a la mayoría de los habitantes. La tendencia continuó durante los años de Richard Nixon, que pusieron fin a la era liberal. Mientras tanto, el popular activismo de los años sesenta expandió sustancialmente la participación democrática.

La reacción contra el impacto democratizador del activismo de los sesenta y la traición de clase de Nixon no tardaron en llegar: un enorme incremento del cabildeo para darle forma a la legislación, estableciendo *think-tanks* de derecha a fin de apoderarse del espectro ideológico, y muchas medidas más.

La economía también cambió marcadamente de rumbo, hacia la financierización y la exportación de la producción. Se disparó la desigualdad, debido primordialmente al enriquecimiento delirante del 1% más alto de la población, o tal vez hasta menos, una fracción limitada a los directores ejecutivos de las compañías, los administradores de fondos de inversión y otros por el estilo.

Para la mayoría, los ingresos reales se estancaron. La mayor parte recurrió a trabajar más horas, a la deuda y a la inflación de los activos. Luego se produjo la burbuja inmobiliaria de ocho billones de dólares, que les pasó inadvertida tanto a la Reserva Federal como a casi todos los economistas, que estaban embelesados con los dogmas del mercado eficiente. Cuando la burbuja estalló, la economía se derrumbó —a niveles casi tan bajos como los de la depresión de 1929— para los obreros y muchos otros.

La concentración del ingreso confiere poder político, el que a su vez lleva a una legislación que refuerza aún más el privilegio de los súper ricos: políticas impositivas, desregulación, reglas de gobernanza corporativa y mucho más.

Junto con este ciclo vicioso, aumentaron notablemente los costos de las campañas, lo que llevó a ambos partidos políticos a cortejar al sector corporativo; los republicanos como acto reflejo, y los demócratas (que ahora son en buena medida equivalentes a los republicanos moderados de hace unos años) no muy atrás de ellos.

En 1978, cuando estaba despegando el proceso, Doug Fraser, presidente de United Auto Workers [Sindicato de Trabajadores de la Industria Automotriz] criticó a los líderes empresariales por haber «decidido librar una guerra unilateral de salarios en este país… una guerra contra los trabajadores, los desempleados, los pobres, las minorías, los muy jóvenes y los muy viejos, e incluso contra muchos miembros de la clase media de

nuestra sociedad», y por haber «roto y descartado el frágil pacto no escrito que existió antes, durante un periodo de crecimiento y progreso». Correcto, aunque se dieron cuenta demasiado tarde.

Cuando los trabajadores iban ganando derechos básicos, en los años treinta, los dirigentes empresariales advertían sobre «los riesgos a los que se enfrentan los industriales por el creciente poder político de las masas», y llamaban a que se tomasen medidas urgentes para combatir esa amenaza, según relata el especialista Alex Carey en *Taking the risk out of democracy [Eliminar el peligro de la democracia*], su estudio pionero de propaganda corporativa. Entendían tan bien como Mubarak que los sindicatos son una fuerza de avanzada en la promoción de los derechos y la democracia. En Estados Unidos representan la fuerza primordial que se opone a la tiranía empresarial.

En este momento los sindicatos estadunidenses del sector privado han sido gravemente debilitados. Los del sector público han empezado a ser fuertemente atacados en años recientes por opositores de derecha, que explotan con todo cinismo la crisis económica causada, de manera primordial, por la industria financiera y sus asociados en el gobierno.

Es necesario desviar la ira popular de los agentes de la crisis financiera, que se están beneficiando de ella; por ejemplo, Goldman Sachs, «preparada para pagar 17 500 millones de dólares en compensaciones por el año pasado», informa la prensa especializada, mientras su director ejecutivo, Lloyd Blankfein, recibe un bono de 12 600 000 dólares mientras que su salario base se triplica, para llegar a dos millones.

La propaganda, en cambio, tiene que culpar a los maestros y a otros trabajadores del sector público, con sus grandes salarios y exorbitantes jubilaciones: todo un invento con base en un modelo que nos resulta más que familiar. Para Scott Walker, el gobernador de Wisconsin, para los otros republicanos y para muchos demócratas, el lema es que la austeridad tiene que ser compartida… con algunas excepciones notables.

La propaganda ha resultado bastante efectiva. Walker puede contar por lo menos con una gran minoría que apoye su descarado esfuerzo por destruir a los sindicatos. Invocar como excusa el déficit es una simple farsa.

De diferentes maneras, el destino de la democracia está en juego en Madison, Wisconsin, tanto como lo está en la plazaTahrir.

LIBIA Y EL MUNDO DEL PETRÓLEO

4 de abril de 2011

El mes pasado [marzo de 2011], en el tribunal internacional para juzgar los crímenes cometidos durante la guerra civil en Sierra Leona, llegó a su fin el juicio del ex presidente liberiano Charles Taylor.

El fiscal en jefe, el profesor norteamericano de derecho David Crane, informó a *The Times* de Londres que el caso estaba incompleto. Los fiscales pretendían juzgar a Muamar Gadafi quien, dijo Crane, «era el responsable último de la mutilación o el asesinato de 1 200 000 personas».

Pero la acusación no llegaría a hacerse. Estados Unidos, el Reino Unido y otros intervinieron para bloquearla. Cuando le preguntaron por qué, Crane contestó: «Bienvenidos al mundo del petróleo».

Otra víctima reciente de Gadafi fue *sir* Howard Davies, director de la London School of Economics, quien renunció tras revelarse los vínculos que tenía la escuela con el dictador libio.

En Cambridge, Estados Unidos, el Monitor Group, una firma de consultoría fundada por profesores de Harvard, recibió buenos pagos por servicios tales como un libro que le llevase al público las palabras inmortales de Gadafi «en conversación con renombrados expertos internacionales», junto con otros esfuerzos «por mejorar el aprecio internacional por la Libia» de Gadafi.

El mundo del petróleo nunca está muy lejos de los asuntos relativos a esta región. Brinda una útil guía de las reacciones occidentales a los notables alzamientos democráticos en el mundo árabe. Un dictador rico en petróleo y que constituye un cliente confiable obtiene prácticamente carta

blanca. Hubo poca reacción cuando el 5 de marzo [de 2011] Arabia Saudita declaró que «Las leyes y reglas del reino prohíben totalmente todo tipo de demostraciones, marchas y protestas, así como la convocación de las mismas, pues van en contra de los principios de la *sharia* y de las costumbres y tradiciones sauditas». El reino movilizó enormes fuerzas de seguridad que aplicaron con todo rigor la prohibición.

En Kuwait aplastaron varias pequeñas manifestaciones. El puño de hierro golpeó en Bahrein después de que intervinieron fuerzas militares encabezadas por los sauditas para cerciorarse de que la monarquía sunita minoritaria no se vería amenazada por exigencias de reformas democráticas.

Bahrein es sensible, no sólo porque ahí está estacionada la quinta flota de Estados Unidos, sino también porque es fronterizo con áreas chiitas de Arabia Saudita, donde se localiza la mayor parte del petróleo del reino. Los principales recursos energéticos primordiales del mundo se encuentran cerca del norte del golfo Pérsico (o el golfo de Arabia, como suelen llamarlo los árabes), mayoritariamente chiita, pesadilla potencial para los planificadores occidentales.

En Egipto y en Túnez el levantamiento popular ha alcanzado victorias impresionantes, pero, como reportó la Fundación Carnegie, los regímenes persisten y están «aparentemente decididos a refrenar el impulso prodemocrático que se ha generado hasta ahora. Todavía está distante la meta de un cambio de las élites gobernantes y el sistema de gobernanza»… cambio que a Occidente le gustaría mantener lo más lejano posible.

Libia es un caso distinto, un país rico en petróleo gobernado por un dictador brutal que, sin embargo, es poco confiable. Sería muy preferible que fuese un cliente digno de confianza. Cuando estallaron protestas no violentas, Gadafi las aplastó rápidamente.

El 22 de marzo [de 2011], mientras las fuerzas de Gadafi convergían sobre la capital rebelde de Bengazi, el principal asesor de Obama en asuntos del Cercano Oriente, Dennis Ross, advirtió que si llega a haber una masacre «todos nos culparían de ella», consecuencia que resulta inaceptable.

Y ciertamente Occidente no quería que Gadafi aumentase su poder y su independencia aplastando la rebelión. Estados Unidos se unió a la

resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de autorizar una zona «libre de vuelos» y medidas para proteger a los civiles que se pondría en práctica principalmente en Francia, el Reino Unido y Estados Unidos, las tres fuerzas imperialistas principales (aunque podríamos recordar —es posible que los libios lo hagan— que, después de la primera guerra mundial, Italia condujo un virtual genocidio en Libia oriental.

La zona libre de vuelos impidió una probable masacre, pero la resolución de las Naciones Unidas fue inmediatamente rechazada en la práctica por el triunvirato e interpretada como una autorización de apoyo directo a los rebeldes. Se impuso un alto al fuego a las fuerzas de Gadafi, pero a los rebeldes se les dio ayuda para que avanzasen hacia el oeste. En poco tiempo conquistaron las principales fuentes de producción petrolera de Libia, al menos temporalmente.

El 28 de marzo [de 2011] el periódico árabe con sede en Londres, *Al-Quds Al-Arabi*, advirtió que la intervención podría dejar a Libia con «dos estados, un este rico en petróleo y atenazado por la pobreza, y el oeste, encabezado por Gadafi […] Como ya se logró el control de los pozos petroleros, podemos enfrentarnos a un nuevo emirato petrolero libio, con pocos habitantes, protegido por Occidente y muy semejante a los estados de los emiratos del golfo». O la rebelión respaldada por Occidente podría seguir hasta eliminar al irritante dictador.

Es usual que se afirme que el petróleo no puede ser un motivo de intervención porque Occidente tenía acceso a él con Gadafi. Cierto pero irrelevante. Lo mismo podría decirse de Iraq con Saddam Hussein o de Irán y Cuba hoy.

Lo que quiere Occidente es lo que anunció Bush con la mirada puesta en Iraq en 2007-2008, cuando los fines de la invasión no pueden ocultarse por largo tiempo: tener el control, o por lo menos clientes confiables, y en el caso de Libia contar con acceso a vastas áreas inexploradas que se espera sean muy ricas en petróleo.

Las potencias occidentales están actuando prácticamente aisladas. Los estados de la región —Turquía y Egipto— se mantienen fuera, mientras África, requerida por la diplomacia y la negociación, lo mismo que los países BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica), se encontraron en

China. A los dictadores del golfo les encantaría ver desaparecer a Gadafi pero, aunque están repletos de armas de avanzada que les proporcionan para reciclar los petrodólares y garantizar la obediencia, a duras penas ofrecen más que una participación simbólica. Lo mismo ocurre más allá.

La primavera árabe tiene raíces profundas. La región ha vivido inquieta durante años. La primera protesta de la actual oleada se inició el año pasado en el Sahara occidental, la última colonia africana, que fue invadido por Marruecos en 1975 y retenido ilegalmente desde entonces, de forma parecida a lo que ocurre con Timor oriental y los territorios israelíes ocupados.

Una protesta no violenta que se llevó a cabo en noviembre [de 2010] fue aplastada por las fuerzas marroquíes. Francia intervino para bloquear una investigación del Consejo de Seguridad sobre los crímenes de su cliente.

En Túnez se encendió una llama que se convirtió después en un incendio.

EL ATAQUE INTERNACIONAL CONTRA LOS TRABAJADORES

4 de mayo de 2011

En la mayor parte del mundo el 1 de mayo es una celebración internacional de los trabajadores, vinculada con la amarga lucha de los obreros estadunidenses, en el siglo XIX, por conseguir la jornada de ocho horas. Este último 1 de mayo nos lleva a hacer algunas reflexiones sombrías.

Una década atrás, los activistas sindicalistas italianos radicales acuñaron, en honor del día del trabajo, una palabra muy útil: «precariedad». Al principio se refería a la existencia cada vez más precaria de los trabajadores en «las márgenes»: mujeres, jóvenes, migrantes. Luego se amplió para aplicarla al creciente «precariado» de la fuerza de trabajo nuclear, el «proletariado precario» que sufría los programas de desindicalización, flexibilización y desregulación que son parte del ataque contra los trabajadores en todo el mundo.

Por esa época hasta en Europa se daba una inquietud creciente respecto a lo que el historiador del trabajo, Ronaldo Munck, citando a Ulrich Beck, llama «la brasileñización de Occidente […] la difusión del empleo temporal e inseguro, la discontinuidad y la laxa informalidad en las sociedades occidentales que hasta entonces habían sido los bastiones del pleno empleo».

La guerra del Estado y las grandes empresas contra los sindicatos se hizo extensiva recientemente al sector público, con legislación que prohíbe la negociación colectiva y otros derechos elementales. Incluso en el estado

de Massachusetts, que está a favor de los trabajadores, la cámara de diputados votó, justo antes del 1 de mayo, por restringir tajantemente los derechos de policías, maestros y otros empleados municipales a negociar su atención a la salud, cuestión esencial en Estados Unidos, con su sistema de salud privatizado, disfuncional y terriblemente ineficiente.

El resto del mundo asocia el 1 de mayo con la lucha de los trabajadores norteamericanos por obtener derechos básicos, pero en Estados Unidos esa solidaridad se suprime en favor de un día festivo patriotero. El 1 de mayo es el «día de la lealtad», designado por el congreso, en 1958, para «la reafirmación de la lealtad a Estados Unidos y el reconocimiento del legado de la libertad estadunidense».

El presidente Eisenhower proclamó, además, que el día de la lealtad es también el día de la ley, que se reafirma año con año desplegando la bandera y comprometiéndose con la «justicia para todos», las «bases de la libertad» y la «lucha por la justicia».

En el calendario norteamericano hay un día del trabajo, en septiembre, celebrando el regreso al trabajo después de unas vacaciones mucho más breves que las de otros países industriales.

La ferocidad del ataque contra los trabajadores por parte de la clase empresarial estadunidense se ejemplifica con la incapacidad de Washington, sesenta años atrás, de ratificar los principios básicos de la ley internacional del trabajo, que garantizan la libertad de asociación. El analista legal Steve Charnovitz lo denomina «el tratado inmencionable en la política norteamericana», y observa que nunca se ha siquiera discutido sobre el tema.

La forma en que Washington descartó algunas convenciones apoyadas por la Organización Internacional del Trabajo contrasta notablemente con su dedicación a la imposición de los derechos de las corporaciones a aplicar precios monopólicos, ocultos, en uno de los orwellismos modernos, bajo el manto del «libre comercio».

En 2004 la OIT informó que «con la globalización se estaban multiplicando las inseguridades económicas y sociales, así como las políticas vinculadas con ellas, ya que el sistema económico global se había vuelto más volátil y los trabajadores tenían que soportar cada vez más el

riesgo, por ejemplo debido a las reformas a las jubilaciones y la atención a la salud».

Ése era lo que los economistas llamaban el periodo de «la gran moderación», aclamado como «una de las grandes transformaciones de la historia moderna», encabezado por Estados Unidos y basado en la «liberación de los mercados» y, especialmente, en la «desregulación de los mercados financieros».

Esta loa al estilo estadunidense de los mercados libres fue entonada por el editor del *Wall Street Journal*, Gerard Baker, en enero de 2007, escasos meses antes de que se derrumbase el sistema —y con él todo el edificio de teología económica sobre el cual se basaba—, llevando casi al desastre a la economía mundial.

El colapso financiero dejó en Estados Unidos niveles de desempleo real comparables con los de la gran depresión, y en muchos sentidos peores, porque con las políticas actuales de los maestros de la economía esos trabajos no reaparecerán, como sí lo hicieran gracias a un inmenso estímulo gubernamental durante la segunda guerra mundial y los decenios siguientes de la «edad de oro» del capitalismo estatal.

Durante la gran moderación los trabajadores estadunidenses se habían acostumbrado a vivir una existencia precaria. El ascenso de un precariado norteamericano fue orgullosamente saludado como un factor primordial de la gran moderación que acarreó un crecimiento económico más lento, el virtual estancamiento del ingreso real para la mayoría de la población y una riqueza que iba más allá de los máximos sueños de codicia para un sector diminuto, en su mayoría los agentes de esta histórica transformación.

El sumo sacerdote de esta magnífica economía fue Alan Greenspan, al que la prensa financiera describe como «santo» por su brillante dirección. Glorificándose en sus logros, declaró en un testimonio ante el congreso que se habían basado, en parte, en «una restricción atípica de los aumentos de las compensaciones [que] parece ser esencialmente consecuencia de la mayor inseguridad de los trabajadores».

El desastre de la gran moderación se salvó con los heroicos esfuerzos del gobierno por recompensar a quienes lo perpetraron. El 30 de marzo [de 2011], al dejar su cargo de inspector general del programa de rescate, Neil

Barofsky escribió un revelador editorial en el *New York Times* sobre el funcionamiento del mismo.

En teoría, el acto legislativo que autorizó el rescate fue una negociación: las instituciones financieras serían salvadas por los contribuyentes, y las víctimas de sus errores serían compensadas de alguna manera con medidas para proteger el valor de las casas y mantener la propiedad de las mismas.

Parte del acuerdo se cumplió: las instituciones financieras fueron recompensadas espléndidamente por causar la crisis, y perdonadas por sus evidentes delitos. Pero el resto del programa tuvo grandes problemas.

Como escribe Barofsky: «siguieron aumentando los desahucios, y se previeron de 8 a 13 millones de ellos en el curso del programa», mientras que «los principales bancos son 20% más grandes que antes de la crisis y controlan una parte de nuestra economía mayor que nunca. Suponen, razonablemente, que el gobierno volverá a rescatarlos si fuese necesario. De hecho las empresas calificadoras de crédito incorporan futuros rescates gubernamentales en su evaluación de los principales bancos, exagerando las distorsiones del mercado que les brindan una ventaja injusta sobre las instituciones más pequeñas, que siguen luchando».

En síntesis, los programas del presidente Obama fueron «un regalo para los ejecutivos de Wall Street» y un golpe en el plexo solar para sus víctimas indefensas.

El resultado sólo puede sorprender a quienes insisten en ser desesperadamente ingenuos acerca del diseño y la implementación de las medidas políticas, sobre todo cuando el poder económico está sumamente concentrado y el capitalismo de Estado ha entrado en una nueva etapa de «destrucción creativa», por usar la famosa frase de Joseph Schumpeter, pero con un nuevo giro: creativa en las formas de enriquecer y dar más poder a los ricos y poderosos, mientras que los demás están en libertad de sobrevivir como puedan, mientras celebran el día de la lealtad y del derecho.

LA MUERTE POR VENGANZA DE OSAMA BIN LADEN

31 de mayo de 2011

El ataque del 1 de mayo [de 2011] contra el complejo en el que vivía Osama bin Laden violó numerosas normas elementales del derecho internacional, empezando con la invasión del territorio de Pakistán.

No parece que se haya intentado capturar a la víctima desarmada, cosa que presumiblemente podían haber hecho los 79 comandos que prácticamente no encontraron oposición.

El presidente Obama anunció que «se ha hecho justicia». Hubo muchos que no estuvieron de acuerdo, incluyendo aliados cercanos.

El abogado británico Geoffrey Robertson, quien en términos generales estuvo de acuerdo con el operativo, describió sin embargo la aseveración de Obama como «un absurdo» que tendría que haberle resultado obvio a quien fuera profesor de derecho constitucional.

El derecho, tanto el pakistaní como el internacional, requiere que se haga una investigación «siempre que se produce una muerte violenta debido a una acción gubernamental o policial», señaló Robertson. Obama eliminó esa posibilidad con un «apresurado ‘sepelio en el mar’, sin la autopsia requerida por la ley».

«No siempre fue así —nos recuerda oportunamente Robertson—. Cuando llegó el momento de tomar en consideración el destino de individuos de una maldad mucho más arraigada que la de Osama bin Laden —los dirigentes nazis—, el gobierno británico quería ahorcarlos a las seis horas de su captura.

»El presidente Traman objetó eso, citando la conclusión del juez Robert Jackson (procurador general de los juicios de Núremberg) en el sentido de que una ejecución sumaria ‘no sería fácil de aceptar para la conciencia norteamericana ni sería algo que nuestros hijos recordarían con orgullo […] la única posibilidad es determinar la inocencia o la culpa de los acusados después de una audiencia tan desapasionada como lo permitan estos tiempos y con un expediente que deje en claro nuestras razones y motivos’».

Otra perspectiva respecto al ataque se encuentra en una nota publicada en *The Atlantic* por Yochi Dreazen, el veterano corresponsal de guerra en el Medio Oriente y sus colegas. Citando a «un alto funcionario estadunidense», llegan a la conclusión de que la muerte de bin Laden fue un asesinato planeado.

«Para muchos miembros del Pentágono y de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) que se habían pasado casi una década buscando a bin Laden, matar al militante fue un acto de venganza justificado y necesario», escriben.

Además, «capturar vivo a bin Laden le hubiese planteado al gobierno una multitud de agudos problemas legales y políticos».

Citan al ex canciller alemán, Helmut Schmidt, quien comentó que «la incursión de Estados Unidos fue ‘claramente una violación del derecho internacional’ y que bin Laden tendría que haber sido detenido y llevado a juicio».

Confrontan la opinión de Schmidt con la del procurador general de Estados Unidos, Eric Holder, quien «defendió la decisión de matar a bin Laden aunque no representaba un peligro inmediato para los SEAL de la marina», y ante el congreso rindió testimonio en el sentido de que el asalto había sido «legal, legítimo y apropiado desde todo punto de vista».

Apuntan además que el asesinato es «el más claro ejemplo, hasta la fecha», de una distinción esencial entre la política antiterrorista de Bush y la de Obama. Bush capturó a los sospechosos y los envió a Guantánamo y a otros campamentos, con consecuencias hoy bien sabidas. La política de Obama consiste en matar a los sospechosos (junto con los «daños colaterales»).

Las raíces de esa muerte vengativa son profundas. En el lapso inmediatamente posterior al 11 de septiembre el deseo norteamericano de venganza desplazó la preocupación por la ley o por la seguridad.

En su libro *The far enemy* [*El enemigo distante*], Fawaz Gerges, un destacado académico especializado en el movimiento de la *jihad*, observó que «la principal respuesta de los jihadistas a los hechos del 11 de septiembre es un rechazo explícito de al-Qaeda y la total oposición a la internalización de la *jihad* […] al-Qaeda unió a todas las fuerzas sociales [del mundo islámico] en contra de su *jihad* internacional».

Un influyente clérigo libanés, el sheik Mohammed Hussein Fadlallah, condenó acerbamente, por razones de principios, las atrocidades que cometió al-Qaeda el 11 de septiembre. «No debemos castigar a individuos que no tienen relación alguna con el gobierno norteamericano, y ni siquiera a aquellos que desempeñan un papel indirecto», dijo.

Fadlallah fue objetivo de un operativo para asesinarlo, organizado por la CIA en 1985: un enorme camión-bomba estacionado afuera de una mezquita. Se salvó, pero murieron otras ochenta personas, en su mayoría mujeres y niñas que salían de la mezquita: uno de esos innumerables crímenes que no entran en los anales del terror.

Subsecuentes acciones de Estados Unidos, en especial la invasión de Iraq, le dieron nueva vida a al-Qaeda.

¿Cuáles son las posibles consecuencias de la muerte de bin Laden? Probablemente para el mundo árabe no significó demasiado. Desde hacía tiempo era una presencia menguante, y en los últimos meses fue eclipsado por la primavera árabe.

Una percepción bastante generalizada en el mundo árabe se plasma en el titular de un periódico libanés: «La ejecución de bin Laden: Un arreglo de cuentas entre asesinos».

Las consecuencias más inmediatas y significativas se verán probablemente en Pakistán. Se discute mucho la ira de Washington porque Pakistán no entregó a bin Laden. No se habla tanto de la furia de Pakistán porque Estados Unidos invadió su territorio a fin de llevar a cabo un asesinato político.

Pakistán es el país más peligroso de la tierra, con el arsenal nuclear de crecimiento más rápido. La muerte por venganza en territorio pakistaní sólo sirvió para atizar el fervor antiestadunidense que ha estado acumulándose durante largo tiempo.

En su nuevo libro *Pakistan: A hard country* [*Pakistán: Un país difícil*], Anatol Lieven escribe que «si alguna vez Estados Unidos pusiese a los soldados pakistaníes en una posición en la que sintiesen que el honor y el patriotismo requerían que combatiesen contra Estados Unidos, muchos estarían más que contentos de hacerlo».

Y si Pakistán se derrumbase, un «resultado absolutamente inevitable sería un flujo de gran número de ex soldados sumamente bien entrenados, incluyendo expertos en explosivos e ingenieros, a los grupos extremistas».

El peligro primordial es la horripilante posibilidad de que se filtren materiales fisibles a manos de los jihadistas.

Los ataques norteamericanos contra la soberanía pakistaní han presionado enormemente a los militares de ese país. Un factor son los ataques con aviones no tripulados, que Obama incrementó inmediatamente después del asesinato de bin Laden, frotando sal en las heridas.

Pero hay mucho más, incluyendo la exigencia de que los militares pakistaníes cooperasen en la guerra estadunidense contra los talibán de Afganistán. La abrumadora mayoría de pakistaníes consideran que los talibán libran una guerra justa de resistencia contra un ejército invasor, afirma Lieven.

La muerte de bin Laden pudo haber sido la chispa que desatase una conflagración de gravísimas consecuencias, sobre todo si la fuerza invasora se hubiese visto obligada a combatir para irse, como se había previsto.

Tal vez el asesinato se percibió como un «acto de venganza», como afirma Robertson. Cualquiera que fuese el motivo, difícilmente pudo haber sido la seguridad.

UNA ALARMA DE TSUNAMI EN ISRAEL

7 de julio de 2011

En mayo [de 2011], en un encuentro a puertas cerradas de muchos dirigentes empresariales israelíes, Idan Ofer, magnate de una compañía de *holding*, advirtió: «Nos estamos convirtiendo rápidamente en Sudáfrica. Todas las familias de Israel sentirán el golpe económico de las sanciones».

Lo que preocupaba a los empresarios era la sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas por celebrarse en septiembre de 2011, en la cual Autoridad Palestina planea solicitar que se reconozca un Estado palestino.

Dan Gillerman, el ex embajador israelí ante las Naciones Unidas, les avisó a los participantes que «a la mañana siguiente del previsto anuncio de reconocimiento de un Estado palestino se iniciará un proceso doloroso y dramático de sudafricanización», implicando que Israel se convertiría en un Estado paria, sujeto a sanciones internacionales.

En esa reunión, y en otras posteriores, los oligarcas instaron al gobierno a iniciar esfuerzos del tipo de los propuestos por los sauditas (la Liga Árabe) y el arreglo no oficial de Ginebra de 2003, en el cual negociadores palestinos e israelíes de alto nivel detallaron un acuerdo de dos estados que fue bien recibido por casi todo el mundo, descartado por Israel e ignorado por Washington.

En marzo [de 2011] el ministro de Defensa israelí, Ehud Barak, advirtió de la posible acción de la ONU diciendo que era un «tsunami». El temor es que el mundo condene a Israel, no sólo por violar el derecho internacional,

sino también por perpetrar sus actos criminales en un Estado ocupado reconocido por las Naciones Unidas.

Estados Unidos e Israel están llevando a cabo intensas campañas diplomáticas para prevenir el tsunami. Si fracasan, es probable el reconocimiento de un Estado palestino.

Más de cien estados reconocen ya a Palestina. El Reino Unido, Francia y otras naciones europeas han elevado el rango de la Delegación General Palestina a «misiones diplomáticas y embajadas, estatus que normalmente se reserva sólo para los estados», observa Victor Kattan en el *American Journal of Internacional Law*.

Palestina también ha sido admitida ya a otras organizaciones de la ONU, aparte de la UNESCO y la Organización Mundial de la Salud, que han evitado tocar el tema por miedo a perder los fondos estadunidenses, peligro muy grave.

En junio [de 2011] el Senado de Estados Unidos aprobó una resolución amenazando con suspender la ayuda a Autoridad Palestina si persistía con su iniciativa de presentación ante las Naciones Unidas. Susan Rice, embajadora norteamericana ante la ONU, advirtió que no hay «mayor riesgo» para el financiamiento que Estados Unidos aporta a la ONU «que la perspectiva de que la declaración de Estado de Palestina sea apoyada por los estados miembros», según informa el *Daily Telegraph* de Londres. El nuevo embajador de Israel ante las Naciones Unidas, Ron Prosor, informó a la prensa israelí que el reconocimiento por parte de las Naciones Unidas «llevaría a la violencia y la guerra».

Presumiblemente la ONU reconocería a Palestina con los límites aceptados internacionalmente, que incluyen la Margen Occidental y Gaza, y los Altos de Golán se devolverían a Siria. Esta zona fue anexada por Israel en diciembre de 1981 violando las órdenes del Consejo de Seguridad de la ONU.

En la Margen Occidental los asentamientos y los actos en apoyo de los mismos constituyen una clara violación del derecho internacional, como lo aseveraron el Tribunal Internacional y el Consejo de Seguridad.

En febrero de 2006 Estados Unidos e Israel impusieron el sitio a Gaza después de que el «lado equivocado» —Hamás— ganó las elecciones en

Palestina, reconocidas como libres y justas. El sitio se endureció mucho en junio de 2007, tras el fracaso de un golpe militar, con respaldo de Estados Unidos, para derrocar al gobierno electo.

En junio de 2010 el sitio de Gaza fue condenado por el Comité Internacional de la Cruz Roja —que raras veces emite informes de ese tipo — como «un castigo colectivo impuesto en clara violación» de la ley humanitaria internacional. La BBC informó que el Comité Internacional de la Cruz Roja «pinta un panorama sombrío de las condiciones en Gaza: escasez de equipo en los hospitales, apagones que duran horas todos los días, agua potable inadecuada para su consumo» y la población, desde luego, prisionera.

El sitio criminal hace extensiva la política que han mantenido Estados Unidos e Israel desde 1991 de separar a Gaza de la Margen Occidental, asegurándose así de que cualquier eventual Estado palestino quedaría contenido entre potencias hostiles: Israel y la dictadura jordana. Los Acuerdos de Oslo, firmados por Israel y por la Organización para la Liberación de Palestina en 1993, proscriben separar a Gaza de la Margen Occidental.

Un riesgo más inmediato al que se enfrenta el rechazo estadunidense-israelí es la flotilla de la libertad, que trata de romper el bloqueo de Gaza llevando cartas y ayuda humanitaria. En mayo de 2010 el último de esos intentos desencadenó un ataque de comandos israelíes en aguas internacionales —lo que por sí solo constituye un delito muy grave— en el cual resultaron nueve pasajeros muertos, acción que fue duramente criticada fuera de Estados Unidos.

En Israel la mayoría de la gente estaba convencida de que los comandos eran las víctimas inocentes atacadas por los pasajeros, otra señal de la irracionalidad autodestructiva que invade a la sociedad.

En este momento Estados Unidos e Israel están tratando enérgicamente de bloquear la flotilla. La secretaria de Estado norteamericana Hillary Clinton prácticamente autorizó la violencia al declarar que «los israelíes tienen derecho de defenderse» si las flotillas «tratan de provocar una acción ingresando en aguas israelíes», es decir, en las aguas territoriales de Gaza, como si Gaza perteneciese a Israel.

Grecia accedió a impedir que zarparan los barcos (los que todavía no habían sido saboteados) aunque, a diferencia de Clinton, se refirió correctamente al «área marítima de Gaza».

En enero de 2009 Grecia se había distinguido por negarse a permitir que se fletasen armas estadunidenses a Israel desde puertos griegos durante el encarnizado ataque norteamericano-israelí en Gaza. Pero ahora, que con sus actuales estrecheces económicas no es ya un país independiente, es obvio que Grecia no puede arriesgarse a demostrar una integridad tan poco usual.

Cuando se le preguntó a Chris Gunness, el vocero de la agencia de la ONU para la asistencia a los refugiados en Palestina, la más importante que hay en Gaza, si la flotilla era una «provocación», dijo que la situación era desesperada: «Si no hubiese una crisis humanitaria, si no hubiese una crisis casi en todos los aspectos de la vida en Gaza, la flotilla no sería necesaria […] el 95% del agua de Gaza no es potable, el 40% de las enfermedades se transmiten por el agua […] el 45.2% de la fuerza de trabajo está desempleada, el 80% depende de la ayuda, se triplicaron los indigentes desde el inicio del bloqueo. Deshagámonos del bloqueo y no habrá necesidad de una flotilla».

Las iniciativas diplomáticas, como la estrategia de un Estado palestino, y las acciones no violentas, en general, representan una amenaza para quienes tienen un monopolio virtual de la violencia. Estados Unidos e Israel están tratando de mantener posiciones imposibles de defender: la ocupación y su subversión del consenso abrumador, de muchos años, sobre un acuerdo diplomático.

ESTADOS UNIDOS EN DECLIVE

6 de agosto de 2011

«Es tema común» que Estados Unidos, que «hace unos pocos años era visto recorrer el mundo como un coloso con un poder sin paralelo y un atractivo sin igual, está en decadencia y se enfrenta ominosamente a la perspectiva de su decadencia final», escribe Giacomo Chiozza en el *Political Science Quarterly*.

En efecto, es un tema en el que creen muchos. Y con cierta razón, aunque cabe hacer un número de acotaciones. Para empezar, el declive ha avanzado desde el punto más alto del poder político de Estados Unidos después de la segunda guerra mundial, y el notable triunfalismo posterior a la guerra del Golfo de los años noventa fue más que nada un autoengaño.

Otro tema común, al menos entre los que no quieren cerrar los ojos a la realidad, es que la declinación de Estados Unidos es en buena medida autoinfligida. La ópera cómica que se interpretó este verano [2011] en Washington, que disgusta al país y desconcierta al mundo, puede no tener igual en los anales de la democracia parlamentaria.

El espectáculo está llegando a asustar incluso a quienes patrocinaron la farsa. Al poder corporativo le inquieta ahora que los extremistas que contribuyó a llevar al gobierno puedan derribar el edificio sobre el que se basan su propia riqueza y sus privilegios, el poderoso Estado niñera que sirve a sus intereses.

El ascendiente del poder corporativo sobre la política y la sociedad —en este momento mayormente financiero— ha llegado al punto en el que ambas organizaciones políticas, que en esta etapa se parecen a duras penas a

partidos tradicionales, están muy a la derecha de la población en las principales cuestiones que se debaten.

Para el público la principal preocupación nacional es el desempleo. En las circunstancias actuales esa crisis sólo podrá superarse mediante un significativo estímulo gubernamental, muy superior al que se realizó recientemente, que a duras penas alcanzó el nivel de la reducción del gasto estatal y local, aunque es probable que hasta esa iniciativa limitada salvase millones de empleos.

Para las instituciones financieras la preocupación primordial es el déficit. Por consiguiente, lo único que se discute es el déficit. Una gran mayoría de la población está en favor de manejar el déficit cobrando impuestos a los muy ricos (72% a favor, 27% en contra), según informa una encuesta de *Washington Post-ABC News*. Una abrumadora mayoría se opone a recortar los programas de salud (69% en el caso de Medicaid, 78% en el de Medicare). Por consiguiente, el resultado más probable es el opuesto.

El Programa sobre Actitudes Políticas Internacionales hizo una encuesta para ver cómo podría el público eliminar el déficit. Su director, Steven Kull, escribe: «Está claro que tanto el gobierno como la cámara de diputados encabezada por los republicanos no coinciden con los valores y prioridades del público en relación con el presupuesto».

La encuesta ilustra la profunda brecha: «La principal diferencia en materia de gasto es que el público está en favor de que se realicen grandes recortes en el gasto de defensa, mientras que el gobierno y el congreso proponen aumentos modestos […] El público también se inclina por gastar más en calificación profesional, educación y control de la contaminación de lo que consideran tanto la administración como el congreso».

El «compromiso» final —más precisamente la rendición a la extrema derecha— es absolutamente lo opuesto, y casi seguramente provocará un crecimiento más lento y daños a largo plazo a todos, excepto a los ricos y a las grandes empresas que están disfrutando de utilidades récord.

Ni siquiera se comenta que el déficit debería eliminarse si, como lo ha demostrado el economista Dean Baker, se sustituyese el disfuncional sistema de atención a la salud privatizado de Estados Unidos por uno

similar a los de otras sociedades industriales, que tienen la mitad de los costos per cápita y resultados comparables o mejores en materia de salud.

Las instituciones financieras y la industria farmacéutica son demasiado poderosas para que siquiera se tomen en consideración esas opciones, aunque la idea difícilmente parece utópica. También están fuera de la agenda, por razones similares, otras opciones económicamente sensatas, como un pequeño impuesto a las transacciones financieras.

Mientras tanto, a Wall Street se le ofrecen con mano generosa nuevos regalos. El comité de adquisiciones de la cámara de diputados recortó el presupuesto destinado a la Securities and Exchange Commission, la principal barrera contra el fraude financiero. Es poco probable que sobreviva intacta la Comisión de Protección al Consumidor.

El congreso esgrime otras armas en su batalla contra las futuras generaciones. Ante la oposición de los republicanos a la protección del medio ambiente, American Electric Power, una importante empresa de energía, descartó «el esfuerzo más destacado del país para captar dióxido de carbono de una planta eléctrica a carbón, asestándole un serio revés a los esfuerzos por controlar las emisiones responsables del calentamiento global», informó *The New York Times*.

Esos autogoles, aunque son cada vez más poderosos, no representan una innovación reciente. Se remontan a los años setenta, cuando la economía política nacional experimentó grandes transformaciones para desembocar en lo que suele llamarse «la edad de oro» del capitalismo (de Estado).

Dos elementos muy importantes fueron la financiarización (el paso de las preferencias de los inversionistas de la producción industrial a lo que se conoce como FIRE [fuego], por las iniciales en inglés de finanzas, seguros, bienes raíces), y la producción en otros países. El triunfo ideológico de las «doctrinas de libre mercado», sumamente selectivas, como siempre, propinó nuevos golpes a medida que se traducían en desregulación, reglas de gobernanza corporativa que vinculaban inmensos bonos a los altos ejecutivos con ganancias a corto plazo, y otras decisiones por el estilo.

La concentración de riqueza resultante provocó mayor poder político, acelerando un círculo vicioso que ha llevado a una fracción del 1% de la población a obtener una riqueza extraordinaria, principalmente, mientras

que para la gran mayoría los ingresos reales prácticamente se han estancado.

De manera paralela, el costo de las elecciones se disparó, haciendo que los dos partidos dependiesen cada vez más del dinero de las empresas. Lo que queda de la democracia política se ha visto aún más socavado mientras ambos partidos comenzaron a subastar los principales cargos legislativos, como lo esboza el economista político Thomas Ferguson en el *Financial Times*.

«Los principales partidos políticos han copiado una práctica de las grandes tiendas al menudeo como Walmart, Best Buy o Target —escribe Ferguson—. Los partidos congresionales de Estados Unidos son ahora la única legislatura del mundo que les pone precio a puestos clave del proceso de elaboración de leyes». Los legisladores que contribuyen con más fondos al partido son los que obtienen los cargos.

El resultado, según Ferguson, es que los debates «dependen en muy buena medida de la interminable repetición de un puñado de lemas ya probados que han demostrado su atractivo para los bloques de inversionistas privados y los grupos de interés con los que cuenta la dirigencia para obtener recursos». El país que se vaya al diablo.

Antes del colapso de 2007, del cual fueron en gran medida responsables, las nuevas instituciones financieras posteriores a la edad de oro han ganado un poder económico asombroso, más que triplicando su participación de las utilidades empresariales. Después del *crash*, un buen número de economistas empezaron a investigar su funcionamiento en términos puramente económicos. El premio Nobel Robert Solow llega a la conclusión de que su impacto general puede ser negativo: «Los éxitos probablemente añaden poco o nada a la eficiencia de la economía real, mientras que los desastres transfieren riqueza de los contribuyentes a los financieros».

Al triturar los restos de la democracia política las instituciones financieras sientan las bases para proseguir con el letal proceso… mientras sus víctimas estén dispuestas a sufrir en silencio.

DESPUÉS DEL 11 DE SEPTIEMBRE, ¿ERA LA GUERRA LA ÚNICA OPCIÓN?[4]

5 de septiembre de 2011

Éste es el décimo aniversario de las horribles atrocidades del 11 de septiembre de 2001 que, según suele sostenerse, cambiaron el mundo.

No cabe duda sobre el impacto de los ataques. Por limitarnos sólo al Asia occidental y central: Afganistán sobrevive a duras penas, Iraq ha sido devastado y Pakistán se acerca cada vez más a un desastre que podría ser catastrófico.

El 1 de mayo de 2011 el supuesto autor intelectual del crimen, Osama bin Laden, fue asesinado en Pakistán. Las consecuencias significativas más inmediatas también han tenido lugar en este país. Se ha discutido mucho la ira de Washington porque Pakistán no entregó a bin Laden. Menos se ha dicho respecto a la furia de los pakistaníes de que Estados Unidos haya invadido su territorio para llevar a cabo un asesinato político. El fervor antiestadunidense ya se había intensificado en Pakistán, y estos acontecimientos atizaron el fuego aún más.

Uno de los principales especialistas sobre Pakistán, el historiador militar británico Anatol Lieven, escribió en *The National Interest*, en febrero [de 2011], que la guerra en Afganistán está «desestabilizando y radicalizando a Pakistán, planteando el riesgo de una catástrofe geopolítica para Estados Unidos —y para el mundo— que empequeñece cualquier cosa que pudiese ocurrir en Afganistán».

En todos los niveles de la sociedad, escribe Lieven, los pakistaníes simpatizan abrumadoramente con los talibán afganos, no porque les gusten

sino porque «se ve a los talibán como una fuerza de resistencia legítima contra una ocupación extranjera del país», de manera muy similar a como se percibía a los mujaidines afganos cuando se resistieron a la ocupación rusa en la década de 1980.

Estos sentimientos son compartidos por los dirigentes militares de Pakistán, que resienten amargamente las presiones norteamericanas para que se sacrifiquen en la guerra de Washington contra los talibán. Y más amargura se deriva de los ataques terroristas (la guerra con aviones no tripulados) de Estados Unidos dentro de Pakistán, cuya frecuencia se aceleró notablemente con el presidente Obama, así como con las demandas estadunidenses de que el ejército pakistaní lleve la guerra de Washington a las áreas tribales de Pakistán que siempre estuvieron bastante al margen de todo, incluso durante el gobierno británico.

Los militares son la institución estable de Pakistán que mantiene unido al país. Las acciones de Estados Unidos pueden «provocar un motín de fragmentos del ejército», escribe Lieven, en cuyo caso «el Estado pakistaní se desmoronaría muy rápidamente, con todos los desastres que esto entrañaría».

Los desastres potenciales se incrementan drásticamente por el inmenso arsenal de armas nucleares de Pakistán, que sigue creciendo rápidamente, y por el sustancial movimiento de yihad del país.

Ambas cosas son legados de la administración de Reagan. Los funcionarios de éste fingían no saber que Zia ul-Haq, el más malévolo de los dictadores militares de Pakistán, favorito de Washington, estaba desarrollando armas nucleares y llevando a cabo un programa de islamización radical de Pakistán con financiamiento saudita.

La catástrofe que acecha en el trasfondo es que estos dos legados pudiesen combinarse y que los materiales fisibles fuesen a dar a manos de los partidarios de la yihad. Así podríamos ver armas nucleares, más probablemente «bombas sucias», explotando en Londres y Nueva York.

Lieven sintetiza: «De hecho en Afganistán están muriendo soldados estadunidenses y británicos con tal de hacer que el mundo sea más peligroso para los pueblos de Estados Unidos y Gran Bretaña».

Sin duda Washington entiende que las operaciones de Estados Unidos en lo que se ha denominado «Afpak» —Afganistán-Pakistán— pueden desestabilizar y radicalizar a Pakistán.

Los documentos de WikiLeaks más significativos que se han dado a conocer hasta ahora son los cables de la embajadora norteamericana Anne Patterson desde Islamabad, que apoya las acciones estadunidenses en Afpak, pero advierte que «presentan el riesgo de desestabilizar al Estado pakistaní, enajenando tanto al gobierno civil como el liderazgo militar y provocando una crisis de gobernanza aún más amplia en Pakistán».

Patterson escribe sobre la posibilidad de que «alguien que trabaje en instalaciones [del gobierno pakistaní] pudiese contrabandear gradualmente suficiente material flexible como para llegar a construir un arma», peligro incrementado por «la vulnerabilidad de las armas en tránsito».

Una cantidad de analistas han observado que bin Laden logró ciertos grandes éxitos en su guerra contra Estados Unidos.

Como escribe Eric S. Margolis en *The American Conservative* en mayo [de 2011], bin Laden «afirmó repetidamente que la única manera de expulsar a Estados Unidos del mundo musulmán y derrotar a sus sátrapas consistía en atraer a los estadunidenses a una serie de guerras pequeñas pero onerosas que terminarían por llevarlo a la quiebra».

Inmediatamente después de los ataques del 11 de septiembre era evidente que Washington parecía dispuesto a cumplir los deseos de bin Laden.

En su libro de 2004, *Imperial hubris*, Michael Scheuer, analista de alto nivel de la CIA que había rastreado a Osama bin Laden desde 1996 explica: «bin Laden le ha dicho con precisión a Estados Unidos las razones por las cuales está combatiendo contra nosotros. Se propone alterar drásticamente las políticas estadunidenses y occidentales hacia el mundo islámico», y en gran medida ha alcanzado su objetivo.

Y continúa: «Las fuerzas y políticas estadunidenses están completando la radicalización del mundo islámico, cosa que Osama bin Laden había estado tratando de hacer con un éxito sustantivo aunque incompleto desde principios de la década de 1990. Como consecuencia de ello, me parece justo llegar a la conclusión de que Estados Unidos de América sigue siendo

el único aliado indispensable para bin Laden». Y puede sostenerse que así sigue siendo, incluso después de su muerte.

La sucesión de horrores que han tenido lugar a lo largo de la última década lleva a la pregunta: ¿Había alguna alternativa a la respuesta de Occidente a los ataques del 11 de septiembre?

El movimiento de la yihad, gran parte del cual es sumamente crítico de bin Laden, podía haberse escindido y socavado después del 11 de septiembre si el «crimen contra la humanidad», como se denominó apropiadamente a los ataques, hubiese sido tratado como un crimen, con una operación internacional para capturar a los sospechosos. Eso se reconoció en su momento, pero ni siquiera se consideró tal idea en la carrera por iniciar la guerra. Vale la pena añadir que bin Laden fue condenado en gran parte del mundo árabe por su participación en los ataques.

En el momento de su muerte, bin Laden era desde hacía tiempo una figura que iba desvaneciéndose, y en los últimos meses había sido eclipsado por la primavera árabe. Su importancia en el mundo árabe se refleja en el encabezado de un artículo del *New York Times* del especialista en el Cercano Oriente Gilles Kepel: «bin Laden ya estaba muerto».

Este encabezado podría haber sido fechado mucho antes si Estados Unidos no hubiese hecho entrar en acción al movimiento de la yihad con sus ataques revanchistas contra Afganistán e Iraq.

Dentro del movimiento de la yihad bin Laden era sin duda un símbolo venerado, pero al parecer no desempeñaba mucho más que un papel para al-Qaeda, su «red de redes», como la denominan los analistas, que emprende operaciones mayormente independientes.

Hasta los hechos más obvios y elementales respecto a la década llevan a sombrías reflexiones cuando consideramos el 11 de septiembre, sus consecuencias, y lo que presagian para el futuro.

LA AMENAZA DE NAVES DE GUERRA EN UNA «ISLA DE PAZ MUNDIAL»

5 de octubre de 2011

La isla Jeju, unos 75 km al sur de la tierra firme de Corea del Sur, ha sido denominada el lugar más idílico del planeta. La prístina isla volcánica de 1828 km^2 comprende tres sitios de patrimonio natural de la humanidad de la Unesco.

Sin embargo, la historia de Jeju dista mucho de ser idílica. En 1948, dos años antes del estallido de la guerra de Corea, los isleños escenificaron un levantamiento para protestar, entre otras cosas, por la división de la península de Corea en Norte y Sur. El gobierno continental, que estaba entonces bajo la ocupación militar de Estados Unidos, dejó sentir su fuerza contra los insurgentes de Jeju.

La policía y las fuerzas militares de Corea del Sur masacraron isleños y destruyeron aldeas. John Merrill, historiador de Corea, calcula que la mortandad puede haber rebasado los 30 000, alrededor de 15% de la población de la isla.

Décadas más tarde una comisión gubernamental investigó el levantamiento de Jeju. En 2005 Roh Moohyun, entonces presidente de Corea del Sur, pidió perdón por las atrocidades y designó a Jeju como «isla de la paz mundial».

Hoy la isla de Jeju vuelve a verse amenazada por la militarización y la violencia conjunta de Estados Unidos y Corea del Sur: la construcción de una base naval en lo que muchos consideran que es la costa más bella de la isla.

Durante más de cuatro años los residentes de la isla y los activistas por la paz se han dedicado a una resistencia decidida a la base, arriesgando su vida y su libertad.

Lo que está en juego es importante también para el mundo. Recientemente el periódico coreano *JoongAng Daily*, de Seúl, describió la isla como «la punta de lanza de la línea defensiva del país», línea insolentemente ubicada a 450 km de China.

En esas agitadas aguas la base de Jeju albergaría hasta 20 naves de guerra estadunidenses y sudcoreanas, incluyendo submarinos, portaaviones y destructores, varios de los cuales estarían equipados con el sistema de defensa balístico-misil Aegis.

Para Estados Unidos el propósito de la base consiste en proyectar fuerza hacia China… y en proporcionar una instalación operativa avanzada en caso de un conflicto militar. Lo último que el mundo necesita es un juego al borde de la guerra entre Estados Unidos y China.

La protesta que está teniendo lugar ahora en Jeju constituye una lucha crítica contra una guerra potencialmente devastadora en Asia, y contra las estructuras institucionales profundamente arraigadas que están llevando al mundo hacia conflictos cada vez mayores.

No es sorprendente que China vea la base como una amenaza a su seguridad nacional. Como mínimo es probable que la base desate confrontaciones y una carrera armamentista entre Corea del Sur y China, en la que casi inevitablemente se involucrará Estados Unidos. La incapacidad de impedir este proyecto peligroso y destructivo bien puede tener consecuencias que lleguen mucho más allá de Asia.

No necesitamos especular cómo reaccionaría Washington si China estableciese una base cerca de la costa de Estados Unidos.

La nueva base de Jeju se ubica en Gangjeong, una aldea agrícola y pescadora que se ha convertido a regañadientes en sede de una épica batalla por la paz.

La resistencia es un movimiento de bases que va mucho más allá de la cuestión de la militarización de la isla. También están en juego los derechos humanos, el medio ambiente y la libertad de expresión. Gangjeong, aunque

pequeña y remota, es un importante terreno de batalla para todos los que creen en la justicia social en el mundo entero.

Corea del Sur inició la construcción de la base en enero [de 2011] pero las protestas les pusieron un alto a las obras en junio.

Un testigo presencial informa que la resistencia no violenta de los aldeanos ha llevado a arrestos dirigidos contra personas que firman, blogueros, clérigos, activistas de sitios web de redes sociales y, más notablemente, los dirigentes del movimiento.

El 24 de agosto de 2011 la policía antimotines disgregó una marcha no violenta y detuvo a más de tres docenas de activistas, incluyendo al alcalde de Gangjeong, el dirigente de uno de los grupos por la paz más eficaces de Corea, y un cura católico.

También están en peligro los ideales democráticos básicos. En la votación que se realizó en 2007 para autorizar la construcción de la base naval, 87 personas, de algunas de las cuales se dice que fueron sobornadas, decidieron el destino de toda una aldea de 1900 y el de una isla de más de medio millón de habitantes.

A los isleños se les dijo que la base militar funcionaría también como centro turístico para naves de crucero; que de hecho sería la única forma de que esos barcos atracasen en la isla, provocando beneficios comerciales. La afirmación es difícilmente creíble, aunque sólo sea porque, al mismo tiempo, en otra costa, se ha estado llevando a cabo un enorme proyecto de expansión portuaria que podría haberse terminado para el verano de 2012. Ya se ha anunciado que este nuevo puerto recibirá cruceros.

Los aldeanos de Gangjeong saben perfectamente bien lo que les depara el futuro si no se presta atención a su clamor por la paz: un flujo de personal militar sudcoreano y extranjero, armamentos avanzados y un mundo de sufrimientos llevados a una pequeña isla que ya ha soportado demasiado. La ironía es que las simientes de un futuro conflicto entre superpotencias se están sembrando en una reserva ecológica y una isla de paz.

OCUPA EL FUTURO[5]

31 de octubre de 2011

Pronunciar una conferencia en memoria de Howard Zinn es para mí una experiencia agridulce. No puedo dejar de lamentar que no esté aquí para participar y fortalecer un movimiento que hubiese sido el sueño de su vida, y para el cual sentó buena parte de las bases.

Los movimientos Ocupa son excitantes, inspiradores, si los vínculos y las asociaciones que se están estableciendo en estos hechos notables pueden sostenerse y llevarse hacia delante durante un largo y difícil periodo por venir —las victorias no se logran rápido— las protestas de Ocupa podrían marcar un momento realmente significativo para la historia norteamericana.

Nunca he visto nada similar en escala y en carácter al movimiento Ocupa, ni aquí ni en ningún otro lugar del mundo. Las cabezas de playa de Ocupa están tratando de crear comunidades cooperativas que tal vez puedan servir de base para los tipos de organizaciones perdurables necesarias para superar las barreras que hay delante y los culatazos que ya se están empezando a sentir.

El movimiento Ocupa es en muchos sentidos algo sin precedentes. Y eso es natural, porque ésta es una era sin precedentes, no precisamente en este momento sino desde la década de 1970.

Los años setenta señalaron un punto de inflexión para Estados Unidos. Desde que el país se inició, había sido, con sus altas y sus bajas, una sociedad en desarrollo, no siempre de maneras muy bonitas pero con un progreso general hacia la industrialización, la prosperidad y la ampliación de los derechos.

Incluso en los tiempos más oscuros existía la expectativa de que el progreso habría de continuar. Tengo la edad suficiente para recordar la gran depresión. Para mediados de los años treinta, aunque la situación era objetivamente mucho más dura que hoy, el espíritu era completamente diferente.

Se estaba organizando un movimiento sindical militante, el CIO, los trabajadores se movían incluso para realizar huelgas de brazos caídos, y estaban apenas a un paso de apoderarse de las fábricas y manejarlas por sí mismos, acontecimiento muy amedrentador para el mundo de los negocios.

Por presión popular se aprobó la legislación del New Deal, que no le puso fin a la depresión pero que mejoró sustancialmente la vida de muchas personas. Predominaba la sensación de que saldríamos de los tiempos difíciles.

Ahora existe una sensación de desesperanza, a veces de desesperación. Durante la década de 1930 los trabajadores podían esperar que volviera a haber empleo. Hoy, si uno es obrero de una manufactura, con el desempleo real prácticamente en los niveles de la depresión, sabe que esos trabajos pueden irse para siempre si persisten las políticas actuales.

Ese cambio de la comprensión popular ha evolucionado desde la década de 1970, cuando en el orden social tuvieron efecto transformaciones importantes. Una de ellas fue una tajante regresión cuando varios siglos de industrialización se convirtieron en desindustrialización. Desde luego la fabricación continuaba, pero fuera del país… muy rentablemente, pero dañina para la fuerza de trabajo.

La economía se volcó hacia la financierización. Las instituciones financieras se expandieron enormemente. Se echó a andar un círculo vicioso. La riqueza se concentró en el sector financiero. El costo de las campañas ascendió marcadamente, llevando a que los dirigentes políticos tuvieran que sumirse cada vez más en el bolsillo de los patrocinadores acaudalados y, crecientemente, en las instituciones financieras.

Naturalmente, quienes proporcionaban financiamiento eran recompensados por los políticos a los que llevaban al poder, que instituían políticas favorables a Wall Street: desregulación, cambios fiscales, relajación de reglas de gobernanza corporativa y otras medidas que

intensificaban la concentración de riqueza y hacían progresar el círculo vicioso. Esas nuevas políticas llevaron muy rápidamente a crisis financieras, a diferencia de lo que ocurría en años anteriores, cuando estaba en vigor la legislación del New Deal y no se produjo ninguna. Desde los primeros años de Reagan cada crisis ha sido más grave que la anterior, lo que finalmente condujo al derrumbe más reciente de 2008. Una vez más el gobierno acudió al rescate de las firmas de Wall Street que se consideraban demasiado grandes para fracasar —la política implícita de seguro del gobierno que garantiza ponerle un bajo precio al riesgo— con líderes demasiado importantes como para mandarlos a la cárcel.

Hoy, para una décima parte del 1% de la población que más se benefició de esas décadas de codicia y engaño, todo está bien, mientras que para la mayor parte de la población el ingreso real casi se ha estancado o en ocasiones incluso declinado a lo largo de 30 años.

En 2005 Citigroup —que una vez más fue salvado por el rescate gubernamental— difundió un folleto para inversionistas que los instaba a poner su dinero en lo que llamaban el Índice de Plutonomía, que identificaba acciones de compañías que dan servicio a los ricos. El folleto informaba a los inversionistas que el índice había tenido un desempeño muchísimo mejor que el mercado desde mediados de la década de 1980, cuando estaba estableciéndose el régimen Reagan-Thatcher.

«El mundo se está dividiendo en dos bloques: la plutonomía y los demás —sintetizaba Citigroup—. Estados Unidos, el Reino Unido y Canadá son las principales plutonomías… economías fortalecidas por los ricos».

En cuanto a los no ricos, se los llama a veces el precariado, la gente que vive una existencia precaria en la periferia de la sociedad. Sin embargo, esa «periferia» se ha convertido en una proporción sustancial de la población de Estados Unidos y otros lugares.

Así que tenemos la plutonomía y el precariado: el 1 y el 99%, como lo pinta el movimiento Ocupa; no son cifras literales pero la imagen es correcta.

La inversión histórica de la confianza de la gente acerca del futuro es reflejo de tendencias que podrían volverse irreversibles. Las protestas de

Ocupa son la primera reacción popular de importancia que podría cambiar la dinámica.

Hasta aquí me he restringido a las cuestiones nacionales. Pero hay dos acontecimientos peligrosos en la escena internacional que rebasan todo lo demás.

Por primera vez en la historia humana hay amenazas legítimas a la supervivencia de la especie. Desde 1945 hemos tenido armas nucleares, y parece un milagro que hayamos sobrevivido a ellas. Y las políticas de la administración Obama y sus aliados están estimulando una escalada.

La otra amenaza, desde luego, es la catástrofe ambiental. Prácticamente todos los países del mundo están emprendiendo pasos, por rudimentarios que sean, para hacer algo al respecto. Estados Unidos está dando pasos hacia atrás. Operativos de propaganda en gran escala, anunciados abiertamente por la comunidad empresarial, procuran convencer al público de que el cambio climático no es más que un timo liberal: ¿por qué hacerles caso a esos científicos? Los diputados republicanos están desmantelando las restringidas protecciones ambientales que estableció la administración Nixon, una ilustración gráfica de cómo los centros de poder han retrocedido desde la reversión de la década de 1970.

Si estas tendencias persisten en el país más rico y poderoso del mundo no será posible evitar una catástrofe.

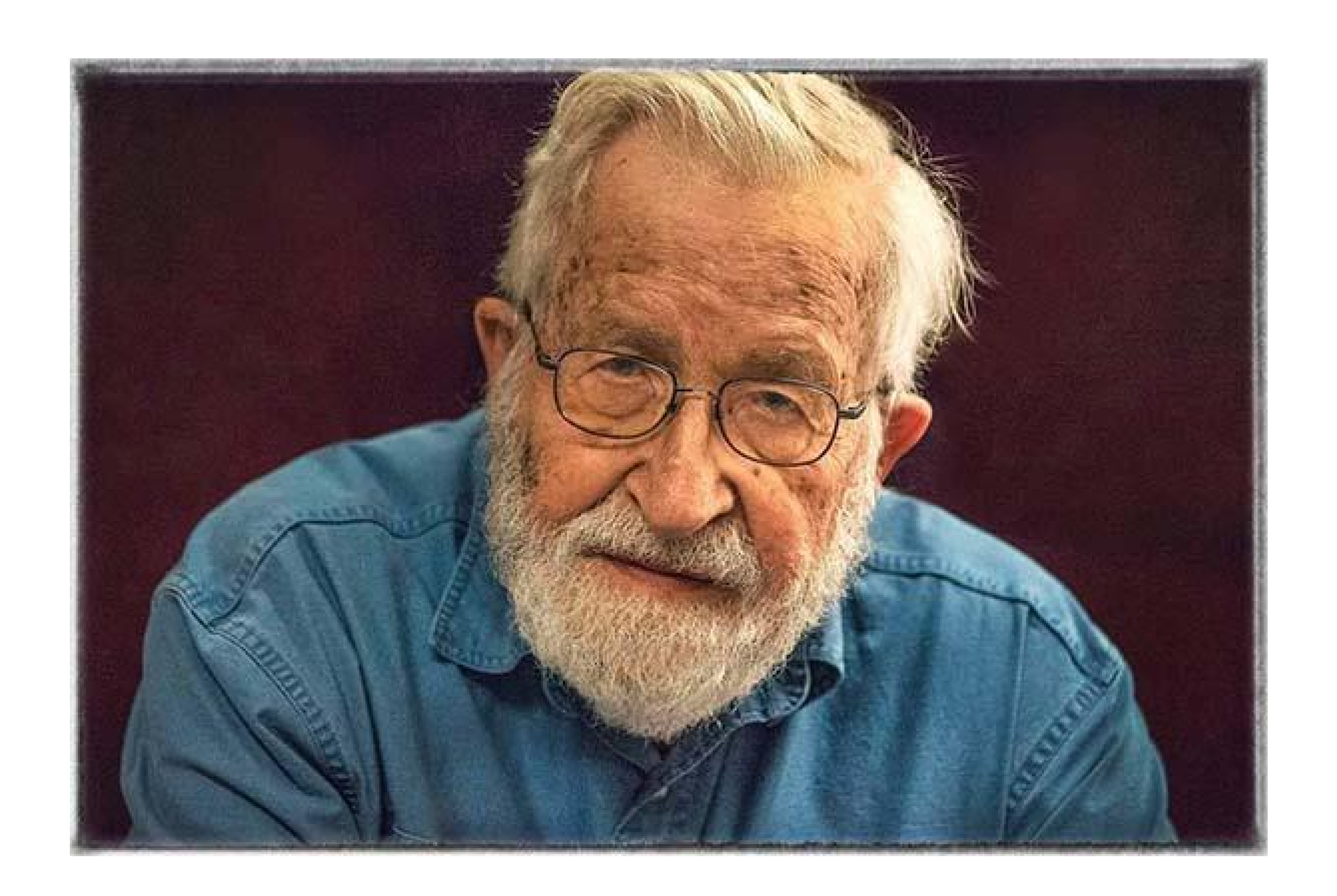
Es necesario hacer algo de manera disciplinada, sostenida y pronta. No va a ser fácil proceder. Habrá inconvenientes y fracasos… es inevitable. Pero a menos que el proceso que está teniendo lugar aquí y en el resto del país y en todo el mundo siga creciendo y se convierta en una fuerza importante de la sociedad y la política las probabilidades de tener un futuro decente son sombrías.

No es posible alcanzar iniciativas significativas si no existe una base grande, activa y popular. Es necesario salir al campo y ayudarle a la gente a entender de qué se trata el movimiento de Ocupa, qué pueden hacer ellos y cuáles son las consecuencias de no hacer nada.

Organizar una base semejante implica educación y activismo. Educación no significa decirle a la gente lo que debe creer; también significa aprender de ellos y con ellos.

En una frase célebre Karl Marx dijo que la tarea no consiste sólo en entender el mundo sino también en cambiarlo. Una variante que hay que tener presente es que si uno quiere cambiar el mundo más vale que trate de comprenderlo. Esto no sólo quiere decir oír una conferencia o leer un libro, aunque en ocasiones pueda ser de ayuda. Se aprende participando. Se aprende de los otros. Se aprende de la gente a la que se está tratando de organizar. Todos tenemos que adquirir la comprensión y la experiencia para formular e implementar ideas y planes para saber cómo avanzar.

El aspecto más excitante del movimiento Ocupa es la construcción de los vínculos que están dándose por doquier. Si se los puede mantener y expandir Ocupa podrá conducir a que se realicen esfuerzos dedicados a darle un rumbo más humano a la sociedad.



NOAM CHOMSKY (Filadelfia, 1928), lingüista, filósofo, activista, autor y analista político estadounidense. Estudió en la Universidad de Pensilvania, donde se doctoró en 1955 con una tesis sobre el análisis transformacional, elaborada a partir de las teorías de Z. Harris, de quien fue discípulo. Entró entonces a formar parte como docente del Massachusetts Institute of Technology, del que es profesor desde 1961.

Es autor de una aportación fundamental a la lingüística moderna, con la formulación teórica y el desarrollo del concepto de gramática transformacional, o generativa, cuya principal novedad radica en la distinción de dos niveles diferentes en el análisis de las oraciones: por un lado, la «estructura profunda», conjunto de reglas de gran generalidad a partir de las cuales se «genera», mediante una serie de reglas de transformación, la «estructura superficial» de la frase. Este método permite dar razón de la identidad estructural profunda entre oraciones superficialmente distintas, como sucede entre el modo activo y el pasivo de

una oración. En el nivel profundo, la persona posee un conocimiento tácito de las estructuras fundamentales de la gramática, que Chomsky consideró en gran medida innato; basándose en la dificultad de explicar la competencia adquirida por los hablantes nativos de una lengua a partir de la experiencia deficitaria recibida de sus padres, consideró que la única forma de entender el aprendizaje de una lengua era postular una serie de estructuras gramaticales innatas las cuales serían comunes, por tanto, a toda la humanidad.

Aparte de su actividad en el terreno lingüístico, ha intervenido a menudo en el político, provocando frecuentes polémicas con sus denuncias del imperialismo estadounidense desde el comienzo de la guerra de Vietnam y sus reiteradas críticas al sistema político y económico de Estados Unidos.

Notas

[1] Un *syndicate* es una agencia distribuidora de material periodístico. [T.]
<<

[2] Adaptado de *Perilous power: The Middle East and U. S. foreign policy*, de Noam Chomsky y Gilbert Achcar. Edición actualizada en pasta blanda publicada por Paradigm Publishers en septiembre de 2008. Reproducida con permiso. Copyright © 2008, Noam Chomsky y Gilbert Achcar. <<

[3] Adaptado de *From hopes and prospects*, de Noam Chomsky, Haymarket Books, marzo de 2010. Reproducido con permiso. <<

[4] Adaptado de *9-11: Was there an alternative*?, la edición del décimo aniversario de 9-11, de Noam Chomsky, publicado en Open Media Series por Seven Stories Press. Reproducido con autorización. <<

[5] Este artículo está adaptado del discurso que pronunció Noam Chomsky en el campamento de Ocupa Boston en la plaza Dewey el 22 de octubre de 2011. Habló como parte de la serie de conferencias en memoria de Howard Zinn que Ocupa Boston llevó a cabo en la sede de la Universidad Libre. <<

Document Outline